



**SATNAM VIRDEE**  
**RACISMO, CLASE**  
**Y EL PARIA RACIALIZADO**

**Irlandeses, judíos, asiáticos y negros  
en la clase obrera británica**

En la editorial Katakarak hemos decidido apostar por las licencias Creative Commons para los libros que publicamos. La utilización de esas licencias implica que los textos se pueden copiar y difundir libremente. Esa es la razón por la que has podido descargar este pdf, y lo puedes reenviar o imprimir de manera gratuita.

Este libro es una pequeña parte del acervo de la cultura libre, que se produce siempre de manera colectiva, por acumulación y como consecuencia de relaciones diversas. No ha sido fácil que nuestros libros tengan licencias Creative Commons y, por desgracia, no lo hemos conseguido con todos aunque sí con la gran mayoría del fondo de la editorial.

En el momento actual, las tecnologías permiten que la copia privada de archivos digitales se pueda realizar a coste cero, lo cual supone un gran avance para su difusión y para un acceso más democrático a la cultura. Sin embargo, esto no significa que la producción de estos textos no haya tenido costes: para que estos libros estén disponibles gratuitamente en formato digital ha sido necesario un duro trabajo y la inversión de dinero en la compra de derechos, traducción, diseño, maquetación y edición. Por ese motivo, te sugerimos que hagas una donación para poder seguir impulsando la producción de textos que luego sean libres.

Satnam Virdee

***RACISMO, CLASE  
Y EL PARIA RACIALIZADO***



Satnam Virdee

***RACISMO, CLASE  
Y EL PARIA RACIALIZADO***

Traducción: Laura Carasúsán Senosiáin

Título original: *Racism, Class and the Racialized Outsider*

Autoría: **Satnam Virdee**

Licencia original: First published in English under the title *Racism, Class and the Racialized Outsider* by Satnam Virdee, edition: 1 Copyright © Satnam Virdee, 2014. This edition has been translated and published under licence from Springer Nature Limited. Springer Nature Limited takes no responsibility and shall not be made liable for the accuracy of the translation

Traducción: **Laura Carasús Senosiáin**

Fotografía: *India in the war*. Biblioteca del Congreso de los EE. UU. (Dominio Público)

Fuente: **Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos**

Licencia: **Dominio Público**

Diseño de portada: **Koldo Atxaga Arnedo**

Primera edición: **abril 2021**

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Calle Mayor 54-56  
31001 Pamplona-Iruñea  
editorial@katakarak.net  
www.katakarak.net  
@katakarak54



Este libro tiene una licencia Creative Commons Atribución- NoComercial- SinObraDerivada 4.0 Internacional. Está permitido copiar, distribuir, ejecutar y exhibir libremente esta obra solo con fines no comerciales. No está permitido distribuir trabajos derivados basados en ella.

ISBN: **978-84-16946-41-9**

Depósito legal: **NA 562-2021**

Impresión: **Gráficas Alzate**

*A la memoria de mis abuelos.*





# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	15
<b>1</b>	
<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>17</b>
Mapa de la argumentación .....	23
<b>2</b>	
<b>CLASE, NACIÓN Y EL PARIA RACIALIZADO .....</b>	<b>31</b>
Introducción .....	31
«El chivo expiatorio de la degradación y del desorden»: el obrero católico irlandés y la lucha de clases.....	36
Los radicales negros como eje del movimiento antiesclavista .....	44
La clase por encima de la nación y la relevancia del paria racializado.....	51
El cartismo y el proletariado multiétnico .....	57
<b>3</b>	
<b>EL RACISMO Y LAS CONTRADICCIONES DEL NACIONALISMO SOCIALISTA .....</b>	<b>67</b>
Introducción .....	67
Racismo y dismantelamiento de la clase obrera .....	69
Liberalismo y aristocracia obrera .....	75
El nuevo sindicalismo o el levantamiento del «residuum».....	79
Antisemitismo y límites del nacionalismo socialista .....	91

## 4

<b>RAZA, IMPERIO Y SUS MALESTARES</b> .....	103
Introducción .....	103
«Medio demonios y medio niños»: el racismo de la élite y el nuevo imperialismo .....	105
El Imperio en el imaginario de la clase obrera.....	108
Integración en la nación .....	116
El internacionalismo en la época imperialista I: James Connolly.....	119
El internacionalismo en la época imperialista II: los socialistas judíos .....	126

## 5

<b>GUERRA DE CLASES, DISTURBIOS RACISTAS Y COMUNISMO</b> .....	131
Introducción .....	131
Guerra, rebelión proletaria y racismo .....	133
Racistas, rojos y la revuelta de Clyde .....	141
El CPGB: un partido de parias .....	149
El CPGB, el antiimperialismo y el antirracismo .....	155

## 6

<b>RACISMO: DEL RÉGIMEN DEL BIENESTAR A ENOCH POWELL</b> .....	169
Introducción .....	169
«Nunca os había ido tan bien»: el racismo en la época de la prosperidad y la unidad nacional.....	172
El CPGB y la vía británica al socialismo .....	177
La descolonización, la «caza» de negros y el racismo de Estado .....	182
Enoch Powell, las huelgas racistas y la inacción socialista... ..	191
Resistencia negra .....	201

## 7

<b>SOCIALISTAS, ANTIRRACISMO Y BIFURCACIÓN DE LA CLASE OBRERA</b> .....	207
Introducción .....	207
Conflicto de clases, activismo socialista y antirracismo.....	208

Rock Against Racism (RAR).....	217
La huelga de Grunwick.....	221
«We are black, we are white, together we are dynamite»: la Liga Antinazi.....	225
Una valoración de la Liga Antinazi.....	230
<b>8</b>	
<b>ANTIRRACISMO MUNICIPAL Y ORGANIZACIÓN AUTÓNOMA NEGRA</b> .....	239
Introducción .....	239
La victoria de los conservadores, la desindustrialización y los disturbios urbanos.....	241
Reagrupamiento socialista en el Partido Laborista y antirracismo municipal.....	247
«No habléis de nosotros, los negros, a nuestras espaldas»: los grupos de trabajadores negros, de la NALGO al TUC.....	255
<b>9</b>	
<b>CONCLUSIONES</b> .....	265
La persistente importancia del racismo .....	265
De la formación de la raza a la formación de la clase obrera: el paria racializado como eje vertebrador .....	268
BIBLIOGRAFÍA.....	273
Publicaciones periódicas .....	293
NALGO Newspaper .....	294
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	295







## AGRADECIMIENTOS

Es inevitable que un libro que abarca dos siglos contraiga muchas deudas durante su recorrido. He tenido la inmensa suerte de disfrutar del apoyo y los consejos generosos de unos cuantos amigos y colegas, como Laurence Brown, Peter Fairbrother, Ben Gidley, Keith Grint, Rick Halpern, Lynn Jamieson, Steve Jefferys, Rick Kuhn, Sian Moore, Craig Phelan, Liliana Riga, David Renton, Sheila Rowbotham, Evan Smith, John Solomos, Tim Strangleman, Rodolfo D. Torres, Matt Worley, John Wrench y Erik Olin Wright. También quiero dedicar un agradecimiento especial a todo el personal y a los estudiantes de posgrado del Centro de Investigación sobre Racismo, Identidad Étnica y Nacionalismo (CRREN) de la Universidad de Glasgow, en particular a Stephen Ashe, Neil Davidson, Bridget Fowler, Robert Gibb, Brendan McGeever y Andrew Smith. Espero que todas esas horas de discusiones y debates interminables con ingentes cantidades de té y de café os resultaran tan esclarecedoras como a mí. Estoy sumamente agradecido a Honor Hania —bibliotecaria de la Universidad—, que localizó referencias que nadie más encontraba, y a Mike French —entonces responsable de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales—, que contribuyó a que finalizase este proyecto concediéndome un breve permiso de estudios que me libró de dirigir el Departamento de Sociología en el momento justo. Emily Salz, de Palgrave Macmillan, fue quien encargó este libro, y Anna Reeve, Lloyd Langman y sobre todo Nicola Cattini han sido unos editores ideales que han contribuido a allanar el camino hacia la publicación. En esos momentos de duda fugaces que surgen inevitablemente al escribir un libro de este tipo, la

música de Asha Bhosle, Jimmy Cliff y Curtis Mayfield fue la que me inspiró para seguir «en la brecha». Por último, quiero dar las gracias a mi familia, que me ha apoyado a lo largo de este viaje, en particular a mis padres, a mis suegros, a mis hermanas, a mi cuñada, a mi cuñado y a mis sobrinas. Y, por encima de todo, a LV y CV que han vivido con este libro durante demasiado tiempo y cuyo amor y humor (a menudo a mi costa) me ayudaron a terminarlo. Estaré eternamente agradecido.

El autor y la editorial quieren dar las gracias a los titulares de los derechos de autor por permitirles reproducir material de las siguientes fuentes:

De Beauvoir, S., *The Ethics of Ambiguity*, Nueva York, Citadel Press, 1976 [1948] (reproducido con permiso de Kensington Publishing Corp.);

Colley, L., «Whose Nation? class and national consciousness in Britain 1750–1830», *Past and Present* 113: 1: 97–117, 1986 (reproducido con permiso de Oxford University Press);

Thompson, E. P., «The Peculiarities of the English», *Socialist Register* 2, 1965 (reproducido con permiso de Socialist Register);

Anderson, P., «Origins of the Present Crisis», en *New Left Review* 1: 23, 1964 (reproducido con permiso de New Left Review);

May, R.; Cohen, R., «The Interaction Between Race and Colonialism: a case study of the Liverpool race riots of 1919», *Race and Class* 16, 1974 (reproducido con permiso de Institute of Race Relations);

Nairn, T., «Enoch Powell: the new right», *New Left Review* 1: 61, 1970 (reproducido con permiso de New Left Review);

Sivanandan, A., «The Liberation of the Black Intellectual», *Race and Class* 18: 4, 1977 (reproducido con permiso de Institute of Race Relations);

Widgery, D. *Beating Time*, Londres, Vintage, 1986 (reproducido con permiso de The Random House Group Limited y también con el amable permiso de Juliet Ash);

Discurso pronunciado por Margaret Thatcher en la rueda de prensa para corresponsales americanos en Londres, 25 de junio de 1980 (reproducido con permiso de Margaret Thatcher Foundation).



# 1

## INTRODUCCIÓN

*No podemos avanzar sin conocer nuestro pasado.*

Alfred Rosmer, citado en K. Tarbuck, «*Obituary of Tamara Deutscher*», p. 43.

*Quererse libre es querer libres a los otros.*

Simone De Beauvoir, *The Ethics of Ambiguity*, p. 73.

*Racismo, clase y el paria racializado* es un análisis crítico de los esfuerzos de la clase obrera para conseguir justicia económica y social, y democratizar la sociedad inglesa. Sin embargo, a diferencia de la mayor parte de los estudios de la clase obrera inglesa, en esta obra se investigan estas luchas políticas y sociales a través del «prisma de la raza». Haciendo hincapié en que «la raza es un elemento central, no periférico; es parte de cómo funcionan las cosas»,<sup>1</sup> pretendo seguir contribuyendo a desestabilizar el consenso académico que equipara la historia y la formación de la clase obrera en Inglaterra al varón obrero blanco.<sup>2</sup>

Desde el siglo XVII, Inglaterra, y después Reino Unido, colonizó partes de Irlanda, América del Norte, el Caribe, África y Asia, situándose así estratégicamente en el centro de multitud de redes económicas y políticas. Las guerras militares, los desplazamientos demográficos forzosos y la organización, la producción y el traslado de mercancías a gran escala, a través de los océanos, fueron algunos de los elementos clave que facilitaron el ascenso del Reino Unido al poder como potencia

---

1 Knowles 2003: 10–11.

2 Véanse, por ejemplo, Scott 1986; Taylor 1991; Hall 1992.

hegemónica incontestable del sistema-mundo moderno. Escribir «una historia insular del Reino Unido» que no tuviese en cuenta este Imperio, y también cómo afectó a la configuración de la política interior, «es totalmente inadecuado».<sup>3</sup> A partir de la década de 1980, cada vez más académicos dedicados a la época poscolonial se han centrado, precisamente, en cómo ha repercutido el Imperio en la metrópoli y, en concreto, en las muy diversas formas en las que ha configurado el concepto que la clase media tiene de «el otro»; esto hace pensar que el racismo fue más relevante para la formación de la nación británica de lo que se creía hasta ahora.<sup>4</sup>

Los estudios que se centran en cómo aparecieron las personas del Imperio en las vidas de la clase obrera inglesa y en sus instituciones cuando vinieron a este país son, en comparación con los citados anteriormente, mucho menos numerosos.<sup>5</sup> Si bien estos trabajos han contribuido de forma inestimable a incluir la presencia de minorías en la historia de la clase obrera inglesa, no han conseguido desbancar esas versiones clásicas de la historia que pasan por alto la raza, interpretaciones clásicas que son, a su vez, las que delimitan el contorno e indican las coordenadas principales del desarrollo de la clase obrera inglesa desde la década de 1780.<sup>6</sup> Es decir, incluso en las explicaciones más recientes de la clase obrera inglesa, el descubrimiento de la presencia de una minoría representa una especie de «extra» que, aunque es digno de mención, no modifica la esencia de las ideas ya consolidadas que tenemos sobre las tendencias, los episodios y los acontecimientos fundamentales de la historia de la clase obrera inglesa.<sup>7</sup> Cabe destacar que esta ceguera de la raza tiene su reflejo en el movimiento obrero contemporáneo; los sucesos de Cable Street (1936) y Grunwick (1976) siguen siendo los únicos episodios «oficiales» con implicación de una minoría racializada en la historia de la clase obrera que permanecen en la memoria colectiva.

---

3 Hobsbawm 1968/1990: 19 [19].

4 Hall 1992; McClintock 1995; Hall 2002; Hall y Rose 2006

5 Véanse, por ejemplo, Fryer 1984; Ramdin 1987; Tabili 1994.

6 Véanse, p. ej., Hobsbawm 1964, 1984a, 1984b, 1990; Thompson 1991.

7 Véanse, p. ej., Foster 1977; Joyce 1991; Savage y Miles 1994; Crompton *et al.* 2000; Devine *et al.* 2005.

Esta carencia puede deberse, en parte, a los presupuestos eurocéntricos sobre los que siguen sustentándose muchos ámbitos de la sociología histórica, del análisis de clase y de la historia social y obrera.<sup>8</sup> No obstante, para crear esta impresión puede ser igualmente relevante el hecho de centrar la atención en analizar grupos concretos de minorías racializadas en periodos de tiempo cortos,<sup>9</sup> así como la tendencia a separar esos análisis y aislarlos del relato de las luchas actuales de la clase obrera en favor de la justicia económica y social.<sup>10</sup>

En consecuencia, todos los que insistimos en investigar la configuración y la desconfiguración de la clase obrera en Inglaterra a través del prisma de la raza tenemos que demostrar cómo el hecho de contemplar la historia desde esta óptica sirve para desestabilizar ideas muy consolidadas respecto a episodios decisivos, como el cartismo de las décadas de 1830 y 1840, el nuevo sindicalismo de las décadas de 1880 y 1890, la formación del Labour Party [Partido Laborista] y del Communist Party of Great Britain [Partido Comunista de Gran Bretaña] (CPGB)<sup>11</sup> a principios del siglo XX y la creación y la posterior crisis del régimen del bienestar en la segunda mitad del siglo XX. Por eso, *Racismo, clase y el paria racializado* abarca un periodo muy amplio, desde la década de 1780 y el advenimiento de la Revolución Industrial y de la Revolución francesa, que anunciaron el nacimiento de la sociedad moderna, hasta 1989 y el llamado «fin de la historia», marcado por el colapso de los regímenes estatales socialistas de Europa del Este. Tratar un periodo tan amplio en un solo volumen conlleva un coste implícito inevitable. A veces, por ejemplo, se sacrifica la descripción minuciosa de momentos decisivos en la historia de la clase obrera, pero ganamos en el desarrollo de un argumento innovador sobre la relevancia de la raza en la sociedad inglesa desde una perspectiva de *longue durée* (larga duración historiográfica).

La misma telaraña de redes económicas y sociales que unía a las colonias con Inglaterra (y luego con el Reino Unido)

---

8 Van der Linden 2003; Bhambra 2011.

9 Véase, p. ej., Tabili 1994.

10 Véase, p. ej., Ramdin 1987.

11 Al tratarse de organizaciones e instituciones de implantación local y nacional, todas las siglas que aparezcan en el libro reflejarán el nombre de esos organismos en el idioma original (inglés en casi todos los casos) [N. de la T.].

en una relación desigual y que garantizó que productos comestibles cotidianos como el té, el café y el azúcar se convirtieran en alimentos básicos de nuestra alimentación contemporánea, también hizo que llegaran a Inglaterra hombres y mujeres de todos los rincones del mundo.<sup>12</sup> En distintos momentos de los siglos XIX y XX, y a veces incluso antes, se asentaron en Inglaterra antiguos esclavos de ascendencia afroamericana y caribeña, trabajadores católicos irlandeses, marineros y lascars asiáticos y africanos, y emigrantes judíos que escapaban de los pogromos racistas del Imperio zarista.

Cabe destacar que la mayoría de estas personas engrosaron las filas de la clase obrera en Inglaterra, lo que confirma que su proceso de formación fue multiétnico mucho antes de que el Empire Windrush atracara en Tilbury, Essex, con 493 pasajeros procedentes de Jamaica en verano de 1948.<sup>13</sup> En este sentido, *Racismo, clase y el paria racializado* no es un estudio sociológico histórico de una sola nación, sino que más bien explica cómo poblaciones de todas partes del mundo —del Imperio británico— configuraron el desarrollo político y económico de la sociedad inglesa. Es un estudio del mundo en Inglaterra. Además, no estudia una única clase obrera inglesa; analiza cómo trabajadores de la India, de Jamaica y de Irlanda, junto con los de Londres, los de Manchester y los de cualquier otra parte, han contribuido a configurar, desconfigurar y reconfigurar la clase obrera inglesa. Sitúa en primer plano toda la diversidad de la clase obrera —personas de piel negra, oscura y blanca; inglesas, escocesas, irlandesas católicas, judías, asiáticas y caribeñas— como elemento en la configuración de la sociedad inglesa, en la configuración de la historia, aunque no siempre en circunstancias que esas personas hubieran elegido.

La importancia de reunir a estos grupos sociales en un único estudio no solo ayuda a trazar los puntos de continuidad y discontinuidad en las experiencias de distintos grupos de minorías racializadas, sino que también contribuye en gran medida a producir un análisis más exhaustivo del papel del racismo y del

---

12 Fryer 1984; Visram 2002.

13 La historiografía tradicional considera que este momento simboliza el comienzo de la moderna sociedad multiétnica inglesa [N. de la T.].

antirracismo en la clase obrera en Inglaterra. En particular, *Racismo, clase y el paria racializado* se centra en

- Las relaciones sociales entre estos grupos minoritarios y la clase obrera inglesa, incluido el papel de las élites y del Estado para mediar en dichas relaciones;

- La relevancia del racismo en la estructuración de las relaciones sociales entre distintos componentes de la clase obrera en Inglaterra, así como las perspectivas en las que se basaba;

- Los episodios de solidaridad de clase y de antirracismo, incluida la identificación de los principales actores sociales generadores de los mismos, y las ideas y perspectivas que impulsaron dichos episodios.

Como se puede discernir, *Racismo, clase y el paria racializado* va más allá de las conceptualizaciones ahora imperantes del racismo como un fenómeno definido por el color de la piel: saca a colación otras formas de racismo que la sociología ha pasado por alto en gran medida, como, sobre todo, el racismo antiirlandés católico y el antisemitismo.<sup>14</sup> Tal vez algunos académicos, sobre todo en EE. UU., cuestionen que incluya a los católicos irlandeses como grupo social racializado y me acusen de fusionar el concepto de racismo con el de conflicto étnico. Sin embargo, las personas que se dedican a la sociología en EE. UU. entienden el racismo como un fenómeno vinculado de forma restringida al color de la piel;<sup>15</sup> es decir, la raza y el racismo se conciben como cuestiones relacionadas fundamentalmente con los prejuicios y la discriminación en función del color, mientras que la etnia y el conflicto étnico (donde se incluye la religión) se usan para referirse a formas de relaciones sociales y antagonismos basados en modos de diferenciación cultural. Esa interpretación puede tener sentido teórico en EE. UU., donde la esclavitud africana tuvo tanto peso en la distorsión y en la estructuración de la sociedad. También puede ayudar a comprender por qué los migrantes de ascendencia católica irlandesa acabaron reivindicando que eran blancos, evitando así la experiencia de la racialización en EE. UU.<sup>16</sup> Sin embargo, como veremos en los próximos capítulos, no fue eso

---

14 Holmes 1988; Cesarani 1994; Hickman 1998; Mac an Ghail 2000.

15 Miles 1982, 1993.

16 Véanse Allen 1994; Ignatiev 1995.

lo que ocurrió con los católicos irlandeses en el Reino Unido del siglo XIX. En este caso, constituyeron una minoría racializada claramente delimitada; eran miembros de una raza celta supuestamente inferior que se consideraba incompatible con la pertenencia a la nación británica, sustentada en ese momento en una lealtad común al protestantismo y en la idea de una raza anglosajona. La naturaleza de la racialización dirigida contra los católicos irlandeses se parecía mucho a la de las minorías racializadas «visibles», con un discurso de raza y representaciones físicas de los católicos irlandeses como criaturas simiescas y ridículas. Por lo tanto, a diferencia de lo ocurrido en EE. UU., en el Reino Unido la etnia y la raza se entrelazaron en el caso de los católicos irlandeses desde las décadas centrales del siglo XIX. Esto refuerza la importante observación de Hall,<sup>17</sup> según la cual no puede haber una teoría general del racismo, sino únicamente racismos históricamente específicos.

En relación con esta idea, quien lea el texto deducirá que este estudio se centra fundamentalmente en el desarrollo de la clase obrera en Inglaterra y no en las otras dos naciones del Reino Unido; Escocia y Gales. Es una decisión deliberada, que se debe en gran medida al reconocimiento de que, en momentos clave, la historia de la clase obrera en Escocia y en Gales siguió trayectorias muy diferentes a las de la clase obrera en Inglaterra. Es imposible, no obstante, escribir una historia de la clase obrera en Inglaterra sin reconocer el gran peso, en particular, de las personas de ascendencia escocesa en Inglaterra, y también, de forma más general, en la clase obrera británica. Por lo tanto, en coyunturas fundamentales —como el desarrollo del nuevo sindicalismo y la formación del Independent Labour Party [Partido Laborista Independiente] (ILP), junto con los acontecimientos de Clydeside y la creación del CPGB— se deja claro el papel de los activistas socialistas escoceses. Es obvio, sin ir más lejos, que la fuerza política del CPGB en sus inicios habría sido mucho menor de no haber sido por la existencia de un «pequeño Moscú» en Glasgow. El hecho de que se tenga en cuenta la contribución escocesa a la formación de la

---

17 Hall 1980: 338.

clase obrera inglesa no minimiza en ningún caso la existencia de una historia particular de la formación de la clase obrera en Escocia desde el prisma de la raza.

### **Mapa de la argumentación**

*Racismo, clase y el paria racializado* presenta tres tesis principales. En primer lugar, se analiza el surgimiento generalizado del racismo en la clase obrera, que se remonta a las décadas de 1830 y 1840 y a las catastróficas derrotas que marcaron el fin de *la edad heroica del proletariado*. A partir de entonces, el racismo se consolidó en el seno de una clase obrera en constante crecimiento. Consecuencia del ascenso del Reino Unido como potencia hegemónica del sistema-mundo moderno, las élites aprendieron a gobernar de manera más consensuada en su propio país. Mediante la concesión de reformas políticas y la garantía de una relativa seguridad económica entre las décadas de 1850 y 1940, las élites británicas consiguieron que cada vez más miembros de la clase obrera se incorporasen a la nación imaginada como ciudadanos activos del régimen político. Evidentemente, esta estrategia no habría funcionado si hubiera seguido siendo un proceso vertical de integración de la clase obrera en la nación. La clase obrera era un actor consciente en este proceso. Es decir, esta serie de reformas emprendida por las élites se acompañó de un proceso, lento pero seguro, en el que los trabajadores a los que se les concedieron esos privilegios comenzaron a imbuirse en la idea de la nación británica respaldada por la noción de un único pueblo unido por la raza y la religión. A nivel subjetivo, los trabajadores también comenzaron a aceptar una identidad nacional británica construida en contraposición al «paria racializado» [*racialized outsider*], concepto que, en distintos momentos de nuestra historia, hizo referencia a los miembros no respetables de la clase obrera, a los católicos irlandeses, a los judíos, a los asiáticos y a las personas de origen caribeño y africano. Y como parte de ese proceso, la clase se nacionalizó y se racializó de forma permanente como una forma de representación y de relación material.

Resulta significativo que en las aproximaciones académicas se haya obviado, hasta la fecha, que, a finales del siglo XIX, los argumentos y las luchas socialistas para conseguir justicia

económica y social para las personas excluidas ya se situaban ideológicamente en el terreno de la nación. La idea de nación funcionaba como un contenedor de poder: limitaba la imaginación política incluso de la mayoría de las personas explotadas y oprimidas. Si bien las nociones de pertenencia nacional en las que se apoyaban esos nacionalismos socialistas eran sin duda más amplias que las de las élites de la época, y en ese sentido pretendían democratizar la sociedad, trataban de hacerlo identificando a nuevos parias racializados: los refugiados judíos que escapaban de los pogromos en Europa del Este o los trabajadores asiáticos y negros. Se argumentará, precisamente, que esta idea más amplia de pertenencia nacional ganó cada vez más legitimidad entre la clase obrera, justamente porque servía para representar la noción de pertenencia nacional de las élites como injusta, dado que excluía a personas que, como los propios miembros de esa clase obrera, eran también británicas y, por lo tanto, merecían un trato igual y justo. Cada vez que se desplazaba el límite de la nación para dar cabida a más miembros de la clase obrera, se acompañaba de una mayor racialización del nacionalismo, lo que impedía que se incluyera en esa idea de nación a otro grupo social llegado más recientemente. Y este proceso de luchas nacionalistas socialistas en favor de la justicia social y de la democratización del régimen político y su ulterior incorporación ideológica a la nación se repitió durante gran parte del siglo XX, con la ayuda del Partido Laborista y también del movimiento sindical.

La segunda tesis en la que se apoya *Racismo, clase y el paria racializado* defiende que, durante el periodo investigado, hubo momentos históricos en los que la clase obrera reprimió esas expresiones de racismo y, en alguna ocasión, las rechazó de forma activa. Se identifican y se analizan manifestaciones de acción colectiva y de solidaridad entre las fracciones de mayorías y de minorías racializadas obreras. Dado que estas ideologías no se habían consolidado como fuerza material en el seno de la clase obrera, se identifican numerosos casos prácticos y estampas de solidaridad entre ingleses y católicos irlandeses durante *la edad heroica del proletariado*, así como la contribución decisiva de las personas de ascendencia africana para alinear estas luchas con las batallas que libraba la esclavitud.



Se demuestra cómo esa solidaridad de clase que superaba lo que se habían convertido en límites raciales fijos perdió fuerza tras la catastrófica derrota del cartismo. Entre 1848 y 1968, por ejemplo, solo hubo dos momentos en los que integrantes de la clase obrera y de sus instituciones consiguieron eliminar durante un corto espacio de tiempo esas divisiones racistas. El primero surgió en el marco del nuevo sindicalismo de finales de la década de 1880 y principios de la década de 1890, cuando la revuelta de las mujeres en la industria, de los católicos irlandeses y de los elementos no respetables de la clase obrera acabó conduciendo a la creación del Partido Laborista. Una minoría de socialistas, fundamentalmente en la línea de la Socialist League [Liga Socialista] de William Morris, Belfort Bax y Eleanor Marx, que seguían las ideas políticas del internacionalismo proletario, trataron de conseguir apoyos para los migrantes judíos implicados en las luchas sindicales, a menudo enfrentándose al antisemitismo de los nacionalistas socialistas. El segundo momento de superación de las divisiones se produjo en las décadas de 1920 y 1930, cuando el CPGB —dirigido por algunos de sus integrantes indios, católicos irlandeses y judíos— intentó dar forma a una estrategia para cuestionar la adhesión de la clase obrera inglesa al racismo y al Imperio. En este libro se muestra que la clase obrera inglesa no empezó a bifurcarse en torno a la cuestión del racismo, dirigido en este caso contra las personas de ascendencia asiática y caribeña, hasta después de la revolución global de 1968 —en el marco de la descolonización de África, Asia y el Caribe, de la lucha por los derechos civiles en EE. UU. y de la resistencia negra en la propia Inglaterra—. Entonces, en los años setenta, en pleno proceso de crisis orgánica del capitalismo británico y de desmoronamiento del régimen del bienestar, el movimiento obrero organizado abandonó su postura tradicional de indiferencia respecto al racismo para cuestionarlo de forma activa, cambio de actitud en el que destaca el apoyo a las trabajadoras asiáticas en huelga en Grunwick. Junto a esta acción antirracista en los centros de trabajo, se evalúan y se sigue el recorrido de los intentos, por parte de los trabajadores y de los jóvenes organizados, de crear movimientos sociales antirracistas y antifascistas a una escala sin precedentes en el Reino Unido, aún a día de hoy.

En *Racismo, clase y el paria racializado* se perfila cómo el racismo de la clase obrera emerge de forma episódica, en periodos de crisis sistémica del sistema-mundo capitalista, cuyos efectos permean todas las esferas de la sociedad: la económica, la política y la ideológica y cultural. Sin embargo, no existe un movimiento instintivo hacia la izquierda política que impulse a los trabajadores a ondear la bandera de la solidaridad y del socialismo. Walter Benjamin fue el primero en advertir a los socialistas, en los años 30, del peligro de presuponer la victoria inevitable del socialismo, señalando con gran acierto que «nada ha corrompido más a los obreros alemanes que la opinión de que estaban nadando con la corriente».<sup>18</sup> Benjamin comprendía muy bien los peligros de la teleología y del fatalismo, porque había sido un trágico testigo de primera mano de la capitulación política del Partido Comunista de Alemania (KPD, por sus siglas en alemán) ante los nazis, capitulación que con tanta fuerza se dejaba ver en su derrotista eslogan «Después de Hitler, nosotros».

En esta obra se propone, más bien, la explicación de que el cambio sistémico se produce únicamente cuando esas coordenadas bien consolidadas de dominación hegemónica, que fijan en su lugar a fracciones clave de la clase obrera mediante una combinación de coerción y consentimiento, empiezan a desestabilizarse como consecuencia del conflicto y la crisis continuos. En ese proceso de renegociación de la situación, los trabajadores están más abiertos a relatos o marcos alternativos que les permitan comprender su posición social y la crisis de forma más general. Es decir, comienzan a desprenderse del consenso político establecido y se desplazan hacia la izquierda y la derecha políticas. Por eso, estos periodos de crisis constituyen un momento clave de posible cambio sistémico, aunque su desenlace nunca puede pronosticarse de antemano, sino que lo determinan las relaciones de fuerza.<sup>19</sup>

La tercera y última tesis de *Racismo, clase y el paria racializado* sostiene que es la fuerza relativa del liderazgo socialista dentro de la clase obrera, en particular el liderazgo internacionalista socialista frente al nacionalista socialista, lo que constituye

---

18 Benjamin 1940/2006.

19 Gramsci 1971.

un elemento crucial en esos momentos de crisis sistémica para determinar la escala y el ámbito de acción del antirracismo que probablemente surja en la clase obrera. Tras la derrota del cartismo, esa corriente internacionalista se convirtió en minoritaria incluso entre los socialistas. De hecho, entre 1848 y 1968 —el punto álgido del nacionalismo británico y del racismo científico— esta corriente de liderazgo, fundada en la política del internacionalismo socialista, se convirtió en gran medida, con la notable excepción de personas como William Morris, Belfort Bax, John Maclean o Sylvia Pankhurst, en dominio exclusivo de minorías racializadas. Hombres y mujeres como Eleanor Marx, James Connolly, Arthur MacManus, Zelda Kahan, Theodore Rothstein y Shapurji Saklatvala eran «parias racializados» que tuvieron un papel decisivo para que se mantuviera una corriente de internacionalismo proletario en Inglaterra. Pertenecían a grupos de minorías racializadas en el Reino Unido —católicos irlandeses, judíos e indios—, grupos sociales en contraposición a los cuales se había construido la idea preponderante del nacionalismo británico en diversos momentos de la historia. Naturalmente, su apego a la nación británica era menos firme y su participación en las luchas de la clase obrera les brindaba una capacidad singular para ver a través de la neblina de sangre, tierra y pertenencia, y para universalizar las luchas militantes, aunque a menudo particularistas, de la clase obrera. En este sentido, actuaban como fermentadores, alimentando las luchas de todo el mundo gracias a su perspectiva singular en la sociedad. Esto se materializó en el último cuarto del siglo XX, cuando los internacionalistas socialistas, en particular los socialistas de minorías racializadas, demostraron ser el conducto a través del cual las ideas, la conciencia y la práctica política antirracistas llegaron a la línea dominante del movimiento obrero organizado y superaron sus límites.

Analizar la historia de la clase obrera en Inglaterra a contracorriente ayuda a que queden más claras las contribuciones relevantes de personas de distintos grupos étnicos en las luchas decisivas por la justicia económica y social, así como en la democratización política que llevó a cabo la clase obrera entre las décadas de 1780 y de 1980. Al demostrar el carácter multiétnico de la clase obrera en Inglaterra desde el mismo momento de su

formación, las minorías racializadas ya no pueden quedar reducidas a los márgenes de los análisis históricos de su formación y su desintegración. Además, en esta obra se demostrará que el racismo fue una fuerza con influencia y capacidad de estructuración en la clase obrera ya desde las décadas de 1830 y 1840, y, para finales del siglo XIX, las minorías racializadas solían ser el trasfondo comparativo con el que algunas partes de la clase obrera inglesa legitimaban sus demandas para ser incluidas en la nación británica. El racismo se había convertido, para estratos fundamentales de la clase obrera, en su modo de vivir la clase.<sup>20</sup> Al mismo tiempo, ese racismo conseguía suprimirse en algunas ocasiones; para desarrollar esa resistencia colectiva fueron decisivos los internacionalistas socialistas de grupos de minorías: los parias racializados. Por lo tanto, la raza fue fundamental para la formación, el desmembramiento y la reconfiguración [*making, unmaking, remaking*] de la clase obrera en Inglaterra a lo largo de dos siglos.

Para terminar, albergo la esperanza de que este estudio suponga una pequeña contribución al proceso de desestabilización de esos relatos de la nación, todavía preponderantes, según los cuales Reino Unido era una sociedad homogénea en el sentido étnico y racial antes de 1948.<sup>21</sup> Espero que la demostración de las importantes contribuciones de personas de múltiples grupos étnicos a la formación de la clase obrera y de la Inglaterra moderna desde el momento de su inicio en los años 1780 anime a los británicos negros, asiáticos y blancos de la sociedad actual no solo a recordar esta historia compleja y contradictoria, sino también a reivindicar una concepción más amplia y democrática de la comunidad británica, una idea que por fin nos haga superar esas narrativas de la «raza de la isla».

En *Forging Democracy*, Geoff Eley<sup>22</sup> dirige nuestra atención al importante papel desempeñado por la clase obrera en la democratización de las sociedades europeas:

La democracia no se «entrega» o se «concede». Requiere conflicto; en concreto, exige cuestionar con valentía a la autoridad, correr riesgos y llevar a cabo temerarios actos ejemplares, precisa testigos éticos, confron-

---

20 Hall 1980.

21 Véase Goodhart 2013.

22 Eley 2002: 10.

taciones violentas y crisis generales en las que se venga abajo el orden sociopolítico establecido. [...] La democracia no surgió por evolución natural ni por prosperidad económica. Desde luego no apareció como producto derivado ineludible del individualismo ni del mercado. Llegó porque masas de personas se organizaron de forma colectiva para exigirla.

Los católicos irlandeses, los judíos, los asiáticos y la diáspora africana —no en las colonias, sino en la propia Inglaterra— contribuyeron de forma importante a esos esfuerzos continuos de la clase obrera inglesa por formar una sociedad más inclusiva y democrática, a veces aun teniéndolo todo en contra.



# 2

## CLASE, NACIÓN Y EL PARIA RACIALIZADO

*Clase y nación no eran dos conceptos antitéticos en el Reino Unido de la época, sino dos caras de los mismos procesos históricos.*

L. Colley, «Whose Nation? class and national consciousness in Britain 1750–1830», p. 100.

*Un solo error al extender demasiado la igualdad puede acabar con el orden social vigente y hacer que se desvanezcan los vínculos del orden social.*

Jeremy Bentham, citado en T. Nairn, «The English Working Class», p. 47.

*Soy antillano, amante de la libertad, y deshonraría la naturaleza humana si no fuera partidario de la libertad de los demás.*

Robert Wedderburn, citado en I. McCalman (ed.), «The Horrors of Slavery and Other Writings by Robert Wedderburn», p. 83.

### Introducción

En su obra fundamental *La formación de la clase obrera en Inglaterra*,<sup>23</sup> Edward Palmer Thompson define tanto el devastador impacto de la Revolución Industrial en la vida de los trabajadores, como el hecho de que las luchas sociales que desencadenó supusieron la formación de una clase social diferenciada; una clase obrera que, en el transcurso de estas luchas, se hizo consciente de sus propios intereses particulares, en contraposición a los de la clase capitalista y el sistema político, conocido como la «Vieja Corrupción». Según Thompson,<sup>24</sup> fue posible para los

---

23 Thompson 1963/1991.

24 Thompson 1963/1991: 938 [910].

obreros individuales tener una sensación «de una vinculación sostenida respecto a un movimiento a causa de sus propios objetivos de clase y una certeza que les permitía mantenerse firmes frente a los recursos físicos y morales de sus oponentes». Algunos de los primeros líderes de estos movimientos de oposición justificaron sus demandas de más derechos y libertades vinculándolas ideológicamente con un patriotismo radical que recurría selectivamente a relatos de un pasado mítico, a la teoría del yugo normando y al restablecimiento de las antiguas libertades del inglés libre por nacimiento.<sup>25</sup> Dado que el Estado británico moderno se consolidó en este periodo,<sup>26</sup> puede resultar sorprendente que Thompson tenga poco que decir sobre la evolución de la conciencia nacional británica en el seno de la clase obrera, así como sobre la medida en la que dicha conciencia configuró las luchas de clase de la época.

Linda Colley,<sup>27</sup> en su destacada obra *Britons*, señala este descuido y acusa a Thompson de pasar por alto la importancia del patriotismo de la clase obrera y, en particular, su adhesión al nacionalismo británico. Para Colley (1996), un elemento esencial para la formación de una conciencia nacional en todas las clases sociales fue la guerra encarnizada entre el Reino Unido y Francia que no cesó durante casi la mitad del periodo transcurrido entre 1688 y 1815. Las élites «se vieron obligadas, una y otra vez, a movilizar no solo el consentimiento, sino cada vez más la cooperación activa de una gran cantidad de británicos para ahuyentar esta amenaza recurrente del exterior».<sup>28</sup> Y lo hicieron forjando una identidad nacional construida y conformada por un «marcado sentido de disimilitud con respecto a las personas del exterior».<sup>29</sup> Por lo tanto, escoceses, galeses e ingleses se agruparon por primera vez como británicos en torno a la lealtad compartida al protestantismo, en contraposición a

[una] Francia poderosa [que] suponía una amenaza constante y se había convertido en la inquietante encarnación del «otro católico» que los británicos habían aprendido a temer desde la reforma del siglo XVI.

---

25 Thompson 1963/1991: 94–95 [101].

26 Tilly 2005.

27 Colley 1996.

28 Colley 1996: 4.

29 Colley 1996: 18.



Confrontarla les animaba a enterrar sus diferencias internas en favor de la lucha por la supervivencia, la victoria y el botín.<sup>30</sup>

Colley insiste en que la clase obrera y los trabajadores pobres también abrazaron esta identificación nacional y en que, de hecho, «se generó de forma espontánea desde abajo».<sup>31</sup> Así pues, el proceso de formación de la nación no se urdió únicamente desde arriba; la propia clase obrera lo desarrolló de forma activa, de tal manera que el nacionalismo británico sustentado en la lealtad compartida a la religión protestante «ayudó a hombres y mujeres a darle sentido a sus vidas y a obtener consuelo y dignidad ante las dificultades y los peligros. Era algo más que un conjunto de prejuicios».<sup>32</sup> Más bien,

brindaba a la mayoría de hombres y mujeres el sentido de su lugar en la historia y una impresión de valía. Les permitía sentir orgullo por las ventajas de las que realmente disfrutaban y les ayudaba a soportar las amenazas de privaciones y peligros. Les daba una identidad.<sup>33</sup>

De forma significativa, no había un antagonismo inherente entre la conciencia de clase y la de nación. Más bien, el ascenso de la conciencia nacional británica «destacó» el aspecto de clase y facilitó el progreso de ese tipo de preocupaciones. Es decir, las demandas de la clase obrera tenían más posibilidades de éxito si «recurrían al lenguaje y al activismo nacionalista para presentar sus reivindicaciones buscando un reconocimiento cívico más amplio», porque «el vocabulario patriótico les proporcionaba un medio obvio de describir y legitimar sus esfuerzos».<sup>34</sup>

El trabajo de Colley profundiza en muchos planos diferentes, sobre todo porque dirige nuestra atención a la opinión de un estrato considerable de la clase obrera para el que la identificación emergente basada en la idea de clase no suponía necesariamente un conflicto con la identificación basada en la idea de nación. En opinión de Colley, gran parte de la resistencia de la clase obrera de esta época se basó en el imaginario ideológico del nacionalismo británico y permaneció dentro de sus

---

30 Colley 1996: 387.

31 Colley 1986: 109.

32 Colley 1996: 45.

33 Colley 1996: 57.

34 Colley 1986: 116.

límites. Las acciones colectivas de esa clase obrera no pretendían derrocar el Antiguo Régimen, como afirma Thompson, sino reformarlo ampliando los límites de la nación imaginada para que los miembros de la clase obrera tuvieran cabida en ella como ciudadanos activos. En contraposición a la postura de Thompson y de otras personas que

han sostenido que la conciencia nacional de esta época se oponía de forma inherente a la conciencia de clase y funcionaba únicamente como un instrumento de control de las élites, hay mucho que decir a favor de la visión contraria.<sup>35</sup>

Sorprende que, ante su sofisticada forma de tratar las identificaciones de clase y nación respectivamente, ni Thompson ni Colley tengan mucho que decir sobre la identidad étnica y el racismo en el Reino Unido de esta época.<sup>36</sup> Sin embargo, el argumento de Colley según el cual la formación de la conciencia de clase se asocia a una conciencia nacional británica es importante, porque, como nos recuerda Paul Gilroy,<sup>37</sup> en el Reino Unido «las afirmaciones sobre la nación son siempre afirmaciones sobre la ‘raza’». El peligro de situar ideológicamente las demandas de más derechos y libertades para la clase obrera en el terreno de la nación es que puede contribuir al mismo tiempo a excluir a otras personas, sobre todo a aquellos miembros de la clase obrera que no pueden ser imaginados como británicos. Aunque Gilroy se está refiriendo en concreto a la racialización del nacionalismo británico en la época posterior a la II Guerra Mundial, ¿es posible seguir el rastro de esta relación hasta principios del siglo XIX y la *edad heroica del proletariado*? ¿Estaban las reivindicaciones de la clase obrera limitadas por una concepción racializada de la nación británica?

Investigar estas cuestiones y otras similares conlleva reconstruir la presencia de trabajadores de minorías racializadas en los años de la formación de la clase obrera inglesa. No es una tarea tan sencilla como cabría imaginar. Mientras los sociólogos británicos están centrando la inmensa mayoría de sus energías en estudios de minorías en la época posterior a la II

---

35 Colley 1986: 117.

36 Gregg 1998; Hall *et al.* 2000.

37 Gilroy 1987: 57.

Guerra Mundial,<sup>38</sup> son los historiadores quienes han arrojado más luz sobre el periodo que nos ocupa. En distintos estudios de prestigio se ha demostrado la presencia de personas negras en el Reino Unido desde la época de Isabel I,<sup>39</sup> se han recuperado escritos de activistas radicales negros que datan de entre 1780 y 1850<sup>40</sup>, y se han contado historias sorprendentes sobre la creación de un proletariado multiétnico en altamar.<sup>41</sup> Pero cruzar los límites de las distintas disciplinas en busca de un conocimiento más comprehensivo tampoco basta. La preponderancia de los paradigmas liberales o radicales de relaciones entre razas<sup>42</sup> ha ahondado en la fragmentación del conocimiento. En particular, la abrumadora atención que se dedica a las formas de racismo por el color de la piel, a menudo ha invisibilizado la experiencia de los católicos irlandeses en el Reino Unido, porque se los consideraba de raza blanca.<sup>43</sup>

Así pues, mi objetivo es emprender la tarea de reensamblar estos fragmentos de la historia de las minorías y reinsertar la presencia de los trabajadores de minorías racializadas en los comienzos de la historia de la clase obrera en Inglaterra. De esta manera, podremos explorar con cautela la naturaleza de las relaciones sociales entre los trabajadores ingleses, irlandeses y negros en este periodo y, sobre todo, podremos analizar en qué medida dichas relaciones se caracterizaron por el conflicto o por la cooperación. Mediante este proceso de reensamblaje se determinará la importancia del racismo en la estructuración de las relaciones sociales y se tendrá en cuenta el papel de los trabajadores pertenecientes a minorías en las luchas de clase radicales de la época. En términos más generales, se pretende contemplar cómo la inclusión de la presencia de trabajadores de minorías en la historia de la clase obrera en Inglaterra transforma nuestras ideas tradicionales sobre este periodo.

---

38 Solomos 2003.

39 Fryer 1984.

40 McCalman, 1991.

41 Linebaugh y Rediker 2001.

42 Miles 1984.

43 Hickman 1995; Mac an Gháill 2000.

### **«El chivo expiatorio de la degradación y del desorden»: el obrero católico irlandés y la lucha de clases**

Atrapada en una relación colonial con Inglaterra y después con el Estado británico, y con el campesinado cada vez más desposeído de sus tierras por la agricultura capitalista que seguía consolidándose en el país, no sorprende que parte de la población irlandesa viniera al Reino Unido buscando las nuevas oportunidades laborales que ofrecía el despegue de la Revolución Industrial. Al principio, trabajadores migrantes de ambos sexos encontraron trabajo agrícola en los campos británicos, sustituyendo a trabajadores ingleses que se habían desplazado a las fábricas recién establecidas en las conurbaciones urbanas. Se calcula que en esta fase temprana de la industrialización de los años 1780 residían en el Reino Unido 40 000 irlandeses.<sup>44</sup>

Sin embargo, la demanda cada vez mayor de mano de obra, unida a las terribles condiciones a las que se enfrentaban la mayoría de los pequeños campesinos en Irlanda, hizo que esta migración estacional adoptara enseguida una forma más permanente.<sup>45</sup> Y, cuando cada vez más trabajadores ingleses empezaron a dejar los empleos que exigían trabajo físico arduo y no cualificado en las zonas urbanas y se dirigieron hacia empleos cualificados y mejor pagados en la industria textil y del algodón, la demanda de mano de obra no cualificada en esas zonas se resolvió, de forma creciente, con mano de obra migrante irlandesa.<sup>46</sup> La población irlandesa en el Reino Unido creció con rapidez en los 50 años siguientes, desde la cifra de 580 000 en 1831<sup>47</sup> hasta los 727 000<sup>48</sup> en el transcurso de la hambruna de 1845–1852 —durante la que murieron de hambre un millón de personas—.<sup>49</sup> Además de en Londres, los irlandeses se establecieron en las principales ciudades industriales del norte de Inglaterra, como Liverpool y Manchester.<sup>50</sup> En Londres, consiguieron empleos en el comercio callejero, la confección y la alimentación,<sup>51</sup> mientras

---

44 MacRaid 1999.

45 Thompson 1991: 473.

46 Miles 1982: 130; Thompson 1991: 473–474.

47 Colley 1996: 348.

48 Tuathaigh 1981: 151.

49 Hobsbawm 1968; O'Murchadha 2011.

50 McDermott 1979.

51 Miles 1982.

que en el norte la mayoría trabajaban como peones en los canales y las vías férreas, y también encontraron trabajos físicos en la construcción, en los muelles y en los yacimientos de carbón de Escocia y Gales.<sup>52</sup>

Partiendo del énfasis que hace Colley en la fuerza del nacionalismo británico, sustentado en una lealtad al protestantismo compartida por todas las clases sociales, cabría esperar grandes dosis de resentimiento, división y conflicto en el seno de la clase obrera como consecuencia de la llegada de población irlandesa, fundamentalmente católica. Desde luego, no cuesta encontrar esa antipatía en un país en el que la monarquía absolutista estaba históricamente asociada al catolicismo y donde las amenazas del retorno del «gobierno de Roma» constituían un elemento esencial de la conversación nacional. Entre los arrebatos periódicos de sentimiento anticatólico en el Reino Unido —también contra los católicos ingleses—, el más importante tuvo lugar en junio de 1780 y se conoció como los disturbios de Gordon.<sup>53</sup> El Gobierno intentó reducir parte de la discriminación oficial contra los católicos para así atraerlos a las fuerzas armadas británicas, cuyos efectivos eran insuficientes como consecuencia de las guerras en distintos frentes; todo ello dio lugar a movilizaciones a gran escala de la Asociación Protestante. Dirigidas por lord George Gordon —londinense nacido en el seno de la nobleza escocesa—, más de 60 000 personas marcharon hacia la Cámara de los Comunes para entregar una petición en la que se exigía la revocación de la Ley de los papistas de 1778, ley que había eliminado algunas de las manifestaciones más evidentes de discriminación a los católicos. Mientras la multitud gritaba «¡No al papismo!», otras personas exigían entrar en la Cámara de los Comunes para presentar su petición. Fuera del parlamento estallaron los disturbios y la muchedumbre que clamaba a favor de «Iglesia y rey» comenzó a arrasar partes de Londres, atacando capillas católicas, embajadas extranjeras y la vivienda de cualquier católico que se encontrasen. Al día siguiente, atacaron la prisión de Newgate y saquearon y quemaron las viviendas de católicos ingleses en Moorfields y de católicos irlandeses en Wa-

---

52 McDermott 1979; Thompson 1991.

53 Rudé 1956.

pping y en Spitalfields. Al ejército le costó cinco días restablecer el orden. En los disturbios murieron 285 personas y 25 fueron juzgadas y colgadas.<sup>54</sup>

Si bien el conflicto entre los distintos componentes étnicos de la clase obrera de la época es innegable, se ha dedicado menos atención a la cuestión de hasta qué punto surgió una tradición en sentido inverso: de cooperación y solidaridad entre los trabajadores ingleses y los irlandeses. Cuando la llegada del capitalismo industrial debilitó la economía moral de Inglaterra,<sup>55</sup> e impulsó que los trabajadores pobres y los artesanos ingleses pusieran en marcha luchas sociales y políticas de gran envergadura, los migrantes católicos irlandeses constituyeron un elemento fundamental de las mismas.

Muy exigida por las guerras que estaba librando, sobre todo contra Francia, la Marina Real Británica había recurrido a reclutar católicos irlandeses. Cuando 16 navíos de la flota del canal se negaron a navegar en abril de 1797 y organizaron un motín colectivo en Spithead, Portsmouth, los trabajadores católicos irlandeses eran parte esencial de la plantilla. Los marineros ingleses e irlandeses eligieron delegados para negociar con el Almirantazgo y conseguir una mejora de salario y de las condiciones. En un estudio detallado del motín<sup>56</sup> se revela que la animadversión entre trabajadores ingleses e irlandeses durante el conflicto fue muy escasa y, en el transcurso de un mes, el Almirantazgo, temeroso de que el conflicto pudiera extenderse en tiempos de guerra, cedió a los requerimientos de los marineros.

Los ingleses y los irlandeses que se amotinaron en Nore, en el estuario del Támesis, en mayo de 1797 formularon demandas más exigentes que las planteadas en Spithead: más permisos, incluido el derecho al permiso para bajar a tierra cuando el barco estuviera atracado en puerto, el indulto para los desertores y un veto en la designación de oficiales impopulares. En esta ocasión, la destacada presencia de radicales irlandeses en el conflicto, entre ellos los miembros de United Irishmen —una organización formada en 1791 y comprometida con la libertad de Irlanda y con la creación de una república al estilo francés, sustentada en

---

54 Rudé 1956.

55 Thompson 2009.

56 Coats 2011.

los ideales de libertad, igualdad y fraternidad—, hicieron que el Almirantazgo reaccionara promulgando una ley que declaraba ilegales a los amotinados. El conflicto se consideró «una sublevación declarada contra la autoridad constituida» y el Almirantazgo se mantuvo firme. Con el paso del tiempo, se intensificó la división entre los marineros —aunque sin seguir patrones étnicos— respecto a la forma de proceder, lo que debilitó el motín. Más tarde, Richard Parker, presidente de los delegados de la flota o «República Flotante», como se la conocía, fue arrestado y ahorcado.<sup>57</sup>

Las sociedades de correspondencia que aparecieron en el Reino Unido después de la Revolución francesa desempeñaron un papel crucial para fraguar «una nueva conciencia democrática».<sup>58</sup> Para ello, reunieron a defensores de todo tipo de causas radicales, como la oposición a la aristocracia y a la esclavitud, y abogaron por una ampliación de los derechos y las libertades de la población obrera. Estas nuevas agrupaciones rechazaban «cualquier noción de exclusividad, el fin de la política como el coto de alguna élite hereditaria o grupo de propietarios»<sup>59</sup> y albergaban a artesanos, comerciantes, mecánicos, obreros en general, y hombres dedicados a profesiones de más cualificación. Su objetivo era nada menos que transformar a «la muchedumbre» «mediante la agitación y la educación» de «seguidores de la facción» en seguidores del «estandarte de la libertad».<sup>60</sup> En este ámbito, los católicos irlandeses también estaban bien representados y participaban en las deliberaciones en torno a todo tipo de cuestiones, también sobre cómo proteger la libertad de Irlanda frente al Estado británico.<sup>61</sup>

La fuerza de esta corriente jacobina y el desarrollo más general de una cultura del disenso político en el seno de la clase obrera nos ayudan a explicar cómo, en ocasiones, las luchas de clase de los obreros ingleses e irlandeses podían alinearse con la causa de la liberación nacional de Irlanda. El considerable apoyo a la rebelión irlandesa de 1798 en Inglaterra, sobre todo

---

57 Manwaring y Dobree 1935; Thompson 1991.

58 Thompson 1991: 80 [98].

59 Thompson 1991: 24 [43].

60 Thompson 1991: 109 [125].

61 Thale 1983; Thompson 1991: 185.

entre los radicales de los distritos manufactureros del norte, es un buen ejemplo de ello.<sup>62</sup> En términos más generales, Thompson señala que lo que llama la atención en este periodo no son «los roces, sino la relativa facilidad con que los irlandeses fueron absorbidos en las comunidades obreras»: en las zonas donde se establecieron migrantes irlandeses «se produjeron gran cantidad de matrimonios mixtos».<sup>63</sup> No solo los católicos irlandeses se estaban convirtiendo en un componente esencial de la clase obrera en Inglaterra, en una época en la que la adhesión al nacionalismo británico estaba supuestamente consolidándose en el seno de la clase obrera inglesa, sino que, en ciertas ocasiones, los irlandeses lograron incluso conquistar a algunos radicales ingleses para la causa de la libertad nacional de Irlanda respecto a la dominación imperial británica. Era una clase obrera que todavía no había izado su bandera en el mástil del interés nacional británico.

Era inevitable que a esta demanda cada vez más sólida de una ampliación de los derechos y las libertades democráticas le siguiera «un asalto contrarrevolucionario respaldado por los recursos de la autoridad establecida».<sup>64</sup> Los líderes de las sociedades de correspondencia fueron encarcelados y el Estado británico, preocupado ante la perspectiva de que los recién creados sindicatos se convirtieran en vehículos del cambio social radical, promulgó las Leyes de asociación de 1799 y 1800, en las que se prohibía el derecho a organizarse. Se ilegalizaron las asociaciones de dos o más trabajadores que tenían el propósito de aumentar los salarios o reducir las horas de trabajo y los trabajadores fueron «procesados a millares».<sup>65</sup>

Cuando los trabajadores se opusieron a que los empresarios sustituyesen la mano de obra no cualificada por nueva maquinaria, los despidieron sumariamente y los reemplazaron por personas de la reserva de mano de obra, cada vez más abundante.<sup>66</sup> La supresión del derecho a organizarse castraba en la práctica la capacidad de la clase obrera para ofrecer resistencia de forma colectiva a las duras condiciones de su existencia. Sin

---

62 Thompson 1991: 185.

63 Foster 1977; Thompson 1991: 480 [479].

64 Thompson 1991: 123 [138].

65 Pelling 1987: 16–20; Morton 1994: 364.

66 Pelling 1987: 18.



embargo, a pesar de estos obstáculos, o tal vez gracias a ellos, siguió desarrollándose una conciencia de clase específicamente obrera. Los grupos de trabajadores conocidos como luditas reaccionaron destruyendo de forma sistemática la maquinaria y las fábricas que entendían que minaban su medio de vida; Hobsbawm describe su actividad como una forma de «negociación colectiva por el disturbio». <sup>67</sup> Los trabajadores irlandeses también estaban presentes en estas rebeliones luditas; según un cura católico, estaban muy implicados en las rebeliones y «eran más propensos a participar en [los sindicatos] organizaciones y sociedades secretas que los ingleses». <sup>68</sup> Ante la resistencia en los lugares de trabajo, el Gobierno tuvo que derogar las Leyes de asociación para luego acabar presentando otra Ley de asociación nueva en 1824 según la cual los trabajadores podían asociarse sin miedo a ser procesados. <sup>69</sup>

No obstante, este cambio en el estatus jurídico de los sindicatos no tuvo el efecto deseado de mitigar la dimensión del descontento expresado por partes significativas de la clase obrera. En lugar de ello, la legalización vino acompañada de un estallido inmediato de las huelgas. <sup>70</sup> Los trabajadores católicos irlandeses volvían a estar en el epicentro de este nuevo sindicalismo emergente. Un empresario furioso declaró en una comisión parlamentaria que

allá donde hay descontento, predisposición a asociarse, o huelgas entre los trabajadores, los irlandeses son siempre los líderes. Con ellos es mucho más complicado razonar y son los más difíciles de convencer en materia de salarios y regulaciones. <sup>71</sup>

Y fue durante los primeros meses de sindicalismo legal y combativo de 1824 cuando surgió el primer líder sindical nacional en el Reino Unido: John Doherty, irlandés. Doherty empezó a trabajar en las fábricas de algodón irlandesas antes de cruzar el mar de Irlanda para trabajar en Manchester en 1816. <sup>72</sup> «Fue aprendiz en la época de la ilegalidad, cuando se convirtió en un

---

67 Hobsbawm 1990: 89 [81].

68 Citado en Thompson 1991: 484, 652-654 [482, 653].

69 Pelling, 1987.

70 Véase Morton 1994: 365-366.

71 Citado en O'Higgins 1961: 89.

72 Tilly, 2005: XVIII.

líder de confianza de los hilanderos de algodón».73 Además de crear un sindicato de hilanderos de algodón en la zona de Manchester, Doherty dirigió huelgas contra la introducción de nueva maquinaria de hilatura, que, en su opinión, debilitaba la posición negociadora de los operarios. En 1819, ingresó en prisión con una condena de dos años por haber ayudado a iniciar una huelga el año anterior.74

Doherty fue uno de los primeros líderes de la clase obrera en darse cuenta de que la consolidación del Estado nacional británico exigía que los trabajadores británicos también se organizaran en el mismo terreno y que la política de los «obreros británicos» se «nacionalizase».75 Sin embargo, su propuesta de una nueva forma de organización política nacional no resultaba fácil de encajar con las ideas preponderantes de nacionalismo británico apoyado en la lealtad compartida al protestantismo. Doherty propuso un arreglo sin vinculación con ninguna religión específica, más amplio y más democrático, según el cual los obreros ingleses, escoceses y también migrantes católicos irlandeses que trabajasen en la industria del algodón en el Reino Unido se organizaran junto a los obreros del algodón en Irlanda para demandar más derechos y libertades, oponiéndose al Estado británico.

En diciembre de 1829 en la isla de Man, Doherty fue «el espíritu impulsor» de una conferencia de obreros textiles ingleses, escoceses e irlandeses que condujo a la formación del Gran Sindicato General de Hiladores de Gran Bretaña e Irlanda.76 No obstante, se dio cuenta de que esta iniciativa de organizar grupos de trabajadores en sindicatos nacionales no podría evitar los intentos capitalistas de sembrar la división dentro de la propia clase obrera. Y, por ello, en una conferencia celebrada en Manchester en 1830, creó la National Association for the Protection of Labour [Asociación Nacional para la Protección del Trabajo] (NAPL), de la cual se convirtió en secretario.77 La NAPL fue

---

73 Morton, 1994: 366.

74 Tilly, 2005: XIX.

75 Tilly, 2005: XIX.

76 Pelling 1987: 26–27; Morton 1994: 366.

77 Pelling 1987; Morton 1994.

el primer sindicato, o unión de gremios, que no trataba de satisfacer únicamente las necesidades de un sector de los trabajadores. Su objetivo era unir a toda la clase obrera y de hecho llegó a tener 100 000 afiliados.<sup>78</sup>

Logró un respaldo importante en Lancashire, pero también en Huddersfield, Birmingham y Staffordshire.<sup>79</sup> Esta estampa de John Doherty sugiere que, pese a la preponderancia del sentimiento antiirlandés y anticatólico en el Reino Unido, y también en algunos sectores de la clase obrera, una fracción considerable de la clase obrera organizada consideraba que el hecho de que Doherty fuera irlandés no era importante y lo eligieron como líder por su contundente defensa de los intereses de la clase obrera. Sin duda, Dorothy Thompson está en lo cierto cuando describe a John Doherty como «probablemente el sindicalista más importante e influyente de la primera mitad del siglo».<sup>80</sup>

En términos más generales, el rápido crecimiento de la migración católica irlandesa no pareció haber generado en la clase obrera inglesa el nivel de hostilidad que cabría esperar si se tiene en cuenta la tesis de Colley sobre la integración y la unificación crecientes de la población en torno a la lealtad compartida al protestantismo. Aunque es indudable que existía una corriente de conflicto relacionado con la confesión religiosa en el seno de la clase obrera, en este capítulo se ha sacado a la luz otra corriente sobre la que existe menos información: la de la cooperación y la solidaridad entre trabajadores ingleses y católicos irlandeses. Esto ayuda a rebatir la visión convencional de una relación completamente hostil entre la mano de obra migrante irlandesa y la inglesa.<sup>81</sup> En lugar de ello, las personas migrantes católicas irlandesas y sus descendientes resultaron ser una parte integral del movimiento obrero en Inglaterra y a menudo tuvieron mucho peso en los movimientos sindicales y políticos radicales de la época. Como señala Belchem, «los intereses y los esfuerzos de ingleses e irlandeses se entretajeron de forma esencial, lo que da muestras de una lealtad de clase que lo abarcaba todo».<sup>82</sup> De hecho, el radi-

---

78 Morton 1994: 366.

79 Pelling 1987: 27.

80 Dorothy Thompson 1982: 130.

81 Miles 1982; Solomos 2003.

82 Belchem 1985: 89.

calismo obrero inglés era hasta tal punto sinónimo de lo irlandés que solía atribuirse al temperamento «irlandés»,<sup>83</sup> porque era una forma de política de clase que no era fácil de situar junto a las representaciones preponderantes de la nación británica.

### **Los radicales negros como eje del movimiento antiesclavista**

De acuerdo con una versión de la historia muy asentada, la esclavitud se abolió en el Reino Unido y en sus colonias por la repulsión que sus horrores provocaban a las élites y porque brindaba «una grata oportunidad para reafirmar su herencia libertaria», para «redimir a la nación, como acto patriótico»,<sup>84</sup> en contraposición a la Revolución estadounidense, que se había apropiado de esa libertad mientras se seguía practicando la esclavitud en tierra estadounidense. Sin duda, la hipocresía estadounidense en torno a esta cuestión fue un componente importante para que se avivase la imaginación del movimiento abolicionista emergente en el Reino Unido. El destacado abolicionista Thomas Day acusó de ello a Thomas Jefferson —uno de los arquitectos de la independencia estadounidense—, declarando que

si hay algo verdaderamente ridículo es un patriota estadounidense, que firma resoluciones de independencia con una mano mientras con la otra blande el látigo sobre sus aterrorizados esclavos.<sup>85</sup>

Sabemos además que, igual que muchos otros movimientos radicales de la época, ese sentimiento abolicionista también se fraguó al calor de las corrientes discrepantes de la tradición inconformista inglesa, como los cuáqueros y los metodistas. En este sentido, el abolicionismo estaba integrado por varios movimientos, algunos por arriba y otros por abajo. En contraste con esta lectura, se ha prestado relativamente poca atención a las acciones autónomas emprendidas por las minorías en su lucha por lograr su libertad, incluidas las de los propios esclavos, y tampoco se ha tenido muy en cuenta hasta qué punto dichas acciones ayudaron a configurar el movimiento antiesclavista dentro del mismo Reino Unido. Gracias a las lecturas activistas y académi-

---

83 Thompson, 1991: 443.

84 Colley 1996: 375.

85 Citado en Armitage, 2007: 77.

cas de Herbert Aptheker (1943)<sup>86</sup> y C. L. R. James (1938/1991),<sup>87</sup> y también al trabajo más reciente de Robin Blackburn (1988),<sup>88</sup> sabemos que las rebeliones de esclavos crecieron en magnitud y alcance a finales del siglo XVIII, a medida que los afroamericanos trataron de forzar a EE. UU. a que hiciera efectiva la promesa que figuraba en la Declaración de Independencia, según la cual «todos los hombres son creados iguales». Además, en la colonia francesa de Santo Domingo, los esclavos africanos se rebelaron en Plaine-du-Nord cuando se dieron cuenta de que no iban a ser partícipes de los derechos de libertad, igualdad y fraternidad surgidos en el transcurso de la Revolución francesa, lo que obligó a la Asamblea Legislativa francesa a proclamar con retraso, en 1792, la igualdad de todas las personas libres en todas las colonias francesas, independientemente del color de su piel.

En el Reino Unido, el movimiento antiesclavista se nutría intelectual y políticamente de la población, cada vez mayor, de esclavos libertos de ascendencia africana. Aunque el país llevaba desde el siglo XVI albergando a pequeñas cantidades de africanos, a finales del siglo XVIII esta población ya había crecido hasta alcanzar una cifra de entre 10 000 y 20 000 personas.<sup>89</sup> Fue Olaudah Equiano, esclavo liberto, quien llamó la atención de la opinión pública británica con su experiencia de la esclavitud en primera persona. Su notable autobiografía *Narración de la vida de Olaudah Equiano «El Africano» escrita por él mismo: autobiografía de un esclavo liberado del siglo XVIII (1789)* —el relato de su sufrimiento como esclavo y de su vida posterior en el Reino Unido— enseguida llegó a tener varias ediciones y fue uno de los primeros libros promovidos por el Comité para la Abolición del Comercio de Esclavos.<sup>90</sup> Equiano también fue decisivo porque llamó la atención de Granville Sharp y de otras personas sobre la historia del barco negrero Zong y cómo en 1781 su capitán había arrojado por la borda a 122 esclavos enfermos, a los que se sumaron otros diez que se habían suicidado por desesperación. Los motivos del capitán estaban claros: como los esclavos eran

---

86 Aptheker 1943.

87 C. L. R. James 1938/1991.

88 Blackburn 1988.

89 Fryer 1984: 68.

90 Véase también Carretta, 2005.

considerados carga, los dueños del barco tenían derecho a recibir una compensación de 30 £ por cabeza si se perdían en el mar, mientras que si los esclavos hubieran muerto en tierra no habría recibido ninguna compensación.

Hay que resaltar que Equiano era un miembro activo de la London Corresponding Society [Sociedad de Correspondencia de Londres] y que era amigo de su fundador y secretario, Thomas Hardy. Ya se ha comentado que las sociedades de correspondencia fueron lugares de encuentro fundamentales para el intercambio de ideas radicales relacionadas con la libertad de la clase obrera y con la liberación nacional de Irlanda. Y las ideas sobre la libertad negra circularon por estas mismas redes y se engranaron con las demás causas. Thomas Hardy declaró que la libertad de negros y blancos era indivisible<sup>91</sup> y John Thelwall —jacobino y abolicionista ferviente— aunó las luchas contra la esclavitud en ultramar y la explotación de clase en el territorio doméstico con esta declaración incendiaria: «la semilla, la raíz de la opresión está aquí, y aquí es donde debe empezar el remedio».<sup>92</sup> Sin duda, no es una coincidencia que la clase obrera, aún en estado embrionario, fuera la más receptiva a este mensaje. En este periodo marcado por la intensidad de los cambios sociales, los conflictos y la circulación de ideas revolucionarias, el conocimiento de primera mano de la opresión racista que ofrecían Equiano, Ottobah Cugoano, Ignatius Sancho, Phillis Wheatley y muchas otras personas desconocidas tuvo eco y se fusionó con la desafección generada por las condiciones sociales de la clase obrera en la metrópoli. En 1792, la petición presentada en Manchester para abolir la esclavitud contaba con la firma de 20 000 personas, más del 20% de la población total de una ciudad cuya prosperidad era resultado del esclavismo y de la producción de algodón.<sup>93</sup> Como señala Fryer,<sup>94</sup> «la unidad en la lucha de las personas obreras blancas y negras se plasmó de forma práctica en las calles de los centros urbanos de provincias del Reino Unido en los años 1790». Esa solidaridad que atravesaba las llamadas fronteras raciales aterrizzaba a la élite británica:

---

91 Fryer 1984: 210.

92 Fryer 1984: 212.

93 Fryer 1984; Blackburn 1988.

94 Fryer 1984: 210.

Aterrada por la Revolución francesa, horrorizada por la revolución de los esclavos negros en la isla de Haití, la clase dirigente consideraba la relación entre el radicalismo del Reino Unido y el abolicionismo un augurio aterrador. [...] Nunca antes se había conocido algo así, cosa que hacía estremecerse a las clases altas.<sup>95</sup>

Con el recrudescimiento de la radicalización de la clase trabajadora pobre como telón de fondo, surgió en el Reino Unido otra figura destacada de ascendencia africana: Robert Wedderburn. Nacido en Jamaica en 1762, hijo de una mujer africana esclavizada y de un médico escocés dueño de plantaciones de azúcar, Wedderburn era —como lo fue Equiano antes que él— una figura de la minoría, un extraño en el corazón del Imperio británico, y, aún así, fue decisivo en la visibilización de los vínculos entre el sufrimiento y las luchas de los esclavos africanos en ultramar y las luchas de la clase obrera en la metrópoli.<sup>96</sup> Su vida estuvo determinada por muchos de los grandes acontecimientos de la época; había sido testigo de la violencia brutal impuesta a los esclavos, incluidas su madre y su abuela. Se unió a la Marina Real Británica durante la Revolución estadounidense y también había tenido algo de relación con el motín naval de Nore de 1797.<sup>97</sup> Comenzó a seguir a Thomas Spence, un importante radical inglés de Newcastle, y se familiarizó con las luchas de la clase obrera. Así pues, Wedderburn

conocía la plantación, el barco, las calles, la capilla, el club político, la fábrica y la prisión como escenarios de actividad proletaria autónoma [...] y fue [por lo tanto] un actor fundamental y estratégico en la creación y la propagación de tradiciones revolucionarias.<sup>98</sup>

Disuadía a la gente de presentar peticiones contra la esclavitud, «porque es degradante para la naturaleza humana rogar a tus opresores».<sup>99</sup> En cambio, destacaba la actividad autónoma de los esclavos para lograr su propia libertad, porque

la igualdad de vuestra condición actual de esclavitud es vuestra fuerza. Todos sentís el agravio; todos sois capaces de oponer resistencia. Vuestros

---

95 Fryer 1984: 210–211.

96 McCalman 1991.

97 Linebaugh y Rediker 2001: 288.

98 Linebaugh y Rediker 2001: 288–289.

99 Wedderburn citado en McCalman, 1991: 82.

opresores lo saben, os temen; pueden anticipar su caída cuando toméis la determinación de lograr vuestra libertad y haceros con vuestro derecho natural. Eso es la libertad.<sup>100</sup>

En 1813, parece ser que Wedderburn se unió a Spencean Philanthropists, un grupo de izquierdas inspirado por los escritos de Thomas Spence y una de las pocas organizaciones que habían sobrevivido a la eliminación de las sociedades de correspondencia. Poco después, publicó seis ediciones de una importante revista llamada *The Axe Laid to the Root* [El hacha puesta en la raíz]. Por medio de esta revista y de innumerables reuniones de Spencean Philanthropists, comenzó a vincular las penurias de los esclavos africanos con las dificultades a las que se enfrentaban los trabajadores pobres ingleses, en la medida en que «los medios para lograr justicia son tan caros que no es posible lograrla».<sup>101</sup> Este aunamiento de las luchas contra la esclavitud y por la justicia social para la clase obrera encontró su expresión política en los llamamientos de Wedderburn a favor de un Jubileo: una comunidad libre e igualitaria. Según Wedderburn, Spence

sabía que la tierra fue entregada a los hijos de los hombres, sin hacer diferencias de color ni de carácter, justo o injusto; y que cualquier persona que declarase que un trozo de tierra era de su propiedad era un criminal, y que, aunque la vendieran o se la legaran a sus hijos, no harían otra cosa que transferir algo conseguido por la fuerza o de forma fraudulenta.<sup>102</sup>

Las ideas políticas cada vez más radicales de Wedderburn atrajeron la atención del Estado. Espías gubernamentales informaron de que, en una reunión organizada por Wedderburn, se había preguntado a los asistentes si un esclavo tenía derecho a matar a su «amo» si le negaba su libertad. El público, según los espías, se había manifestado abrumadoramente a favor. También tomaron nota de que Wedderburn destacó ante los allí presentes que los esclavos llevaban dos décadas luchando por su libertad y «apeló a los británicos que se vanagloriaban de la superioridad de sus sentimientos y de sus principios, para preguntarles si es-

---

100 Citado en McCalman 1991: 87.

101 Citado en McCalman 1991: 93.

102 Citado en McCalman 1991: 82.



taban listos para luchar ahora, durante un breve periodo, por sus libertades». <sup>103</sup>

El reflejo más claro de la indivisibilidad de las campañas contra la explotación en la metrópoli y la opresión en las colonias es la trágica figura de William Davidson. Nacido en Jamaica, hijo del Fiscal General de Jamaica y de una mujer local de ascendencia africana, Davidson viajó al Reino Unido en la adolescencia para estudiar derecho. Escandalizado por la masacre de obreros de Peterloo en 1819, se unió a la Society of Spencean Philanthropists y en 1820 fue arrestado, junto con otras personas, por planear asesinar a miembros del Gobierno británico en la llamada conspiración de Cato Street. <sup>104</sup> En el juicio, Davidson habló largo y tendido de las ideas radicales que habían inspirado a tantas personas trabajadoras, entre ellos a él, inglés «mulato», a oponerse a la autoridad establecida. En particular, justificó con gran elocuencia su oposición a la tiranía refiriéndose a la Carta Magna:

Nuestra historia va más allá y dice que, cuando otra de sus Majestades los Reyes de Inglaterra trató de infringir esos derechos, el pueblo se armó y le dijo que, si no les concedía los privilegios propios de los ingleses, le obligarían a hacerlo a punta de espada. [...] ¿No preferirían ustedes gobernar un país de hombres enérgicos y no de cobardes? <sup>105</sup>

Junto con sus cuatro compañeros de conspiración, Davidson fue acusado de alta traición, colgado y posteriormente decapitado el 1 de mayo de 1820. <sup>106</sup> La oposición de la clase obrera a la esclavitud se mantuvo, en parte inspirada por las contribuciones de miembros de la diáspora africana, como Equiano, Wedderburn y Davidson. Entre 1826 y 1832, se presentaron más de 3500 peticiones a la Cámara de los Lores, lo que acabó contribuyendo a la abolición de la esclavitud en las Antillas británicas en 1833.

Esta explicación de la abolición de la esclavitud en el Reino Unido «de abajo hacia arriba» en términos de clase es una recitificación importante a la explicación de arriba hacia abajo, con liderazgo de las élites, propuesta por Colley. <sup>107</sup> Aunque esta reco-

---

103 McCalman 1991: 116.

104 Thompson 1991.

105 Citado en Fryer 1984: 219.

106 Wilkinson 1972; Fryer 1984; Edwards y Dabydeen 1991.

107 Colley 1996.

noce que hubo una intensa oposición a la esclavitud en la clase obrera, rechaza cualquier motivación noble para ello, afirmando más bien que

los esclavos, a diferencia de los irlandeses o de los católicos, o de la clase obrera, existían en su gran mayoría fuera de las fronteras geográficas y mentales del Reino Unido. [...] Los esclavos, en pocas palabras, no suponían una amenaza, al menos para los británicos de la metrópoli.<sup>108</sup>

Sin embargo, ninguno de los elementos de su explicación resiste un examen crítico. En primer lugar, el argumento de Colley sobre la oposición de la clase obrera a la esclavitud parece basarse en el supuesto de que los esclavos no representaban una amenaza para la clase obrera en la metrópoli. No obstante, esta visión pasa por alto que fueron justamente los segmentos de la población obrera que se habrían visto más afectados por el fin de la producción de algodón a cargo de los esclavos —como la nueva clase obrera de Manchester— quienes más apoyaron la abolición. En segundo lugar, si las élites hubieran abolido la esclavitud para reafirmar su herencia libertaria, la pregunta obligada es por qué, justo después de la abolición en 1833, les pareció procedente instituir en 1834 lo que Hugh Tinker<sup>109</sup> denomina «nueva forma de esclavitud», personificada en la mano de obra «culi». En esta nueva esclavitud *de facto*, trabajadores de distintas partes del sur de la India y de China eran transportados a bordo de barcos abarrotados hasta diferentes partes del Imperio británico, como el Caribe, las islas del Pacífico y Sudamérica. Muchos morían durante el viaje, por desnutrición, enfermedad u otras formas de maltrato. Aunque este tipo de mano de obra «culi» solía clasificarse como servidumbre ligada al amo con un contrato de aprendizaje de cinco años, los vestigios de la esclavitud seguían presentes y con frecuencia había una considerable laguna entre la ley y su aplicación. Muchos investigadores del comercio de «culis» dan cuenta de condiciones nefastas e inhumanas; muchos trabajadores nunca recuperaron su libertad después de haber trabajado cinco años para el dueño de la plantación, como se estipulaba en su contrato.<sup>110</sup>

---

108 Colley 1996: 376.

109 Tinker 1974.

110 Rodney 1981.

## **La clase por encima de la nación y la relevancia del paria racializado**

Incluir a los trabajadores africanos y católicos irlandeses en la historia de la formación de la clase obrera en Inglaterra nos permite reescribir los relatos tradicionales sobre su surgimiento. La demostración de la presencia relevante de minorías en sus comienzos hace posible desvelar y recuperar una tradición histórica de cooperación y solidaridad que solía trascender las barreras raciales y étnicas. Evidencia cómo los trabajadores racializados eran absorbidos con relativa facilidad por la clase obrera de Inglaterra, cómo algunos de ellos se convirtieron en destacados líderes de la lucha obrera de la época, y también que, en ocasiones, esa solidaridad podía llegar a convertirse en apoyo obrero y de la gente corriente a las causas del abolicionismo y de la emancipación irlandesa. Cabe reseñar que esta lectura también plantea objeciones importantes a la tesis de Colley, en particular sobre el grado en el que los obreros ingleses amarraron voluntariamente su bandera al asta del nacionalismo británico.

Aunque la versión de Colley sobre la formación de la clase dirigente británica en esa época sigue siendo convincente, resulta más complicado respaldar su hipótesis de que la clase obrera había aceptado su identidad nacional británica y que se había sentido implicada en la nación británica hasta el punto que ella sostiene. La realidad era más fluida, inestable e irregular. La lectura que propone es parcial porque subestima el impacto de la Revolución Industrial en la transformación de la vida del artesanado tradicional y de la clase obrera y, en consecuencia, en la conciencia de clase. Este proceso conllevó «una nueva relación económica entre las gentes, un nuevo sistema de producción, un nuevo ritmo de vida, una nueva sociedad, una nueva era histórica»<sup>111</sup> que tuvo varias implicaciones: la división de la población de la industria en empresarios y trabajadores sin ninguna propiedad; la producción intensiva en la que se combinaba maquinaria especializada con mano de obra especializada, la «tiranía del reloj» y la regularidad del trabajo; y la «dominación de toda la economía —y de hecho, de todas las esferas de la vida— en función de la actividad de los capitalistas y de la acumulación

---

111 Hobsbawm 1990: 65–66 [59].

de beneficios». La lucha de clases que la Revolución Industrial desencadenó entre la mano de obra asalariada y los empresarios era de una ferocidad sin precedentes, y tan cruda en lugares como Manchester, que merece la pena recordar las palabras que escribió un clérigo:

No hay ninguna otra ciudad en el mundo donde la distancia entre el rico y el pobre sea tan grande o la barrera que los separa tan difícil de franquear [...]. Hay mucha menos comunicación *personal* entre el dueño de una hilandería y sus obreros, entre el estampador de indianas y sus oficiales eternamente manchados de azul, entre el sastre y sus aprendices, que entre el duque de Wellington y el más humilde jornalero de sus tierras.<sup>112</sup>

Durante gran parte del último tramo del siglo XVIII y la primera mitad del XIX predominó una situación de guerra abierta entre clases, acompañada del surgimiento de un fuerte sentido de identidad de clase. Si bien es cierto que esta conciencia de clase, en ocasiones, tal vez echara la vista atrás en la historia y se articulara por medio de la mítica idea de la nación inglesa que condensa la teoría del yugo normando<sup>113</sup> para justificar ideológicamente su acción colectiva, con el paso del tiempo también llegó a imaginarse un futuro mejor configurado a través del socialismo utópico; sin embargo, rara vez trató de justificar dicha acción colectiva en el terreno del nacionalismo británico. La importancia de esta forma de conciencia de clase reside en su carácter de oposición, y en su capacidad de generar muestras de solidaridad colectiva que no pueden circunscribirse con facilidad a los límites preponderantes del concepto de lo británico definido por las élites. Esa formación de una conciencia de clase obrera tan potente fue lo que ayudó a «vacunar» a esa clase obrera, en parte, frente a las ilusiones que podría haberse hecho respecto al Estado británico y a las élites dirigentes. Con este telón de fondo plagado de conflictos, ¿cómo podían las élites construir un relato estable y coherente sobre el interés nacional común mientras grandes segmentos de la clase obrera pensaban que eran esas mismas élites y el Estado británico los responsables de su represión y de las desesperadas condiciones de su existencia? Durante

---

112 Hobsbawm 1990: 87 [79].

113 Hill 1968.

mucho tiempo fue muy difícil aunar estas formas antagónicas y contradictorias de identificación nacional y de clase.

El hecho de que Colley no repare en la naturaleza de este conflicto de clase es lo que le lleva a poner demasiado énfasis en la dimensión del patriotismo obrero; al menos, en la del patriotismo británico en el seno de la clase obrera inglesa. Aunque no pretendo negar que, en algunos lugares y en determinadas circunstancias, partes de la clase obrera aceptaron de forma activa la idea de ser británicos y protestantes y se identificaron con esos conceptos, mi argumento es que, durante gran parte de este periodo, la clase obrera, como población sin derecho a voto y, por lo tanto, ciudadanos inactivos de un Reino Unido protestante, siguió siendo la clase social menos receptiva a esos proyectos nacionalistas integradores. Colley llega a admitir esta idea, aunque a regañadientes, cuando señala que el llamado trabajador patriótico en realidad se presentaba voluntario a las guerras por motivos relacionados con la coacción económica y la intimidación de las élites, no por ningún tipo de lealtad instintiva al rey ni al país.

También es significativo el silencio de Colley sobre Irlanda en su explicación de la formación de los británicos. Al no tener en cuenta la posición de Irlanda como colonia del Reino Unido —no a miles de kilómetros, sino en su misma puerta—, no repara en la relevancia política de la migración católica irlandesa al Reino Unido. Esta población no solo llevó consigo los recuerdos colectivos de la opresión colonial a manos del Estado británico, sino también la idea de que esa opresión se había consolidado mediante una forma de racismo que los había concebido como «irlandeses rebeldes» y «salvajes por naturaleza» incapaces de civilizarse.<sup>114</sup> Como consecuencia de los movimientos migratorios generados por el desarrollo desigual del capitalismo, el racializado de la colonia irlandesa se convirtió en el paria racializado en el seno de la nación británica.

El término «paria racializado» se utiliza para indicar que la experiencia previa de este grupo, como pueblo subyugado y racializado a manos de la élite británica, contribuyó a conformar su relativa falta de entusiasmo y de compromiso con las ideas

---

114 Allen 1994.

políticas y con las representaciones preponderantes de la nación británica una vez en el Reino Unido. Al fin y al cabo, «su» nación estaba bajo el yugo de hierro del Estado británico, se les castigaba como católicos y cada vez más como miembros de una raza celta inferior. Y este distanciamiento respecto a la ideología preponderante les proporcionó una perspectiva singular, una óptica alternativa con la que interpretar los acontecimientos sociales y políticos de la época. Fue esta conciencia politizada, singular, del paria racializado lo que se prestó a disentir y, como los obreros ingleses ya estaban inmersos en una encarnizada lucha de clases con los empresarios y con el Estado, los obreros católicos irlandeses se unieron a ellos. En este capítulo se ha demostrado que, además de su participación activa en muchas de las luchas de clase fundamentales del momento, algunos trabajadores católicos irlandeses llegaron a convertirse en líderes de sindicatos y de otras formas de acción colectiva de la clase obrera.

También había parias racializados de ascendencia africana. Personas como Equiano, Wedderburn y Davidson, y muchas otras que participaron de forma activa en las luchas de clase y en las formaciones políticas de la época, aportaban su experiencia de primera mano con el aparato estatal represivo e ideológico del Estado británico en el exterior. Conocían de sobra la utilización del racismo por parte de las élites británicas para justificar la conquista colonial, porque ellos mismos eran objeto de esa represión ideológica. En las colonias británicas de América, la élite colonial vulnerable, temerosa de que se produjera una rebelión conjunta de los trabajadores africanos y europeos contra la opresión de clase y la servidumbre, había recurrido a su visión racializadora y etnocéntrica del mundo para aplicar una serie de leyes en las que se establecían diferencias en la condición de los africanos y de los europeos, incluidos los trabajadores europeos. Así, cada vez en mayor medida, ley a ley, estado por estado, a finales del siglo XVII y durante el siglo XVIII, la élite de las colonias inglesas en América consagró en las disposiciones institucionales de la nueva nación una serie de prácticas discriminatorias que dividían a la humanidad en dos: personas inglesas, cristianas y libres, y personas africanas, negras y esclavizadas. Al codificar estas categorías por ley, se estabilizaba gran parte de la nomenclatura racializadora que

acabaría siendo una de las piedras angulares de la formación del racismo científico de finales del siglo XVIII; palabras como «negro», «mulato» y «blanco» sustituyeron a otras formas anteriores de autorrepresentación.

Estos dos grupos se jerarquizaron de tal manera en las esferas social, política y jurídica que se evitaba la transgresión de estas fronteras racializadas por miedo al castigo. Hay que destacar que el impacto de estas medidas en los trabajadores europeos fuera de la metrópoli fue catastrófico, porque se erigió un «muro de desprecio racial» entre los peligrosos esclavos negros y los peligrosos blancos libres,<sup>115</sup> lo que garantizaba que los esclavos negros y los blancos pobres siguieran divididos y, a la larga, servía para garantizar el mantenimiento del dominio capitalista. Los blancos pobres se vieron envueltos en esta red de engaños porque, según Allen, que sigue la línea de Du Bois, se les compensaba con derechos políticos y sociales, y se les brindaba también una sensación de pertenencia psicológica a la raza dominante: la raza blanca. En las Antillas británicas sucedió algo parecido, aunque el sistema clasificatorio racial iba más allá del dualismo entre blanco y negro de la sociedad americana.

Hay que destacar, sin embargo, que en este momento histórico la clase obrera en Inglaterra permanecía relativamente ajena a la contaminación ideológica de la supremacía blanca. Esta ideología no tuvo mucho éxito porque los obreros se encontraban inmersos en sus propias luchas contra las élites dirigidas británicas. Además, mediante la difusión de sus escritos y su participación activa en las sociedades de correspondencia y en otras organizaciones radicales que florecieron en esta época, personas como Equiano, Wedderburn y Davidson tuvieron la capacidad de contar a esta parte de la opinión pública historias tanto de la espantosa degradación de los esclavos africanos como de su heroica resistencia. Como se ha expuesto en el caso de Wedderburn, estas personas contribuyeron a introducir en las mentes de la clase obrera radical en Inglaterra las luchas que en ese momento se libraban contra la explotación, así como los movimientos que combatían la opresión racista. Estas figuras se

---

115 Allen, 1994: 249.

convirtieron en el eje en torno al cual las luchas militantes, aunque particularistas, de la clase obrera en Inglaterra superaron los límites habituales de la autodefensa y adoptaron un carácter más universalista.<sup>116</sup>

Las sociedades de correspondencia y otras organizaciones radicales de la época fueron determinantes para facilitar este tipo de transferencia de conocimientos. Convertidos en nodos de confluencia de las luchas políticas del momento, aunaron a abolicionistas negros, a migrantes irlandeses que pedían la liberación de Eire del yugo británico y, por supuesto, a sus aliados ingleses. Ayudaron a facilitar un fértil intercambio de ideas sobre derechos y libertades entre diversos grupos de activistas y además se convirtieron en una cadena de transmisión decisiva del radicalismo político para la clase obrera, porque inculcaban la visión de una sociedad diferente en la que todos los hombres —si bien las mujeres solo en contadas ocasiones—<sup>117</sup> podían intervenir. Esta combinación de factores resultó clave para ganar a una parte importante de la clase obrera a las causas del abolicionismo y de la liberación nacional de Irlanda.

Lo sorprendente de esta *edad heroica del proletariado*,<sup>118</sup> por lo tanto, son la escala y el alcance de la solidaridad entre el segmento inglés, el africano y el católico irlandés de la clase obrera. Junto a la formación de un proletariado multiétnico en altamar en el Atlántico, tan bien relatada por Linebaugh y Rediker,<sup>119</sup> se produjo un importante proceso de solidaridad interétnica de clase dentro de la propia Inglaterra. La potente combinación de la lucha de clases desencadenada por la devastación de las vidas de los trabajadores rurales tradicionales, sumada a la circulación de nuevas ideas radicales relacionadas con la Revolución francesa, y universalizada gracias a la presencia de parias racializados en el Reino Unido, demostró ser demasiado para las élites dirigentes que, al menos momentáneamente, parecían incapaces de desactivar esas luchas sociales en el seno del contenedor de poder que era el Estado nación.<sup>120</sup> De ahí la relevancia de los parias ra-

---

116 Linebaugh y Rediker, 2001.

117 Taylor 1991.

118 Anderson 1964: 33.

119 Linebaugh y Rediker 2001.

120 Giddens 1987.



cializados, como los católicos irlandeses y los africanos que, en virtud de su posición contradictoria en el Estado nación, tenían la capacidad de universalizar las preocupaciones particularistas de las luchas individuales en beneficio de todas las personas explotadas y oprimidas.

### **El cartismo y el proletariado multiétnico**

Sin duda no es una coincidencia que fuera en medio de una serie de catastróficas derrotas, tanto en el ámbito político como en el de la industria, a principios de la década de 1830, cuando comenzó a surgir una escalada de antagonismo entre los obreros ingleses y los pertenecientes a minorías. La primera de estas derrotas se produjo cuando los hombres de la clase obrera no consiguieron que se aprobara su derecho al voto en la Ley de reforma de 1832, porque la clase media y los intereses industriales cambiaron de bando y se alinearon con la aristocracia para salvaguardar la Vieja Corrupción. En un primer momento, «la alienación de la clase obrera era extrema»,<sup>121</sup> lo que condujo a otro ciclo de protestas y rebelión. En el ámbito industrial, se creó el Grand National Consolidated Trades Union [Gran Sindicato Nacional Consolidado] (GNCTU), cuyos objetivos eran

racionalizar la estructura de las asociaciones, lograr un control general de los movimientos para el progreso de los salarios y coordinar la participación en las huelgas, en particular en las huelgas frente a la reducción de los salarios.<sup>122</sup>

La creación del GNCTU constituyó el punto álgido de los intentos de «usar el sindicalismo como vehículo de transformación de la sociedad».<sup>123</sup> Aunque pronto alcanzó los 500 000 miembros,<sup>124</sup> los empresarios se negaron a ceder. Cuando se desató el descontento rural entre los trabajadores agrícolas del pueblo de Tolpuddle, Dorset, en 1834, lord Melbourne, el entonces ministro del Interior, decidió dar un castigo ejemplar a los seis trabajadores del pueblo procesándolos por prestar juramentos ilegales con fines sediciosos. Los condenaron a siete años de

---

121 Colley 1996: 363.

122 Pelling 1987: 29.

123 Pelling 1987: 29.

124 Pelling 1987: 29-30.

prisión en Australia. Aunque la oposición se mantuvo, los sindicatos fueron incapaces de resistir la represión estatal y de los empresarios. Como resultado, el sindicalismo se desmoronó casi por completo; los trabajadores de los gremios fueron los únicos que mantuvieron cierto nivel de organización colectiva.<sup>125</sup> Esta fue la segunda derrota catastrófica de la clase obrera inglesa.

Y es en este contexto de derrota, tanto en el ámbito político como en el de la industria, cuando el sentimiento antiirlandés parece ganar adeptos en ciertos segmentos de la clase obrera. Aparecieron acusaciones de que la mano de obra irlandesa prestaba sus servicios a precios más bajos que los obreros ingleses, lo que ejercía una presión a la baja en los salarios de todos los trabajadores.<sup>126</sup> Thompson describe «batallas campales, con víctimas mortales, entre peones del ferrocarril» de ascendencia inglesa e irlandesa.<sup>127</sup> Fueron algunos elementos concretos de la clase obrera inglesa, en particular los que trabajaban junto a migrantes irlandeses en empleos no cualificados en sectores de la industria algodonera,<sup>128</sup> el ferrocarril y la construcción<sup>129</sup> quienes se volvieron especialmente hostiles a los obreros irlandeses. El origen de esta oposición de la clase obrera a los irlandeses reside en la debilidad de la posición negociadora en la que se encontraba la mano de obra inglesa no cualificada, lo que exacerbaba su preocupación sobre sus perspectivas laborales, sobre todo en una época en la que se había prohibido su única forma de defensa colectiva: el sindicalismo.

Además, las élites comenzaron de nuevo a hacer hincapié en la integración nacional y en la generación de consenso en un espectro más amplio de la población que incluía a elementos de la clase media y de la clase obrera. En este sentido, fue clave el intento por reconfigurar el carácter británico mediante el desarrollo de

un patriotismo construido de forma mucho más consciente y oficial que resaltaba la adhesión a la monarquía, la importancia del Imperio, el valor de los logros militares y navales, y la conveniencia de un gobierno

---

125 Hobsbawm 1990; Thompson 1991.

126 McDermott 1979; Engels 1987.

127 Thompson 1991: 480 [479].

128 Miles 1982.

129 McDermott 1979: 4-5; Thompson, 1991.

fuerte, estable, en manos de una élite virtuosa, capaz y auténticamente británica.<sup>130</sup>

El objetivo era integrar a la población en sentido horizontal en torno al eje nacional y, así, reimaginar la nación como entidad singular, más allá de divisiones verticales como la clase, que hacían hincapié en la desigualdad material existente dentro de las naciones. En un contexto en el que las oportunidades de llevar a cabo acciones colectivas de la clase obrera en el ámbito político e industrial estaban muy restringidas, tal vez ciertos segmentos de la clase obrera inglesa comenzaran a ver las ventajas de reimaginarse a sí mismos como británicos, en contraposición a los católicos irlandeses. Al fin y al cabo, el concepto del nacionalismo, tanto inglés como británico, que tenía la élite desde la Guerra Civil Inglesa se había construido sobre la base de una sólida lealtad a la identidad protestante, en contraposición al “otro” católico. De esta manera, tal vez pensarán que podían reivindicar un mayor derecho a empleos con salarios aceptables que los irlandeses, que no podían ser considerados británicos y por tanto no eran merecedores de esos empleos. Esto también ayuda a explicar el apoyo relativamente débil en el seno de la clase obrera a la Ley de emancipación de los católicos de 1829 si se compara con el apoyo prestado a la abolición de la esclavitud, aunque también debemos admitir que la clase obrera siguió siendo el segmento social menos hostil a la promulgación de esta ley, porque dedicó «sus esperanzas y sus energías al activismo político, no religioso, en su lucha por una reforma parlamentaria».<sup>131</sup>

Incluso en ese momento, las derrotas sumadas a esos intentos de integrar a la clase obrera en la nación británica no bastaron para poner punto final a *la edad heroica del proletariado*. Ese nacionalismo no consiguió generar el grado y el alcance de lealtad de la clase obrera al nacionalismo británico que las élites esperaban. Esto se debía tanto a las políticas de las élites como al rechazo de la clase obrera; las élites seguían desconfiando de la clase obrera como colectivo y «contemplaban a los obreros con miedo y sospecha; sin duda, no los consideraban personas a las que pudiera concedérseles el sufragio».<sup>132</sup> En este sentido, los

---

130 Colley 1996: 154.

131 Colley 1996: 352.

132 Hobsbawm 1990: 89.

obreros permanecieron ajenos a la imagen de la nación británica ideal construida por las élites: un grupo social en el que no se podía confiar para que fueran ciudadanos activos. Esa condición permanente de extraños, de foráneos, dio lugar a un último movimiento social masivo de los radicales de la clase obrera y de la clase media: el cartismo.

El cartismo era un movimiento político con el objetivo de lograr apoyos para un cambio constitucional que combatiese los privilegios y extendiese la democracia.<sup>133</sup>

Tras no conseguir ampliar el sufragio a los hombres trabajadores en la Ley de reforma de 1832 y después de las restricciones impuestas al sindicalismo legal, en junio de 1836 se creó un organismo político y educativo llamado London Working Men's Association [Asociación de Hombres Trabajadores de Londres]. Al año siguiente, impulsaron una carta del pueblo diseñada para lograr el apoyo de la clase obrera con los siguientes objetivos: legislaturas de un año, sufragio universal masculino, percepción de un salario por parte de los parlamentarios, distritos electorales iguales, abolición de los requisitos de propiedad para ser parlamentario y voto secreto.<sup>134</sup> En la primavera de 1838, estas seis reivindicaciones ya se habían incluido en un proyecto de ley parlamentario

respaldado en mítines multitudinarios en todo el país. 200 000 personas congregadas en Glasgow, 80 000 en Newcastle, 250 000 en Leeds y 300 000 en Manchester. En todos estos mítines, la carta recibió un apoyo entusiasta.<sup>135</sup>

Muchos trabajadores de la industria veían en estas reivindicaciones «la forma de suprimir sus intolerables agravios económicos» y Engels las consideraba revolucionarias: «bastan para derrocar toda la constitución inglesa, con la reina y los lores incluidos».<sup>136</sup> Para lograr que se aceptara esta Carta, se organizó una campaña de grandes manifestaciones, una petición masiva al Parlamento y una convención nacional. Si se rechazaba la petición, se iniciaría una huelga general política, o lo que la dirección

---

133 Webb y Webb 1919.

134 Morton 1994: 370.

135 Morton 1994: 370.

136 Morton 1994: 370.

de los cartistas denominó «mes sagrado».<sup>137</sup> A esto le siguieron una serie de marchas, protestas y huelgas multitudinarias en las que participaron miles de personas, desde el levantamiento de Newport de 1839 hasta la huelga general de 1842. Esta huelga, en la que participaron 500 000 trabajadores, marcó el punto álgido del cartismo. Después tuvo lugar el Gran Congreso de Delegados de Manchester en agosto de 1842, donde, en un ambiente de indignación, algunos delegados hablaron de «la hora de la verdad» frente a las élites dirigentes. El Estado británico, curtido por la guerra contra Francia y la rebelión interna en su propio territorio, no iba a dar su brazo a torcer con facilidad. En lugar de ello, procedieron a descabezar la rebelión arrestando a muchos de los líderes cartistas. La represión estatal se mantuvo durante los años siguientes: más de 1500 cartistas fueron procesados y 200 fueron deportados a Australia.<sup>138</sup>

Dorothy Thompson<sup>139</sup> nos recuerda con gran pertinencia que «la presencia de irlandeses en el movimiento cartista era muy destacable» y también se prestaba atención a las cuestiones irlandesas en términos más generales. Había personas de ascendencia irlandesa que tuvieron un papel esencial en el cartismo y ocuparon puestos en la dirección nacional, como James Brontre O'Brien, al que se solía llamar el «maestro del cartismo» y que era el principal teórico del movimiento.<sup>140</sup> También estaban Thomas Devyr, un inmigrante irlandés de Donegal que se convirtió en secretario de la Unión Política Cartista del Norte,<sup>141</sup> y Feargus O'Connor, líder de las fuerzas de choque cartistas. Este último desde un principio «contó con el apoyo de la gran mayoría de los obreros de la industria, de los mineros y de los trabajadores manuales arruinados y hambrientos del norte».<sup>142</sup>

Tal vez sea menos conocido el alcance de la participación irlandesa en las bases del cartismo.<sup>143</sup> La mitad de los cartistas de Bradford eran irlandeses, y hombres irlandeses como George White y el zapatero John W. Smith fueron decisivos para que

---

137 Morton 1994: 371.

138 Saville, 1987.

139 Dorothy Thompson 1982: 123.

140 Morton 1994: 372.

141 Thompson 1991: 483.

142 Morton 1994: 371.

143 Thompson 1982; Kirk 1985.

ciudades del norte como Bradford se convirtieran en hervideros de actividad cartista con la implicación de obreros tanto ingleses como irlandeses.<sup>144</sup> Thompson cuestiona la creencia generalizada de que «la preocupación por Irlanda y el apoyo a la revocación se amalgamaron con el cartismo por una manía personal de su líder», O'Connor.<sup>145</sup> Más bien, la preocupación por Irlanda nacía del reconocimiento de algunas partes de la clase obrera en Inglaterra de que «la forma de gobernar Irlanda y las condiciones de vida de su pueblo tenían una repercusión profunda e inmediata en el resto del Reino Unido».<sup>146</sup> Cuando se intentó imponer la Ley de coerción en Irlanda y la reforma de la Ley de los pobres de 1834 en el Reino Unido, fueron irlandeses como Bronterre O'Brien quienes hicieron que los obreros ingleses tomaran conciencia de lo que estaba ocurriendo en Irlanda, y en particular de las consecuencias desastrosas que posiblemente tendría la extensión de la coerción de Irlanda y de las malas condiciones de vida, comparables a las de los obreros irlandeses, que todo esto depararía a los obreros ingleses, a menos que organizaran una oposición colectiva efectiva a estas propuestas:

He vivido en Irlanda, nací y me crié allí... He conocido a miles de irlandeses que nunca han probado alimentos animales, o que no han comido pescado ni pan de trigo ni siquiera dos veces al año desde que nacieron. [...] Los he visto vestidos con andrajos, con la cabeza llena de bichos y las piernas y las manos cubiertas de costras, con el cuerpo surcado de úlceras y los pies plagados de sabañones tan dolorosos que no eran capaces de caminar. [...] Pero os preguntáis: «¿es posible que nosotros, los productores de la riqueza de Inglaterra, acabemos así?» La respuesta es Sí, a menos que os mováis a tiempo; no se puede escapar del nivel irlandés si la nueva Ley de los pobres llega a desarrollarse por completo.<sup>147</sup>

Este argumento que vinculaba la opresión externa con la explotación en la metrópoli lo señalaban y lo defendían de continuo radicales irlandeses e ingleses, y proporcionaba a los cartistas una perspectiva y un cariz político que solía trascender las fronteras tradicionales del nacionalismo británico. Tampoco hay que olvidar que los orígenes de O'Connor, Devyr y «muchos

---

144 Thompson 1982: 124.

145 Thompson 1982: 125–126.

146 Thompson 1982: 126.

147 Citado en Thompson 1982: 128–129.

otros irlandeses del movimiento cartista» se encontraban en «el ala republicana del movimiento nacionalista»,<sup>148</sup> la de 1798 y los United Irishmen. Esta combinación de experiencia histórica e implicación de personas singulares fue decisiva para determinar el sólido apoyo del cartismo a la independencia irlandesa. Como señala McDermott,<sup>149</sup> «el periódico de O'Connor, el *Northern Star* —el nombre de la publicación de United Irishmen—, preconizaba con regularidad el potencial revolucionario de la unión del nacionalismo irlandés con las clases obreras inglesas». Esta unidad casi llegó a fraguarse en varias ocasiones, como cuando

un gran contingente de confederados irlandeses marchó con sus estandartes verdes a Kennington Common junto a los cartistas el 10 de abril de 1848 para presentar la petición al Parlamento.<sup>150</sup>

Los cartistas, además de con católicos irlandeses, también contaban en el núcleo de su liderazgo con varias personas de ascendencia africana. William Cuffay, sastre inglés de origen africano nacido en Chatham en 1788, se unió a la organización en 1839 y se convirtió en un personaje importante en Londres. Fue uno de los tres delegados de Londres enviados a la convención nacional cartista de abril de 1848 y se le asignó la responsabilidad de organizar la marcha desde Kennington Common que tenía que acompañar a la petición cartista al Parlamento. Las élites se preocuparon mucho por esta movilización y se evacuó a la familia real a la isla de Wight. Las Fuerzas Armadas también estaban en estado de alerta. Temiendo una confrontación sangrienta con el aparato represivo del Estado, la dirección cartista desconvocó la marcha. El Estado interpretó este gesto como una señal de debilidad y Cuffay fue arrestado poco después, con acusaciones falsas de que había propuesto el bombardeo estratégico de algunos edificios importantes como señal para la revuelta de la clase obrera en respuesta al rechazo previsto de la petición presentada al Parlamento.

Ese miedo a la revuelta de los obreros, a una revuelta de la clase obrera de naturaleza multiétnica y unida frente al Estado, fue el contexto en el que creció de forma exponencial el uso

---

148 Thompson, 1982: 134.

149 McDermott 1979: 16.

150 McDermott 1979: 17.

del racismo por parte de las élites. Durante el juicio de Cuffay, medios destacados, como *The Times*, menospreciaban el cartismo refiriéndose a él como «el negro y su grupo». El periódico siguió refiriéndose a Cuffay como «medio 'negro'. Algunos de los otros son irlandeses. No creemos que lleguen a media docena los ingleses entre ellos».<sup>151</sup> Un elemento fundamental de este racismo elitista era su intento de retratar al movimiento cartista insurgente como extranjero y ajeno, de manera que no pudiera considerarse una auténtica expresión de los deseos de las masas inglesas. Se produjo una falsa puesta en valor de estas masas inglesas, descritas como un grupo virtuoso al que, de algún modo, habían engañado los católicos irlandeses y los africanos extranjeros para que se integrasen en formas no representativas de acción colectiva que eran incompatibles con las tradiciones inglesas.

Al principio, estos burdos intentos de racializar el movimiento cartista no adquirieron tanta fuerza en el seno de la clase obrera inglesa como las élites británicas habían esperado. Mientras se mantuvo en marcha como actor colectivo, los estratos radicales decodificaban estos mensajes en clave crítica y se asignaba una interpretación alternativa a esos desagradables intentos de generar conflicto y división. Como se señalaba en el *Reynolds Political Instructor*, un periódico radical con una tirada de 30 000 ejemplares:

Cuffay era muy querido en su propia orden, donde lo conocían y apreciaban sus virtudes, era ridiculizado y denunciado por una prensa que no lo conocía y no tenía simpatía por su clase, y estaba vetado por un gobierno que le temía... Mientras se admiren y se veneren la integridad en la pobreza y el honor en la tentación, el nombre de William Cuffay, vástago de la raza oprimida de África, no caerá en el olvido.<sup>152</sup>

Otros periódicos destacados, como el *English Patriot* y el *Irish Repealer*, también protestaron contra este racismo tan burdo: «¡El truco más viejo del mundo! ¡Divide y vencerás!».<sup>153</sup> Sin embargo, esta forma de racismo elitista siguió ganando impulso y comenzó a arraigar en la cultura política más general de la

---

151 Fryer 1984: 242.

152 Fryer 1984: 244.

153 Belchem 1985: 94.



vida británica. *The Times* proclamó su gran consternación por «la extravagancia de esta sedición salvaje que, a falta de otro adjetivo, hay que denominar ‘irlandesa’» y declaró que Londres estaba en peligro por el «amor de los irlandeses al cuchillo, al puñal y al veneno».<sup>154</sup> Entre tanto, *Punch* —el semanario satírico— solía referirse a los conspiradores cartistas de 1848 como «MOONEY, ROONEY, HOOLAN, DOOLAN».<sup>155, 156</sup> Charles Kingsley, que luego sería capellán de la reina Victoria, advirtió a los cartistas de las consecuencias de asociarse con United Irishmen: «¿qué fraternidad vais a lograr con los United Irishmen, que se enorgullecen del odio a vuestra nación?».<sup>157</sup>

Aunque fuera la otra cara del Estado, esto es, la coerción y la represión, la que acabara desencadenando la caída del cartismo,<sup>158</sup> estaba claro que todo intento de recrear la solidaridad entre la clase obrera británica y las minorías racializadas a partir de mediados del siglo XIX tendría que combatir y superar la penetración cada vez mayor del sentimiento racista y nacionalista en la vida pública británica, también en algunos segmentos de la clase obrera. Por eso, «los años centrales del siglo XIX siguen siendo un hito importante —y una fuente de consternación— en la historia del movimiento obrero».<sup>159</sup>

---

154 Citado en Belchem 1985: 93.

155 Citado en Belchem 1985: 94.

156 Apellidos irlandeses tradicionales usados como forma de mofa por su sonoridad y rima [N. de la T.].

157 Thompson 1982: 143.

158 Saville 1987.

159 Belchem, 1985: 94.



# 3

## EL RACISMO Y LAS CONTRADICCIONES DEL NACIONALISMO SOCIALISTA

*La participación en la dominación del mercado mundial fue y sigue siendo la base de la nulidad política de los obreros ingleses. [...] Causa auténtica desesperación ver a estos obreros ingleses con su sensación de superioridad nacional imaginaria, sus ideas y sus puntos de vista fundamentalmente burgueses y su estrechez de miras en cuestiones «prácticas».*

Friederich Engels, citado en M. Cowden,  
«Early Marxist Views on British Labor, 1837–1937», pp. 35 y 49.

*Para nosotros, ni las fronteras geográficas, ni la historia política, ni la raza ni el credo son motivo de rivalidad ni de enemistad; para nosotros no existen las naciones, sino masas diversas de obreros y de amigos cuyas simpatías frenan o pervierten grupos de amos y estafadores que no quieren más que alimentar la rivalidad y el odio entre quienes viven en distintas tierras.*

William Morris y E. Belfort Bax, «The Manifesto of the Socialist League».

### Introducción

Se puede buscar la razón de la impotencia política de la clase obrera inglesa del periodo poscartista en el monopolio industrial mundial del Reino Unido, pero también hay que tener en cuenta la dureza de las derrotas sufridas por la clase obrera, que desembocaron en la catástrofe final de 1848, en la sensación de impotencia consiguiente y en la posterior fragmentación política.

En este capítulo se planteará cómo en las décadas centrales del siglo XIX, por primera vez en su historia incendiaria, algunos segmentos de la clase obrera adoptaron estrategias que se basaban más en la negociación que en la acción colectiva, con el fin de defender sus condiciones de vida; también se trazará

el contorno del impacto de estas estrategias en la conciencia de clase. Asimismo, se esbozará cómo la élite dirigente británica aprendió a gobernar de forma más consensuada con las reformas políticas y económicas que introdujo, así como incorporando ideológica y políticamente a cada vez una parte mayor de la clase obrera británica a la comunidad imaginada nación británica en expansión. Dicha incorporación, no obstante, también conllevó que se cortasen los lazos con otros integrantes de la clase obrera; en este capítulo se tratará, en particular, el papel del racismo en ese abismo creado entre los católicos de ascendencia irlandesa y la clase obrera inglesa. El racismo, que las élites dirigentes llevaban esgrimiendo contra los irlandeses en el Reino Unido desde los años 1830 y 1840, comenzó en este momento a ser utilizado por parte de la clase obrera inglesa para legitimar la exclusión de los irlandeses de empleos y ocupaciones clave. A lo largo de este proceso, la nación se reimaginó como anglosajona y protestante.

Los oprimidos y los desposeídos —la gran mayoría de la clase obrera en la segunda mitad del siglo XIX— apenas participaron de este tipo de beneficios y recompensas. Y fue en esos estratos sociales donde se generó la ola de rebelión en la industria a la que llamamos nuevo sindicalismo en los últimos años del siglo XIX. En el capítulo se analizará la reconfiguración de la clase obrera en Inglaterra tratando brevemente los conflictos más destacados. Se llamará la atención sobre el papel decisivo de los socialistas, muchos de ellos católicos de ascendencia irlandesa, que comandaron las huelgas y utilizaron esos vínculos étnicos para cimentar un grado de solidaridad de clase inédito desde la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, poco se ha dicho en la historia social y obrera de esta época sobre el hecho de que gran parte de ese liderazgo socialista del nuevo sindicalismo —tanto seglar como religioso— no rompió con el nacionalismo británico, sino que más bien abundó en esa idea y expandiera el concepto de la comunidad nacional imaginada. Su objetivo era nada menos que lograr la inclusión formal de los elementos menos respetables de la clase obrera —las personas sin cualificación, los irlandeses, las mujeres— en la nación británica.

Sin embargo, como nos recuerda Nairn,<sup>160</sup> el nacionalismo tiene dos caras, y así quedó demostrado en este caso cuando los migrantes de ascendencia judía recién llegados se convirtieron en la otra cara, en el elemento paria racializado de este proyecto político. Esos activistas socialistas que acababan de reconcebir a los católicos de ascendencia irlandesa como británicos para favorecer los intereses de la clase obrera no podían extender su generosidad a los judíos. En este capítulo se valorarán los esfuerzos, a veces satisfactorios, de una pequeñísima minoría de internacionalistas socialistas, con William Morris a la cabeza, por tratar de superar ese racismo uniendo a los obreros judíos con sus homólogos irlandeses e ingleses. Se analizará cómo se construyó esa solidaridad de la clase obrera con los nacionalistas socialistas y los distintos grupos de la clase obrera durante el punto álgido del nuevo sindicalismo y también se tendrán en cuenta las razones por las que esa unidad comenzó a tambalearse tras la derrota del nuevo sindicalismo.

### **Racismo y desmantelamiento de la clase obrera**

Con la moral colectiva ya muy debilitada como consecuencia de la derrota del cartismo, la mayoría de los trabajadores se vieron en este momento abocados a condiciones de vida de subsistencia<sup>161</sup> y el desempleo alcanzó niveles catastróficos:

En las zonas de Lancashire, muy afectadas, parece que entre el 30 y el 75% de la población total se encontraba en la miseria; [...] en las zonas de producción de lana de Yorkshire, entre el 25 y el 100%; en las regiones textiles de Escocia, entre el 25 y el 75%. En Salford, por ejemplo, la mitad de la población estaba sin trabajo o trabajaba parcialmente; en Bolton, alrededor de un tercio, y en Burnley al menos el 40%.<sup>162</sup>

«Sobrevino una profunda brecha en la historia de la clase obrera inglesa». <sup>163</sup> Esa clase que se había fraguado al calor de las corrientes jacobinas y del socialismo de Owen se replegó y adoptó un estado de «retirada catatónica prolongada. La clase obrera más insurgente de Europa se convirtió en la más ador-

---

160 Nairn 1982.

161 Hobsbawm 1990; Thompson 1991.

162 Hobsbawm citado en Robinson 1983: 40–41.

163 Anderson 1964: 33.

mecida y dócil». <sup>164</sup> Junto a la desaparición de su «impulso y [su] combatividad» se produjo el colapso casi total de su conciencia política radical, lo que llevó a un destacado historiador marxista a señalar con pesar que los socialistas «podrían haberse sentado cómodamente todos en una pequeña sala». <sup>165</sup> La *edad heroica del proletariado* había llegado a su fin.

Con este traumático telón de fondo, las ideas racistas que habían formado parte del aparato ideológico esencial del capitalismo británico en las colonias y también en la metrópoli comenzaron a prosperar en partes de la clase obrera de Inglaterra cada vez con más frecuencia. Es decir, cuando llegó su derrota política, los colectivos de trabajadores se encerraron en sí mismos, diluyéndose como clase. Al poco tiempo, en zonas del noroeste de Inglaterra y en algunas otras regiones, pegar palizas a los irlandeses se convirtió en un pasatiempo social muy popular para la clase obrera inglesa. <sup>166</sup> En ejemplos como los disturbios de Stockport de 1852 <sup>167</sup> o el sentimiento antiirlandés promulgado contra el «enemigo interno feniano», <sup>168</sup> la actitud de los obreros ingleses respecto a los irlandeses se volvió «como la de los ‘blancos pobres’ hacia los ‘negros’ en los antiguos estados esclavistas de EE. UU.». <sup>169</sup> Además del tradicional tropo de odio «no al papismo», la violencia y el rencor se expresaron cada vez más a través de un virulento racismo científico <sup>170</sup> que representaba a las personas irlandesas como miembros de una raza inferior, no solo por «su idioma o su acento, su cultura y su aspecto, generalmente andrajoso, sino también por sus (supuestas) características físicas». <sup>171</sup>

A mediados de la época victoriana en Inglaterra, los puntales tradicionalmente religiosos del nacionalismo británico estaban muy determinados por una forma de racismo científico que reimaginaba el Reino Unido como una nación anglosajona y protestante en contraposición a los católicos de raza celta en

---

164 Anderson 1964: 36.

165 Hobsbawm 1997: 134 [439].

166 Kirk 1985; Panayi 1993, 1994; Swift 2002.

167 Millward 1985.

168 Curtis 1968, 1971.

169 Marx citado en Draper 1978: 67.

170 Barkan 1993.

171 Miles 1982: 140.

tierra británicas. Los irlandeses, a los que antes se excluía de la nación británica imaginada por su fe católica, ahora sufrían una doble exclusión: por su fe y, cada vez en mayor medida, por pertenecer a un tipo racial inferior, los celtas. Y, además de la ordenación distinta y jerárquica de las características físicas de los dos «tipos raciales», a las personas de raza anglosajona se les atribuían las cualidades masculinas, superiores; ser amantes de la libertad y tener capacidad de autogobierno, mientras que se consideraba que las personas de raza celta eran femeninas, infantiles, adictas a la violencia y al control autoritario y, por supuesto, más cercanas al mono que al anglosajón.<sup>172</sup> El archiconservador Thomas Carlyle —quien, junto con Charles Kingsley, iba a apoyar la represión de la rebelión de Morant Bay a cargo del gobernador de Jamaica Edward Eyre—<sup>173</sup> es un ejemplo destacado de la promulgación de esta forma de racismo. Durante un ataque particularmente salvaje a los inmigrantes irlandeses en el Reino Unido, Carlyle hacía la siguiente descripción:

hordas de irlandeses míseros oscurecen nuestras ciudades. Los rasgos milesianos, su falso ingenio, su inquietud, su sinrazón, su sufrimiento y su mofa nos saludan en todos los caminos. El cochero inglés, mientras pasa como una exhalación, dirige su látigo contra el milesiano y lo maldice; él le tiende su sombrero para mendigar. El milesiano es el mayor mal al que debe enfrentarse este país. Con sus andrajos y sus risotadas salvajes, está ahí para hacer todos los trabajos que no requieran más que fuerza física. [...] El hombre sajón, si no puede trabajar en esas condiciones, no encuentra trabajo; [...] no se ha rebajado de la condición de hombre decente a la miserable condición simiesca. [...] El hombre irlandés sin civilizar expulsa al nativo sajón, se apodera de su espacio. Y permanece ahí, inmerso en su miseria y su sinrazón, en la falsedad y la violencia alcohólica, como núcleo evidente de la degradación y del desorden.<sup>174</sup>

La clase obrera inglesa enseguida absorbió ese racismo a través de la prensa popular, las revistas y otras formas de parafernalia escrita y visual. Curtis documenta en su destacado trabajo *Apes and Angels: The Irishman in Victorian Caricature* (1971) cómo los dibujantes, sobre todo, asimilaron muchos de los principios fundamentales de este racismo científico y luego los reflejaron

---

172 Curtis 1968.

173 Véase Hall 2002.

174 Citado en Thompson 1982: 143–144.

en los cómics de semanarios dirigidos, entre otros públicos, a la clase obrera. Se volvieron comunes las ideas de que los campesinos irlandeses descendían lentamente en la escala evolutiva, del peldaño de los humanos al de los gorilas, o de que los militantes irlandeses eran criaturas subhumanas. Y ese racismo antiirlandés siguió teniendo eco en la prensa popular, que no dejaba de formular una insistente caricatura que

resalta[ba] los rasgos de prognatismo de la clase obrera irlandesa: un abultamiento en la parte inferior del rostro, la barbilla prominente, la boca de gran tamaño, la frente retraída, la nariz corta, por lo general, respingona y con enormes orificios nasales; la simianización de los irlandeses.<sup>175</sup>

Arraigó en la vida política y cultural de la clase obrera de Inglaterra la idea de una diferencia «racial». Muchos trabajadores ingleses empezaron a considerar a los irlandeses una presencia ajena, una raza inferior que no tenía lugar en Inglaterra. Era una forma de ideología de la clase obrera más limitada y exclusiva que la de los años anteriores: los distintos grupos étnicos ya no tenían cabida en su noción de clase. Por otra parte, ese concepto de clase encajaba mejor con las ideas preponderantes del nacionalismo británico y, desde luego, ese nacionalismo, por su parte, cada vez repercutía más en el concepto de clase. Poder reivindicar la pertenencia a la raza dominante de la nación demostró ser una herramienta poderosa con la cual justificar la exclusión de «buenos empleos» tanto de los irlandeses como de otras personas que no podían ser concebidas como un elemento orgánico de esta raza de la isla. Esta idea proporcionaba a la clase obrera inglesa otra estrategia para mejorar su posición política y económica —posición que así ya no dependía de que se generase una amplia solidaridad de clase ni de la confrontación directa con el Estado— con el simple hecho de hacer valer sus derechos legítimos como miembros de la nación británica. Este proceso de identificación nacional acabó constituyendo una forma de capital simbólico al que los trabajadores ingleses recurrieron, de forma decisiva, para dejar a los trabajadores irlandeses fuera de ámbitos de empleo fundamentales, o cada vez que consideraban

---

175 Saville 1987: 38.



que esos trabajadores suponían una amenaza para la seguridad económica de los obreros ingleses.<sup>176</sup>

Esta adhesión creciente a la concepción racializada de las ideas de clase y de nación también explica el abismo político que surgió entre los obreros ingleses e irlandeses a partir de la década de 1860, con motivo de la expansión del movimiento por el autogobierno de Irlanda y sus llamamientos para que se revocase el Acta de Unión de 1800. Los obreros de origen irlandés respaldaban con firmeza el autogobierno —fuera a modo de reforma limitada, con una asamblea legislativa irlandesa competente en materia de asuntos internos, o abrazando la idea republicana de la separación total del Reino Unido, como defendían los fenianos y la Hermandad Republicana Irlandesa—, mientras que la respuesta de los obreros ingleses se movía entre la indiferencia y la oposición firme. En el tercer cuarto del siglo XIX, la corriente política de la clase obrera inglesa que apoyaba la libertad de Irlanda y que se remontaba al cartismo y a los días de los United Englishmen estaba prácticamente extinguida. La raza se había convertido en el cemento ideológico que aglutinaba a la nación frente a los católicos de ascendencia irlandesa y algunos segmentos de la clase obrera inglesa participaban activamente en este proceso de identificación nacional común. Marx, que observó de primera mano la naturaleza cambiante de la ideología de la clase obrera, identificó con gran detenimiento que la realidad experimentada con esas divisiones, y sobre todo la identificación cada vez mayor de los obreros ingleses con la nación, era el principal garante del mantenimiento de la dominación capitalista sobre ambos grupos.

Todos los centros industriales y comerciales de Inglaterra poseen ahora una clase obrera dividida en dos campos hostiles: proletarios ingleses y proletarios irlandeses. El trabajador inglés común odia al trabajador irlandés porque lo considera un competidor que rebaja su nivel de vida. Se siente, con respecto al obrero irlandés, miembro de la nación dominante y por lo tanto se convierte en una herramienta de los aristócratas y los capitalistas de su país contra Irlanda, y fortalece así el dominio [de esas clases dirigentes] sobre él mismo. Alberga prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el obrero irlandés.<sup>177</sup>

---

176 Kirk 1985.

177 Marx citado en Draper 1978: 66–67.

Precisamente la organización de Marx, la Asociación Internacional de Trabajadores (IWMA), creada en 1864 y más conocida como Primera Internacional, fue decisiva para mantener el apoyo de la clase obrera inglesa a la independencia de Irlanda durante este funesto periodo. Cuando se procesó a miembros de la Hermandad Feniana por matar a un policía en Manchester en 1867 y después se los condenó a ser ejecutados, se organizaron concentraciones y manifestaciones para protestar contra las sentencias. En noviembre de 1867,

entre 20 000 y 25 000 trabajadores se congregaron en Clerkenwell Green, Londres, y enviaron una petición a la reina. El día de la ejecución, los jueces prohibieron las reuniones en muchos lugares y en Leeds los húsares y la artillería permanecieron en estado de alerta.<sup>178</sup>

Después, muchos obreros irlandeses se unieron a la IWMA, lo que llevó a Jenny Marx a señalar con optimismo que «los irlandeses de Londres están engrosando las filas de la Internacional. Se están creando secciones irlandesas en distintas partes del East End».<sup>179</sup> En alguna ocasión surgieron otras muestras de solidaridad multiétnica que recordaban a los días del cartismo. En 1872, miembros de la Internacional organizaron una manifestación para exigir la amnistía general de los presos políticos irlandeses

a la que acudieron unas 30 000 personas, más de la mitad de ellas irlandesas. Fue, como señaló Engels, una muestra destacada de amistad entre los irlandeses y la población nativa británica.<sup>180</sup>

También se produjeron algunas veces acciones solidarias a escala local: «en las épocas de crecimiento de la militancia en la industria (en 1853, 1859–61 y 1869), los operarios irlandeses e ingleses del sector del algodón solían actuar de forma conjunta contra las fuerzas del capital».<sup>181</sup> Pero ya se habían fijado las coordenadas generales de las actitudes y los comportamientos de la clase obrera inglesa, y en general no seguían

---

178 McDermott 1979: 19.

179 McDermott 1979: 19.

180 McDermott 1979: 20.

181 Kirk 1985: 330.

esas inclinaciones solidarias e internacionalistas; apuntaban en otra dirección.

### **Liberalismo y aristocracia obrera**

La disolución de los antiguos vínculos solidarios entre etnias como consecuencia de la creciente fuerza material de la ideología racista en el seno de la clase obrera inglesa vino de la mano de otros acontecimientos que aceleraron aún más el ritmo de la fragmentación de esa clase obrera, acontecimientos que indicaron la reversión total del proceso de formación de clase que se había fraguado durante la primera mitad del siglo XIX. Aunque la mayoría de los trabajadores consideraban que la organización sindical era algo del pasado, en el caso de algunas «minorías privilegiadas», como los trabajadores de gremios, la organización sindical en realidad se reforzó durante este periodo. Sin embargo, era un sindicalismo que no tenía nada que ver con el que se había conocido en momentos anteriores durante ese siglo. La fuerza de estos nuevos modelos de sindicato no provenía de su capacidad para generar y mantener acciones colectivas, sino de su capacidad para mejorar las condiciones de trabajo de sus miembros por medio de la negociación, esgrimiendo las «armas irresistibles de la verdad y la razón».<sup>182</sup> Si bien el éxito de esta estrategia negociadora era consecuencia, en cierto sentido, de la propia posición negociadora potente de los trabajadores en un momento en el que los mercados laborales estaban muy ajustados,<sup>183</sup> también reflejaba la moderación en la actitud de los empresarios.

Los años centrales del siglo XIX fueron la época del imperialismo diplomático-industrial, en el que la imposición del libre comercio internacional contribuyó a que el Reino Unido se situara en una posición preponderante como potencia hegemónica de la economía mundial capitalista.<sup>184</sup> Como es lógico, los empresarios del Estado dominador del sistema-mundo se sentían «lo bastante ricos y confiaban en poder soportar tales cambios».<sup>185</sup> Además, como consecuencia de la derrota catastrófica del car-

---

182 Morton 1994: 378.

183 Hobsbawm 1990: 109; Thompson 1991: 8–10.

184 Anderson 1964; Hobsbawm 1997.

185 Hobsbawm 1990: 124 [109].

tismo y del consiguiente desmoronamiento de la conciencia de clase obrera en la década de 1840, las élites dejaron de considerar

a la clase obrera británica como revolucionaria. La veían dividida, por un lado, en una aristocracia laboral políticamente moderada, dispuesta a aceptar el capitalismo, y, por otro lado, en una plebe proletaria ineficaz a causa de su falta de organización y de liderazgo, que no suponía un peligro preocupante. Los grandes movimientos de masas que habían movilizado a todos los trabajadores pobres contra la clase empleadora, como el cartismo, habían pasado a mejor vida. El socialismo había desaparecido del país donde nació.<sup>186</sup>

Las élites británicas habían descubierto otra forma de gobernar en la metrópoli, mediante el consentimiento en lugar de la coerción, lo que incluía que se concedieran aumentos de salario a la minoría de varones de clase obrera que algunos denominaron «aristocracia obrera».<sup>187</sup> Estos beneficios, logrados mediante negociaciones en lugar de a través del poder de clase colectivo, tuvieron un profundo efecto en la conciencia de los trabajadores de los gremios. La gran mayoría de los trabajadores gremiales atribuyeron esa relativa seguridad económica, y su mantenimiento satisfactorio durante más de una generación, a las tácticas más conciliadoras que habían adoptado los dirigentes de los nuevos modelos sindicales; así, estos líderes lograron más autoridad y consolidaron su posición en un estrato social característico y permanente formado por dirigentes sindicales a tiempo completo.<sup>188</sup> Ocupaban una posición contradictoria entre los obreros y el capital, y su poder negociador se originaba en su capacidad para mantener una relación estable y ordenada entre los afiliados a sus sindicatos y el capital.<sup>189</sup> Por una parte, se consideraba a los representantes sindicales a tiempo completo intermediarios indispensables para facilitar los beneficios obtenidos por algunos varones cualificados de la clase obrera; por otra, el precio que tenían que pagar los miembros de base de los sindicatos para seguir consiguiendo esos beneficios era la creación de este estrato de dirigentes con unos intereses algo distintos

---

186 Hobsbawm 1990: 126 [110].

187 Hobsbawm 1967, 1984b.

188 Pelling 1987; Hobsbawm 1990.

189 Hyman 1972; Anderson 1977; Kelly 1988.

de los suyos. Los días en que esos líderes asumían el papel de «tribunos» de toda la clase obrera, como habían hecho John Doherty (Sindicato General de Hilanderos de Algodón) y algunos otros unos pocos años antes, habían llegado a su fin.

Los líderes sindicales de nuevo cuño, hombres como George Odger, Henry Broadhurst y Robert Applegarth, consideraban que la concesión del sufragio masculino sería lo que más ayudaría a consolidar la mejora de la posición social de la clase obrera inglesa cualificada. Por lo tanto, estos sindicalistas se unieron a antiguos cartistas y a miembros del Partido Liberal en organizaciones como la Liga Universal por la Elevación Material de las Clases Laboriosas y la Liga por la Reforma para ejercer presión en favor de la ampliación del sufragio. Aunque lord Palmerston, primer ministro del Partido Liberal, se había pronunciado en varias ocasiones en contra de ampliar el electorado, cuando murió en 1866, el nuevo primer ministro lord Russell presentó un proyecto de Ley de reforma con el objetivo de conceder el derecho a voto a los obreros varones «respetables» e, implícitamente, dejar fuera a lo que se consideraba el «residuo social» o los pobres de solemnidad, el estrato menos respetable de esa clase obrera.

Esas distinciones y gradaciones de la representación en el seno de la clase obrera eran cada vez más relevantes en la esfera pública de mediados de la época victoriana en Inglaterra. La idea de los trabajadores pobres «fundido[s] en la masa homogénea de los descontentos y los oprimidos»<sup>190</sup> fue sustituida por discursos en los que se distinguía a «la clase obrera» de «los pobres», y a los sectores «respetables» de los «no respetables» dentro de la clase obrera. La respetabilidad indicaba la penetración de los valores, los estándares y las actitudes de la clase media, como la sobriedad, el sacrificio y la postergación de la gratificación. Cabe destacar que estos discursos se utilizaban para separar a «los individuos como ‘los artesanos inteligentes’, a los que estaban ansiosos de conceder el voto los radicales de clase media, de las peligrosas y harapientas masas, que aún estaban decididos a seguir excluyendo».<sup>191</sup>

---

190 Hobsbawm 1997: 263 [553].

191 Hobsbawm 1997: 263 [554].

Aunque el proyecto de Ley de 1866 fracasó debido a la intransigencia de los adulamitas liberales comandados por Robert Lowe y de los conservadores dirigidos por Disraeli, al año siguiente Disraeli —ansioso por anticiparse a la oposición de los liberales— cambió de opinión y promulgó la Ley de reforma. La aprobación de la Ley de reforma de 1867 representaba la aceptación tácita por parte de la élite de un sistema electoral que dependía del voto de la clase obrera. En la práctica, la Ley hacía que el electorado británico se duplicase, pasando de un millón a dos millones de varones adultos, porque todos los hombres que tuvieran una casa o pagaran un alquiler tendrían ahora derecho al voto. Cuando los liberales recuperaron el poder con William Gladstone en 1870, enseguida se aprobaron otras reformas con el objetivo de mejorar la suerte de los obreros varones con cualificación, entre las que destaca la Ley de sindicatos de 1871, que eliminaba los obstáculos jurídicos que habían hecho que a los trabajadores les resultase tan complicado fundar sindicatos y promover huelgas.

En el plano subjetivo, la ampliación del sufragio y las demás reformas avivaron entre los obreros cualificados la creencia de que a ellos también les incumbía la nación británica. Desde un punto de vista psicológico, su sensación de pertenencia nacional se consolidó, porque ahora se sustentaba en un nivel de derechos políticos y seguridad económica sin precedentes. Dado que sus intereses como trabajadores gremiales cada vez eran más compatibles con su pertenencia activa a la nación, la clase se estaba nacionalizando.<sup>192</sup> Los cambios sutiles en la conciencia política debidos a estas reformas, y conseguidos con la intermediación de los nuevos líderes sindicales, explican por qué este estrato laborioso y respetable de la clase obrera que acababa de recibir el derecho al voto iba a corresponder a todo ello votando en masa por sus benefactores —el Partido Liberal de Gladstone—, lo que garantizó que se mantuvieran en el poder durante gran parte de este periodo de dominación británica sobre el sistema-mundo.

---

192 Véase también Stedman Jones 1983.

### El nuevo sindicalismo o el levantamiento del «*residuum*»<sup>193</sup>

Esta posición hegemónica que se mantuvo durante más de una generación comenzó a perder su base a mediados de la década de 1870. El liderazgo británico de la economía mundial capitalista se vio amenazado por la pérdida de su ventaja en el ámbito de la fabricación con respecto a las economías francesa, alemana y estadounidense. Tras una serie de crisis económicas que tuvieron lugar en 1875, 1880 y 1884,<sup>194</sup> las principales potencias abandonaron el libre comercio y recurrieron al proteccionismo para apuntalar las industrias que estaban en declive. Es importante señalar que la seguridad económica obtenida por los segmentos respetables de la clase obrera inglesa también se vio en peligro. Es decir, un componente esencial de los cimientos materiales del acuerdo entre clases que se había mantenido en pie durante el cuarto de siglo anterior quedó en entredicho cuando los empresarios trataron de mantener sus niveles de beneficio a costa de la clase obrera. Como consecuencia de ello, la Gran Depresión de 1873 se caracterizó por el desempleo generalizado, que afectó también a obreros cualificados del ámbito de la ingeniería, la construcción naval, la metalurgia, la construcción y el textil. Los empresarios se mostraban cada vez más decididos a socavar los privilegios de los trabajadores gremiales, sustituyendo la mano de obra cualificada por maquinaria e introduciendo el trabajo a destajo, de manera que las condiciones de los trabajadores y las trabajadoras alcanzaron las cotas más precarias e inestables desde hacía más de una generación.<sup>195</sup>

Los líderes sindicales estaban sometidos a una presión creciente por parte de activistas deseosos de refutar el comportamiento cada vez más agresivo de los empresarios, pero no dieron su brazo a torcer y pidieron precaución y compostura. Aunque los trabajadores gremiales de a pie admitían que su «condición de estrato privilegiado estaba en juego»,<sup>196</sup> también comprendían que los beneficios conseguidos durante las dos décadas anteriores se debían precisamente a los líderes sindicales establecidos

---

193 *Social Residuum*, o residuo social, es una forma de denominar a la gran masa de personas que vivía bajo el límite de la pobreza y que recurrentemente debía ser auxiliada por la beneficencia pública o privada [N. de la T.].

194 Pelling 1987: 83; Hobsbawm 1990: 127.

195 Duffy 1961; Hobsbawm 1984b.

196 Hobsbawm 1984b: 368.

y a sus vínculos históricos con el Partido Liberal. Atrapados en esta cadena de relaciones recíprocas y vinculantes, su docilidad estaba garantizada. Frustrados por esta inercia, muchos activistas, entre ellos figuras destacadas como Tom Mann y John Burns —ambos miembros de la Sociedad de Ingenieros—, y Keir Hardie, líder del sindicato minero de Ayrshire, acabaron rechazando lo que denominaron «sindicalismo no político»,<sup>197</sup> y se inclinaron por el socialismo y su énfasis en la acción colectiva autónoma de la clase obrera.

Durante los 50 años anteriores, el arraigo del socialismo en el Reino Unido había sido moderado. Desde los socialistas utópicos inspirados por Robert Owen hasta el círculo de Marx y Engels y la IWMA en los años centrales de el Reino Unido victoriano, hombres y mujeres socialistas habían participado en las luchas de la clase obrera y en ocasiones incluso habían definido su curso. Sin embargo, desde mediados de la década de 1870 estas corrientes recobraron fuerza de diversas formas. En primer lugar, llegaron al Reino Unido muchos exiliados que huían de la derrota de la Comuna de París y de las leyes antisocialistas de Bismarck. Socialistas como Johann Most y Andres Scheu contribuyeron a difundir las ideas de Marx y Proudhon a un público más amplio que el que habían tenido hasta entonces. En segundo lugar, Frank Kitz y Joseph Lane crearon en 1881 la Liga por la Emancipación de los Trabajadores (LEL), una formación política que propugnaba una forma de socialismo libertario entre la clase obrera empobrecida del este de Londres.<sup>198</sup> En 1884, la LEL se había integrado en un partido socialista más amplio llamado Social Democratic Federation [Federación Socialdemócrata] (SDF) que acababa de fundar el antiguo tory Henry Hyndman. Gracias a su participación en este organismo, muchos sindicalistas como Mann y Burns se toparon por primera vez con el nuevo y a veces contradictorio mundo de la vida del socialismo británico organizado, y también con sus vínculos con los pobres de la zona este de Londres. Y serían algunos segmentos de esta población pobre, sobre todo las personas sin cualificación y sin derecho a voto —no la clase obrera consolidada formada por trabajadores

---

197 Hobsbawm 1967: 359.

198 Quail 1978; Bevir 2000.



gremiales sindicados—, quienes irían a desencadenar una ola de acciones colectivas no vista en el Reino Unido desde los días del cartismo.

Los heraldos del nuevo sindicalismo fueron las nutridas manifestaciones de 1886 y 1887, organizadas por socialistas y por liberales radicales para protestar contra el aumento del desempleo y para expresar su apoyo al autogobierno de Irlanda. Tras la primera concentración celebrada en Trafalgar Square en 1886 se produjo una oleada de gran violencia y grandes muchedumbres saquearon tiendas de la zona oeste de Londres. Según Engels, la manifestación celebrada el Domingo de Resurrección de 1887 fue, «sin lugar a dudas, la concentración con más asistencia que hemos organizado». Y en noviembre de 1887, cuando los liberales radicales y los socialistas convocaron otra manifestación en Trafalgar Square, de nuevo con el autogobierno de Irlanda y el desempleo entre la población pobre de Londres como temas centrales, volvieron a producirse incidentes de gran violencia entre los manifestantes y la policía. Alfred Linnell, un administrativo, fue arrollado por un caballo de la policía y acabó muriendo en el hospital. Este suceso se convirtió en un acontecimiento decisivo, porque muchos manifestantes comprendieron que los llamamientos políticos para que el Parlamento mejorase las condiciones de la clase obrera sin derecho a voto iban a ser insuficientes. Junto a la tumba de Linnell, William Morris se lamentaba y declaraba que los socialistas debían encargarse «de conseguir que esta tierra sea un lugar muy hermoso y feliz» para que este tipo de cosas no volvieran a ocurrir.<sup>199</sup> En este discurso, Morris se estaba refiriendo a un giro hacia el sindicalismo en la industria, que no tardaría mucho en ponerse a prueba.

En la fábrica de cerillas Bryant and May de Bow, en la zona este de Londres, crecía el descontento entre sus jóvenes trabajadoras. La mayoría de ellas eran menores de 15 años y sus condiciones laborales eran muy malas: salarios bajos, largas jornadas de trabajo, multas excesivas y problemas de salud potencialmente mortales, como la fosfocrosis de la mandíbula por trabajar de continuo con fósforo blanco.<sup>200</sup> Annie Besant,

---

199 Citado en MacCarthy 2010: 572.

200 Beaver 1985; Raw 2009.

activista socialista que había adquirido relevancia durante las manifestaciones por el desempleo, llamó la atención sobre esta cuestión en su periódico *The Link*, donde describió las condiciones de trabajo de las fosforeras como una forma de «esclavitud blanca». Cuando despidieron a tres de las informadoras de Besant de la fábrica por negarse a retractarse de sus declaraciones, 1400 chicas, sobre todo adolescentes, abandonaron su trabajo en señal de protesta. Las mujeres formaron el Sindicato de Fosforeras y fueron a la huelga para exigir mejores condiciones laborales. Dos semanas después, pese a tener que hacer frente a un empresario hostil y a numerosos intentos de desacreditar sus peticiones en la prensa, por ejemplo, en *The Times*, el sindicato consiguió que se atendieran sus reivindicaciones.<sup>201</sup>

Esta victoria, conseguida por mujeres que se encontraban en el escalón más bajo de la estructura de clases británica, inspiró a otros grupos de trabajadores no organizados de la zona este de Londres y sirvió para catalizar sus intentos de organizarse.<sup>202</sup> En marzo de 1889, los trabajadores de las fábricas de gas se vieron envueltos en un conflicto en torno al salario y a las horas de trabajo. Will Thorne, trabajador de Beckton Gasworks, consiguió el apoyo de los socialistas Eleanor Marx, John Burns, Tom Mann y Ben Tillett para que ayudasen a los trabajadores a organizarse, y se creó un Sindicato de Trabajadores Generales y del Sector del Gas (GLWU) que enseguida alcanzó los 20 000 miembros.<sup>203</sup> Ante la amenaza de acciones en la industria por parte de un grupo de obreros descontentos y recién organizados, y dado que no tenía una reserva clara de mano de obra a la que recurrir, el empleador —la empresa *South Metropolitan Gas Company*— se vio obligado a aceptar las exigencias del sindicato, y las demás empresas del sector pronto siguieron su ejemplo.<sup>204</sup>

Los estibadores de la zona este de Londres llevaban mucho tiempo lidiando con salarios exigüos y empleos eventuales. Siguiendo el ejemplo de las fosforeras y de los trabajadores de las fábricas de gas, también crearon un sindicato, el Sindicato de los Trabajadores de Muelles, Embarcaderos, Riberas y del

---

201 Raw 2009.

202 Raw 2009.

203 Pelling 1987; Morton, 1994.

204 Morton 1994: 386.

Sector General, para cambiar sus malas condiciones de trabajo. Comandados por Ben Tillett, John Burns y otros socialistas, los trabajadores organizados comenzaron una huelga pidiendo «un tanner por hora», lo que suponía un aumento de salario de dos peniques: de cuatro a seis peniques por hora. También demandaron con insistencia ocho peniques/hora por las horas extras, la abolición de la subcontratación y del trabajo a destajo, y empleos de un mínimo de cuatro horas.<sup>205</sup> Tras cinco semanas de conflicto, los empresarios aceptaron las demandas de los estibadores y subieron el salario a seis peniques/hora, o lo que Burns describió como «la moneda de seis peniques redonda y entera para el estibador».<sup>206</sup> Para noviembre de 1889, el sindicato de estibadores ya había superado los 30 000 miembros.<sup>207</sup> Impulsados por el éxito de grupos de trabajadores que hasta entonces se habían considerado «imposibles de organizar», otros trabajadores sin cualificación se animaron a unirse a sindicatos, de manera que, en el año posterior a la victoria de los estibadores, se organizaron más de 200 000 trabajadores sin cualificación,<sup>208</sup> como consecuencia de lo cual se transformó la naturaleza del sindicalismo británico. El sindicalismo en la industria era muy atractivo para los trabajadores pobres:

...sin capacidad para utilizar las tácticas ortodoxas del sindicalismo gremial. Dado que contaban «únicamente con el valor general de la fuerza de trabajo», no podían, a diferencia de los «hombres cualificados», apoyarse en su valor por su escasez usando diversos métodos restrictivos y «manteniendo así su valor». Su única oportunidad era conseguir que se afiliaran a un sindicato enorme todas aquellas personas que pudieran romper las huelgas; según el último análisis, cualquier hombre, mujer o menor «sin cualificación» del país. Así, la empresa tendría que contratar a trabajadores afiliados a ese sindicato.<sup>209</sup>

A diferencia de la visión clásica de Hobsbawm,<sup>210</sup> según la cual fueron los trabajadores de las fábricas de gas y los estibadores, varones, quienes determinaron el nacimiento del nuevo sindicalismo, en este capítulo se plantea que estos conflictos

---

205 Pelling 1987: 88.

206 Citado en Pelling 1987: 90.

207 Pelling 1987: 90.

208 Morton 1994: 386.

209 Hobsbawm 1949: 125.

210 Hobsbawm 1949, 1967, 1984a, 1984b.

fueron «la culminación de una agitación y una furia en el sector industrial que llevaba expresándose en una nueva forma de sindicalismo ya desde 1886».<sup>211</sup> El catalizador fueron las manifestaciones de los desempleados y de las mujeres trabajadoras, el escalón más bajo en la jerarquía de los trabajadores. Otro punto débil esencial en la versión de Hobsbawm es que no identifica que este levantamiento del «*residuum*» lo desencadenaron y comandaron, a todos los niveles, los católicos de ascendencia irlandesa: los parias racializados de el Reino Unido del siglo XIX. El hecho de que Hobsbawm pase por alto esta cuestión es consecuencia de su visión limitada del racismo: lo considera un fenómeno de prejuicios y discriminación por el color de la piel, un comportamiento excluyente de los blancos con los no blancos (véase, por ejemplo, su intento de comprender el racismo en el contexto imperialista externo).<sup>212</sup> Aunque esta visión le permite sin duda captar y analizar el desarrollo del racismo científico en función del color de la piel que acompañó al nuevo imperialismo externo, esa concepción tan restringida del racismo le impide ver la forma preponderante de racismo en el interior del Reino Unido: el racismo antiirlandés. Además, eso hizo que no investigara el grado en el que las vivencias de esa exclusión y esa denigración pudieran haber impulsado a este grupo social a implicarse en la resistencia colectiva en todo tipo de cuestiones sociales y políticas.

Puede decirse algo más, aunque no mucho, sobre la relevancia de la contribución de los católicos irlandeses al nuevo sindicalismo. Los historiadores especializados en movimientos obreros y sociales suelen afirmar que las grandes manifestaciones de 1886 y 1887 se centraron en la cuestión del desempleo en Londres. Aunque sin duda es correcto, estas visiones pasan por alto que también reivindicaban el autogobierno de Irlanda. Una característica destacable de la clase obrera de Londres era su carácter multiétnico; gran parte de ella eran personas católicas de ascendencia irlandesa. Muchos de estos obreros irlandeses conservaban vínculos con su tierra natal, la de sus antepasados, y tenían presentes las muy diversas formas en las que su pobla-

---

211 Duffy, 1961: 309.

212 Hobsbawm 1990, 1997.

ción había estado supeditada al Estado británico a lo largo de los años. Louise Raw<sup>213</sup> ha documentado, con gran detalle, que muchas de las fosforeras eran migrantes irlandesas o inglesas de primera generación descendientes de irlandeses. Muchas de las líderes mantenían una estrecha relación con la comunidad irlandesa local y vivían en calles que los comentaristas sociales de la época describían en tono despectivo como «la típica leonera irlandesa; [...] todos los vicios del desenfreno irlandés» y «donde viven muchos irlandeses, [...] gente tosca a la que le gusta beber, las carreras y apostar».<sup>214</sup> Hasta 23 de esas mujeres venían de Limehouse, zona del este de Londres denominada de forma despectiva «los barracones fenianos»: una zona que, según el monumental estudio del este de Londres llevado a cabo por Booth, era la manzana de edificios en la que más agentes de policía habían acabado en el hospital.<sup>215</sup>

Will Thorne y Ben Tillett, líderes de los trabajadores de las fábricas de gas y de los estibadores respectivamente, también eran de ascendencia católica irlandesa. Los lazos étnicos fueron cruciales para consolidar la solidaridad de clase. Durante el conflicto de los estibadores, Ben Tillett recibió el apoyo de muchos activistas de ascendencia irlandesa, como Tom McCarthy, secretario general de un grupo especial de estibadores que se encargaban de las labores de carga de embarcaciones que requerían más cualificación, y también fue respaldado por James Toomey, que acabaría presidiendo el Comité de huelga de los estibadores.<sup>216</sup> La escala y el alcance de esta solidaridad sustentada en los lazos étnicos compartidos tuvo como consecuencia directa la paralización del puerto de Londres del 20 de agosto al 16 de septiembre, cuando:

[u]n desfile de hombres, dirigidos por bandas de música, se paseaban por los muelles para que más hombres se unieran a la huelga. Los estibadores con más cualificación, los operarios de gabarras, los cargadores de carbón y otros obreros se unieron a ellos por simpatía y algunos de ellos formularon sus propias demandas a los empresarios.<sup>217</sup>

---

213 Raw 2009.

214 Booth citado en Raw 2009: 178.

215 Lees 1979.

216 McDermott 1979: 10.

217 Pelling 1987: 88.

Esos lazos también fueron relevantes para la propagación del nuevo sindicalismo por las regiones industriales del Reino Unido. Fueron activistas irlandeses —Edward McHugh y Richard McGhee— quienes crearon el Sindicato Nacional de Trabajadores de los Muelles, un sindicato con cimientos muy sólidos en Glasgow y Liverpool. James Sexton, hijo de migrantes irlandeses, acabaría siendo su secretario general y James Larkin, nacido en Liverpool de padres migrantes irlandeses, fue un miembro muy influyente en el sindicato en esa época. Y había muchos más.<sup>218</sup>

Sin embargo, el nuevo sindicalismo no fue únicamente un levantamiento de los católicos irlandeses y de su descendencia. Lo que sí resulta significativo es el importante papel desempeñado por este grupo a todos los niveles en esta oleada de confrontaciones, pasada por alto en buena parte de la historiografía clásica; su participación no se debía solo a su posición estructural, que tenía que enfrentarse a unas condiciones inimaginables de pobreza y degradación, sino que también obedecía a su sofisticada comprensión política de que ellos constituían un grupo minoritario racializado en un estado que era responsable de la opresión continua de su tierra natal. En este sentido, merece la pena recordar que, en ese momento, la élite británica seguía defendiendo una concepción de la nación británica sustentada en la lealtad compartida al protestantismo anglosajón. Según esa idea, los católicos irlandeses no solo eran una minoría, sino que se los consideraba incompatibles con esa visión. La combinación de esta vivencia de la racialización con las condiciones de explotación de clase brindó a este estrato social el papel de catalizador en las luchas de clase del nuevo sindicalismo. Cabe destacar que, como las demandas de esta acción colectiva se expresaron fundamentalmente con el lenguaje del socialismo y de la solidaridad de clase, este grupo también atrajo hacia la acción colectiva a otros componentes del «*residuum*», incluidos obreros ingleses. Este enfoque universalista, fraguado a partir del material particularista de la situación de los católicos irlandeses en el nuevo sindicalismo, fue la causa de la transformación del sindicalismo en Inglaterra; «no existía casi ninguna ocupación, desde las lavanderas hasta los camareros, pasando por las personas

---

218 McDermott 1979; Pelling 1987.

encargadas de clasificar el correo, que no se incorporase a este movimiento». <sup>219</sup>

De la solidaridad entre obreros irlandeses e ingleses en el marco del nuevo sindicalismo puede sacarse una conclusión clave: representaba el rechazo al imaginario del nacionalismo británico creado por la élite, un imaginario en el que no tenían cabida los irlandeses, las mujeres ni otros elementos de lo que las élites denominaban despectivamente «*residuum*». Activistas socialistas como los escoceses John Burns y Keir Hardie, el comunista anglicano Tom Mann, y la judía marxista Eleanor Marx se unieron a socialistas católicos irlandeses como Will Thorne, Annie Besant y Ben Tillett, entre otros, para apoyar la causa de las personas sin representación y sin cualificación en la sociedad británica. Esa solidaridad no se limitó a la esfera industrial. Ben Tillett y Will Thorne ligaron su compromiso con la política socialista y con el cuestionamiento a la explotación de la clase obrera a su defensa de la causa del autogobierno de Irlanda de una forma que recordaba a lo sucedido durante el cartismo. <sup>220</sup> Estas muestras de solidaridad eran especialmente notables ante el telón de fondo de las cuatro décadas de consolidación del racismo antiirlandés entre parte de la clase obrera inglesa durante los años centrales de la época victoriana. También ponía de relieve la posibilidad de que las posiciones políticas se modificasen en el curso de acciones colectivas prolongadas y a gran escala. El nuevo sindicalismo planteaba una visión alternativa de la clase obrera, una visión de solidaridad y acción colectiva que para llegar a buen puerto dependía de que se eliminasen las divisiones racistas en el seno de la clase.

La relevancia de estos acontecimientos ha hecho que algunos historiadores marxistas, como Engels <sup>221</sup> y Hobsbawm <sup>222</sup> interpretasen que el nuevo sindicalismo constituía un «recrudescimiento del utopismo revolucionario», mientras que otras personas mantienen que «cuestionó los cimientos del sistema capitalista». <sup>223</sup>

---

219 Pelling 1987: 91.

220 McDermott 1979; Pelling 1987.

221 Véase, por ejemplo, Torr 1942.

222 Hobsbawm 1967: 359.

223 Gray 1999: 4.

No hay que aceptar esa interpretación. Aunque las luchas de clase de la época estaban determinadas por muchas corrientes distintas, como el republicanismo irlandés radical de las líderes fosforeras y el socialismo revolucionario de William Morris y Eleanor Marx, la gran mayoría de los activistas que configuraron y consolidaron la trayectoria política del nuevo sindicalismo se enmarcaban en un socialismo más limitado.

Las corrientes con más peso fueron las que combinaban su fe en el socialismo con una lealtad casi irreflexiva a la nación británica. La mayor parte de los líderes socialistas del nuevo sindicalismo no deseaban romper con el nacionalismo británico, sino que querían ampliar el concepto de la comunidad nacional imaginada para que incluyese a la mayoría de la clase obrera que en ese momento seguía desfavorecida y sin derecho a voto. En este sentido, intentaron que la democracia británica se volviera más amplia, más inclusiva. Por lo tanto, sería más adecuado decir que gran parte de los dirigentes del nuevo sindicalismo se regían fundamentalmente por una forma de nacionalismo socialista, y no de internacionalismo socialista. El principal anhelo de todos ellos era la justicia económica y política y la inclusión formal de toda la clase obrera, también de los pobres, los no respetables y los irlandeses, dentro de los límites del Estado nación británico ampliado.

En su forma secular, esta tendencia estaba representada por el ala dominante de Hyndman en la SDF, que, pese a su lealtad declarada al marxismo, concebía su compromiso con el socialismo dentro de los límites nítidos de su lealtad al Estado. Hyndman y sus colaboradores más cercanos consideraban que el partido era un medio para conseguir que los ciudadanos no activos hasta entonces en la clase obrera se incorporasen al Estado inglés/británico, como se explicaba en su manifiesto *England for All* (1884). Cabe destacar que Hyndman manejaba un concepto de nación que, aunque racializada, era lo suficientemente amplia para albergar a la población de ascendencia irlandesa, como puede verse en su evocación de una tradición republicana radical cuando abogaba por una república socialista:

Tyler y Ball, Cade y Kelt, Vane y Blake y Harrison, Priestley y Cartwright, Spence y Owen, Vincent, Ernest Jones y Bronterre O'Brien... ¡Qué grupo



más noble! ¿Qué son, a su lado, otros distinguidos cabecillas y aduladores enaltecidos? La gran Republica Inglesa democrática siempre ha sido el sueño de las personas más nobles de nuestra raza. [...] Para conseguir esa República luchamos hoy los socialistas.<sup>224</sup>

El concepto de nación de esta corriente mayoritaria de la SDF era sin duda más democrático que el que proponían las élites dirigentes, pero su visión socialista y más amplia seguía firmemente anclada a la idea de la nación, y los migrantes irlandeses y, sobre todo, sus hijos, nacidos ya ingleses, se reimaginaban como parte de la raza inglesa.

En la esfera religiosa, el nacionalismo socialista se manifestó en el Partido Laborista Independiente (ILP), creado en 1893 por cuatro socialistas cristianos inconformistas: Keir Hardie, Ramsey MacDonald, Bruce Glasier y Phillip Snowden. Todos ellos rechazaban a Marx y lo criticaban por «perjudicar al socialismo haciendo hincapié en la necesidad de la guerra de clases».<sup>225</sup> Estos socialistas no encontraban su inspiración en *El capital*, sino en la Biblia; Hardie declaró que la primera obra de la que aprendió su «socialismo [fue] el Nuevo Testamento» y afirmó que seguía siendo su «principal fuente de inspiración».<sup>226</sup> Este tipo de socialismo ético consideraba que la lucha se producía entre «el bien y el mal, la justicia y la decencia frente a la avaricia y la explotación. El objetivo era ‘bajar un poco más del cielo a la tierra’».<sup>227</sup> Este enfoque no requería derrocar el Estado nación que ya existía, sino hacerse con su control para que resultara «sencillo hacer el bien y difícil hacer el mal».<sup>228</sup> Hay que destacar que esta corriente del socialismo ético no dio muestras de mucha animadversión hacia la clase obrera de ascendencia católica irlandesa. De hecho, dado que compartían la fe cristiana y que formaban parte de los pobres de la clase obrera excluida, a los dirigentes del ILP no les costó reimaginar a este conjunto de la población como componente integral de su concepto más amplio de la comunidad nacional británica, y los movilizaron para que buscasen la reparación y la inclusión en el Estado nación como

---

224 Bevir 2000: 355.

225 Knox 1988: 626.

226 Citado en Knox 1988: 609.

227 Knox, 1988: 626.

228 Reid citado en Knox 1988: 616.

ciudadanos activos que exigían liberarse de la degradación consecuencia de la pobreza y las enfermedades.

El cariz religioso del nacionalismo socialista del ILP tiene una gran importancia para comprender uno de los grandes dilemas de esta época: por qué, dada la influencia de la SDF —espacio donde se formaron muchos activistas socialistas importantes y que fue su primer hogar—, esta organización no se benefició más de la oleada de acción colectiva y de conflictos. Sin duda, la respuesta obedece en parte a las habituales luchas internas sectarias que caracterizaban a la SDF, así como a su actitud, a menudo paternalista, hacia la clase obrera. Sin embargo, puede que el factor más importante fuera que la clase obrera, incluidas muchas de las personas sin cualificación que se implicaron en el nuevo sindicalismo, siguieron ligadas a una visión religiosa del mundo, una visión que consideraban que encajaba mejor con el socialismo cristiano del ILP.

La fuerza indudable de estas formas relacionadas de nacionalismo socialista residía en su autoridad para hablar en nombre de las personas sin voz del Reino Unido. Sus demandas de una mayor democratización de la sociedad británica fijaron un indicador importante para la extensión de la ciudadanía y de los derechos políticos y económicos a gran parte de los obreros pobres, incluida la población de ascendencia irlandesa. Mediante la actividad del ILP, y después del Partido Laborista, se dio voz a esta capa de la población para poner en cuestión el concepto más restrictivo del Estado nación defendido por las élites.

Sin embargo, a la hora de hacer balance del nuevo sindicalismo y de su liderazgo socialista, es importante hacer una evaluación crítica no solo de sus puntos fuertes, sino también de los débiles. Nairn<sup>229</sup> nos recuerda con gran acierto que el nacionalismo tiene dos caras. ¿Qué contradicciones emergieron en una época en la que el proyecto socialista preponderante se entrelazó con el nacionalismo? Y, en concreto, ¿existían unos límites claramente definidos a las demandas de los nacionalistas socialistas de extender la democracia y lograr seguridad económica para las personas sin cualificación en el Reino Unido? ¿Estaban esos

---

229 Nairn 1982.

límites definidos por un racismo contra los grupos migrantes llegados hace menos tiempo, como los judíos?

### **Antisemitismo y límites del nacionalismo socialista**

En buena parte de la historiografía marxista y convencional del trabajo sobre este periodo no se ha tenido en cuenta que la migración masiva al Reino Unido de judíos que huían de pogromos racistas en lo que hoy son Polonia, Rusia y Ucrania coincidió en el tiempo con el repunte de la lucha de clases asociado al nuevo sindicalismo. Es más, esos migrantes judíos se establecieron fundamentalmente en las zonas que constituyeron el epicentro de la revuelta: en la zona este de Londres y también en Leeds y Manchester. Entre 1881 y 1914, la población judía aumentó de 60 000 a alrededor de 300 000 personas,<sup>230</sup> y casi un tercio de ellas estaban afincadas en la zona este de Londres.<sup>231</sup>

La oposición a su llegada al Reino Unido fue inmediata y generalizada en todas las clases sociales. Para formular las preocupaciones de la élite respecto a la escala y al alcance de la migración judía al Reino Unido, se recurrió a una veta de antisemitismo cristiano que se remontaba al siglo XI.<sup>232</sup> El Trades Union Congress (TUC) [Congreso de Sindicatos] —que en aquel momento seguía representando la opinión de la clase obrera respetable— actuó en el mismo sentido y en 1888 señaló que «los distintos oficios debían estudiar el asunto de la migración judía con gran detenimiento».<sup>233</sup> Como se los excluía del mercado laboral más amplio por motivos antisemitas y porque no dominaban el inglés, los trabajadores judíos tuvieron que recurrir a «redes de familiares y antiguos vecinos»<sup>234</sup> para encontrar trabajo en pequeñas empresas de sastrería y de la industria de confección, propiedad de judíos.<sup>235</sup> Sin embargo, el hecho de que trabajaran en esas industrias con salarios bastante más bajos intensificó la hostilidad de los obreros ingleses de los mismos gremios, que acabaron quejándose de «que uno de los grandes problemas económicos de esta zona, la explotación de los trabajadores, tenía

---

230 Bourke 1994: 195–196.

231 Holmes 1988; Panayi 1993; Bourke 1994; Panayi 1994.

232 Panayi 1993, 1994.

233 Citado en Buckman 1980: 223.

234 Gidley 2003: 2.

235 Buckman 1980; Williams 1980.

relación con la ‘plaga de judíos extranjeros’ que habían ‘invadido el East End’, convirtiéndolo en un paraíso para los explotadores». <sup>236</sup> En este sentido, las representaciones antisemitas clásicas de los judíos como «asesinos de Cristo» y «usureros» fueron sustituidas por otra serie de representaciones nuevas que asociaban a los obreros judíos con la temida degradación económica y social de la clase obrera inglesa.

Algunos socialistas tendieron la mano a los trabajadores judíos en señal de solidaridad, sobre todo los afines a la política de la Liga Socialista. La Liga estaba integrada por marxistas y anarquistas, ambos grupos muy comprometidos con el internacionalismo. Este compromiso se había fraguado, en gran medida, en contraposición a la SDF. La mayoría de los dirigentes de la Liga, como William Morris, Eleanor Marx, Belfort Bax y Edward Aveling, habían sido antes miembros de la SDF, pero habían decidido darse de baja por los continuos discursos nacionalistas racializadores de Henry Hyndman, líder de la SDF, y de Harry Quelch, director del periódico del partido, *Justice*. Ese racismo era parte esencial de la política de la SDF. Ya en 1882, cuando todavía se llamaba Federación Democrática, había aprobado una resolución —presentada por Hyndman— por la que se comprometía a oponerse a la inmigración china al Reino Unido, porque los chinos «siempre se mantenían como una raza diferenciada fueran donde fueran. Podrían inundarnos en el ámbito industrial y echarnos de casi todas las ocupaciones». <sup>237</sup> Eleanor Marx escribió a Wilhelm Liebknecht, en Alemania, tras la escisión y la posterior creación de la Liga Socialista en diciembre de 1884, contándole cómo «uno de nuestros principales puntos de fricción con Hyndman es que, si bien nosotros queremos que este movimiento sea verdaderamente internacional, Hyndman, cada vez que ha tenido oportunidad para hacerlo, ha tratado por todos los medios de que los trabajadores ingleses se pongan en contra de los extranjeros». <sup>238</sup>

Ya curtidos por estas primeras luchas contra el racismo dentro del movimiento socialista en ciernes, la Liga no dio cuartelillo al racismo ni al nacionalismo. Se negaban a que su

---

236 Holmes 1988: 68.

237 Hyndman citado en Crick 1994: 33.

238 Crick 1994: 38.

concepción del socialismo quedase restringida por los estrechos límites del Estado nación y trataron más bien de sobrepasar esos límites mostrando su solidaridad con una clase obrera global en la que se incluía a «aborígenes, maoríes, indios americanos y personas negras de cualquier parte».<sup>239</sup> En su manifiesto, publicado por primera vez en 1885, exponían su posición a la clase obrera británica con audacia:

Nos presentamos ante vosotros como un organismo que propugna los principios del socialismo internacional revolucionario; es decir, buscamos un cambio en la base de la sociedad, un cambio que destruiría las distinciones de clase y de nacionalidades. [...] Por lo tanto, la Liga Socialista tiene como objetivo la culminación total del socialismo revolucionario, y sus miembros tienen plena consciencia de que esa meta nunca se conseguirá en ningún país en concreto sin ayuda de los trabajadores de todas las civilizaciones.<sup>240</sup>

En las páginas de su periódico, *Commonwealth*, solían hacer frente al discurso nacionalista racializador de sus correligionarios socialistas de la SDF, y los acusaban de desaprovechar la ocasión de hacer causa común con los trabajadores judíos: «¿Vamos a permitir entonces que las cuestiones que están en juego en la lucha entre quienes roban y quienes sufren esos robos queden oscurecidas por la agitación contra los extranjeros?».<sup>241</sup>

Ante la doble amenaza de la explotación capitalista y del racismo de la clase obrera, los trabajadores judíos dedicados a la sastrería y a la confección habían recurrido a autoorganizarse, fundando sindicatos judíos para proteger y mejorar sus condiciones laborales.<sup>242</sup> Aunque tuvieron cierto éxito con esta estrategia de organización racial,<sup>243</sup> demostró ser mucho más complicado mantener sus beneficios a largo plazo.<sup>244</sup> Además de apoyar esas luchas autoorganizadas de los trabajadores judíos de la sastrería y de la confección, en ciudades como Leeds los miembros de la Liga también abogaron por la propagación del sindicalismo en la industria, de manera que todos los trabajadores, judíos incluidos, se organizaran en un gran sindicato. En relación con el empleo

---

239 Cohen 1984: 22.

240 *The Manifesto of the Socialist League*, de William Morris y E. Belfort Bax, 1885, 2.<sup>a</sup> ed.

241 Citado en Cohen 1984: 22.

242 Buckman 1980; Williams 1980.

243 Omi y Winant 1994.

244 Buckman 1980; Williams 1980.

de judíos en el gremio de la sastrería, llegaron a la conclusión de que tener la capacidad de solicitar el apoyo de otros grupos de trabajadores reforzaría la capacidad negociadora de los sastres judíos. En 1890 se produjo una fusión entre el sindicato de sastres y el sindicato de trabajadores de las fábricas de gas en Leeds, entre cuyos dirigentes figuraban destacados activistas socialistas como Tom Maguire y William Cockayne. Estos líderes, haciendo uso de esta fuerza organizativa recién descubierta, y aunando sus esfuerzos con los de los activistas judíos, acometieron el objetivo de equiparar las horas de trabajo y el salario de los trabajadores judíos a los de los trabajadores ingleses. En agosto de 1890, cuando los empresarios rechazaron una circular sindical en la que se solicitaba una jornada laboral uniforme para todos los tipos de trabajadores, los sastres se declararon en huelga. Con el respaldo de los trabajadores de las fábricas de gas, los sastres pronto consiguieron lo que reclamaban, de manera que «en pocos días, 15 patrones habían concedido la jornada laboral uniforme» y pronto se «sumaron otros 26 durante la semana siguiente».<sup>245</sup>

En las cinco huelgas que se declararon en Manchester en los sectores del tabaco, la sastrería, los armarios, las botas y la confección, y en las que participaron trabajadores ingleses, irlandeses y judíos, destacó el importante papel de los activistas judíos y socialistas en la organización de estas acciones colectivas.<sup>246</sup> Williams, para resumir la relación entre los trabajadores organizados y los trabajadores judíos en Manchester en esa época, afirma que

no hubo signos de hostilidad de los sindicalistas ingleses a los trabajadores judíos en 1889–90:<sup>247</sup> por el contrario, al movimiento obrero inglés le interesaba apoyar a los trabajadores judíos para «equiparar al alza» las condiciones de los distintos sectores. Esta estrategia fue el resultado de la situación general de avance del sindicalismo en Inglaterra.

Las intervenciones de activistas en la Liga Socialista durante esos años dejaron entrever otra manera de defender los intereses de clase que rechazaba el racismo y, por el contrario,

---

245 Buckman 1980: 234.

246 Williams 1980.

247 Williams 1980: 290.

tenía sus orígenes en el compromiso de forjar una solidaridad de clase amplia y multiétnica. El alcance de la Liga Socialista, no obstante, siempre fue escaso y se limitó a ocupaciones específicas en ciudades como Leeds y Manchester y en partes del este de Londres. Por lo tanto, su punto de vista internacionalista y antirracista era más la excepción que la norma dentro del movimiento socialista que comenzaba a emerger en el Reino Unido.

La mayoría de los socialistas siguieron ligados a las ideas políticas del nacionalismo socialista, fuera secular o religioso. Su apoyo a los trabajadores judíos fue, en el mejor de los casos, tibio y se debió fundamentalmente a una forma de colectivismo pragmática e instrumental que admitía la necesidad de reducir las expresiones de antisemitismo, porque se corría el riesgo de repercutir de forma muy negativa en la solidaridad de clase más generalizada que se había fraguado en contra de los empresarios en el curso del nuevo sindicalismo. Uno de los ejemplos de este punto de vista fue Ben Tillett, líder de los estibadores, descendiente en parte él mismo de irlandeses. Refiriéndose a la implicación de los trabajadores judíos en la acción colectiva, declaró: «Sí, somos hermanos y os vamos a apoyar, pero ojalá no hubierais venido».<sup>248</sup> Morris, Marx y otros miembros de la Liga trabajaron junto a Tillett, Burns y los nacionalistas socialistas en muchos de los conflictos clave relacionados con el nuevo sindicalismo, y en esta época las relaciones entre ellos se vieron muy marcadas por la tensión incómoda relacionada con la «cuestión judía».

Los nacionalistas socialistas recurrían al antisemitismo con frecuencia. En mayo y junio de 1891, Ben Tillett y Tom Mann, el comunista anglicano, enviaron cartas al *London Evening News* solicitando que se aplicasen controles de inmigración contra los judíos. Tillett aprovechó esta oportunidad para formular un discurso profascista en el que no solo abogaba por la retirada de los trabajadores judíos de suelo británico, sino que achacaba la difícil situación que atravesaban los obreros británicos al hecho de que la clase dirigente británica no hubiera plantado cara al poder de los banqueros judíos:

Nuestros principales hombres de Estado no están dispuestos a ofender a las grandes bancas ni a los reyes del dinero... Por amor de Dios,

---

248 Citado en Meth 1972: 5.

devolvednos a nuestros compatriotas y libradnos de vuestra variopinta multitud.<sup>249</sup>

En el mismo sentido, a finales de 1891 se pudo ver en el periódico de Keir Hardie, el *Labour Leader*, la sorprendente afirmación de que las guerras imperialistas se estaban planificando para avenirse a los intereses financieros judíos:

Siempre que hay problemas en Europa, allá donde circulen rumores de guerra y veamos hombres angustiados por el miedo, el cambio y las calamidades, veréis sin duda la nariz aguilena de un judío ocupado en sus menesteres, rondando cerca del lugar del tumulto.<sup>250</sup>

En este periodo, el antisemitismo cristiano estaba cada vez más determinado por un discurso de racismo científico que construyó un conjunto particularmente negativo de representaciones físicas y culturales de los «judíos».<sup>251</sup> Sin embargo, fue la derrota del nuevo sindicalismo lo que dejó el espacio político y cultural necesario para que este virulento brote de antisemitismo racista se consolidase en el seno de la clase obrera inglesa.

Ante la preocupación por el éxito del nuevo sindicalismo, que había conseguido que se organizaran más de 350 000 trabajadores sin cualificación y en virtud del cual la afiliación sindical en general se había duplicado, subiendo de 750 000 afiliados en 1888 (un 6% de densidad) a 1 576 000 afiliados (un 13% de densidad) en 1892,<sup>252</sup> el Estado y los empresarios promovieron una respuesta coordinada para socavar la organización sindical. Se crearon federaciones de empresarios en las distintas industrias y se debilitó la posición jurídica del sindicalismo, incluido el derecho a formar piquetes.<sup>253</sup> Para 1896, los empresarios ya habían recuperado muchos de los beneficios logrados por el nuevo sindicalismo y la afiliación sindical de la mano de obra no cualificada ya se había reducido a 150 000 miembros.<sup>254</sup> A mediados de la década de 1890, el ciclo de protestas<sup>255</sup> iniciado por las ma-

---

249 Citado en Cohen 1984: 28.

250 Citado en Cohen 1984: 20.

251 Miles 1993.

252 Hatton *et al.* 1994: 436, tabla 1.

253 Pelling 1987: 113–114.

254 Hatton *et al.* 1994.

255 Tarrow 1998.



nifestaciones de los desempleados y la huelga de las fosforeras había llegado a su fin.

Como consecuencia de todo ello, cundieron la desmoralización y la desesperación en la clase obrera y los judíos fueron una de las primeras bajas debidas a la derrota del nuevo sindicalismo. Los líderes nacionalistas socialistas, que habían reprimido en gran medida su antisemitismo durante el apogeo del nuevo sindicalismo, optaron ahora por desplegar su racismo de manera oportunista para que los trabajadores ingleses tuvieran una forma de entender el malestar de su situación en ese momento. Los elementos clave de este resurgir del antisemitismo socialista eran algunos defectos del carácter judío o su mera presencia en el Reino Unido. G. D. Kelley, secretario del Consejo Sindical de Manchester y Salford, que había sido «aclamado como el gran defensor de los trabajadores judíos explotados en la huelga del sector de la impermeabilización de 1890, [...] fue transitando hacia la imaginería antisemita y los sastres judíos no consiguieron mantener su organización sindical».<sup>256</sup> Pese a las objeciones de James Sexton, entonces presidente del TUC, se organizó una conferencia especial del TUC para debatir sobre los controles de inmigración contra los judíos. Después, en 1896 el TUC envió una delegación oficial al ministro del Interior para solicitar que se aprobase legislación al respecto.<sup>257</sup>

La Liga Socialista, que seguía teniendo poco peso, ya no estaba en posición de cuestionar la propagación de ese racismo entre las comunidades de la clase obrera. William Morris había abandonado la organización en 1890. Eleanor Marx se había marchado ya en 1888 para formar la Sociedad Socialista de Bloomsbury, de escaso recorrido.<sup>258</sup> La Liga, integrada por anarquistas y socialistas, había sido un organismo inestable desde su creación. Engels, frustrado desde hacía tiempo porque los ingleses no eran capaces de crear un partido socialista con raíces de clase obrera, señalaba con mordacidad en una carta a Eduard Bernstein que no se hacía muchas ilusiones con un partido formado por anarquistas y socialistas y comandado por dos poetas (Morris y Aveling) y un filósofo (Bax): «los tres hombres menos

---

256 Lunn 1985: 5.

257 Cohen 1984: 21.

258 Kapp 1976.

prácticos [...] que se pueden encontrar». <sup>259</sup> Su preocupación resultaría estar bien fundada, porque esas divisiones, incluida la relativa al lugar de la violencia en las luchas políticas, llegaron a un punto crítico en los años dorados del nuevo sindicalismo, haciendo que la organización terminara por escindirse.

Mientras la clase obrera sufría una derrota tras otra, poco podían hacer internacionalistas socialistas como Morris y Marx para frenar la desesperación y el abatimiento crecientes que se precipitaron con estos acontecimientos. Dado que su base organizativa no era muy relevante, se convirtieron en figuras cada vez más marginales dentro del movimiento socialista, sin capacidad para organizar ningún tipo de oposición efectiva a estas divisiones crecientes. Entretanto, muchos de sus antiguos miembros dedicados al activismo en la industria, como Burns, Thorne y Mann, entre otros, habían vuelto a la Federación Socialdemócrata, para terminar recalando en el ILP en 1893.

El hecho de que la Liga Socialista no echase raíces más profundas en la clase obrera durante los años decisivos del nuevo sindicalismo acabó siendo su perdición. Tras su desaparición, no quedaron muchas trazas de su perspectiva internacionalista socialista. Además, algunas de las figuras más relevantes del internacionalismo socialista en el Reino Unido —Engels, Morris, Marx y Aveling— murieron, las dos últimas suicidándose, en el plazo de tres años (entre 1895 en 1898). La muerte de Eleanor Marx fue especialmente dolorosa y en la práctica marcó el final de la era de «crear socialistas». Iban a volverse hegemónicas las ideas políticas de una clase obrera pragmática, consecuencia de la derrota y de la desmoralización, y que se acompañaban de un antisemitismo racista que lo invadía todo.

A la propagación del antisemitismo de la mano de los nacionalistas socialistas hay que sumar que los partidos políticos ya establecidos manipularon cada vez más esta cuestión con el objetivo de obtener rédito electoral. En algunas partes de Londres, «el judío» se convirtió cada vez con más frecuencia en el chivo expiatorio de las tribulaciones económicas del Reino Unido y de la difícil situación que vivía la clase obrera inglesa e irlandesa. David Hope Kyd, candidato conservador al Parlamen-

---

259 Engels 1894.

to, advirtió en 1903 de que la asociación prolongada con judíos acabaría conduciendo al «exterminio del obrero varón británico del East End de Londres».<sup>260</sup> En Bethnal Green el Liberal and Radical Club aprobó en 1901 una resolución en virtud de la cual se impedía a los judíos ser candidatos al Parlamento. A los judíos se les negaban las oportunidades de empleo cada vez con más frecuencia en todo el Reino Unido: en Leeds «no era raro que los inmigrantes judíos que buscaban trabajo se topasen con un escollo de dos palabras: ‘judíos abstenerse’».<sup>261</sup> También se produjo un aumento de la violencia racista; Holmes<sup>262</sup> hace una relación de incidentes en Bethnal Green, en la zona de Leyland (Leeds), en Salford y en Gales del Sur.

La primera organización fascista, la Liga de los Hermanos Británicos (BBL), se fundó en 1902 y constituyó «una alianza entre trabajadores de la zona este de Londres y parlamentarios tories como Howard Vincent y el comandante William Eden Evans-Gordon».<sup>263</sup> Su tono de antisemitismo racista advertía a los obreros ingleses de los peligros de que Whitechapel se convirtiera en la Nueva Jerusalén<sup>264</sup> y, en 1902, en un mitin celebrado en el People’s Palace del este de Londres:

A la calurosa interpretación de canciones populares nacionalistas le siguieron discursos torrenciales en los que se atacaba a los inmigrantes judíos con diversos grados de violencia. Esa hostilidad provenía de los parlamentarios conservadores y de portavoces de distintos intereses del East End y desembocó en gritos de «¡Acabad con ellos!» por parte del público.<sup>265</sup>

Ese racismo se exacerbaba en la prensa local; en el *East London Advertiser* se opinaba que los judíos eran intrínsecamente diferentes, incapaces de adaptarse y, por lo tanto, ajenos al estilo de vida británico:

Las personas de cualquier otra nación, tras pasar algo de tiempo en Inglaterra, se adaptan a la raza nativa y enseguida pierden casi cualquier

---

260 Citado en Holmes 1988: 69

261 Holmes 1988: 69–70.

262 Holmes 1988: 70–71.

263 Holmes 1988: 70.

264 Holmes 1988: 69.

265 Holmes 1988: 296.

rastros de que son extranjeras. Pero los judíos nunca lo hacen. Un judío siempre es un judío.<sup>266</sup>

En este clima cada vez más cargado de odio racista, se intensificaron las demandas de controles de inmigración, lo que hizo que se crease una Comisión Real sobre Inmigración Extranjera en 1903 para determinar la repercusión de la mano de obra judía en el empleo y en los salarios. En abril de 1904, Hyndman escribió a *The Jewish Chronicle* y declaró que la SDF se oponía al «libre acceso de todos los extranjeros» y apoyaba una legislación que restringiera la entrada de judíos al Reino Unido.<sup>267</sup> La respuesta del ILP también fue problemática. Bruce Glasier, uno de los cuatro fundadores del partido, escribió en el *Labour Leader* que

ni el principio de la fraternidad entre los hombres ni el principio de la igualdad social quieren decir que las naciones hermanas o los hombres hermanos tengan que inundarnos en tal número que abusen de nuestra hospitalidad, derroquen nuestras instituciones o perturben nuestras costumbres.<sup>268</sup>

Keir Hardie fue una de las pocas figuras destacadas del movimiento obrero que se opuso a la aprobación de una ley de inmigración, porque consideraba que perjudicaría «la posición del Reino Unido como lugar de asilo para refugiados políticos y [dañaría] nuestro prestigio».<sup>269</sup> Sin embargo, sus ideas políticas de socialismo ético siguieron ligadas a la adhesión banal, casi irreflexiva, al nacionalismo británico. Esa ideología demostró no tener la capacidad de generar el vocabulario necesario para plantar cara a la creciente oleada de nacionalismo racializador agresivo que abundaba en la sociedad, también en gran parte de la clase obrera. Los trabajadores judíos habían quedado, en la práctica, indefensos frente a ese racismo y las consecuencias serían desastrosas:

En la vida diaria, las nociones de «inmigrante» y «extranjero» se volvieron sinónimos de «judío». Además, el hecho de ser judío se interpretaba cada vez con más frecuencia como una cualidad determinada por la sangre y, por lo tanto, hereditaria e imborrable. Se popularizaron las

---

266 Citado en Holmes 1988: 68.

267 Cohen 1984.

268 Citado en Knox 1988: 626.

269 Citado en el *New York Times*, 10 de enero de 1909.

referencias a la existencia de una «raza» judía. A esta «raza» se la describía como una presencia ajena con potencial para destruir la sociedad civilizada promoviendo una conspiración internacional: como resultado, los judíos se convirtieron en el «enemigo interno» racializado.<sup>270</sup>

Aunque la Comisión Real sobre Inmigración Extranjera no llegó a una conclusión definitiva respecto a la repercusión de la mano de obra judía en los salarios y en el empleo,<sup>271</sup> dada la agitación del panorama político, el Gobierno optó por promulgar la legislación de todas formas y la Ley de extranjería entró en vigor en 1905.<sup>272</sup>

Muchos nacionalistas socialistas fueron cómplices de esta oleada de antisemitismo que condujo a la aprobación de esa legislación racista. Fuera porque los judíos eran integrantes de una «raza ajena», o porque poseían una cultura que consideraban que no se podía asimilar, la negativa de los nacionalistas socialistas a integrar a los trabajadores judíos en las luchas de clase más amplias del nuevo sindicalismo fue un gran error. Si bien el concepto de pertenencia nacional que sustentaba la ideología del nacionalismo socialista era sin duda más amplio que el de las élites, y aunque ponga de relieve la importancia de que, en circunstancias históricas y políticas concretas, los oprimidos pueden reimaginar y apropiarse incluso de ideologías opresivas y excluyentes como el nacionalismo para fomentar la lucha por la democratización, este imaginario ampliado nunca llegó a extenderse lo suficiente como para incluir a los migrantes judíos. Se puede argumentar, sin duda, que esta idea más amplia de la pertenencia nacional iba ganando cada vez más legitimidad en todos los sectores sociales, pero sobre todo entre la clase obrera sin cualificación, precisamente porque servía para representar la concepción de pertenencia nacional de las élites como injusta, dado que excluía a personas, como los propios miembros de esa clase obrera, que eran británicas y, por lo tanto, merecían un trato igual y justo. En ese sentido, los judíos en la metrópoli británica (igual que los asiáticos y los africanos en el exterior, como veremos en el próximo capítulo) eran un contrapunto útil para exponer esos argumentos ante las élites y ante la propia

---

270 Miles 1993: 135–136.

271 Holmes 1988: 45.

272 Miles 1993.

clase obrera y definir quién era británico y quién no lo era. En el momento histórico en el que los nacionalistas socialistas reimaginaron a los irlandeses racializados como parte integral de la clase obrera del Reino Unido, excluyeron a otros: los judíos. La nación se estaba ensanchando y reconfigurando, pero solo a costa de afianzar otra forma de racismo: el antisemitismo. Esa es la tragedia de esta época.

# 4

## RAZA, IMPERIO Y SUS MALESTARES

*Para finales del siglo XIX, Reino Unido se había hecho con el mayor imperio de la historia, [...] lo que empapó y «fijó» a la sociedad británica en una matriz en la que se ha mantenido hasta hoy. [...] Es evidente que la existencia, la persistencia y la celebración constante del Imperio afectaron a todas las clases y a todas las instituciones británicas, como no podía ser de otra manera.*

Perry Anderson, «Origins of the Present Crisis», p. 34.

*Es completamente cierto que el imperialismo penetró profundamente en el movimiento obrero e incluso en los grupos socialistas; [...]. [Pero] la sospecha [...] [con la] que era [considerado] [...] nos revelarán una imagen mucho más compleja.*

Edward P. Thompson, «Las peculiaridades de lo inglés», p. 73.

### Introducción

En el capítulo anterior hemos visto que una de las respuestas de las élites británicas a la Gran Depresión de 1873 fue desestabilizar el acuerdo entre clases que se había instaurado a mediados del siglo XIX. Esto, a su vez, dio lugar a una prolongada oleada de luchas de clase conocidas como nuevo sindicalismo que transformaron el panorama político del Reino Unido. La segunda respuesta de las élites fue poner en marcha un nuevo imperialismo que proporcionase al Reino Unido mercados de exportación sin competencia extranjera. En este capítulo se traza el impacto de esta nueva estrategia imperialista en la propia sociedad británica. En particular, se analiza el aumento de tradiciones nacionales inventadas y de las reformas sociales que lo acompañaron, y que trataron de inculcar un sentimiento de pertenencia

nacional racializada y de derecho de propiedad sobre el Imperio en un estrato social mucho más amplio que el que se había contemplado hasta ese momento.

Después, se pasará a considerar que este proceso de integración de la clase obrera en el proyecto del Imperio no fue únicamente una elaboración de la élite que se impuso «de arriba abajo»; su éxito se basó también, en gran medida, en las funestas decisiones del Partido Laborista Independiente (ILP). Una serie de derrotas en los ámbitos político y sindical obligaron a gran parte de los dirigentes del ILP a hacer menos hincapié en el poder autónomo de la organización de la clase obrera y en la eficacia de la ideología socialista, y a poner más énfasis en la formación de alianzas con líderes sindicales liberales y con los fabianos.<sup>273</sup> A través de esta mediación, las demandas de la clase obrera por una mayor democratización del sistema político nacional y de la provisión de bienestar social acabaron redefiniéndose no como un fin en sí mismo, sino como un medio para mantener y justificar la protección del Imperio británico. Desde las instituciones del ILP y del Partido Laborista hasta los espectáculos de variedades, incluso los componentes no respetables de la clase obrera que habían hecho estallar el nuevo sindicalismo comenzaron, de manera lenta pero inexorable, a imbuirse de un nacionalismo británico cada vez más virulento, sustentado en la lealtad compartida a la raza y al Imperio. Como la amenaza electoral del Partido Laborista cogía fuerza en la metrópoli y la resistencia crecía en las colonias, también se extendió entre las élites dirigentes británicas la idea de que había que incorporar a la clase obrera a la órbita de la comunidad nacional imaginada.

El presente capítulo también abordará la pregunta de si existían voces y vías alternativas que hubieran permitido a la clase obrera luchar por sus objetivos de una vida mejor y más feliz sin ceder en la cuestión del racismo, el nacionalismo y el Imperio. Se analizará en particular la batalla librada por una minoría de la Federación Socialdemócrata en favor del internacionalismo socialista, así como el punto de vista político del

---

273 La Fabian Society fue un movimiento del socialismo británico fundado en 1884, que apostaba por una vía gradual en la transformación de la sociedad al socialismo, por medio del sufragio y de reformas. Se la considera precursora del Partido Laborista [N. de la T.].



Partido Laborista Socialista en Escocia. En 1900, una pequeñísima comunidad de minorías socialistas racializadas, con figuras como James Connolly, Zelda Kahan y Theodore Rothstein, se había vuelto esencial en esta corriente de internacionalismo socialista en el Reino Unido. Aunque la historia demuestra que sus esfuerzos para hacer avanzar la ideología del internacionalismo proletario fueron en gran parte en vano, ya que gran parte de la clase obrera británica fue a la guerra de forma voluntaria, desde este estrato social es desde el que surgió el núcleo del futuro Partido Comunista de Gran Bretaña.

### **«Medio demonios y medio niños»: el racismo de la élite y el nuevo imperialismo**

Una de las respuestas de la élite ante el inicio de la Gran Depresión a mediados de la década de 1870 fue desbaratar el acuerdo alcanzado con parte de la clase obrera durante los años centrales de la época victoriana y el imperialismo diplomático-industrial; la otra consistió en embarcarse en el nuevo imperialismo para buscar nuevos mercados. Facciones clave de la élite británica, en particular líderes destacados como Joseph Chamberlain y lord Rosebery, respaldados por grupos de presión industriales muy poderosos, hicieron una intensa campaña a favor de un nuevo imperialismo que proporcionase al Reino Unido mercados de exportación sin competencia extranjera. El nuevo imperialismo, iniciado en 1875 con la adquisición del canal de Suez, acabó siendo representado por la pugna a la carrera por África y lo que en ocasiones se ha denominado «el imperio por el imperio». La enconada rivalidad entre las potencias europeas se tradujo en la misión de colonizar el mundo sin piedad y sin cuartel. Con el «Gran Juego» en el centro y el sur de Asia y la reconfiguración del mapa de África, las potencias coloniales, Reino Unido, Alemania, Francia, Países Bajos y Portugal, extendieron su soberanía a gran parte del mundo.

Esta oleada de colonialismo europeo de una escala y un alcance sin precedentes se topó con un aumento exponencial de las rebeliones de las personas colonizadas. Solo en el África subsahariana, hubo disturbios y guerras en Sudáfrica con las revueltas de Bambatha en Natal, con los asantes y la resistencia ndebele y zulú a los británicos, y la primera y la segunda guerra

con los mandinga.<sup>274</sup> Ante la mirada cínica de la élite occidental, esas muestras de rebelión no solo indicaban que esos pueblos no eran capaces de adaptarse a las costumbres de Occidente, sino también que la antigua forma de legitimar ideológicamente su presencia en esas zonas había fracasado. Kipling exhortó a los estadounidenses a asumir «la carga del hombre blanco» a la hora de gobernar «hoscos pueblos recién conquistados, medio demonios y medio niños». <sup>275</sup> Como resultado, además del despliegue de tropas cada vez más numerosas para sofocar estas rebeliones, se recurrió al racismo científico para justificar el imperialismo británico. Esta forma de racismo ya estaba consolidada en el Reino Unido, porque se había utilizado contra los irlandeses y los africanos en la metrópoli. También hay indicios de que se utilizó cada vez con más frecuencia en las colonias tras la rebelión de la India de 1857 y la represión de la rebelión de Morant Bay a cargo del gobernador Eyre en 1865. <sup>276</sup> No obstante, debido a la aparición del nuevo imperialismo y, en particular, de la resistencia a dicho movimiento, el racismo científico dejó de ser incipiente para convertirse en preponderante, porque comenzó a utilizarse a escala universal.

No es de extrañar, dado que las teorías de este tipo habían aumentado exponencialmente durante el siglo XIX,<sup>277</sup> dando lugar a nuevas disciplinas científicas, como la frenología, la fisiología y la antropología, y nutriéndose de ellas. Todas ellas tenían en común la creencia básica de que a) las personas podían ser clasificadas en un número finito de grupos raciales con un conjunto limitado de indicadores físicos (p. ej., el color de la piel, la forma de la nariz, el tipo de pelo y la forma y el tamaño del cráneo); b) las capacidades para el desarrollo social y cultural de los miembros de cada uno de estos grupos eran diferentes, y las personas de raza blanca, sobre todo las nórdicas/anglosajonas/del norte de Europa se situaban en la cúspide de la jerarquía, mientras que las africanas subsaharianas estaban en el escalón más bajo; y c) la capacidad de cada grupo para la civilización era fija e inmutable en el tiempo y en el espacio, de manera que se

---

274 Young, 2001: 161–162.

275 Citado en Porter 1999: 24.

276 Hall 2002.

277 Banton 1987.

imaginaba que las sociedades africanas y asiáticas se encontraban en la práctica en un estado de interrupción del desarrollo que se aproximaba al de las sociedades europeas en una fase anterior de su proceso de civilización.<sup>278</sup> Básicamente, se trataba de un concepto de la sociedad según el cual la biología se había vuelto destino. Además, ese pensamiento racial fue absorbido e integrado en las perspectivas eugenésicas y de darwinismo social que estaban emergiendo a finales del siglo XIX, lo que reforzó la supuesta base científica del racismo y le brindó una legitimidad moral e intelectual completamente inmerecida.<sup>279</sup>

Aunque al principio esta forma de pensar conformó el impulso agresivo del nuevo imperialismo para conquistar el mundo no blanco, la experiencia de la propia conquista ayudó a consolidar, renovar y avivar los argumentos del racismo científico. Las personas dedicadas al estudio de las disciplinas emergentes (antropología y frenología) proporcionaron a misioneros, oficiales militares y administradores cuestionarios para que registrasen todos los detalles de las poblaciones con las que se toparan. Algunas viajaron en persona a los territorios recién conquistados con los instrumentos de medición más modernos para calcular el índice cefálico de las personas «nativas». Estos antropólogos, como señala Mackenzie, «trabajaban en el seno de las estructuras del Imperio, utilizando la autoridad derivada del poder»;<sup>280</sup> estaban, como indicó Lévi-Strauss con perspicacia, «al servicio del colonialismo». Los llamados hallazgos científicos se integraron en el trabajo previo sobre pensamiento racial y se utilizaron de forma retrospectiva para justificar la misión imperialista de «civilizar» a los «nativos» y «salvarlos de sí mismos» entrenando a oficiales para gobernarlos. Esta interacción recíproca entre el proceso material y el ideológico es fundamental para comprender cómo el racismo científico configuró la conquista colonial y ayudó a legitimarla.

Las antiguas ideas (y las políticas construidas sobre ellas) conformadas por un etnocentrismo racializador que suponía que el «otro» podía ser elevado a un plano superior, occidental/británico, de la civilización no desaparecieron por completo en esta

---

278 Véanse Fanon 1961/2001; Said 1978.

279 Hofstadter 1967.

280 Mackenzie 1999: 286.

época. Cannadine<sup>281</sup> destaca con gran acierto que, además de las ideas racializadoras, existían otras formas de representar a las personas colonizadas, sobre todo a sus élites, usando el marco de la clase. Al mismo tiempo, interpreta equivocadamente que la categorización de clase y la de raza compiten de algún modo y que son mutuamente excluyentes; para la década de 1880, las identidades de clase de la élite de la metrópoli se habían racializado tanto que la élite colonizada y su identificación de clase se inscribió, casi siempre, dentro de los límites de la posición de clase que compartían con la élite colonizadora. Es decir, se los consideraba, y se consideraban a sí mismos, facciones racializadas particulares dentro de la élite, lo que reflejaba distintos niveles de estatus y de estima en función de cada factor en un mundo cada vez más marcado por la idea de la supremacía blanca.

Es incuestionable, no obstante, que el equilibrio entre las ideas antiguas y el nuevo racismo científico, más agresivo, se desniveló con contundencia en favor de este último, sobre todo como respuesta a la resistencia colectiva organizada por las poblaciones colonizadas. El corolario a estos avances fue que el autoconcepto de la élite británica también se reconfiguró; se fusionó cada vez más con un sentimiento de raza blanca común fraguado en contraposición a los otros «no blancos» colonizados en Asia, África y el Caribe. Esta idea encajaba a la perfección con el proceso de la élite británica en la metrópoli, que se estaba reconcibiendo como país protestante anglosajón en contraposición a los judíos y a los católicos irlandeses de la llamada raza celta. Es decir, la idea de la raza se había convertido en el pegamento, en el cemento social que aglutinaba a la nación frente a los católicos irlandeses y a los judíos en la metrópoli y frente a los africanos y los asiáticos fuera. Estaba emergiendo un Reino Unido blanco, anglosajón y protestante; una forma de nacionalismo racista que se convirtió en el emblema del imperialismo británico del *fin-de-siècle*.

### **El Imperio en el imaginario de la clase obrera**

¿Qué le parecía a la clase obrera el Imperio británico en esta época de nuevo imperialismo y racismo científico? ¿Reco-

---

281 Cannadine 2002.

nocían el Imperio como algo propio? ¿O les resultaba indiferente, inmersos como estaban en su perpetua y acuciante búsqueda de seguridad material y psicológica? Aunque se han publicado muchísimos análisis de las relaciones sociales entre lo que podrían denominarse estados coloniales y los pueblos subalternos explotados por el dominio colonial, también desde un punto de vista poscolonial,<sup>282</sup> hay pocos intentos sistemáticos de distinguir las reacciones de la clase obrera ante el Imperio y el imperialismo de las de otras clases. Incluso la influyente bibliografía publicada sobre el impacto del Imperio en el propio Reino Unido<sup>283</sup> se ha centrado fundamentalmente en las comunidades de clase media. Sumidos en este silencio, a veces se ha tenido la tendencia de deducir las actitudes y los comportamientos de la clase obrera a partir de un análisis puramente textual de los productos de la élite occidental, y de suponer, como hacen algunos destacados estudiosos poscoloniales,<sup>284</sup> que la clase obrera asumía estos argumentos sin ningún cuestionamiento crítico, lo que garantizaría su incorporación simbólica y política sin fisuras al discurso dominante del nacionalismo racializador comprometido con la construcción del Imperio. Si bien es innegable que en esta época la clase obrera aceptó la idea del Imperio,<sup>285</sup> no se pueden aceptar las visiones poscoloniales que siguen la tesis de la ideología dominante, porque empobrecen sin necesidad la historia del Reino Unido y la despojan de sus matices; eliminan los enconados conflictos de clase que surgieron y estructuraron la sociedad en esta época y no prestan la debida atención a la pérdida de legitimidad que sufrieron las élites como consecuencia de ese proceso. En cambio, las ideas sobre la raza y el Imperio calaron en la clase obrera a través de un proceso diferente, menos directo, que atravesó la educación, la cultura y la política.<sup>286</sup>

Mientras sus progenitores estaban muy implicados en el nuevo sindicalismo y participaban en algunos de los mayores conflictos de clase vistos en el Reino Unido en más de una generación, los hijos de esos mismos trabajadores estaban siendo

---

282 Véase, p. ej., Said 1978.

283 Véanse, por ejemplo, McClintock 1995; Hall 2002.

284 Véanse, por ejemplo, Said 1978; Young 2001.

285 Mackenzie 1999; Attridge 2003.

286 MacDonald 1994; Attridge 2003; Driver y Gilbert 2003.

educados sobre su Imperio. En 1870 se aprobó la Ley de educación primaria en Inglaterra y Gales, y su aplicación efectiva desde mediados de la década de 1880 estableció el marco para la escolarización de todos los niños de 5 a 13 años. Aunque la intención de la ley era educar a los niños de la clase trabajadora, a la que acababa de concedérsele el derecho al voto, y satisfacer las expectativas de los empresarios industriales, que ansiaban un sistema educativo más efectivo que garantizase la preponderancia del Reino Unido en la economía mundial capitalista, la ley también abrió otra vía para que las ideas sobre la raza y el Imperio se introdujeran en las vidas y en la conciencia de la clase obrera. Como consecuencia de la expansión del sistema educativo, las autoridades escolares se convirtieron en importantes compradoras de libros, y los niños, en un público muy amplio que no tenía más remedio que escuchar.<sup>287</sup> Los libros que más se compraban y se utilizaban en las nuevas escuelas primarias eran selecciones de textos, libros de introducción a la geografía y a la historia escritos por pedagogos de clase media. Su objetivo no era solo enseñar a los niños y niñas «las letras»; también les transmitían conocimientos sobre su país y sobre el Imperio británico. Además, se enseñaba a los niños a acatar ciegamente el orden social dominante si querían que se los reconociese como ciudadanos activos y miembros de una raza superior. En la práctica, se los controlaba y moldeaba para que se convirtieran en una clase sumisa que diese más peso a la misión civilizadora del Reino Unido en el extranjero mediante la interiorización del sentimiento de obligación nacional.<sup>288</sup> A finales del siglo XIX este sistema educativo ya había moldeado a dos generaciones de niños de la clase obrera con sus discursos de racismo, patriotismo e Imperio. La difusión de estas actitudes se consolidaba gracias a los publicistas del final de la época victoriana, que se encargaban de componer emocionantes historias de aventuras imperialistas que transmitían valores conservadores y racistas a un público adolescente ávido de aventuras. Se estaba creando de forma intencionada una imagen unidimensional de las personas racializadas y colonizadas que sugería deliberadamente que «el hombre blanco cargaba

---

287 Heathorn 2000.

288 Heathorn 2000.

con la obligación» de llevar la civilización a las «masas oscuras», justificando así la misión del Imperio británico.

En la Inglaterra de finales de la época victoriana, los valores y las actitudes del Imperio estaban en todas partes. Si los niños de la clase obrera interiorizaron las ideas sobre la raza y la misión imperial del Reino Unido a través de emocionantes historias de aventuras ambientadas en lugares remotos de África y Asia, a sus padres les llegaron a través de los espectáculos de variedades, el espectáculo teatral por excelencia para el público de clase obrera durante el final de la época victoriana y en la época eduardiana.<sup>289</sup> Estas formas de entretenimiento siempre incluían «escenas musicales patrióticas en las que aparecían actores con uniforme, se mostraba la bandera e, incluso, se representaba a Britania y a la reina Victoria».<sup>290</sup> También apareció en los salones parroquiales y en los teatros otra práctica cultural, el cuadro viviente, en el que

solían representarse célebres acontecimientos patrióticos e imperiales, recreados en una escena estática. A veces personificaban un cuadro famoso, lo que añadía la chispa de que el público lo reconociera, o encarnaban un momento clave de la Rebelión de la India o de la muerte de Gordon.<sup>291</sup>

Algunos cantantes famosos interpretaban canciones nacionalistas que apelaban al dominio blanco para permanecer unidos frente a las personas africanas o asiáticas, mientras que otros describían figuras «heroicas» de la clase obrera que luchaban por todo el Imperio:

*And whether he's on India's coral strand,  
Or pouring out his blood in the Sudan,  
To keep our flag a flying, he's doing and a dying,  
Every inch of him a soldier and a man.*<sup>292</sup>

[Tanto en una playa india,  
como desangrándose en Sudán,  
vivir y morir por nuestra bandera  
soldado y hombre le harán].

---

289 Mackenzie 1986, 1999; véanse también Stedman Jones 1983: 229–230; Attridge 2003.

290 Mackenzie 1999: 277.

291 Mackenzie 1999: 277.

292 Citado en Mackenzie, 1999: 278.

Este tipo de material cultural fue lo que llevó a John Hobson —conocido antiimperialista— a acusar al espectáculo de variedades de ser la fuente del patriotismo, un «poderoso educador» de «las pasiones de la multitud», «que aviva con un humor burdo o un patetismo exagerado los deseos animales de un público estimulado por el alcohol para que todo esto le resulte gracioso».<sup>293</sup>

Mackenzie también expone cómo se transformaron en esta época las exposiciones del Imperio: al principio se centraban en el arte y la industria, pero cada vez se exhibían más muestras de la supuesta superioridad nacional y racial británica. Las exposiciones más comentadas eran las de los pueblos nativos —una forma de «voyerismo» étnico— que, según Mackenzie, tenían el objetivo de agudizar la sensación de diferencia entre las razas, haciendo hincapié en el atraso de esa población en comparación con la británica. A todo esto le acompañaban muestras de material humano que:

...se usaban cada vez más para ilustrar conceptos de la evolución social según las etapas de «desarrollo», partiendo de la caza y la recolección, pasando por el pastoreo y la agricultura y culminando en los sistemas comerciales e industriales. Así, se clasificaba a otros pueblos en categorías cuya autoridad emanaba de su aire de objetividad científica, pero que fundamentalmente reflejaban las visiones europeas sobre ellos.<sup>294</sup>

La consolidación del muro ideológico entre la población británica blanca, de un lado, y la asiática y la africana, del otro, se acentuó como consecuencia de otros acontecimientos, como la emigración de la clase obrera a las colonias y el desarrollo de un servicio postal barato. La creación de un mercado de masas moderno, acompañado de la parafernalia asociada de publicidad, formas de presentación y elementos (como las cartas coleccionables del té y los cigarrillos) diseñados para mantener la lealtad a las marcas, también «reflejaba el orgullo patriótico, los símbolos del Imperio y el entusiasmo por los acontecimientos imperiales y las ideas raciales».<sup>295</sup> Tanto la cultura popular como la alta cultura se empaparon de valores imperialistas sustentados en una dosis malsana de nacionalismo racista.

---

293 Citado en Mackenzie, 1999: 279.

294 Mackenzie, 1999: 285.

295 Mackenzie, 1999: 288.



Uno de los mecanismos que más influyó para que la clase obrera asumiera su idea del Imperio fue la creación de instituciones políticas justo después del nuevo sindicalismo. La institución política más importante que se creó fue el ILP, fundado en 1893. Era una formación política con una base amplia, comprometida con la ideología del socialismo ético o socialismo cristiano, que en su conferencia inaugural proclamaba con confianza su intención de conseguir, gracias a la representación de la mayoría de la clase obrera en el Parlamento, «la propiedad colectiva y comunitaria de los medios de producción, de distribución y de intercambio».<sup>296</sup>

Sin embargo, su optimismo inicial pronto se vio frenado por los malos resultados electorales del ILP en las elecciones generales de 1895, en las que 29 candidatos cosecharon la miserable cifra de 44 325 votos. Hasta Keir Hardie perdió su escaño, lo que propició las declaraciones de Beatrice Webb en las que describía la campaña del ILP como «el funeral más caro desde el de Napoleón».<sup>297</sup> En 1896, Hardie volvió a quedarse fuera del Parlamento, esta vez en las elecciones para cubrir un escaño vacante por Bradford. Sumado a la derrota simultánea del nuevo sindicalismo en el ámbito industrial, este mal resultado electoral obligó a la decepcionada dirección del ILP, integrada por Glasier, Snowden, MacDonald y Hardie, a concluir que las perspectivas del socialismo eran más remotas de lo que habían imaginado, o, como se recogía en las célebres palabras de Hardie, que el socialismo se postergaría hasta 1953 —en referencia a los 1953 votos que había logrado en la elección de Bradford—.<sup>298</sup>

Obligado a cambiar de rumbo, el ILP emprendió la tarea de forjar alianzas y pactos electorales con simpatizantes de la «causa de la clase obrera», como líderes sindicales con inclinaciones liberales y miembros de la Sociedad Fabiana, que pertenecían sobre toda la clase media. En 1900, estos diferentes elementos se agruparon en el Comité de Representación Laborista (LRC), y en 1906 el LRC ya se había convertido en el Partido Laborista, al que el ILP le había procurado gran parte de su base activista.<sup>299</sup>

---

296 Milliband 1987.

297 Citada en Laybourn 1994: 154.

298 Laybourn 1994: 158.

299 Milliband 1987.

La intención de los líderes del ILP había sido crear un partido de los trabajadores (ya no socialista) que fuera viable en términos electorales, que pudiera hacer peligrar la posición de liberales y conservadores en el poder estatal y que, de esa manera, llevara a efecto la inclusión de los integrantes de la clase obrera antes considerados no respetables en el sistema político nacional como ciudadanos activos e iguales; no obstante, este proceso también trajo consigo compromisos políticos añadidos.

A mediados de la década de 1890, el Estado intentó reclutar tropas entre la clase obrera de la industria, cosa que puso al descubierto que muchos trabajadores no estaban capacitados según los estándares médicos y eran poco apropiados para el servicio militar. La preocupación de la élite por el declive físico de la raza imperial británica llegó al paroxismo en la Segunda Guerra Bóer, entre 1899 y 1902, cuando muchos de sus integrantes expresaron sus dudas sobre la capacidad de que el Reino Unido cumpliera su misión imperial a largo plazo.<sup>300</sup> Llevados por esa preocupación, los fabianos —Sidney y Beatrice Webb y George Bernard Shaw, entre otros—, que aportaban gran parte del estímulo intelectual al recién fundado Partido Laborista, reinterpretaron el objetivo de la justicia económica y social para la clase obrera que propugnaba el ILP y empezaron a considerarlo no un fin en sí mismo, sino un medio para mantener las ambiciones imperialistas del Reino Unido en el extranjero.<sup>301</sup> El corolario de fusionar la causa de la elevación de la clase obrera con el proyecto del Imperio fueron los intentos de que la clase obrera, que antes no mostraba interés por esta cuestión,<sup>302</sup> fuera más consciente de «su» Imperio británico y del papel que tenía que desempeñar para defenderlo.<sup>303</sup> En esos años, Sidney Webb elogió públicamente a lord Rosebery por su visión imperial,<sup>304</sup> mientras que George Bernard Shaw justificaba en *Fabianism and the Empire* la conquista británica de Transvaal y la apertura de China al capitalismo europeo, aduciendo que «los Estados con una civilización más avanzada tenían derecho a hacerse con el

---

300 McBriar 1963; Gupta 1975.

301 McBriar, 1963; Gupta 1975.

302 Rose 2002.

303 McBriar 1963; Gupta 1975.

304 Véase Gupta 1975.

control de los Estados atrasados». <sup>305</sup> Lo llamativo de estas muestras de apoyo al Imperio es que venían de una organización y unos líderes políticos que habían surgido como consecuencia de las luchas de clase asociadas al nuevo sindicalismo. A ojos de la clase obrera, esto confería autenticidad a este tipo de declaraciones y, por lo tanto, una autoridad que consolidaba aún más los esfuerzos de las élites dirigentes, a través de incesantes campañas de propaganda y de la invención de tradiciones nacionales, para integrar a la clase obrera. <sup>306</sup> También hizo que resultara mucho más difícil plantar cara a este tipo de argumentos, como sufrieron en carne propia antiimperialistas como Hardie. <sup>307</sup> La lógica racializadora del imperialismo socialista había empezado a calar incluso en las estructuras políticas que la clase obrera había creado durante los conflictos de clase del nuevo sindicalismo.

A comienzos del siglo XX, los progresos esbozados en educación, cultura y política se habían combinado para aumentar la difusión de representaciones racistas del Imperio a través de la mayoría de los ámbitos de la vida de la clase obrera. Gran parte de la clase obrera inglesa mostraba en esa época, de manera cada vez más natural, un entusiasmo por el Imperio más evidente que el que había existido anteriormente, atraída a un mundo de superioridad blanca que había comenzado a ejercer cierto dominio mágico sobre su imaginación. Además, en la Inglaterra eduardiana, y a pesar de la persistente antipatía entre las distintas clases sociales, las nociones obreras de raza, nación e Imperio diferían muy poco de las que tenían las élites. Las demandas de la clase obrera por la democratización del sistema político británico se expresaban cada vez con mayor frecuencia y, desde luego, se legitimaban en contraposición con las personas «no blancas» africanas y asiáticas de fuera de sus fronteras, igual que se estaban legitimando en contraposición al enemigo judío interior. Con este relato racializado de reimaginación, gran parte de la población británica empezó a concebirse a sí misma como gente blanca y cristiana.

---

305 Gupta 1975: 11.

306 Hobsbawm 1983.

307 Gupta 1975: 9.

## Integración en la nación

Dos obstáculos bloqueaban un nuevo arreglo entre clases que sustituyese a la hegemonía que había caído en descrédito entre la Gran Depresión de 1873 y los conflictos de clase del nuevo sindicalismo: la exclusión continuada de la mayoría de la clase obrera del proceso político democrático y las marcadas desigualdades que seguían existiendo entre las diferentes clases sociales. Incluso después de que se implantase la Ley de reforma de 1884, el 40% de los varones de la clase obrera y todas las mujeres seguían sin tener derecho a voto; además, la derrota del nuevo sindicalismo exacerbó la pobreza del estrato obrero más bajo. Por lo tanto, aunque la actitud de todos los partidos políticos ante la raza y el Imperio se parecía cada vez más, lo que distinguía al Partido Laborista de los liberales y de los conservadores era su compromiso de corregir estas anomalías y de extender la democracia y la justicia social a toda la población británica mediante la conquista del poder estatal.

La salida de este *impasse* político vino de la mano de dos factores. En primer lugar, liberales imperialistas como Edward Grey, Herbert Asquith y lord Rosebery reconocieron que el Estado tenía que intervenir de forma activa para garantizar el bienestar económico de la clase obrera. Estas figuras consagradas del Partido Liberal se horrorizaron al enterarse de que grandes cantidades de varones obreros de zonas urbanas no habían sido considerados capacitados según los estándares médicos y no eran aptos para el servicio militar durante la Guerra de los Bóeres.<sup>308</sup> La preocupación por el declive físico de la raza imperial y las consiguientes dudas sobre la capacidad a largo plazo de que el Reino Unido cumpliera su misión imperial se agudizaron especialmente cuando los británicos se toparon en partes de África y de Asia con una resistencia de una intensidad y un alcance sin precedentes. Con el telón de fondo de las convincentes investigaciones sociales de Charles Booth y Seebohm Rowntree que documentaban la pobreza en Londres y York, y de la defensa del imperialismo social por parte de los fabianos, comenzó a forjarse un consenso a lo largo de la línea divisoria que separaba a laboristas y liberales: el Estado debía desempeñar un

---

308 Hay 1983.

papel destacado en la elevación de todos los integrantes de la raza imperial británica. El segundo factor determinante para salir del punto muerto fue la amenaza electoral, cada vez mayor, que representaba el Partido Laborista. A pesar de que la mayoría de la clase obrera seguía sin tener derecho a voto, incluidas gran parte de las personas sin cualificación que habían impulsado el nuevo sindicalismo, el Partido Laborista había logrado 29 escaños parlamentarios en las elecciones generales de 1906. El voto de la clase obrera cualificada, que había sido el principal puntal de los liberales durante sus años en el poder, se estaba erosionando y los liberales, que no querían verse superados por la izquierda, tuvieron que renovar sus propuestas.

El Gobierno liberal de 1906 introdujo una serie de reformas de bienestar social a las órdenes de Lloyd George con el doble objetivo de, por una parte, impedir que el voto de la clase obrera cualificada siguiera fragmentándose y fuera a parar al Partido Laborista y, por otra, elevar la «raza» para su misión imperial. Entre los elementos legislativos más destacados que se aprobaron se encontraban la indemnización por lesiones en el trabajo, la introducción de comidas gratuitas en las escuelas y las inspecciones médicas también en las escuelas. También se concedieron pensiones de entre uno y cinco chelines por semana a las personas de 70 años o más. Cuando el Partido Laborista creció hasta alcanzar una representación parlamentaria de 40 escaños en las elecciones generales de 1910, empezó a actuar «menos como un partido de la oposición y más como grupo de presión»,<sup>309</sup> apremiando al Partido Liberal para que adoptase más medidas redistributivas. Ante la demora del Presupuesto del Pueblo de 1909,<sup>310</sup> el Gobierno de coalición liderado por los liberales introdujo el derecho a la baja remunerada por enfermedad, el tratamiento médico gratuito y la prestación por desempleo a cambio de contribuciones al seguro nacional.<sup>311</sup>

---

309 Miliband, 1987: 22.

310 El Presupuesto del Pueblo [*People's Budget*] fue una propuesta del Gobierno liberal que instauraba impuestos sin precedentes a las tierras e ingresos para financiar nuevos programas de bienestar social. Fue aprobado en la Cámara de los Comunes en 1909, pero quedó bloqueado en la Cámara de los Lores, dominada por los conservadores, durante un año antes de su aprobación como ley en abril de 1910 [N. de la T.].

311 Hay 1983.

La implantación de estas medidas conllevó beneficios reales, tangibles, para la clase obrera británica, lo que sin duda aceleró su proceso de integración subjetiva en la nación. Sumadas a los avances culturales y políticos que se habían producido en las vidas de la clase obrera durante las tres décadas anteriores, estas reformas económicas eran las últimas piezas de un rompecabezas con el que gran parte de la clase obrera inglesa se rindió voluntariamente al mensaje de que la nación británica era «su» nación; así, esta idea de unión arraigó tan profundamente en su conciencia colectiva que se integró en su *habitus*. La concesión del sufragio universal en 1918 a todos los hombres y mujeres obreros mayores de 28 años no hizo más que confirmar que los intereses de la clase obrera y de la nación llevaban tres décadas convergiendo. La clase obrera que antes se consideraba «no respetable» se unía ahora a sus «hermanos respetables» y se vio envuelta, sin tregua, en la telaraña cada vez más compleja de la sociedad civil británica. Había un mensaje subliminal que se repetía machaconamente: «eres parte de esto, tenemos la responsabilidad de educarte, vestirte y alimentarte», y «eres parte esencial de la raza superior que gobierna el mundo»; esa idea, al menos en su imaginación, unía a los miembros de la clase obrera a sus amos británicos. La clase obrera inglesa había recorrido un camino largo y arduo desde las reivindicaciones cartistas para conseguir el sufragio masculino. Ahora eran ciudadanos activos de un Reino Unido imperial y tenían representación política en el Parlamento.

Estas medidas de integración surtieron efecto: neutralizaron la oposición (que podría haber sido potente) de la clase obrera en la metrópoli e implicaron activamente a sus miembros en la misión imperialista del Reino Unido en el exterior. Ernest Renan, célebre historiador y filósofo francés, señaló en una ocasión que las naciones se construyen sobre el «olvido colectivo»; en este caso, se invitó a olvidar la controvertida historia de la guerra de clases que resurgía a intervalos regulares entre la propia clase obrera y quienes la gobernaban desde la década de 1780, y también se instó a los integrantes de la clase obrera a reimaginarse como miembros esenciales de una nación imperial unida por la raza.

Esta serie de transformaciones profundas en las condiciones económicas, políticas y culturales de la sociedad británica durante las tres décadas anteriores a la I Guerra Mundial es lo que nos permite comprender mejor por qué cientos de miles de trabajadores británicos se alistaron durante la Gran Guerra, y lo hicieron de forma voluntaria y con orgullo. El cartel de reclutamiento militar de 1914 en el que aparecía lord Kitchener, Secretario de Estado de Guerra británico, sobre las palabras «TE QUIERE A TI» no fue más que un mero catalizador para el alistamiento; los obreros británicos, entre ellos algunos de los más militantes del nuevo sindicalismo, habían sido condicionados socialmente durante más de dos décadas para responder a la llamada de su país. Se habían fijado las coordenadas de la ideología obrera británica y seguirían una trayectoria en la que la lucha de clases se circunscribiría con claridad, por la acción del Partido Laborista y de los dirigentes sindicales, a los límites aceptados del Estado nación. Se había culminado el ansiado deseo de democratizar el sistema político británico, pero con un coste: la clase obrera estaba más vinculada que nunca a la ideología del nacionalismo británico y al compromiso común con la raza y el Imperio.

### **El internacionalismo en la época imperialista I: James Connolly**

¿Había alguna corriente de opinión de la clase obrera organizada que rechazase esa incorporación al Estado imperial británico en los años previos a la I Guerra Mundial? ¿Existían vías políticas alternativas que hubieran permitido a la clase obrera luchar por sus objetivos de clase sin rendirse a los encantos del racismo y del Imperio? Y, por último, ¿había algún segmento de la izquierda socialista y de la clase obrera que hubiera podido evitar la carrera precipitada hacia la guerra mundial?

Estaba la Federación Socialdemócrata (SDF), el partido socialista más antiguo del Reino Unido. Desde su formación en 1884, la SDF se había caracterizado por sus profundas divisiones internas, sobre todo entre socialistas internacionalistas y socialistas nacionalistas. Eleanor Marx y William Morris habían abandonado la organización casi de inmediato para fundar la Liga Socialista por los continuos intentos de la SDF de ligar el socialismo a la ideología del racismo y del nacionalismo, y por-

que la organización se había negado en redondo a apoyar los conflictos de clase en la industria que se estaban desarrollando con el nuevo sindicalismo. Sin embargo, mientras que los internacionalistas de la Liga Socialista implosionaron en los años del auge del nuevo sindicalismo, la SDF —comandada aún por Henry Hyndman y Harry Quelch, director del periódico del partido, *Justice*— siguió estando presente en algunas comunidades obreras con unas 50 secciones operativas y alrededor de 1000 miembros activos en 1900.<sup>312</sup>

A comienzos del siglo XX, el cuestionamiento más constante a los continuos intentos de Hyndman y Quelch de vincular el socialismo con el racismo y el nacionalismo procedía fundamentalmente de minorías racializadas del interior del Reino Unido, en particular de personas de ascendencia judía asentadas en Inglaterra, y también de un importante contingente de escoceses de ascendencia principalmente católica irlandesa. La figura más destacada en este último grupo fue la de James Connolly, nacido en Edimburgo. Cuando el *Justice* se jactó de «ocuparse con eficacia de los individuos descontentos que se inclinan por seguir al judío germano-venezolano Leon, o ‘de Leon’, hasta el pozo de la infamia y la vergüenza»,<sup>313</sup> Connolly (1903), en un artículo en el periódico *The Socialist*, censuró al ala de la SDF liderada por Hyndman y Quelch por «apelar a antipatías raciales y a prejuicios religiosos» para minar el creciente apoyo al sindicalismo en el seno de su corriente situada más a la izquierda. Argumentó que tratar de culpar «al judío» era una oportunidad desaprovechada de mostrar a los trabajadores el auténtico origen de su opresión: la clase capitalista:

...en lugar de aprovechar la oportunidad para exponer los métodos sanguinarios y sin escrúpulos de la clase capitalista, [los líderes de la SDF] trataron por todos los medios de desviar la ira de la vanguardia obrera de los capitalistas a los judíos.

Connolly se burló de esa «antipatía racial» evidenciando por qué era incompatible con una ideología socialista:

---

312 Challinor 1977: 12.

313 Citado en O’Riordan 1988: 122.



...el camarada de Leon es venezolano, descendiente de una antigua familia conocida por igual en la historia de España y en la del Nuevo Mundo, pero, ¿y qué si fuera todo lo que el *Justice* dice de él? Pongamos que fuera un judío germano-venezolano, o un medio escocés medio irlandés nacido en el East End de Londres, o incluso, para colmo de males, digamos que fuera anglosajón; ¿qué nos importa a nosotros o a los socialistas en general?

Dos factores imbricados ayudaron a Connolly a surcar las turbulentas aguas de la raza, la nación y el Imperio y a desarrollar un nuevo tipo de ideología política definida por el compromiso con el antirracismo y el internacionalismo proletario.

Para empezar, sus primeros años en Edimburgo marcaron mucho a Connolly para el resto de su vida. Nacido en 1868 de padres irlandeses, Connolly se crió en una zona de la ciudad denominada «la pequeña Irlanda», en torno a la calle Cowgate. Esta zona albergaba a unas 14 000 personas de origen irlandés, la mayoría de las cuales habían llegado a Escocia tras la Gran Hambruna de 1845–1852, y se caracterizaba por una pobreza extrema, malas condiciones de vivienda y una gran insalubridad. En el mercado de trabajo local, los irlandeses eran lo que las élites denominaban los componentes «no respetables» de la clase obrera, y Connolly formaba parte de ese estrato, porque trabajaba como carretero de estiércol para Edinburgh Corporation.<sup>314</sup> Estas penurias económicas y sociales estaban muy determinadas por un profundo sentimiento de exclusión de las construcciones dominantes de la nación escocesa, sustentada en la lealtad compartida al protestantismo. Además, esta exclusión se definía por el factor racial, de manera que era habitual referirse a los irlandeses como a miembros de una raza diferente, que podía distinguirse de la británica.<sup>315</sup> Igual que en Inglaterra en la misma época, los católicos irlandeses también eran los parias racializados de la nación escocesa y estaban mal considerados por las estructuras oficiales de la sociedad escocesa:

Esta proporción tan elevada de integrantes de la raza irlandesa en Escocia ha tenido sin duda efectos nocivos, ha rebajado mucho el tono moral

---

314 Ellis 1997; Armstrong 2013.

315 Miles 1982.

de las clases inferiores y ha hecho que crezca enormemente la necesidad de tomar precauciones en materia de salubridad y de policía en todas las zonas donde se han establecido en grandes cantidades.<sup>316</sup>

Las vivencias que Connolly tenía de esta exclusión lo imbuyeron de un sentimiento de conciencia racial y nacional que hicieron que se considerase a sí mismo miembro de una raza y de una nación distintas a las británicas. En sus escritos aparecen con regularidad referencias a la «raza irlandesa» como algo distinto de la «raza británica» (p. ej., *The Fighting Race* [1898]). Aunque esto podía haber empujado a algunas personas a estimular y reforzar su apego a la Iglesia católica y a las redes vinculadas a ella en el Reino Unido, a Connolly su experiencia de la pobreza por cuestiones de clase, sumada a la aguda sensación de exclusión nacional por cuestiones de raza, le llevaron a interesarse por el socialismo, el internacionalismo y la política nacionalista irlandesa.

El segundo factor determinante fue que, cuando se mudó a Dublín en 1896, Connolly siguió profundizando en su visión del socialismo y del nacionalismo en la época del imperialismo. A los pocos socialistas que seguían aferrándose al internacionalismo proletario abstracto que recordaba a los días del *Manifiesto comunista*, Connolly les decía con vehemencia que «nuestra nacionalidad irlandesa tiene mucho peso en la conformación de este concepto de ideología [socialista] internacional»<sup>317</sup> y depositaba su atención en el potencial sin explotar de las identidades fraguadas por la experiencia de la opresión racial y nacional en el proceso de resistencia al orden imperante. Al mismo tiempo, a los nacionalistas irlandeses que consideraban que el único objetivo era lograr la independencia del Estado británico les decía:

Si mañana echáis al ejército inglés e izáis la bandera verde en el Castillo de Dublín, a no ser que empecéis a organizar la República socialista, vuestros esfuerzos serán en vano. Inglaterra seguiría gobernándoos. Os gobernará a través de sus capitalistas, de sus terratenientes, de sus financieros y de toda una serie de instituciones comerciales e individualistas. [...]

---

316 Funcionario del censo citado en Miles 1982: 140.

317 Citado en Ellis 1997: 134–135.

El nacionalismo sin socialismo —sin una reorganización de la sociedad sobre la base de una forma más amplia y más desarrollada de esa propiedad común que subyacía a la estructura social de la Antigua Eire— no es más que traición [*recreancy*] nacional (sic). [...] Como socialista, estoy dispuesto a hacer todo lo que está al alcance de un hombre para lograr la herencia legítima de nuestra patria: la independencia; pero si me pedís que aplaque un ápice [...] las reivindicaciones de justicia social para mediar con las clases privilegiadas, no contéis conmigo.<sup>318</sup>

Para Connolly, el proyecto de la independencia irlandesa respecto al Estado británico colonial no podía desligarse de la lucha en favor del socialismo en todo ese Estado británico. Anticipándose varios años a la obra de Lenin,<sup>319</sup> más conocida, sobre la cuestión nacional, Connolly reconoció antes que la mayoría de los marxistas europeos que el imperialismo y los nacionalismos de masas habían distorsionado enormemente las relaciones entre los obreros del mundo, y que ese hecho obligaba a los socialistas, en los albores del siglo XX, a combinar el compromiso de la emancipación de la clase obrera con las luchas de los pueblos oprimidos por cuestiones raciales y nacionales. Es decir, que los deseos y las ansias de libertad nacional y justicia social de cualquier población sometida, si se aprovechaban y se canalizaban a través de una política socialista internacionalista, podían conducir tanto a la independencia nacional de todos los pueblos sometidos como a la emancipación de la clase obrera de todo el mundo, acabando con la explotación.

El profundo compromiso de Connolly con la ideología antirracista e internacionalista socialista y su alcance más allá de su preocupación más inmediata por la independencia de Irlanda pueden verse en su constante oposición al antisemitismo del partido socialista más antiguo del Reino Unido (la SDF) y también en su forma de aceptar a la comunidad de migrantes judíos en Irlanda. En 1902, cuando Connolly se presentó como candidato al Sindicato Unificado de Trabajadores en el distrito de Wood Quay en Dublín —una zona con un elevado porcentaje de población migrante judía—, se negó a caer en el antisemitismo que caracterizó la campaña. En lugar de eso, teniendo en cuenta que gran parte de la población judía había formado parte del *Bund*<sup>320</sup>

318 Citado en Ellis, 1997: 124.

319 Lenin 1914/1983.

320 La Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia, conocida como

judío en Europa del Este, se esforzó deliberadamente para tratar de llegar a ese segmento de la población. Consiguió el apoyo de Boris Kahan —secretario de la división judía de la SDF en el este de Londres— para publicar un folleto en yidis en el que se decía que solo James Connolly era de verdad «*Arbeter Fruint*» [amigo del obrero].<sup>321</sup> La batalla electoral fue encarnizada; uno de los adversarios de Connolly, P. J. McCall, dueño de un *pub*, lo acusó de renegar del catolicismo, dando a entender que el socialismo era incompatible con el respeto a la fe católica. Este comentario es revelador para ver hasta qué punto llegaron los esfuerzos para derrotar a Connolly:

...las personas contratadas por el candidato capitalista para pedir el voto —difamadores a sueldo— contaban una historia diferente sobre Connolly a cada grupo de electores: a los católicos les decían que era oran-gista; a los protestantes, que era feniano; a los judíos, que era antisemita; a los demás, judío.<sup>322</sup>

Me he centrado en James Connolly porque es un ejemplo singular de socialista que adoptó una postura antirracista e internacionalista en una época en la que el imperialismo estaba en alza, pero también porque en 1903 cofundó, junto a George Yates y Neil Maclean, una organización política —el Partido Laborista Socialista (SLP)— caracterizado por su compromiso con el sindicalismo de la industria y con el internacionalismo proletario. Durante el periodo de la «gran agitación obrera» [*Great Labour Unrest*] que se extendió por Reino Unido a partir de 1910, el SLP tuvo mucho peso para determinar el rechazo de la clase obrera al racismo, sobre todo en Clydeside (zona que abarca la ciudad de Glasgow y los núcleos urbanos que la rodean a orillas del río Clyde, como Paisley, Clydebank y Greenock).

En marzo de 1911, 12 trabajadoras que se dedicaban a pulir muebles de máquinas de coser en la fábrica de Singer en Kilbowie, Clydebank (la fábrica de máquinas de coser más grande del mundo), se declararon en huelga porque el empresario

---

*yidis Bund* (federación o unión judía) o simplemente como *Bund*, fue un movimiento político judío socialista del Imperio ruso de finales del siglo XIX, y se oponía al sionismo y al centralismo bolchevique [N. de la T.].

321 O’Riordan 1988: 125.

322 Citado en O’Riordan, 1988: 126.

estaba intentando aplicar técnicas de gestión científica que aumentarían su ritmo de trabajo y reducirían los salarios. De las 11 000 personas que integraban la plantilla, la gran mayoría eran mujeres de etnias diversas; había protestantes, católicas y judías. Como existía una larga historia de racismo contra los católicos irlandeses que había determinado la formación de la clase obrera en el oeste de Escocia desde mediados del siglo XIX,<sup>323</sup> activistas como Arthur MacManus, del SLP, y otros como Tom Bell, del Sindicato de Trabajadores Industriales de Gran Bretaña, se esforzaron especialmente por impugnar cualquier intento de dividir a las trabajadoras por cuestiones étnicas. Ese énfasis en la solidaridad fue lo que garantizó que durante los dos días posteriores al paro inicial la gran mayoría de las 11 000 trabajadoras se sumasen a la huelga. Según un estudio sobre el conflicto:

La confrontación [...] se caracterizó por la notable solidaridad entre los trabajadores; las divisiones según la ocupación, la cualificación, el sexo, la religión y la localidad quedaron subsumidas durante la huelga. La filosofía de los sindicalistas de la industria tuvo mucho que ver en esta cuestión; [...] contribuyeron a aumentar la concienciación y fueron decisivos para organizar y dirigir el conflicto en alza. Su llamamiento a la solidaridad de la clase obrera se condensaba en su eslogan: «si perjudican a uno, nos perjudican a todos».<sup>324</sup>

Esta llamada a la solidaridad era, en cierto sentido, una consecuencia orgánica de la contundente defensa que James Connolly había hecho anteriormente del sindicalismo de la industria y del internacionalismo proletario. Inculcó a una generación de activistas del SLP la necesidad de dar forma a una estrategia política que rechazase las divisiones basadas en el racismo, el sexo y la cualificación, en favor de otra estrategia sustentada en la movilización de la fuerza colectiva de la clase obrera para materializar un cambio social radical. En la década posterior, activistas del SLP, como Arthur MacManus, Tom Bell y Willie Paul, entre otros, crearon el Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB), en el que tuvieron mucho peso.

---

323 Miles 1982.

324 GLHW 1989.

## El internacionalismo en la época imperialista II: los socialistas judíos

Y si en Escocia fueron principalmente los socialistas católicos del SLP quienes resultaron decisivos para mantener una corriente de internacionalismo proletario, en Inglaterra los más fieles defensores de esa perspectiva fueron los socialistas judíos del Partido Socialdemócrata [SDP] (lo que antes era la SDF). Socialistas judíos como Theodore Rothstein, Zelda Kahan, Boris Kahan, Peter Petroff y Joe Fineberg, a los que ya se los marginaba en una organización muy contaminada por el antisemitismo, se veían ahora obligados a lidiar con páginas del *Justice* que estaban llenas de ataques a «los matones de Berlín» y que aconsejaban que el Estado británico expandiese la Marina y armase a la ciudadanía para prepararla para la guerra con la Alemania del Káiser.<sup>325</sup> En el manifiesto *Social-Democracy and Foreign Policy* (1905), firmado por Hyndman, se justificaba ese llamamiento belicista afirmando que «en el fondo todos somos un poco nacionalistas». En realidad, era un mero reflejo de su adhesión, que venía de lejos, a la ideología del nacionalismo socialista, adhesión que se mantenía inalterada desde la publicación de *England for All* en 1884. El otro destacado defensor del belicismo en las filas socialistas era Quelch, que solía utilizar el *Justice* para rechazar los llamamientos a favor del internacionalismo proletario, aduciendo que era «más o menos igual de práctico que tocar madera para ahuyentar un eclipse».<sup>326</sup>

Sin embargo, el hecho de que Quelch considerara necesario pronunciarse para rechazar esos llamamientos a favor del internacionalismo socialista parece indicar que existía, cuando menos, cierta oposición dentro del movimiento socialista británico. Ernest Belfort Bax, el último superviviente de los primeros dirigentes de la Liga Socialista, se oponía claramente a esta línea de pensamiento. Aunque luego se había reincorporado al SDP, Bax siguió cuestionando las declaraciones belicistas de Hyndman y Quelch, censurando a los socialistas que «vuelven a su 'vómito' patriótico como el perro de las Escrituras».<sup>327</sup> En el SDP había más internacionalistas socialistas, entre los que se

---

325 Crick 1994: 231.

326 Citado en Crick 1994: 231.

327 Crick 1994: 232.

encontraban la feminista socialista Dora Montefiore y un grupo de activistas más jóvenes, como E. C. Fairchild y Arthur Inkpin. Sin embargo, quienes se opusieron de forma más constante a la guerra, al racismo y al nacionalismo fueron activistas judíos como Zelda Kahan, Theodore Rothstein y Boris Kahan, así como las divisiones del SDP del este de Londres en Central Hackney, Whitechapel y Bethnal Green.<sup>328</sup>

En tanto exiliados a consecuencia de los pogromos emprendidos por las Centurias Negras de la Rusia zarista, estos activistas estaban muy sensibilizados con la lógica destructiva del racismo y del nacionalismo. Además, habían recurrido al socialismo marxista como camino hacia la emancipación precisamente debido a esa discriminación racista y a su exclusión sistemática de la sociedad rusa, unidas a su familiaridad con las malas condiciones de vida a las que se enfrentaba la comunidad judía que habían dejado atrás. Es decir, como consecuencia de las particularidades de su exclusión étnica, en este grupo se había fraguado un vínculo con la ideología del internacionalismo proletario y con su promesa de emancipación universal del ser humano. Lógicamente, a estos activistas judíos les preocupaban los llamamientos regulares de los líderes del SDP a la guerra contra Alemania y su estridente antisemitismo, porque ponían en duda la naturaleza universalista del proyecto socialista y su promesa de librar a los judíos de la maldición del antisemitismo. Por eso muchos socialistas judíos se situaron en primera línea de la actividad antibelicista.

Cuando Hyndman volvió a llamar a la guerra contra Alemania, Zelda Kahan, apoyada por su hermano Boris, por su compañero W. P. Coates, irlandés, y por E. C. Fairchild, hizo pública una declaración en la que instaba al SDP a «rechazar esas opiniones imperialistas y burguesas».<sup>329</sup> Rothstein reafirmó esa oposición acusando a Hyndman de «teutonofobia» y rechazando su llamamiento a los socialistas a unirse a las élites dirigentes de su nación:

Nos encontramos con que tú también pones voz a la cantinela belicista de los imperialistas e invitas al pueblo [...] a olvidar los antagonismos de

---

328 Kendall 1969: 49–54; Challinor 1977.

329 Kendall 1969.

clase [...] en un esfuerzo común para evitar el «peligro nacional». Que eso sea socialdemocracia es algo que yo, por mi parte, me niego a aceptar.<sup>330</sup>

El estallido de la agitación obrera en la industria a partir de 1910 debió de hacer que los internacionalistas socialistas en el seno del SDP albergasen la esperanza de que, aunque tarde, el movimiento obrero organizado tal vez pudiera aún adoptar una perspectiva internacionalista y rechazar su vinculación con el nacionalismo racializador, evitando así la guerra. El número de días perdidos por huelgas en todo el país aumentó de 4 576 000 días/año entre 1900 y 1910 a 20 908 000 días/año entre 1911 y 1913. Asimismo, el número de trabajadores que participaron en huelgas aumentó de 240 000/año entre 1900 y 1910 a 1 034 000/año entre 1911 y 1913.<sup>331</sup> Este activismo en la industria surtió efecto para detener el declive de «los salarios reales y trajo consigo una avalancha de afiliaciones a sindicatos, de manera que la cantidad de afiliados se incrementó de 2 369 067 a 3 918 809» en solo cuatro años.<sup>332</sup>

Un rasgo esencial de este activismo huelguista fue la radicalización de grupos de trabajadores que antes se habían mostrado conformes con la situación; las mujeres y los obreros sin cualificación tuvieron un papel decisivo en los conflictos en torno al salario, a las condiciones y a las reivindicaciones de que se reconociese a los sindicatos. Cabe destacar que en el seno del propio SDP —que se convirtió en el Partido Socialista Británico (BSP) en 1911— se lograron victorias importantes en esta fase ascendente del ciclo de protestas. En 1912, se refrendó una resolución de Zelda Kahan en la que se exigía al BSP que se desvinculara de toda instancia a reforzar la defensa nacional británica como preludeo de la guerra contra Alemania. Sin embargo, esta victoria sería en vano; solo sirvió para desenmascarar las convicciones protofascistas arraigadas en algunos de sus colegas socialistas. Seguidores de Hyndman, como F. Victor Fisher, respondieron agresivamente a la derrota argumentando que ese sentimiento antibelicista lo habían «infundido en gran medida camaradas ajenos en sangre y raza».<sup>333</sup> «Hyndman se manifes-

---

330 Citado en Crick, 1994: 232.

331 Hinton y Hyman 1975: 15, tabla 1.

332 Morton 1994: 441.

333 Citado en Crick 1994: 252.



tó en la misma línea en el *Socialist Record* y quedó claro que el viejo tono nacionalista antisemita de la SDF se estaba reafirmando». <sup>334</sup> No se podía conseguir que se adoptase una postura de resistencia a la guerra basada en principios y en una ideología de internacionalismo socialista en un partido del socialismo británico con tan pocos principios como el BSP.

De igual forma, el Partido Laborista, el mayoritario entre la clase obrera, opuso poca resistencia a la guerra que se avecinaba. Aunque alguno de sus miembros fundadores, como MacDonald y Hardie, se declararon en contra de la I Guerra Mundial arguyendo razones pacifistas, el partido se comprometió formalmente con la defensa del interés nacional. Era una máquina política que buscaba la inclusión y la justicia social para la clase obrera dentro del Estado nación capitalista. Su visión del mundo nunca fue más allá de la nación; su apego al Estado nación y a la defensa del interés nacional explican su docilidad en esta cuestión. Cuando por fin se declaró la guerra, los líderes sindicales y los del Partido Laborista enseguida declararon su apoyo adoptando una resolución en la que llamaban a la suspensión efectiva de la lucha de clases hasta que terminase la guerra:

Que se haga un esfuerzo inmediato para poner fin a todos los conflictos presentes en la industria, sean huelgas o cierres patronales, y que, siempre que surjan nuevos puntos conflictivos durante la guerra, todos los implicados hagan arduos esfuerzos para llegar a una solución cordial sin tener que recurrir a huelgas ni a cierres. <sup>335</sup>

Esta declaración, junto con muchas otras similares aprobadas por partidos socialistas de los distintos países de Europa en los días previos e inmediatamente posteriores al 28 de julio de 1914, certificó el abandono de las esperanzas y los sueños de la Segunda Internacional —creada justo 25 años antes—, mientras los trabajadores de distintas naciones se apuntaban con sus armas en los campos de batalla de Francia y de Bélgica.

---

334 Crick 1994: 252.

335 Citado en Pelling 1987: 140.



# 5

## GUERRA DE CLASES, DISTURBIOS RACISTAS Y COMUNISMO

*Los hombres blancos parecen decididos a hacer limpia de los negros, a quienes se les ha recomendado que no salgan. Cada vez que veían a un negro lo perseguían y, si lo cogían, le daban una brutal paliza.*

*The Times*, 10 de junio de 1919, citado en R. May y R. Cohen, «The Interaction Between Race and Colonialism: a case study of the Liverpool race riots of 1919», p. 114.

*El comunismo es parte inextricable de la historia del laborismo británico [...]. El comunismo ha estado presente, desde 1917, como el polo opuesto del laborismo ortodoxo de derechas.*

E. P. Thompson, «The Peculiarities of the English», p. 347.

### Introducción

La segunda década del siglo XX no solo se caracterizó por la Guerra Mundial; también fue testigo de una oleada de acciones colectivas de la clase obrera sin precedentes. En la formación y el posterior desarrollo de esa ola de huelgas, fueron decisivos los socialistas del Partido Laborista Independiente (ILP), del Partido Socialista Británico (BSP) y del Partido Laborista Socialista (SLP). La oposición del Estado a este activismo en la esfera industrial solo consiguió radicalizar aún más a los integrantes de la clase obrera, de manera que en 1919 la atmósfera de su insurgencia parecía haberse apoderado del Reino Unido. En este capítulo se pretende complejizar el relato algo simplista de una clase obrera indiferenciada que se desplaza colectivamente en una dirección; para ello, se resalta un rasgo de este periodo al que se le ha prestado muy poca atención: el hecho de que, en paralelo a estas

acciones colectivas, se produjeron una serie de disturbios racistas en muchas de las grandes ciudades británicas.

En concreto, se analizará la relación entre ese racismo y la oleada de huelgas de la clase obrera. Se demostrará que esas expresiones no siempre eran producto de dos segmentos diferenciados de la clase obrera, como cabría esperar desde una perspectiva marxista, sino que en ocasiones se entrelazaban, como ocurrió en Clydeside, epicentro de la revuelta. Se examinará brevemente el papel de algunos de los dirigentes del ILP en la legitimación de ese racismo en Glasgow y, en particular, se analizarán los peligros de situar ideológicamente la lucha por mejorar las condiciones de la clase obrera en el territorio de la nación. En este capítulo también se valoran los intentos de una minoría de socialistas, en especial los relacionados con el SLP, que trataron de cuestionar ese racismo. Fue de esa corriente política —inspirada por la ideología de James Connolly y por el sindicalismo— y del pequeño grupo de internacionalistas del Partido Socialista Británico, de donde salieron los activistas que constituyeron los cimientos del Partido Comunista de Gran Bretaña. Por lo tanto, como consecuencia de esta oleada de luchas de clase en la esfera industrial y en la política se desencadenaron dos procesos políticos simultáneos pero contradictorios. Por una parte, la gran mayoría de la clase obrera se fue integrando cada vez más en la nación con la mediación del ILP y, a través de él, del Partido Laborista, y este proceso acabó obligando al Estado a conceder el sufragio universal y a ofrecer un programa de bienestar social más completo que el que había hasta entonces. Al mismo tiempo, también surgió en el seno de la clase obrera una corriente, pequeña pero significativa, que rechazaba esos intentos de nacionalizar la lucha de clases, rechazaba el racismo y, por contra, se basaba en la ideología del internacionalismo socialista.

En el resto del capítulo se evaluará la trascendencia de la Revolución rusa y de la posterior creación de la Tercera Internacional para que esas fuerzas internacionalistas dispares se uniesen en el CPGB y para determinar la importancia de oponerse al sentimiento racista e imperialista preponderante en la clase obrera británica. Se comentarán brevemente episodios concretos en los que activistas del CPGB plantaron cara al racismo interno, por ejemplo en la industria naval y en Cable Street, en el East

End de Londres. También se examinarán los intentos, paralelos a estas acciones, de construir una oposición de clase al imperialismo y el apoyo al derecho a la autodeterminación nacional de las naciones colonizadas. Y, poniendo el foco en estos acontecimientos, se determinará el papel decisivo de una minoría de activistas de ascendencia católica irlandesa, judía e india. Para terminar, se analiza la relevancia de la nacionalización, cada vez mayor, del Partido Comunista a través del estalinismo para comprender por qué la participación del CPGB en actividades antirracistas y antiimperialistas no constituyó el germen de un movimiento internacionalista masivo en el Reino Unido, sino que no fue más que el vestigio de un internacionalismo socialista perdido, extinguido en el momento más oscuro del siglo.

### **Guerra, rebelión proletaria y racismo**

En enero de 1915, más de un millón de obreros británicos se habían alistado para ir a la guerra.<sup>336</sup> Aunque sin duda algunos se vieron obligados a ir a la guerra porque los supervisores de la Ley de pobres se negaban a dar ayudas económicas a varones en edad de servir en el ejército, la gran mayoría de ellos tomaron esa funesta decisión de forma voluntaria. Llama la atención que en la fase inicial del reclutamiento en el Reino Unido se formasen «batallones de amigos» en los que grupos de hombres de la misma fábrica o del mismo equipo de fútbol se unían para combatir juntos. Si era necesaria una confirmación de que el internacionalismo proletario había salido perdiendo frente a una adhesión muy arraigada al nacionalismo, esa confirmación llegó cuando el primer soldado británico cogió su fusil y disparó a su camarada, el obrero alemán.

Dada la intensidad del sentimiento nacionalista que se manifestaba en todas las clases sociales cuando comenzó la guerra, puede sorprender la rapidez con la que las duras condiciones de la guerra mundial se tradujeron en desilusión con el conflicto y en una intensa sensación de conciencia de clase, lo que allanó el terreno para una oleada de rebelión proletaria. En febrero de 1915, el pronunciado aumento del coste de la vida, causado por la acuciante demanda de munición para la guerra, llevó a 10 000

---

336 Gregory 2007.

trabajadores del sector de la ingeniería de Glasgow a iniciar una huelga no oficial para apoyar el aumento de los salarios. Esta iniciativa, sumada a las huelgas mineras de Gales del Sur, preocupó mucho al Estado, porque, desde su punto de vista, la lucha en el frente occidental hacía imprescindible que los trabajadores de sectores clave «se [abstuviesen] de conflictos de atribuciones, [sustituyesen] las huelgas por arbitrajes y [suspendiesen] las restricciones a la producción impuestas por los sindicatos».<sup>337</sup> En marzo de 1915, se reunió en el Departamento del Tesoro a líderes sindicales y empresarios que representaban a diversas industrias relacionadas con la guerra, y allí alcanzaron acuerdos para restringir los derechos de los trabajadores; se declararon ilegales las huelgas y se permitió que las empresas implicadas en contratos bélicos atenuasen o «diluyesen» las condiciones de trabajo establecidas y que introdujesen mano de obra menos cualificada en empleos que antes se habían reservado a mano de obra cualificada.<sup>338</sup>

En algunas zonas del Reino Unido, este acuerdo resultó sencillamente inviable. En Clydeside, los trabajadores reaccionaron de inmediato creando su propia organización de defensa —el Comité de Trabajadores de Clyde (CWC)— integrado por 250-300 delegados elegidos de forma directa en las reuniones semanales de los centros de trabajo. Algunos de sus líderes eran Willie Gallacher, del Partido Socialista Británico, Arthur MacManus, del Partido Laborista Socialista, y Manny Shinwell y David Kirkwood, del Partido Laborista Independiente. El CWC enseguida usurpó el poder de los dirigentes sindicales locales y nacionales, y su mayor autoridad entre los trabajadores locales quedó reflejada en sus declaraciones inflexibles: «apoyaremos a los dirigentes sindicales siempre que representen a los trabajadores, pero actuaremos de forma independiente en cuanto esa representación no sea adecuada».<sup>339</sup> Cuando el CWC llamó a la huelga contra la dilución de los derechos laborales, el Estado —al que ya le preocupaba que el gran malestar social de Clydeside obstaculizara sus esfuerzos bélicos— respondió aplicando la Ley de defensa del Reino y ordenó a las autoridades militares que arrestaran

---

337 Wilson 2010.

338 Hinton 1973; Pelling 1987.

339 Hinton y Hyman 1975: 13.

y deportaran (a Edimburgo) a los enlaces sindicales que lideraban el conflicto. Mientras la represión estatal dejaba fuera de juego a muchos activistas clave y eliminaba la oposición de la clase obrera en Clydeside, las luchas contra la dilución de los derechos laborales comenzaron a extenderse a otros lugares, de manera que, en 1917, había 200 000 trabajadores en huelga en Londres, Sheffield, Liverpool, Newcastle, Manchester y en otras 40 ciudades.<sup>340</sup>

A esta oleada de huelgas también se sumaron entonces las voces, cada vez más numerosas, que demandaban la paz. En junio de 1917, más de 1000 delegados asistieron a una conferencia en Leeds para mostrar su satisfacción por la Revolución rusa de marzo de 1917. En la conferencia también se recomendó que se creasen «consejos de delegados de trabajadores y soldados» en todas las localidades, organismos con el objetivo de trabajar por la paz y de garantizar «la emancipación política completa de la fuerza de trabajo internacional».<sup>341</sup> Sin embargo, cuando los activistas socialistas trataron de crear comités antibélicos locales en al menos ocho zonas, entre ellas Londres, Tyneside, Glasgow y Sheffield, sus reuniones se vieron interrumpidas y alteradas por multitudes de soldados y «holgazanes de barra de bar» instigados por los titulares de los periódicos, en los que se leía «Disparamos a los hunos en el frente. ¿Por qué somos más blandos con los traidores proalemanes que tenemos en casa?».<sup>342</sup> A pesar de estos contratiempos, estaba claro que «[el] sentimiento patriótico no [...] absorbía ya [el conflicto social] como en 1914».<sup>343</sup>

En enero de 1919, este repunte de la resistencia de clase obrera alcanzó su punto álgido en Clydeside; los socialistas, a quienes les preocupaba que el desmantelamiento repentino de las fábricas de munición y la desmovilización de grandes cantidades de marineros y soldados provocase un aumento pronunciado del desempleo, pusieron en marcha el movimiento de las 40 horas para hacer campaña a favor de una reducción drástica de las horas de trabajo por semana (sin reducción salarial), de forma que se pudiese asimilar a los trabajadores que

---

340 Hinton 1973.

341 Hinton 1973; White 1974.

342 Hinton 1973: 240.

343 Ferro 1973: 213 [367].

volvieron de la guerra. El Comité de Trabajadores de Clyde (CWC) apoyó esta demanda convocando una huelga general y en pocos días más de 40 000 ingenieros y constructores navales estaban en huelga, igual que 36 000 mineros y trabajadores del sector del suministro eléctrico.<sup>344</sup>

Sin embargo, el Gobierno liberal, preocupado desde hacía tiempo por el radicalismo político y en la industria de Clydeside, se temía lo peor —importantes disturbios sociales y tal vez la revolución— y empezó a tomar medidas para evitarlo. En la reunión del Gabinete de Gobierno, Andrew Bonar Law, Lord del Sello Privado, informó de que «para que el Gabinete de guerra llegara a buen puerto, consideraba esencial que hubiera efectivos suficientes en Glasgow para evitar los disturbios. [...] Era obvio que, si el impulso de Glasgow se intensificaba, se propagaría por todo el país».<sup>345</sup> El 31 de enero, más de 60 000 manifestantes se congregaron en George Square para apoyar la huelga; la policía a caballo cargó con las porras e hirió a 34 personas. También resultaron heridos 19 agentes, porque los manifestantes «se defendieron, paralizando el centro de Glasgow mientras las refriegas con la policía se extendían de George Square a las calles cercanas». Se arrestó a muchos de los líderes del CWC, entre ellos a Gallacher, Kirkwood y Shinwell. En la reunión del Gabinete celebrada justo antes de los disturbios, el Secretario de Estado de Escocia, el parlamentario liberal Robert Munro, había declarado que «era inexacto llamar huelga a la situación de Glasgow; era un levantamiento bolchevique». Tras los disturbios, otros ministros del Gobierno parecieron compartir la opinión de Munro y se negaron a movilizar el batallón de soldados escoceses destacados cerca, en el cuartel de Maryhill, por miedo a que la multitud los hiciese cambiar de parecer. En lugar de ello, se desplegaron 12 000 efectivos ingleses, acompañados de más de 100 camiones y de seis tanques.

Aunque los años de la guerra y los que vinieron inmediatamente después sin duda cambiaron el paso en la conciencia política de sectores influyentes de la clase obrera, hemos de procurar no caer en la romantización de esta ola de rebelión

---

344 Gallacher 1936; Hinton 1973; Foster 1990.

345 Citado en Jenkinson 2009: 41.



proletaria y no debemos considerar que marca ningún tipo de cambio masivo a gran escala hacia la izquierda política, como se tiende a suponer en gran parte de la historiografía del movimiento obrero y del socialismo.<sup>346</sup> Hay quien ha ido incluso más lejos, manteniendo que a principios de 1919 Reino Unido estaba «al borde de la revolución».<sup>347</sup> Lo que la

cargaba de potencial revolucionario era la amenaza que representaban los grandes batallones de la clase obrera: los ingenieros de Clyde [...] y, en el corazón mismo de la economía, un ejército de millones de mineros, respaldados por la triple alianza que conformaban con los sindicatos ferroviario y del transporte. [...] Si todos salían a la calle, cumpliendo sus amenazas, el Gobierno no habría podido capear el temporal, porque no habría contado con suficientes efectivos y policías de confianza para reprimir mediante la violencia un levantamiento nacional de tales dimensiones.<sup>348</sup>

No hay duda de que el número de personas que participaron en huelgas se incrementó de forma drástica, de una media de 632 000/año durante la I Guerra Mundial a 2 108 000/año entre 1919 y 1921. También se produjo un aumento pronunciado de la cantidad de días de trabajo perdidos por huelgas en el sector industrial, que pasó de 5 292 000 entre 1914 y 1918 a 49 053 000/año entre 1919 y 1921.<sup>349</sup> Sin embargo, en estas explicaciones se ha pasado por alto que este repunte en la lucha de clases vino acompañado de una intensificación del racismo y del antisemitismo en todas las clases sociales.

Algunos sectores de la población judía se negaron a alistarse porque habrían tenido que luchar junto al régimen zarista instigador de los pogromos que habían hecho que tuvieran que irse al Reino Unido,<sup>350</sup> cosa que molestó mucho a algunos segmentos de la clase obrera inglesa de la zona este de Londres. Muchas personas lo interpretaron como un acto poco patriota y acusaron a los judíos de eludir sus responsabilidades con «el rey y el país», al mismo tiempo que consolidaban su posición económica y social mientras los «chicos británicos» morían en el

---

346 Véanse, p. ej. Hobsbawm 1964, 1984a; Hinton 1973; Hinton y Hyman 1975.

347 Rosenberg 1987.

348 Rosenberg, 1987: 29.

349 Citado en Hinton y Hyman 1975: 15, tabla 1.

350 Holmes 1988: 103.

frente.<sup>351</sup> Instituciones locales, como el Comité de Asuntos Generales, Personal y Educación del distrito de Stepney, exigieron el llamamiento a filas, el internamiento o la repatriación de todos los varones «extranjeros» en edad militar.<sup>352</sup> Esta representación de los judíos como poco patriotas, incluso como combatientes enemigos, se mantuvo intacta durante los años de la guerra y culminó en la promulgación de la segunda Ley de extranjería en 1919, que

exigía a todos los «extranjeros» judíos que llevaran documentos identificativos, que avisasen a las autoridades si iban a estar fuera de casa más de dos semanas, que evitasen los lugares identificados como «zonas protegidas» y que firmasen registros especiales de salida de los hoteles.<sup>353</sup>

En la Ley también se introdujeron penas de prisión para los llamados extranjeros que causasen «sedición o desafección» entre la población militar o civil, o que tratasen de «fomentar el descontento sindical en cualquier industria en la que no hubieran estado realmente implicados durante un mínimo de dos años». Así, los funcionarios de inmigración, la policía, los jueces y el ministro de Interior podían detener y deportar sin derecho de apelación a cualquier «extranjero» implicado en actividades subversivas en el ámbito político o sindical y condenado por un delito, lo que causó la deportación de cientos de judíos.<sup>354</sup> En este clima cada vez más febril en el que se asociaba a los judíos con las categorías de «extranjero» y «subversivo», se publicó por primera vez en inglés *Los protocolos de los sabios de Sion* en 1919.

Y fue también en 1919 —el año que en teoría marcó la apoteosis de la oleada de huelgas y que llevó al Reino Unido «al borde de la revolución»— cuando se produjeron una serie de disturbios racistas sin precedentes en las zonas portuarias de las ciudades más grandes del Reino Unido, entre ellas en Liverpool, Glasgow, Londres, Cardiff, Manchester, Hull, Barry y Newport. Aunque las personas negras y asiáticas desempeñaron diversos empleos entre las dos guerras,<sup>355</sup> su principal ocupación fue la de marineros.

---

351 Holmes 1988: 104–105.

352 Bourke 1994: 196.

353 Bourke 1994: 197.

354 Bourke 1994.

355 Green 1990; Panayi 1994.

Un factor con mucho peso en los disturbios era la gran cantidad de soldados y marineros que acababan de ser desmovilizados. La promesa de Lloyd George de convertir Reino Unido en «una tierra digna de héroes» aún resonaba en sus oídos cuando volvieron a casa tras cuatro años de guerra para encontrarse con una vida civil marcada por el desempleo y la pobreza.<sup>356</sup> En las zonas portuarias de las principales ciudades, el enfado y la desorientación derivados de este hecho se entrelazaron con el racismo, porque los soldados y los marineros se encontraron compitiendo por un puesto de trabajo con personas negras y asiáticas a las que se negaban a considerar británicas. Esa sensación de superioridad racial, consecuencia de décadas de condicionamiento social, no se disolvió en la agitación en la industria que se estaba cociendo, como algunos habrían imaginado, sino que se activó y se mezcló con ese descontento, formando un cóctel tóxico.

Entre enero y agosto de 1919, muchos de estos hombres se rebelaron y atacaron a los marineros pertenecientes a minorías y a sus propiedades, lo que se tradujo en cinco muertos, innumerables heridos graves y más de 250 personas arrestadas.<sup>357</sup> En Limehouse, en la zona este de Londres, varios hombres negros fueron atacados y se produjeron cuatro días de disturbios. En Cardiff asesinaron a tres personas, docenas de personas tuvieron que ser hospitalizadas y hubo daños materiales por valor de más de 3000 £.<sup>358</sup> En medio de estos disturbios racistas, ningún segmento de la sociedad británica estimó conveniente recordar que el Estado británico y sus empresarios habían recorrido hasta el último rincón de su imperio buscando mano de obra que llenase el hueco que había quedado en el mercado de trabajo nacional cuando varios miles de marineros británicos fueron voluntariamente a la guerra.<sup>359</sup> Al contrario, cuando terminó la guerra los soldados blancos exigieron recuperar sus empleos, ocupados ahora por marineros «de color», acusándolos de «ser un problema» o de minar la posición de los marineros blancos trabajando por salarios más bajos.<sup>360</sup> El National Union of Seamen (NUS) —

---

356 Leed 1981.

357 May y Cohen 1974: 112; Jenkinson 2009: 1.

358 Jenkinson 1996.

359 Gordon y Reilly 1986: 75.

360 Byrne 1977; Lunn 1985.

Sindicato Nacional de Marineros, el sindicato de marineros más importante—, cuyos dirigentes habían mitigado su racismo con fines estratégicos durante la guerra, cuando la mano de obra de grupos minoritarios era esencial, comenzó ahora a recurrir a la imaginación racista preponderante, incluidos los peligros del «mestizaje», para justificar que la mano de obra de minorías fuese sustituida por mano de obra blanca:

Es inútil intentar convencernos de que la cuestión del color de la piel no es un factor que se deba tomar en consideración a nivel nacional, porque lo es y es un tema muy serio. Se está criando entre nosotros una población no ya de jóvenes árabes, sino de mestizos, lo cual es extremadamente poco deseable, y la palabrería de la buena voluntad con los hombres de color no cambiará eso. [...] Los miembros de este sindicato hemos matado a los blancos cuando eran un obstáculo y no vamos a quedarnos de brazos cruzados viendo cómo ocupan su lugar otros obstáculos de color.<sup>361</sup>

El sindicato también presentó propuestas con el objetivo de restringir las oportunidades de empleo al alcance de los trabajadores negros y asiáticos. Aunque el NUS aseguraba que estaba intentando restringir las oportunidades de la mano de obra migrante y no de la mano de obra inglesa «no blanca», esa sutil distinción se perdió en la oleada de sentimientos racistas que se había desatado.<sup>362</sup> Las comunidades minoritarias establecidas desde hacía tiempo y que no participaban en la industria naval también sufrieron sus consecuencias negativas. En varias fábricas grandes de Liverpool,

la negativa de los obreros blancos a trabajar junto a personas negras hizo que despidiesen a los obreros negros. En un periódico local se calculaba que en el punto álgido de los disturbios se había despedido a 120 obreros negros por esta razón.<sup>363</sup>

Ante el hecho de que segmentos importantes de la clase obrera blanca se estuvieran movilizandando contra las personas negras y asiáticas y de que la agitación en el ámbito industrial fuera generalizada en todo el país, el Gobierno decidió mover ficha y crear un comité interdepartamental para plantear la implanta-

---

361 Citado en Lunn, 1985: 14.

362 Byrne 1977; Lunn 1985.

363 May y Cohen 1974: 118.

ción de un nuevo plan de repatriación que eliminase una de las consideradas «amenazas» del desorden social. Poco después, se establecieron comités de repatriación en una serie de ciudades y varios cientos de personas inglesas, galesas y escocesas de piel negra y morena fueron deportadas a sus supuestos países de origen.<sup>364</sup> Partes de la clase obrera británica, a la que llevaba mucho tiempo interpeándose para que adoptase formas de pensar y comportamientos racializadores, fueron cómplices de esta medida y, en el proceso, se debilitó la solidaridad de clase que se necesitaba para garantizar la victoria contra los empresarios.

Cuando se analiza desde la óptica de la raza, la tesis —planteada por muchos historiadores del movimiento obrero y del socialismo— de que este periodo constituyó una especie de despertar de clase universalista que llevó al Reino Unido «al borde de la revolución» requiere de una profunda revisión. Es necesaria una explicación con más matices que nos ayude a comprender no solo la creciente oleada de luchas políticas y sindicales de la clase obrera, sino también el despliegue de racismo que se dio en la clase obrera, incluidas la violencia y la discriminación contra los migrantes judíos y contra las personas de las colonias británicas. En la década de 1910, la sociedad se estaba polarizando con mucha rapidez en el seno de la clase obrera, tanto a lo largo de la falla de la clase, como, al mismo tiempo, siguiendo la línea de la raza y la nación.

### **Racistas, rojos y la revuelta de Clyde**

Aunque el ascenso de la militancia obrera no vino acompañado de ninguna mengua del sentimiento racista, algunos marxistas podrían argumentar que la coexistencia de un repunte de las luchas de clase y del racismo era indicativa de la bifurcación de la clase obrera. Es decir, que el racismo emanaba fundamentalmente del estrato de la clase obrera que seguía vinculado ideológicamente al proyecto de pertenencia nacional de la élite, sustentado en la lealtad a la raza y al Imperio, mientras que las personas que participaban en acciones colectivas contra el Estado formaban parte de un estrato que se había escindido de este proyecto y se desplazaba en un sentido político en el que

---

364 Jenkinson 1996: 103–108.

el lenguaje de clase y de solidaridad invalidaba el racismo. Sin embargo, ese argumento no se sostiene cuando se analizan los acontecimientos de Clydeside —que puede considerarse el epicentro de la revuelta de la clase obrera de este periodo—, donde activistas socialistas recurrieron al racismo para crear una oposición cohesionada frente a los ataques del Gobierno y de los empresarios.

El 23 de enero de 1919 se produjeron disturbios racistas en la zona portuaria de Glasgow cuando unos 30 marineros negros fueron perseguidos y expulsados del área de contratación de la marina mercante por marineros blancos, recibieron una paliza en la calle, fueron atacados en las pensiones en las que se alojaban y luego se convirtieron en el objetivo de arrestos masivos de la policía, a la que se había llamado para que acabase con el conflicto. A la multitud se unieron transeúntes blancos que pasaban por allí, con los que la muchedumbre llegó a congregarse a varios cientos de personas que recurrieron a «pistolas, navajas, porras y armas improvisadas, como piedras y ladrillos que cogieron de la calle».<sup>365</sup> Acorralados en las pensiones en las que se alojaban, los marineros negros no ofrecieron resistencia cuando entró la policía. A diferencia de la suerte que corrieron los marineros negros —todos ellos súbditos de la colonia británica de Sierra Leona—, arrestados de inmediato, no se detuvo a ninguno de los numerosos participantes blancos en los disturbios.<sup>366</sup>

Estos disturbios no fueron una erupción espontánea contra la presencia de trabajadores negros en Glasgow. Las personas negras llevaban varios años viviendo y trabajando en la zona portuaria de la ciudad, muchas de ellas, junto con mano de obra china, empleadas como marineros. Con el telón de fondo del aumento del desempleo, muchos marineros blancos tachaban a los marineros «de color» de competencia económica desleal. Las referencias a la deslealtad no solo aludían a la supuesta tendencia de esos trabajadores a aceptar salarios más bajos que los trabajadores blancos; también tenían que ver con que los trabajadores de esas minorías no merecían esos empleos, porque eran «no blancos» y, por lo tanto, no eran británicos. Es decir, los traba-

---

365 Jenkinson 2009: 73.

366 Jenkinson 2009: 74.

jadadores blancos deseaban que esa mano de obra dejara sitio a una categoría de trabajadores más digna: la de los trabajadores blancos y británicos.

Jenkinson<sup>367</sup> demuestra que, en los días previos a los disturbios, líderes socialistas de Clydeside expresaron de forma activa su apoyo a ese sentimiento racista. Cabe destacar, sobre todo, que Manny Shinwell —miembro destacado del ILP, presidente del Consejo de Oficios y Trabajadores de Glasgow y líder de la división del Sindicato Británico de Marineros de Glasgow— pronunció varios discursos en los que expresó su simpatía por los marineros. Les animó a participar en la huelga a favor de las 40 horas de trabajo semanales, campaña que podían utilizar como plataforma «para expresar, como parte de una actividad huelguista más amplia, sus preocupaciones respecto a los trabajadores que venían de fuera y competían a la baja con sus salarios, amenazando sus oportunidades laborales».<sup>368</sup> Unas horas antes de que estallasen los disturbios racistas, Shinwell habló en una concentración de más de 600 marineros en el espacio de la marina mercante y atribuyó la gran cantidad de marineros desempleados «a la negativa del Gobierno a excluir a la mano de obra china de los barcos británicos», recalcando que «era fundamental [...] que se tomaran medidas de inmediato».<sup>369</sup> En una entrevista de un periódico local justo después de los disturbios, Shinwell los relacionó con la contratación de marineros de fuera, declarando que «algunos de los mejores barcos» que salían de Glasgow estaban empleando a trabajadores negros y chinos, mientras muchos reservistas (británicos blancos) de la Marina Británica que acababan de ser desmovilizados no conseguían encontrar trabajo.<sup>370</sup>

«En los días posteriores a los disturbios en el puerto, Shinwell siguió denunciando en las concentraciones de marineros la amenaza que suponía para los puestos de trabajo que se emplease mano de obra ‘asiática’ en barcos británicos»,<sup>371</sup> e intentó varias veces vincular esta cuestión con la campaña de las 40 horas, argumentando que, si se excluía a esa mano de obra de

---

367 Jenkinson 2008, 2009.

368 Citado en Jenkinson 2009: 43.

369 Citado en Jenkinson 2009: 43.

370 Jenkinson 2009: 43

371 Jenkinson 2009: 43.

los barcos británicos, se crearían más oportunidades laborales para los trabajadores británicos blancos. El día anterior a que la huelga general se sumergiese en la violencia del llamado Viernes Sangriento (31 de enero de 1919), Shinwell presidió la tercera concentración de marineros en una semana, donde «les instó a tomar medidas efectivas para evitar que se emplease mano de obra china en barcos británicos».<sup>372</sup> Willie Gallacher —entonces presidente del CWC y uno de los dirigentes del BSP— mostró su apoyo a Shinwell y le acompañó a una reunión con marineros el 28 de enero de 1919 para convencerles de que participasen en la huelga. Como señala Jenkinson:

El tono de esta reunión no fue diferente al de las anteriores dirigidas solo por Shinwell; de nuevo, la táctica consistía en importar a la extensa campaña de la huelga la «antigua demanda» de que se expulsase a las tripulaciones de negros y chinos de los barcos británicos.<sup>373</sup>

Estaba claro que «el comité de huelga consideraba que el apoyo de los marineros blancos era útil para extender el movimiento de protesta y no les importaba demasiado cómo conseguir su implicación».<sup>374</sup>

Esta sucesión de acontecimientos recalca cómo, incluso en aquellas zonas en las que la militancia de la clase obrera era más intensa, las luchas sociales y de clase a veces se animaban y se enmarcaban en términos racializados, tanto por parte de los trabajadores que participaban en las acciones colectivas como por parte de los activistas y de las fuerzas sociales organizadas que comandaban dichas acciones. El ILP —del que Shinwell era un miembro destacado— era un partido muy comprometido con la consecución de justicia social y económica para la clase obrera. Al mismo tiempo, también era un partido cuyos miembros solían dar muestras de una adhesión muy arraigada, casi inconsciente, al nacionalismo. El propio Shinwell declaró mucho más tarde que «el patriotismo [del ILP] era de naturaleza subconsciente [...]. Reino Unido era el mejor país».<sup>375</sup> Esta adhesión a una forma de

---

372 Citado en Jenkinson 2009: 44.

373 Jenkinson 2009: 44.

374 Jenkinson 2009: 44.

375 Citado en Rose 2002: 337.



nacionalismo banal<sup>376</sup> definió los parámetros en los que se ubicaba la lucha por la justicia para la clase obrera. Esperaban que la intensificación de la lucha de clases les ayudase a presionar a las élites para que incluyesen a la clase obrera como socia dentro de los límites del Estado nación capitalista que ya existía. Es decir, los líderes del ILP querían usar el enfado de la clase obrera, la consiguiente actividad huelguista, y el malestar social a gran escala que se desató, como palanca política para obligar al Estado a ofrecer mejores condiciones económicas y sociales a la clase obrera del Reino Unido, para obligarlo a estar a la altura de su promesa de construir «una tierra digna de héroes».

Sin embargo, situar la lucha en favor de la justicia para la clase obrera en el terreno ideológico de la nación entrañaba peligros evidentes, porque el nacionalismo británico llevaba desde mediados de la época victoriana racializándose a conciencia. El ILP contribuyó a consolidar aún más este discurso del nacionalismo racializador en la clase obrera diferenciando a los trabajadores que supuestamente pertenecían a la nación de aquellos que no. Cuando activistas como Shinwell recurrían a un discurso que identificaba al obrero británico con la raza blanca, en la práctica estaban priorizando las reivindicaciones de este estrato de la población respecto a la cantidad limitada de puestos de trabajo disponibles en los barcos mercantes, favoreciendo a este grupo frente a los obreros a los que se consideraba no blancos. Al crear una imagen idealizada del trabajador británico como blanco, a los trabajadores representados como «no blancos» se los consideraba menos dignos de empleo aduciendo que no eran británicos, lo que, a su vez, los convertía en objetivos «legítimos» de discriminación y violencia, e incluso en algunos casos acababan deportados.

Al mismo tiempo, en Clydeside, a diferencia de muchas otras partes del Reino Unido, existía una corriente de opinión socialista que se oponía con firmeza a esa manipulación del racismo. Activistas destacados como Arthur MacManus, del SLP, y John Maclean, del BSP, situaban las luchas de la clase obrera británica en el marco de un proyecto más amplio de internacionalismo socialista. Su visión filosófica se basaba en dos supuestos

---

376 Billig 1995.

que iban de la mano: la adhesión a la causa de la emancipación de clase, que trascendía las fronteras nacionales, y la imposibilidad de conseguir la igualdad política, económica y social dentro de los límites de la estructura social capitalista existente. Para los internacionalistas socialistas, era necesaria una transformación social radical que inaugurase un orden social poscapitalista. Además, es importante destacar que esta idea no era un mero compromiso abstracto con el internacionalismo proletario, sino que se basaba históricamente en la experiencia personal. Arthur MacManus era católico, nacido en Belfast, y había sido testigo de los efectos opresores y excluyentes del nacionalismo racializador generado por la maquinaria del Estado imperial británico al dividir a trabajadores protestantes y católicos. Esta experiencia concreta fue la que le llevó, a él y a muchos otros, a oponerse a esas divisiones tomando como punto de referencia la clase obrera internacional.

Esta perspectiva política —que comenzó de la mano de James Connolly— permitió, sobre todo a los activistas de SLP, intervenir de forma directa cuando se trató de racializar la lucha de clases en Clydeside. En un artículo titulado «Race Riots and Revolution» [«Disturbios raciales y revolución»] publicado en el periódico mensual del SLP, *The Socialist*, el partido se burlaba del sindicato de marineros por recurrir al racismo para eliminar a los trabajadores negros de determinadas ocupaciones, y lo acusaba de desviar el enfado de la clase obrera y alejarlo de los empresarios:

Los sindicatos se muestran orgullosos de haber expulsado a los trabajadores de color de determinadas ocupaciones. [...] La existencia misma del capitalismo depende de que todos los elementos de la belicosidad actual, un rasgo siempre preeminente tras una gran guerra, se canalicen hacia caminos raciales o nacionales. Hacer que los trabajadores mitiguen su belicosidad aduciendo cuestiones de color les impide ver la línea de clase que constituye el foco principal de la lucha del proletariado internacional moderno.<sup>377</sup>

Aquellas manifestaciones de racismo también se toparon con la oposición de las mujeres escocesas casadas con marineros negros. Tras los disturbios racistas, dichas mujeres enviaron car-

---

377 Citado en Jenkinson 2009: 16.

tas a los periódicos locales en las que trataban de poner en duda las representaciones racistas de sus esposos negros y sus hijos «mestizos». Una de ellas, que firmaba su carta como «Justicia para las personas de color», explicaba que llevaba 25 años casada con un marino mercante negro y recordaba a los lectores los numerosos sacrificios que los marineros negros habían hecho en defensa de la nación. Contaba luego que su marido había estado en cuatro ocasiones a bordo de barcos que habían sido torpedeados. Tres marineros negros que habían visitado su casa se habían ahogado como consecuencia de estos incidentes y otros dos habían muerto quemados «a manos de los alemanes».<sup>378</sup> Estas intervenciones de mujeres de la clase obrera local ayudaron a reinsertar la contribución y los sacrificios de la comunidad negra (tanto británica como de las colonias) en el relato nacional del Reino Unido. Influidas por un nacionalismo multicultural emergente, intentaron, con valentía y frente a una firme oposición, construir una contranarrativa que permitiese que sus maridos y sus hijos mestizos recibiesen el mismo trato que cualquier persona blanca en la sociedad británica.

Sin embargo, a pesar de estos importantes cuestionamientos, el ILP, e indirectamente el Partido Laborista, fueron los que más se beneficiaron de esta oleada de conflictos de clase; muchos de los «rojos de Clydeside», entre ellos Shinwell y Kirkwood, acabaron siendo parlamentarios. El éxito del ILP radicó en su capacidad para reflejar fielmente la perspectiva cultural y política preponderante de la clase obrera de la época, tanto en lo relativo a las ideas que los trabajadores llevaban consigo en esta fase de la lucha de clases como en cuanto al tipo de acciones que estaban dispuestos a emprender en este conflicto. Cuando tuvo la oportunidad de cuestionar el racismo de la clase obrera, el ILP se decantó por adaptarse a él. Y desde luego, líderes como Shinwell fueron aún más lejos y utilizaron estratégicamente el racismo para cimentar la solidaridad entre los trabajadores blancos a costa de otros trabajadores no blancos. En este sentido, consolidaron y legitimaron ideas racistas que ya existían en el seno de la clase obrera y reforzaron aún más su vínculo con el nacionalismo británico racializador. Así se redoblaba la dificultad de la tarea de

---

378 Citada en Jenkinson 2008: 24.

los internacionalistas socialistas del SLP y del BSP: no solo tenían que contrarrestar el racismo y el nacionalismo propagados por las élites, sino que también debían hacer frente al que procedía de las formaciones políticas que lideraban el malestar de la clase obrera. Dadas la incorporación progresiva de la clase obrera desde mediados de la época victoriana y la penetración creciente de ideas racistas y nacionalistas que la acompañó, es muy poco probable que las coordinadas de la lucha de clases se hubieran podido reconfigurar en esta fase del conflicto de clases. Habría que haberse deshecho de un enorme bagaje ideológico y el SLP, con su perspectiva internacionalista, era demasiado pequeño para tener ninguna repercusión en esta cuestión.

Esta visión más pesimista de los acontecimientos previos a 1919 da crédito al escepticismo de John Maclean en torno a la leyenda del «Clydeside rojo».<sup>379</sup> En contra de lo que argumentaban, por un lado, algunos ministros del Gobierno —preocupados por la perspectiva de una revolución en el Reino Unido similar a la que se había visto en Rusia en noviembre de 1917 o en Alemania a finales de 1918— y, por otro, escritores socialistas de una época posterior, Reino Unido, y más concretamente Clydeside, nunca estuvieron a punto de llevar a cabo un cambio social radical. No hay duda de que el epicentro de esta revuelta en Clydeside produjo muchos socialistas revolucionarios, entre los que destacan sobre todo John Maclean, Arthur MacManus y Tom Bell, algunos de los cuales comandaron campañas decisivas por la paz. Consiguieron movilizar a trabajadores en defensa de los intereses de la clase obrera transnacional, evitando que se entregara a Polonia armamento que se pretendía utilizar contra el Estado de los trabajadores que acababa de crearse en Rusia.<sup>380</sup> Sin embargo, la militancia de los partidos a los que pertenecían esos líderes, como el SLP y el BSP, apenas creció. La corriente del internacionalismo proletario siguió siendo un elemento marginal en la cultura y la política de la clase obrera británica, restringida por lo general a minorías racializadas como los católicos irlandeses y los judíos, junto a otros «extraños» como los hablantes de gaélico de la zona de las Highlands o las comunidades mineras de Gales del Sur.

---

379 Véase también Miliband 1987.

380 Véanse Pelling 1987; Kelly 1988.

### **El CPGB: un partido de parias**

Hubo dos oleadas de luchas políticas y de clase entre 1885 y 1920 que fueron decisivas para lograr la inclusión política formal de la amplia mayoría de la clase obrera en el Estado nación británico. La primera, representada por el nuevo sindicalismo, se materializó en la aparición del ILP, una formación socialista fundamentalmente cristiana que unificó al sector católico irlandés y al sector protestante obrero inglés en la búsqueda común de justicia económica y social. Aunque no fue capaz de fraguarse un espacio político independiente propio, su alianza con los líderes sindicales y con los fabianos ayudó a establecer el Partido Laborista, que después se convirtió en el socio minoritario de gobiernos con los liberales a principios del siglo XX. La segunda oleada, que se inició en 1910 con la «gran agitación obrera» y se prolongó hasta 1919, más allá de la guerra, resultó decisiva para que los obreros cualificados rompiesen con el Partido Liberal y se lanzasen a los brazos de los laboristas. Estos acontecimientos, junto con la decisión de 1918 de conceder el sufragio a todos los varones de más de 21 años y a todas las mujeres de más de 30, contribuyó a que el Partido Laborista dejase de depender de los liberales y a que ocupase una posición de preponderancia política como el partido que representaba los intereses de la clase obrera. Este giro se confirmó en las elecciones generales de 1922, en las que el Partido Laborista desplazó al Partido Liberal y se convirtió, por primera vez, en la principal oposición al Partido Conservador.<sup>381</sup>

La continua relación del ILP con el Partido Laborista durante este periodo fue lo que garantizó que los laboristas se beneficiasen políticamente de esta serie de oleadas de agitación en la industria, pese a que no desempeñaron ningún papel destacado en ellas. Es decir, la constante relación entre ambos partidos legitimó a los laboristas y funcionó, aunque involuntariamente, como una especie de «cobertura de izquierda» para el Partido Laborista, lo que potenció sus credenciales socialistas entre los miembros de una clase obrera cada vez más amplia y con más conciencia de clase. En el punto álgido de la lucha de

---

381 Kelly 1988: 102.

los trabajadores, el Partido Laborista adoptó la cláusula 4 de sus estatutos, en la que declaraba su intención de:

Asegurar que quienes producen, sea con el trabajo de sus manos o intelectualmente, reciban todos los frutos de su trabajo y la distribución más equitativa posible de dichos frutos, sobre la base de la propiedad común de los medios de producción y del mejor sistema que se pueda conseguir de administración y control populares de cada industria y servicio.<sup>382</sup>

Ante las enormes presiones económicas, políticas y culturales para que se adaptasen y se convirtiesen en un miembro obediente de un Estado nación imperial, es digno de mención que pequeños grupos de activistas socialistas optasen por quedarse fuera y rechazasen cualquier intento de restringir la lucha por el socialismo y la emancipación de la clase obrera y de situarla en el territorio de la nación. Al mismo tiempo, esta capa de oposición política a la hegemonía del Partido Laborista siguió siendo pequeña y marginal, y permaneció muy fragmentada. En términos de organizaciones, esa oposición la conformaban los internacionalistas socialistas del BSP; los militantes obreros, fundamentalmente escoceses, del SLP; los mineros de la Sociedad Socialista de Gales del Sur (SWSS), y los radicales de la zona este de la Federación Socialista Obrera (WSF), liderados por Sylvia Pankhurst. Estos grupos mantenían una relación complicada entre ellos y estaban divididos en torno a la cuestión de si afiliarse o no al Partido Laborista.

De no haber sido por la Revolución rusa de noviembre de 1917 y por la instauración de un estado de los trabajadores bajo la dirección de los bolcheviques, es muy posible que estas formaciones socialistas británicas hubiesen permanecido divididas y tal vez habrían acabado degenerando hasta convertirse en pequeños grupúsculos intrascendentes. Los dirigentes bolcheviques, con Lenin a la cabeza, eran internacionalistas socialistas que creían que su conquista del poder estatal en Rusia representaba un paso importante hacia la revolución socialista mundial. Para avanzar hacia ese objetivo, ponían especial énfasis en animar a las distintas fuerzas del internacionalismo socialista a unirse en un solo partido comunista unido en cada Estado nación. En

---

382 Citado en Milliband 1987: 60–61.

el Reino Unido, la «iniciativa y la influencia de los bolcheviques rusos» fue determinante para que esos «distintos elementos se uniesen en un Partido Comunista».<sup>383</sup> La unificación, que se llevó a cabo entre la primavera de 1918 y el verano de 1920, fue un proceso complejo y tortuoso. Al final, la mayoría del BSP, el Grupo de Unidad Comunista (compuesto por la mayor parte del SLP) y el Consejo Comunista de Gales del Sur (la anterior SWSS) se pusieron de acuerdo para fundar un partido comunista. El CPGB nació formalmente en la Convención por la Unidad que se celebró más tarde en Londres, el 31 de julio y el 1 de agosto de 1920, y a la que acudieron 160 delegados. Se leyeron mensajes fraternales de distintos partidos y distintas personas de todo el mundo, también de Lenin, que manifestó su conformidad con los planes de fundar el CPGB. Después pasó a criticar a la WSF y a Sylvia Pankhurst por no unirse al CPGB, y declaró que estaba a favor de participar en el Parlamento y de la «adhesión al Partido Laborista con la condición de [que se respetase] la actividad comunista libre e independiente».<sup>384</sup> En el Segundo Congreso de la Tercera Internacional (agosto de 1920) y de nuevo a través de su crítica del sectarismo de Sylvia Pankhurst en su obra *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el Comunismo* (1920), Lenin reiteró su apoyo a la participación comunista en actividades parlamentarias. Seguía intentándose atraer a la Federación Socialista Obrera (ahora conocida como el Partido Comunista – Sección Británica de la Tercera Internacional) y al Partido Laborista Comunista (formado fundamentalmente por enlaces sindicales escoceses) para que se integrasen en el CPGB. En enero de 1921 se alcanzó un acuerdo y el CPGB se refundó. La única figura revolucionaria destacada del Reino Unido que no se unió al CPGB fue John Maclean —irónicamente, vicepresidente honorario del Congreso Ruso de los Sóviets y representante de los bolcheviques en Escocia—, al que las numerosas temporadas en prisión habían hecho añicos la salud y la intuición política.

Cuando se creó en enero de 1921, el CPGB seguramente no superaba los 2500 miembros,<sup>385</sup> los cuales «eran, en gran medida,

---

383 Pelling 1958: 41.

384 Citado en Klugman 1960.

385 Pelling 1958: 42; Thorpe 2000: 781, tabla 1.

personas de origen no inglés». <sup>386</sup> Según un informe del departamento policial encargado de velar por la seguridad del Estado, el público de uno de los primeros actos del CPGB también estaba integrado fundamentalmente por «extranjeros, judíos y simpatizantes del Sinn Féin». <sup>387</sup> Al año de su formación, más de dos tercios de sus miembros se encontraban en Gales del Sur, Londres y Escocia; la zona este de Londres y Glasgow (ambas zonas con un elevado porcentaje de residentes católicos irlandeses y judíos) constituían sus principales bastiones. <sup>388</sup> En resumen, en sus orígenes, el CPGB estaba formado por socialistas procedentes, sobre todo, de los «márgenes celtas» del Reino Unido (Escocia y Gales) y de minorías como los católicos irlandeses, los judíos y algunos indios, caribeños y africanos. No es ninguna coincidencia que casi todos los «pequeños Moscús» de los que habla Stuart Macintyre se encontrasen fuera de Inglaterra, excepto Chopwell, al noreste, y el East End de Londres. El partido tenía tan poco peso en la vida de la clase obrera de la década de 1920 que «hubo grandes sectores de la Inglaterra industrial [...] [a los que] simplemente no llegaron sus actividades». <sup>389</sup>

Dado que la idea preponderante y excluyente de pertenencia a la nación británica se había fraguado por oposición a las personas de ascendencia católica irlandesa y judía en la metrópoli y a las personas «no blancas» en las colonias, es comprensible que algunos de esos parias racializados acabasen llegando al CPGB, comprometido como estaba este partido con la transformación social radical del Estado nación capitalista británico. Además, esa memoria y esas experiencias de exclusión de la nación británica por motivos de raza o de religión imbuyeron a figuras de las minorías, importantes en el seno de CPGB, como Arthur MacManus, Zelda Kahan, Rajani Palme-Dutt y su hermano Clemens, de lo que Du Bois <sup>390</sup> denomina «doble conciencia». Contemplar la sociedad británica con la mirada del «ojo extranjero» <sup>391</sup> les permitió poner al descubierto la ilegiti-

---

386 Pelling 1958: 42.

387 Morgan et al. 2007: 184.

388 Thorpe 2000.

389 Pelling 1958: 43.

390 Du Bois 1903/1994.

391 Rajani Palme Dutt citado en Morgan et al. 2007: 185.



midad moral de la misión imperial británica en el extranjero, así como el racismo en la metrópoli. En todo caso, hay que remarcar que solo un minúsculo porcentaje de la población de minorías racializadas se convirtieron en activistas comunistas. Además, quienes siguieron esta senda creían que la victoria del socialismo facilitaría que se dejaran atrás ideas más provincianas, particularistas, asociadas a la raza, la identidad étnica y la nación. En este sentido, podríamos describir a esos activistas comunistas minoritarios como universalistas estratégicos.<sup>392</sup> El fenómeno del «judío no judío», sobre el que Isaac Deutscher<sup>393</sup> escribió con tanta elocuencia, era sin duda un ejemplo destacado de un fenómeno mucho más amplio que comprendía a diversos grupos de minorías racializadas que, en virtud de su condición de parias, ayudaron a sacar a la luz el particularismo con el que se construía la sociedad capitalista contemporánea. Esa forma de entender las cosas era un requisito previo para planear un camino más adecuado hacia el futuro universalista de toda la humanidad.

La Revolución rusa fue decisiva para muchos de estos activistas de grupos minoritarios: contribuyó a reforzar su determinación en lo relativo a la ideología socialista revolucionaria en momentos en los que todavía eran muy pocos y tenían poco peso en el Reino Unido. En concreto, hubo tres factores que los unieron al experimento bolchevique. En primer lugar, activistas de grupos minoritarios como Zelda Kahan y Theodore Rothstein —que habían escapado de los pogromos racistas de la Rusia zarista para darse de bruces con el antisemitismo racista de la sociedad británica, también de sus correligionarios del BSP— fueron atraídos hacia el bolchevismo por su decidida oposición al racismo y al nacionalismo, porque se oponían a las guerras mundiales, por su compromiso con el internacionalismo socialista y porque consideraban que la Revolución rusa era el prelude de una revolución socialista mundial. En su opinión, la Revolución rusa reforzaba su confianza en un futuro mejor para toda la humanidad, un futuro que ofreciese la redención de las personas oprimidas y explotadas del mundo.

---

392 Gilroy 2000.

393 Deutscher 1968.

En este sentido, la Revolución rusa se interpretó como una revolución esperanzadora. Además, Lenin, en particular, influyó en la presión al CPGB en ciernes para que se convirtiese en el centro neurálgico de la actividad antiimperialista de todo el Imperio británico, y respaldó activamente a las minorías del partido frente a las personas que seguían albergando algún tipo de adhesión persistente al sentimiento racista. Tom Quelch, trabajador de una imprenta e hijo de Harry Quelch, racista y antisemita notorio de la SDF, se llevó unas cuantas reprimendas de Lenin por advertir del esquirolaje de los «alegres negratos» en una reunión del Comintern.<sup>394</sup>

En segundo lugar, la sofisticación con la que Lenin<sup>395</sup> concebía la cuestión nacional y su consiguiente apoyo al derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas en el seno del antiguo Imperio zarista debieron de tocar la fibra de muchos activistas socialistas de ascendencia católica irlandesa, como Arthur MacManus y J. T. Murphy, a los que sin duda les recordó a James Connolly y a su idea de que la lucha por el socialismo y la liberación nacional frente a la opresión colonial estaban inextricablemente unidas en la época del imperialismo. Y, para terminar, la composición de los propios bolcheviques reflejaba la formación satisfactoria de una organización socialista multiétnica, porque dos tercios de los dirigentes bolcheviques procedían de grupos minoritarios en el Imperio ruso, como los ucranianos, los letones, los georgianos y los judíos.<sup>396</sup> El conjunto de estos tres factores se prestaba a la concepción de la Revolución rusa como una insurgencia de los elementos subalternos. Sin duda, en la mente de las minorías racializadas del CPGB, la lucha por la emancipación de la clase obrera en Occidente se vinculó firmemente a la lucha por la liberación frente a la opresión colonial de los pueblos en los países de origen de sus antepasados. La construcción de una sociedad socialista desracializada se volvió indivisible de las luchas contra el racismo, a favor de la liberación colonial y por la emancipación de la clase obrera.

---

394 Morgan *et al.* 2007: 213.

395 Lenin 1914/1983.

396 Riga 2008.

## El CPGB, el antiimperialismo y el antirracismo

Dada la naturaleza multiétnica del CPGB, no es de extrañar que durante las dos décadas siguientes se convirtiera en el centro de la mayoría de las campañas organizadas contra el imperialismo y el racismo. Con esas campañas y mediante la publicación de material bibliográfico, trató de concienciar al trabajador británico de los horrores y las injusticias del Gobierno imperial británico y de quebrantar su adhesión racista. Shapurji Saklatvala, indio parsí, fue decisivo en el desarrollo de estas actividades. Llegado al Reino Unido en 1905, Saklatvala se había unido primero al ILP como anticolonialista convencido, pero, inspirado por la Revolución rusa y por su apoyo a las luchas a favor de la liberación nacional, su lealtad viró hacia el CPGB cuando este se fundó.

Junto con Arthur Field —activista del ILP—, Saklatvala ya había creado, en 1917, la Workers Welfare League (WWL) [Liga por el Bienestar de los Trabajadores] con el objetivo de conseguir la unidad del movimiento obrero indio y del británico, cuyos destinos consideraba «inextricablemente unidos». <sup>397</sup> La organización consiguió el apoyo de sindicalistas destacados, como Arthur Pugh, de la Federación de la Industria del Hierro y del Acero, y Duncan Carmichael, quien más tarde se convertiría en secretario del Consejo Gremial de Londres. Pugh y Saklatvala redactaron una declaración conjunta en la que perfilaban que «el problema laboral de la India ha de reconocerse como un problema inglés que afecta gravemente a la cuestión del mantenimiento de los niveles de vida de quienes trabajan competitivamente en las mismas industrias en el seno del Imperio». <sup>398</sup> También afirmaban que su objetivo era «reunir a representantes de la clase obrera en el Reino Unido y en la India para que pudiesen apoyarse mutuamente». <sup>399</sup> Esos llamamientos a la solidaridad se volvieron más notorios tras la huelga del sector algodonero de Bombay en 1923; Saklatvala hizo «referencia [con regularidad] a la industria del yute de Bengala y a lo necesario que era que los trabajadores de allí y los empleados en Dundee hicieran causa común». <sup>400</sup>

---

397 Squires 1990: 176.

398 Citados en *The Marxist* 1996: 1–2.

399 Citados en *The Marxist* 1996: 2.

400 Citado en Squires 1990: 166.

Hubo más gente en el CPGB que intentó cuestionar algunos aspectos de la relación del Reino Unido con sus colonias. En el congreso anual del TUC de 1925, Harry Pollitt —futuro líder del CPGB— puso en marcha una resolución que dirigía la atención de sectores más amplios del movimiento obrero a «la dominación de los pueblos no británicos por parte del Gobierno británico», explotación que servía únicamente a los intereses de la «explotación capitalista». <sup>401</sup> Además de desvelar el imperialismo británico, el CPGB concedía gran importancia a cuestionar el racismo de la clase obrera británica, que, a su parecer, formaba «parte de la lógica imperialista que resaltaba el atraso inherente de los pueblos africanos y [...] era indicativo del atraso político de los obreros británicos que se lo creían». <sup>402</sup> En su congreso anual de 1925, se aprobó una resolución en la que se instaba a todos los miembros del partido a «sumarse activamente a la lucha contra los prejuicios imperialistas que seguían imperando en grandes sectores de la clase obrera en el Reino Unido». <sup>403</sup>

La creación en Berlín, en febrero de 1926, de la League Against Imperialism (LAI) [Liga contra el Imperialismo], respaldada por el Comintern, fue un acontecimiento importante que cambió la dinámica de la actividad antiimperialista en toda Europa. Su principal objetivo era «movilizar un frente unido extenso en Europa occidental» que apoyase los movimientos de liberación nacional que estaban emergiendo en las colonias. <sup>404</sup> En febrero de 1927 se celebró en Bruselas un importante congreso internacional al que asistieron 175 delegados, de los cuales 107 procedían de 37 países bajo dominio colonial. Había representantes del Ejército Nacional Revolucionario de China, del Congreso de Sindicatos Chino, del Kuomintang, del Congreso Nacional Indio, del Partido Nacionalista Egipcio, del Congreso de Sindicatos de Sudáfrica, del Movimiento Nacionalista de Indonesia y del Comité Africano para la Defensa de la Raza Negra. <sup>405</sup> Además de estas organizaciones, también asistieron figuras destacadas, como Einstein, Nehru, Brockway o MacManus, y Reginald

---

401 Citado en Callaghan 1995: 7.

402 Callaghan 1995: 17–18.

403 Citado en *The Marxist* 1996: 2.

404 Hargreaves 1993.

405 *The Marxist* 1996.

Bridgemann encabezó de la delegación británica. En abril de 1926 se constituyó un comité británico de la LAI que organizó conferencias con regularidad a finales de la década de 1920. A una de esas conferencias que la LAI celebró en Newcastle asistieron 136 delegados de 64 organizaciones, entre ellas varios sindicatos y el ILP.<sup>406</sup> Además, la WWL, ahora en el seno del CPGB, comenzaba a hacer avances significativos en el movimiento obrero organizado, de forma que en 1927 había logrado la afiliación de 78 divisiones sindicales.<sup>407</sup> En 1928 organizó una conferencia en Gales a la que acudieron 148 delegados, entre los cuales figuraban representantes de 33 asambleas de mineros, 25 asociaciones cooperativas de mujeres y 20 consejos sindicales locales.<sup>408</sup> El paciente trabajo ideológico y político del CPGB desde principios de la década de 1920 estaba comenzando a calar en algunos sectores de la clase obrera organizada.

Otro rasgo de la actividad antiimperialista del CPGB era prestar apoyo a los conflictos antiimperialistas de los pueblos del Imperio británico. La sede central del CPGB en King Street se «identificó como el centro de coordinación de actividades anticoloniales, aprovechando ‘medios imperialistas de intercambio de comunicación [...] para desbaratar el Imperio con más rapidez’». <sup>409</sup> Fuera de la metrópoli, el CPGB concentró sus esfuerzos en la India; Phillip Spratt, Ben Bradley y Lester Hutchinson ayudaron a reforzar el apoyo comunista en los sindicatos de Bombay y Madrás a pesar de enfrentarse a una intensa oposición de las autoridades del Raj.<sup>410</sup> En el propio Reino Unido, los líderes del CPGB en la década de 1930 tuvieron un papel destacado en una serie de conferencias políticas sobre la India organizadas para impulsar la causa de la independencia y un autor defendió que «la influencia comunista en los estudiantes indios en el Reino Unido nunca había tenido tanta fuerza».<sup>411</sup>

Mientras el CPGB atraía a su órbita antiimperialista y antirracista a algunos elementos de la clase obrera organizada y de otros estratos, el Partido Laborista, en lo relativo al Imperio,

---

406 Hargreaves 1993: 256.

407 Citado en Squires 1990: 169.

408 Citado en *The Marxist* 1996: 2.

409 Morgan et al. 2007: 213.

410 Owen 1999: 201.

411 Callaghan 1995: 19.

permanecía bajo el dominio de dos tipos de líderes: nacionalistas socialistas a los que les preocupaban poco los sucesos o las prácticas más allá de la costa británica, por un lado, y, por el otro, imperialistas sociales de estilo patricio, como Sidney Webb, que seguía defendiendo algún tipo de Gobierno imperial británico a manos de líderes sindicales, entre otros, para garantizar que los trabajadores británicos (blancos) tuvieran lugares a los que huir si no había empleo en la metrópoli.<sup>412</sup> La perspectiva internacionalista del CPGB en esos primeros años fue un añadido importante, si bien algo irregular, al movimiento socialista británico, que durante mucho tiempo había situado su misión de mejora de la clase obrera en el terreno excluyente del nacionalismo.

Sin embargo, desde finales de la década de 1920, el CPGB cada vez se topaba con más obstáculos en el desarrollo de estas actividades. La derrota de la huelga general de 1926 tuvo un impacto catastrófico en el movimiento obrero organizado e inclinó decisivamente la balanza del poder de clase a favor de los empresarios y del Estado. El Gobierno actuó con rapidez e introdujo la Ley de conflictos laborales (1927), que ilegalizaba las huelgas de solidaridad. Al año siguiente, el Partido Laborista y muchos líderes sindicales, comprometidos con el gradualismo y la búsqueda del interés nacional, consintieron discretamente apoyando el acuerdo Mond-Turner de 1928 y un modelo de sindicalismo de «alcanzar acuerdos antes de llegar al conflicto» diseñado para fomentar unas relaciones laborales armoniosas en la industria.<sup>413</sup> Como consecuencia de todo ello, las bases sindicales se encontraron con diversas dificultades para emprender acciones sindicales que defendiesen su situación material, que se deterioraba a marchas forzadas.

La situación empeoró aún más con el inicio de la Gran Depresión en 1929. Sus efectos en las zonas industriales del Reino Unido fueron inmediatos y devastadores, porque la demanda de productos británicos se desplomó. Para finales de 1930, el desempleo había aumentado más del doble, hasta llegar a la cifra de 2,5 millones, y el valor de las exportaciones había caído un 50%.<sup>414</sup>

---

412 Owen 1999: 194–196.

413 Pelling 1987.

414 Hobsbawm 1990.

En paralelo a esto, se produjo un declive muy pronunciado en la afiliación sindical, que pasó de ser el 35% del total de trabajadores entre 1920 y 1924 al 24% entre 1930 y 1934.<sup>415</sup> Con este gran debilitamiento de la fuerza sindical, el número de trabajadores que participaron en huelgas cayó de 1 061 000 entre 1920 y 1924 a 289 000 entre 1930 y 1934, y la cantidad de días de trabajo perdidos por huelgas se redujo de 30 277 000 a 3 980 000 en el mismo periodo.<sup>416</sup>

Con el Partido Laborista a la cabeza de un Gobierno en minoría, pero sin querer adoptar las medidas necesarias para detener el deterioro de las condiciones materiales de vida, muchos trabajadores se sintieron desmoralizados, enfadados y no representados. No hay duda de que los años de la Depresión de finales de los años 1920 y principios de los 1930 afianzaron mucho la influencia del sentimiento racista en la clase obrera inglesa, sobre todo en zonas en las que se habían establecido grupos sociales migrantes y sus hijos, ingleses por nacimiento.<sup>417</sup> En 1930, el Secretario de Estado laborista para la India, William Wedgwood Benn (que después se convertiría en lord Stansgate), escribió que, viajase adonde viajase en Inglaterra, la clase obrera parecía ser «una mezcla de ignorancia [...] e idealismo, con los prejuicios raciales siempre a punto por si se los azuzaban».<sup>418</sup>

Uno de los focos de conflictos racistas siguieron siendo las zonas portuarias, donde se daba empleo como marineros a una cantidad considerable de miembros de minorías. En los años 1920, el Sindicato Nacional de Marineros (NUS) hizo campaña (con éxito) para restringir el empleo de mano de obra «no blanca» en la industria mediante la aprobación de la Ley de extranjería de 1920, a la que le siguió en 1925 la Restricción Especial de la Ley para marineros extranjeros (de color).<sup>419</sup> Hubo otros dos aspectos de las políticas del NUS que contribuyeron a intensificar el sentimiento racista. El primero de ellos fue el PC5, un formulario del sindicato al que se le solía denominar «licencia de esclavos»<sup>420</sup> y que los marineros debían tener para que se les pudiera autorizar

---

415 Grint 1991: 170, tabla 7.

416 Grint 1991: 170, tabla 7.

417 Piratin 1978; Bourke 1994.

418 Citado en Owen 1999: 199.

419 Byrne 1977: 264; Lunn 1985: 13.

420 Gordon y Reilly 1986.

a trabajar en un barco en el Reino Unido. En la práctica, este requisito brindaba a la dirección del sindicato todo el poder sobre sus afiliados, porque las «2 £ necesarias para conseguir el PC5 podían suponer hasta tres cuartos del anticipo (el porcentaje del salario que los marinos recibían cuando se enrolaban)». <sup>421</sup> Estas

normas de afiliación al NUS se traducían en que muy pocos marinos en tierra eran miembros que pagasen la cuota del sindicato, de manera que las reuniones estaban controladas por los dirigentes a tiempo completo, que usaban a los pensionistas para hacerse con los votos. En el sindicato había una cantidad de dirigentes absolutamente excesiva. Los dirigentes estaban mucho mejor pagados que los marineros y en general se considera que en los años 1930 el NUS era en la práctica un sindicato amarillo de la British Shipping Federation [Federación Británica de Navegación]. <sup>422</sup>

En segundo lugar, en 1930, el NUS y la Federación Británica de Navegación (el organismo de los armadores) se pusieron de acuerdo para adoptar una lista de turnos: un nuevo sistema para registrar a los marineros que buscaban trabajo. Esta medida fortaleció el poder del sindicato sobre el empleo de marineros negros y árabes, porque ahora tenían que presentar pruebas de su condición de británicos; de hecho, «el NUS actuaba como una segunda línea de policía en lo que respecta a la aplicación de controles de inmigración». <sup>423</sup>

Por lo general, los marineros negros y árabes se veían obligados a aceptar su condición de trabajadores de segunda. Sin embargo, en 1930, cuando los marineros árabes de la zona de South Shields se opusieron a la introducción del PC5 y del sistema de turnos y se negaron a acatar las normas, recibieron el apoyo de trabajadores blancos activos en la sección de marineros del Minority Movement [Movimiento de las Minorías]. El Movimiento de las Minorías era una organización formada por trabajadores de base creada por el CPGB en 1924 y que contaba con Tom Mann como presidente y con Harry Pollitt como secretario. Su principal objetivo era animar a la clase obrera —reclutada sobre todo de las industrias de la minería, la ingeniería y el transporte— a movilizarse contra el deterioro de sus condiciones de vida. <sup>424</sup> En

---

421 Byrne 1977: 266.

422 Byrne 1977: 266.

423 Gordon y Reilly 1986: 77.

424 Byrne 1977: 262.



su conferencia fundacional, celebrada en 1924, los delegados que asistieron representaban a más de 200 000 trabajadores. Durante el año siguiente su influencia creció con rapidez y en 1925 asistieron a su segunda conferencia 683 delegados que representaban a más de 750 000 trabajadores; la afiliación alcanzó su máximo en 1926, con 957 000 miembros. Tras la amarga derrota de la huelga general, pasó a representar a las fuerzas sociales que se oponían a las políticas conciliadoras del Partido Laborista.

En South Shields, integrantes del Movimiento de las Minorías organizaron una serie de concentraciones masivas para apoyar a los marineros árabes, entre las que destaca una en la que 1100 marineros blancos y 900 marineros árabes y somalíes se declararon a favor del boicot al PC5. También tuvieron peso en la propagación del conflicto más allá de la zona de South Shields, y se produjeron huelgas de solidaridad en Liverpool, Barry y Stepney.<sup>425</sup> El conflicto acabó siendo violento cuando el NUS y la federación local de navegación intentaron sustituir a los marineros árabes por mano de obra blanca.<sup>426</sup> 20 marineros árabes y seis blancos del Movimiento de las Minorías fueron arrestados y acusados de incitación a los disturbios: «en el juicio, celebrado en noviembre en el tribunal de justicia del condado de Durham, se concluyó que casi todos los cargos quedaban demostrados y se deportó a la gran mayoría de los árabes».<sup>427</sup> Aunque los marineros árabes sufrieron una derrota, el impacto de esta muestra de solidaridad de clase contra el racismo resonó en las mentes de los trabajadores de la zona de South Shields. Gracias a la oposición generada por los principios de los marineros del Movimiento de las Minorías, «se obstaculizaron los intentos de la British Union of Fascists (BUF) [Unión Británica de Fascistas] de aprovechar la situación más tarde, en la década de 1930».<sup>428</sup> En la década de 1930, la actividad antirracista en el seno de la clase obrera ya se había convertido en sinónimo de trabajadores y activistas alineados con el CPGB y las organizaciones afiliadas a él.<sup>429</sup>

---

425 Byrne 1977: 271.

426 Byrne 1977: 272.

427 Lunn 1985: 15.

428 Byrne 1977: 274.

429 Piratin 1978; Callaghan 1995; Watson 1996.

En otros lugares, sin embargo, la BUF, creada en 1932 y dirigida por Oswald Mosley, estaba adentrándose en la clase obrera. El antisemitismo racista era un ingrediente esencial en la ideología de la BUF. En un mitin celebrado en octubre de 1934 en el Royal Albert Hall, Mosley atacó a «la economía judía y [al] comunismo judío»,<sup>430</sup> acusándolos de ser los dos males responsables de la caída en picado del Reino Unido desde su posición como potencia hegemónica del sistema-mundo. Además, esta organización vinculaba intencionadamente las cuestiones del desempleo y de las malas condiciones de la vivienda con la presencia de judíos. Su antisemitismo tuvo eco en áreas económicamente desfavorecidas de la zona este de Londres, donde el porcentaje de población judía era considerable en lugares como Bethnal Green, Shoreditch y Stepney, y donde la clase obrera «llevaba una vida sórdida y miserable. Sus casas eran pocilgas y muchos no tenían trabajo. Quienes tenían trabajo solían cobrar salarios muy bajos».<sup>431</sup> Esta zona tenía un largo historial de antisemitismo, incluido el antisemitismo socialista que se remontaba a la década de 1880, y la BUF —siguiendo los pasos de la Liga de los Hermanos Británicos— aprovechó ese sentimiento que ya existía abriendo su primera delegación en Bow, en el este de Londres, en 1934, a la que pronto le siguieron delegaciones en Bethnal Green, Shoreditch y Limehouse.<sup>432</sup> En 1934, la BUF ya tenía más de 40 000 miembros.<sup>433</sup>

«Los conflictos y la tensión marcaron el ambiente del este de Londres durante esos años»,<sup>434</sup> mientras la BUF difundía su mensaje antisemita editando publicaciones incendiarias y organizando manifestaciones y mítines callejeros como acto de provocación, en los que recurría para la vigilancia a los camisas negras de la Defence Force [Fuerza de Defensa]; a todo esto se sumaban episodios regulares de bombas incendiarias y de ataques a judíos.<sup>435</sup> Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en las décadas de 1880 y 1890, cuando los socialistas no cuestionaron el antisemitismo de la clase obrera e incluso lo legitimaron, esta

---

430 Thurlow 1987, 1998.

431 Piratin 1978: 17.

432 Piratin 1978: 16; Bourke 1994: 199.

433 Skidelsky 1975: 331.

434 Piratin 1978: 17.

435 Skidelsky 1975: 331.

vez el CPGB y otros socialistas se unieron a la comunidad judía para plantar cara a la BUF.

Cuando la BUF anunció sus planes de hacer una marcha por el East End de Londres el domingo 4 de octubre de 1936 para conseguir apoyos en las elecciones municipales de Londres que iban a celebrarse en 1937, el Consejo del Pueblo Judío (JPC) contra el Fascismo y el Antisemitismo organizó una petición en la que se solicitaba la prohibición de la marcha.<sup>436</sup> En un primer momento, el aparato del CPGB —como reflejo de la creciente influencia de las ideas del Frente Popular— se negó a aceptar ningún tipo de confrontación directa con la BUF por miedo a que esa postura minase su objetivo estratégico más global de construir alianzas con los llamados «progresistas», y, en lugar de la confrontación, recomendó que los esfuerzos se concentrasen en conseguir apoyos para la petición del JPC. También animó a sus miembros a «evitar los enfrentamientos [...], no dar excusas al Gobierno para decir que somos *hooligans*, como la BUF».<sup>437</sup> Sin embargo, en las delegaciones locales del CPGB en el East End había muchas personas, entre ellas judías, que se habían unido al partido precisamente por su visión internacionalista y su rechazo a transigir con el racismo y el nacionalismo. Así pues, las bases del CPGB, junto con activistas del Comité del Distrito de Londres, no aceptaron la recomendación de sus dirigentes y los acusaron de preocuparse «demasiado por la puñetera respetabilidad».<sup>438</sup> Joe Jacobs, secretario de la delegación del CPGB en Stepney, defendía la confrontación directa con los fascistas. El periódico nacional del partido reflejó ese enfado citando las palabras de un vecino: «tenemos que darles una bienvenida que les quite las ganas de volver a desfilar por aquí».<sup>439</sup>

Cuando el Ministerio del Interior rechazó la petición del JPC, firmada por más de 100 000 personas, los dirigentes nacionales del CPGB respaldaron la estrategia de movilizarse a favor de una contramanifestación junto al movimiento de exmilitares judíos.<sup>440</sup> Enseguida los siguieron delegaciones locales del ILP,

---

436 Piratin 1978: 19.

437 Morgan *et al.* 2007: 195.

438 Morgan *et al.* 2007: 195.

439 Citado en el *Daily Worker*, 1 de octubre de 1936.

440 Piratin 1978: 22.

que acababa de liberarse de las ataduras del Partido Laborista, y, en su seno, un pequeño grupo de trotskistas.<sup>441</sup> La contramanifestación se organizó con el eslogan «Los fascistas no pasarán», inspirado por la resistencia de Madrid al fascismo en España.<sup>442</sup>

El Partido Laborista, por su parte, tanto a nivel de dirección nacional como local, se negó en redondo a respaldar cualquier plan de contramanifestación. George Lansbury, parlamentario laborista por Poplar, se negó incluso a apoyar la petición en la que se solicitaba la prohibición de la marcha de la BUF e instó a los miembros del Partido Laborista a que se mantuvieran al margen de la manifestación para que pudieran preservarse la paz y el orden.<sup>443</sup> Esto era indicativo de hasta qué punto el racismo amenazaba cada vez más al Partido Laborista. Incapaces de brindar la seguridad material que ansiaba la clase obrera, algunos dirigentes del Partido Laborista, y también algunos líderes sindicales, estaban presionando activamente para que se introdujeran medidas a favor del

control de «extranjeros», argumentando que los judíos perjudicaban el bienestar de los trabajadores británicos. En las publicaciones laboristas y sindicales *Clarion*, *Labour Leader* y *Justice*, se identificaba a los judíos como una amenaza para la supervivencia británica y para la clase obrera.<sup>444</sup>

No obstante, muchos miles de miembros y activistas del Partido Laborista se negaron a seguir esos llamamientos y se sumaron a las personas movilizadas por los grupos judíos y por el CPGB en una manifestación contra la BUF que tuvo lugar el 4 de octubre de 1936. El día en cuestión, decenas de miles de manifestantes antifascistas se congregaron para mostrar su oposición a la BUF. A lo largo del día se sucedieron pequeñas escaramuzas entre ambos grupos. La policía trató de despejar las calles cargando varias veces con porras, pero la manifestación antifascista era demasiado grande. Mosley, reconociendo la futilidad de la situación, canceló la marcha.

El CPGB salió de este episodio con más prestigio y con más afiliados, cuya cifra subió de 7000 en febrero de 1936 a 11 500 en

---

441 Brockway 1942.

442 Piratin 1978: 20.

443 Piratin 1978: 20.

444 Bourke 1994: 200.

diciembre de 1936.<sup>445</sup> Además de la comunidad judía y los miembros de las delegaciones locales del Partido Laborista, también había conseguido movilizar contra el fascismo a una coalición multiétnica nutrida y potente. Sin embargo, los sucesos de Cable Street no parecen muy acordes a su tiempo o, al menos, marcan una encrucijada importante en la historia y la evolución del CPGB. Por un lado, constituyeron —junto con la participación de miembros de las bases del CPGB en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil Española— un momento decisivo en la historia de la acción colectiva a gran escala contra el racismo y el fascismo inspirada por el compromiso con el internacionalismo proletario. Por otro lado, el CPGB evitó volver a liderar acciones colectivas de este tipo a gran escala, lo que indica su sumisión absoluta, cada vez mayor, a las prioridades cambiantes y la realpolitik del Comintern, y sobre todo al Partido Comunista Ruso bajo el liderazgo de Stalin.

Desde mediados de la década de 1930, adoptó la estrategia del Frente Popular, de manera que se vio obligado a nacionalizar su mensaje comunista. El lenguaje de la guerra de clases y del internacionalismo proletario se subsumió en un discurso emergente que hablaba cada vez más de la «nación británica» y del «pueblo británico». En *A Handbook of Freedom* (1939), escritores como Jack Lindsay reivindicaron un «linaje patriota radical de Aelfrico a Gallacher»,<sup>446</sup> dando a entender que el CPGB era el representante actual de los *levellers* y los *ranters*.<sup>447, 448</sup> Como parte de ese intento de darle al comunismo un carácter auténticamente británico, los miembros del partido tuvieron que cambiar de orientación política y crear oportunidades de forjar alianzas con otras fuerzas denominadas progresistas, como los laboristas, para conseguir que el pueblo británico —no la clase obrera— lo-grase lo que le pertenecía por derecho. El corolario de este tipo de reposicionamiento político era la presión para que se llevasen a

---

445 Thorpe 2000: 781, tabla 1.

446 Morgan *et al.* 2007: 187.

447 Véanse, por ejemplo, Hill 1968; Morton 1994.

448 *Levellers*, igualadores, miembros de un movimiento político que existió en Inglaterra durante la guerra civil (s. XVII) y que aspiraba a la igualdad social; *ranters*, grupo religioso surgido en Inglaterra en el s. XVII considerado una secta herética por las autoridades eclesiásticas y que rechazaba la existencia de dichas autoridades [N. de la T.].

cabo formas de protesta contra la amenaza creciente del fascismo en la metrópoli (y fuera) más «respetables» que las acciones colectivas desarrolladas antes, para no ahuyentar a las fuerzas progresistas situadas a la derecha del CPGB.

Aunque mucha gente se acercó al CPGB justamente por su cambio de orientación,<sup>449</sup> sobre todo por su intento de imbricar el proyecto comunista con un patriotismo británico radical, el antiimperialismo y el antirracismo fueron quedando cada vez más relegados. Uno de los miembros de minorías étnicas que llevaban mucho tiempo en el partido, Clemens Dutt —hermano de Rajani Palme Dutt, el principal teórico del partido—, estuvo entre los primeros que plantearon objeciones a este planteamiento, aduciendo que la actividad antiimperialista y antirracista se quedaba, cada vez más, para los comunistas de las minorías y acusando al partido de «chovinismo blanco».<sup>450</sup> De forma similar, en 1934 Saklatvala se quejó de los «comentarios negativos sobre los negros y los asiáticos» que hacían miembros del partido, y de cómo «pasan muchas cosas entre los marineros de color en el East End de Londres [...] y los miembros del Partido y del movimiento de trabajadores desempleados, que viven ahí mismo, no saben nada».<sup>451</sup> El trinitense George Padmore abandonó el Comintern, estalinizado, en 1934, desilusionado porque la liberación colonial —que había sido esencial para lograr el objetivo de la revolución socialista mundial en la época de Lenin— en la práctica ya no podía seguir reclamándose a través de partidos comunistas de orientación nacional dominados por los intereses de la Unión Soviética. Padmore, junto con su amigo de la infancia C. L. R. James e Isaac Wallace Johnson —líder obrero de Sierra Leona—, fundó después, en Londres en 1937, la Oficina de Servicio Africano Internacional, un organismo antiimperialista creado «para contribuir por todos los medios a nuestro alcance a la lucha descoordiada de las personas africanas y de ascendencia africana contra la opresión de la que son objeto en todos los países».<sup>452</sup>

Estas tendencias políticas indicaban, por encima de todo, que el estalinismo estaba extinguiendo la ideología internacio-

---

449 Branson 1997.

450 Morgan *et al.* 2007: 216.

451 Citado en Morgan *et al.* 2007: 216–217.

452 Citado en Adi 1998: 77.

nalista socialista que había prendido la Revolución rusa y que se había unificado al abrigo de la Internacional Comunista en la época de Lenin. Si a esto se suma la derrota simultánea y aplastante sufrida por las fuerzas socialistas y comunistas en Alemania, que presagiaba el dominio brutal de los nacionalsocialistas y la amarga derrota de las fuerzas republicanas en 1939 que puso fin a la Guerra Civil Española y confirmó a Franco como vencedor, el resultado es que la reacción estaba en marcha. La corriente de internacionalismo socialista que había florecido durante un breve periodo durante la década de 1920, en algunos casos se fragmentó y en otros se vio devorada por la insoportable presión de las dos fuerzas centrífugas paralelas del estalinismo y del fascismo; constituyó una derrota para la clase obrera de trascendencia mundial e histórica. Tal vez fuera inevitable que, a «medianoche en el siglo»,<sup>453</sup> se atisbase la silueta de otra guerra mundial en el horizonte.

---

453 Serge 1939/1982.





# 6

## RACISMO: DEL RÉGIMEN DEL BIENESTAR A ENOCH POWELL

*Es cierto que el esfuerzo bélico de 1939–1945 generó mucho más igualitarismo social en Inglaterra que cualquier otro acontecimiento de su historia reciente. [...] Sin embargo —y paradójicamente—, también contuvo la agitación social, con más firmeza que nunca, dentro de una renovada ideología «nacional» de unidad, un sentido común basado en el patriotismo y la regeneración.*

Nairn, T., «Enoch Powell: the new right», p. 16.

*...la actitud de superioridad racial por parte de los trabajadores blancos relega a sus camaradas negros a la cola de la sociedad. Llegado el momento, acaban formando una clase aparte, una infraclase: el subproletariado. Y el denominador común de la opresión capitalista no basta para unirles en torno a un propósito común.*

Sivanandan, A., «The Liberation of the Black Intellectual», p. 339.

### Introducción

Los estudiosos que no tienen en cuenta el factor racial consideran, de forma prácticamente unánime, que durante las dos décadas que siguieron a la II Guerra Mundial se vivió un periodo de progreso sin precedentes de la clase obrera en el que se consiguieron importantes beneficios a través del compromiso bipartidista con el Servicio Nacional de Salud, el pleno empleo y la garantía de derechos sindicales efectivos. Fue la época del capitalismo del bienestar, que, a ojos de marxistas y liberales, constituyó una especie de época dorada que todavía hoy se contrapone como ejemplo positivo a la coyuntura actual, marcada por la preeminencia del neoliberalismo. Sin embargo, quien estudie esta época con una perspectiva antirracista o sensibilizada

con la raza se percatará de que lo que estaba sucediendo era más complejo. Lo más significativo es que para un sector de la clase obrera esos indudables beneficios estuvieron acompañados de un racismo y una discriminación sistemáticos hacia otro sector de la misma clase. La edad de oro del capitalismo del bienestar y del régimen democrático y social también fue la edad de oro de la supremacía blanca, de la discriminación racista a través de las leyes, y una época en la que «cazar» negros y atacar a «pakis» se convirtió en el pasatiempo extraoficial por excelencia de muchos trabajadores blancos.

La semilla del compromiso bipartidista con el régimen del bienestar que nació tras la II Guerra Mundial se sembró durante la propia guerra. Fue entonces, como señala con perspicacia Tom Nairn, cuando la ideología de la unidad nacional, tan característica de esa época posterior de régimen del bienestar, se implantó con más fuerza de la que había tenido hasta entonces, porque los conservadores, dirigidos por Churchill, y los laboristas, con Attlee a la cabeza, se unieron en un Gobierno de unidad nacional que representase a todas las clases sociales para burlar la amenaza del expansionismo alemán nacionalsocialista. Podría decirse que las reformas de calado que aplicó el primer Gobierno laborista con mayoría en 1945 bajo la dirección de Attlee constituyeron la culminación del proceso, gradual pero ininterrumpido, de inclusión de la clase obrera en la nación, instigado por los nuevos modelos de sindicato y por la Ley de reforma de 1867. En este capítulo se analiza hasta qué punto los miembros de la clase obrera participaron de forma activa en el proyecto de reconstruir una identidad nacional cimentada en dos principios: una ciudadanía común y el compromiso con el bienestar.

Hay que destacar que fue en esta época de paz social y unidad nacional sin precedentes cuando comenzó la migración procedente del subcontinente indio y del Caribe. En este capítulo se hará un seguimiento de la respuesta de distintas instituciones y diversos agentes sociales de la sociedad británica, entre ellos el Estado, los partidos políticos y el movimiento obrero organizado. En particular, demostraré que los trabajadores británicos y sus sindicatos adoptaron en esta época prácticas racistas y discriminatorias contra estos trabajadores aduciendo que no eran blancos y, por lo tanto, no eran británicos. La racializa-

ción del nacionalismo británico no era una novedad, como se ha demostrado en capítulos anteriores, pero lo que diferencia a este periodo por encima de todo fue la solidez de la adhesión del Estado, de los empresarios y de los trabajadores a la creencia común en un nacionalismo británico sustentada en la lealtad compartida al hecho de ser blancos.

Posteriormente, plantearé en el texto el grado y el alcance de la oposición a esas formas de racismo durante esta época, sobre todo desde el CPGB. En las décadas de 1920 y 1930, el CPGB había plantado cara al racismo y al imperialismo con argumentos, y en los años cuarenta y cincuenta se había convertido en una formación política mucho más grande y con dos parlamentarios. Sin embargo, nos encontramos con un partido que no era ni la sombra de lo que había sido; situaba su proyecto político en el terreno del nacionalismo británico, de manera que se desactivaba a sí mismo políticamente cuando llegaba el momento de cuestionar el racismo.

A medida que crecieron las demandas de autodeterminación en las colonias británicas, también lo hizo el racismo hacia los migrantes en el Reino Unido. En este capítulo se analizará el crecimiento exponencial, durante finales de la década de 1950 y los años 60, del racismo y la violencia en las calles contra personas negras y asiáticas, acompañados por la introducción de controles de inmigración racistas a cargo del Estado. En la práctica, esos grupos migrantes se convirtieron en la representación en miniatura del conjunto de las poblaciones que acababan de independizarse en las naciones coloniales, y eran objeto de la virulencia y la ira racistas que gran parte de la población británica sentía por la pérdida del Imperio británico. Al calor de estos rescoldos del Imperio británico surgió una nueva derecha y un puntal básico de su programa de reconstrucción del Reino Unido era el racismo. La demostración más clara del racismo de esa nueva derecha la encontramos en su fundador, Enoch Powell. Se analizará minuciosamente su discurso sobre los «ríos de sangre»<sup>454</sup> y se trazarán sus consecuencias políticas.

Con el telón de fondo del racismo blanco campando a sus anchas en todas las clases sociales, las personas de ascenden-

---

454 Heffer 1998.

cia caribeña y asiática tuvieron que combatir el racismo por su cuenta, haciendo uso de los recursos culturales y materiales de sus comunidades. Desde mediados de los años sesenta, una serie de huelgas emprendidas por trabajadores negros y asiáticos contra el racismo y las malas condiciones laborales dio origen a un movimiento antirracista muy potente. En este capítulo se analizarán brevemente las raíces de estos conflictos particulares y cómo esta actividad se configuró a través de la ideología de la negritud política, ideología en la que los activistas negros y asiáticos se apropiaron de la identidad racial negra que les habían adjudicado y le infundieron un nuevo significado ideológico a partir del cual se construyeron las «comunidades de resistencia» negras. En este capítulo, el análisis de los años cincuenta y sesenta desde la óptica de la raza ayuda a desenmascarar la profundidad con la que el racismo estratificó Reino Unido.

#### **«Nunca os había ido tan bien»:**

#### **el racismo en la época de la prosperidad y la unidad nacional**

Aunque el Reino Unido perdió su posición hegemónica en la economía mundial capitalista en favor de EE. UU. cuando terminó la II Guerra Mundial, el crecimiento de la industria ligera y de la fabricación de productos de línea blanca, así como la creación del Servicio Nacional de Salud y de otras industrias de servicios, contribuyó al principio a enmascarar el declive, ya de largo recorrido, del capitalismo británico y de las industrias pesada y textil en particular. Conforme los obreros británicos se retiraban de la industria textil, la escasez de mano de obra se cubría con migrantes. El Gobierno de Attlee concedió el derecho de asentamiento a más de 100 000 miembros de las Fuerzas Armadas de Polonia que llevaban exiliados en el Reino Unido desde el inicio de la II Guerra Mundial. Entre octubre de 1946 y diciembre de 1949, se reclutó en Campos de Personas Desplazadas de Alemania y Austria a otros 80 000 trabajadores, a los que se denominó *European Volunteer Workers (EVW)* [Trabajadores Voluntarios Europeos].<sup>455</sup> A esta cifra hay que sumarle la llegada de entre 70 000 y 100 000 personas de la República de Irlanda<sup>456</sup> y

---

455 Miles y Kay 1990: 1; Kay y Miles 1992.

456 Solomos 2003: 49.

de unos 125 000 antillanos y 55 000 indios y pakistaníes.<sup>457</sup> Además de estos movimientos migratorios más recientes, también estaban las comunidades minoritarias ya asentadas desde hacía tiempo, entre las que destacaban las personas de ascendencia católica irlandesa y judía, y las comunidades más pequeñas de ascendencia africana y asiática.<sup>458</sup>

La llegada de migrantes al principio de la posguerra coincidió con una coyuntura histórica única en la historia del Reino Unido en la que se produjo una integración horizontal inusitada en la comunidad nacional imaginada. A diferencia de lo que transmite la visión socialista convencional,<sup>459</sup> la elección del primer Gobierno laborista por victoria aplastante en julio de 1945 no supuso un alejamiento radical del pasado político del Reino Unido; más bien, representó la cúspide de un proceso gradual pero ininterrumpido de integración de la clase obrera, proceso que había comenzado con el surgimiento de los «nuevos modelos de sindicato» y con el sufragio a los varones respetables de clase obrera en la Inglaterra de mediados de la época victoriana. La semilla de esta última fase de integración nacional se sembró durante el año posterior al estallido de la guerra mundial en 1940, cuando el Gobierno conservador, dirigido por Churchill, invitó al Partido Laborista, comandado por Clement Attlee, a formar un Gobierno de coalición de unidad nacional. Mientras la encarnizada Batalla del Reino Unido arrasaba los cielos de la nación, Winston Churchill y Ernest Bevin —antiguo líder del combativo movimiento de los estibadores y en ese momento ministro de Trabajo— se convirtieron en símbolo de la alianza entre distintas clases sociales en la imaginación de la opinión pública, uniendo a la población en una demostración de unidad sin precedentes en momentos de adversidad y guerra.

Ya en el poder en 1945, el Gobierno laborista introdujo una serie de reformas, entre las que destaca sobre todo la creación de Servicio Nacional de Salud, que intensificaron aún más la adhesión de la clase obrera a la nación, porque ahondaban en la impresión de que a esa clase obrera también le incumbía la nación, una nación por la que habían sacrificado mucho, sobre

---

457 Renton 2006: 14.

458 Fryer 1984; Ramdin 1987; Visram 2002.

459 P. ej., Benn 1982.

todo durante la guerra, y que ahora creían que les prometía un nivel digno de seguridad material. La confirmación de que existía un consenso bipartidista se vio en 1951, cuando el Gobierno conservador entrante, dirigido primero por Churchill y luego por Anthony Eden, mostró su compromiso con los elementos principales del régimen del bienestar. Ese régimen del bienestar consistía en el sostenimiento del Servicio Nacional de Salud y en la provisión de otros bienes sociales importantes, como la prestación que recibían las madres por cada hijo, lo que dio lugar a la famosa afirmación de Harold Macmillan de que a la clase obrera «nunca le había ido tan bien».

Mientras la mayoría de la clase obrera conseguía beneficios importantes en el marco de este régimen bipartidista que les ayudaba a consolidar su posición como ciudadanos activos en la nación, otro grupo —el de los migrantes recién llegados— quedaba excluido de esa idea de nación.<sup>460</sup> Solomos explica que

tuvo lugar un debate sobre inmigración cada vez más racializado, que se centró en los supuestos problemas sociales derivados de albergar a demasiados inmigrantes negros y en cómo se les podía impedir entrar, teniendo en cuenta sus derechos legales en virtud de la Ley de nacionalidad británica de 1948.<sup>461</sup>

Solo dos días después de que el Empire Windrush atracara en Tilbury el 22 de junio de 1948 con 493 migrantes de Jamaica, 11 parlamentarios laboristas enviaron una carta al primer ministro, Clement Attlee, solicitando la restricción de la inmigración de personas negras aduciendo que:

Es probable que la llegada de personas de color que residan aquí altere la armonía, la fuerza y la cohesión de nuestra vida pública y social y genere discordia y desdicha a todas las personas implicadas.<sup>462</sup>

En enero de 1955, Churchill intentó convencer al Gabinete para que se adoptase el eslogan «Keep England White» [Mantengamos Inglaterra blanca]<sup>463</sup> en las siguientes elecciones generales, afirmando categóricamente que la restricción de la migración

---

460 Véase también Rex y Tomlinson 1979.

461 Solomos 2003: 52.

462 Carter *et al.* 1987: 2.

463 Hennessy 2001: 205.

del Caribe era «la cuestión más importante a la que [hacía] frente este país».<sup>464</sup> A mediados de los años cincuenta, tanto los gobiernos laboristas como los conservadores habían «implantado una serie de medidas encubiertas, y a veces ilegales, diseñadas para poner freno a la inmigración negra».<sup>465</sup>

Es llamativo que muchos segmentos de la clase obrera británica no fueran meros espectadores indiferentes a estos debates de la élite, sino que contribuyeran a ellos con sus prácticas y sus actitudes racistas cotidianas. Los migrantes negros y asiáticos se encontraban con una forma de racismo en el entorno laboral que los representaba como una amenaza económica, una fuente de mano de obra «extranjera» barata utilizada por empresarios sin escrúpulos para minar la seguridad económica conseguida con tanto esfuerzo por el trabajador blanco/británico.<sup>466</sup> En palabras del secretario de la división de un sindicato gremial:

Siempre estamos ojo avizor buscando empresarios que intenten usar a trabajadores de color como mano de obra barata en detrimento de sus compatriotas; también estamos pendientes de empresarios que permitan a los trabajadores de color hacer horas extra ilimitadas, contraviniendo los acuerdos locales y nacionales entre empresas federadas y el sindicato.<sup>467</sup>

Otro dirigente sindical se oponía a la contratación de mano de obra migrante argumentando que «muchos trabajadores [...] de verdad consideran que los inmigrantes son un peligro».<sup>468</sup> Centros de trabajo muy importantes, como Ford Dagenham, Vickers, Napiers y Tate & Lyle, aplicaban un «veto de color» acordado conjuntamente por sindicatos y empresarios.<sup>469</sup> La aplicación de prácticas discriminatorias fue particularmente evidente en las industrias del transporte, el textil y la fundición,<sup>470</sup> donde los sindicalistas blancos se resistieron a que se emplease a trabajadores negros o insistieron en un sistema de cuotas que les limitase el acceso a alrededor del 5% de los puestos disponibles.<sup>471</sup> Y cuando

---

464 Citado en Gilmour 1977: 134.

465 Carter *et al.* 1987: 3.

466 Stephens 1956; Pinder 1961; Wright 1968.

467 Citado en Stephens 1956: 18.

468 Pinder 1961: 282.

469 Watson 1996: 154.

470 Duffield 1988.

471 Fryer 1984: 376.

estas prácticas racistas se vieron amenazadas, los trabajadores emprendieron acciones sindicales para defenderlas. En febrero de 1955, en la zona oeste de las Midlands, los empleados de la West Bromwich Corporation Transport iniciaron una serie de huelgas los sábados para protestar contra el empleo de un revisor indio en prácticas. El mismo año, los trabajadores del sector del transporte en Wolverhampton decidieron prohibir todas las horas extra para protestar contra el crecimiento del empleo de mano de obra negra y contra el incumplimiento de la cuota del 5% acordada con los empresarios.<sup>472</sup> Durante esos años, no se aplicaba el principio de «el último en llegar es el primero en salir» en épocas de despidos si eso suponía que trabajadores blancos perdiesen su empleo antes que trabajadores negros;<sup>473</sup> el dirigente de un sindicato general confirmó «que, en caso de que se produjeran despidos, sus miembros insistían en que los trabajadores de color se quedasen fuera antes».<sup>474</sup>

Según una encuesta realizada a mediados de los años cincuenta en 61 delegaciones sindicales, solo cinco de las 22 delegaciones con miembros negros o asiáticos habían aprobado resoluciones a favor de la igualdad de trato.<sup>475</sup> Junto a esa inacción, en la conferencia anual del Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte (TGWU) se aprobaron mociones racistas propuestas por trabajadores blancos del sector del transporte en las que se solicitaba que se prohibiese a las personas negras trabajar en los autobuses, y las divisiones hospitalarias de la Confederación de Empleados de Servicios de Salud (COHSE) aprobaron resoluciones que se oponían a la contratación de personal de enfermería caribeño.<sup>476</sup>

Habría sido lógico esperar que gran parte de la oposición a esas muestras de racismo y división en el movimiento obrero organizado hubiese venido del TUC. Sin embargo, en esa época el TUC y su organismo ejecutivo —el Consejo General— reproducían fielmente las visiones dominantes de los principales sindicatos afiliados, negándose sobre todo a

---

472 Ramdin 1987: 200; Wrench 1987.

473 Wrench 1987: 165.

474 Stephens 1956: 16.

475 Stephens 1956: 18.

476 Wrench 1987.



reconocer que existía una hostilidad considerable hacia los trabajadores negros entre los sindicalistas blancos, y se fue adoptando la postura de que los problemas los generaba la negativa de los inmigrantes a «integrarse».<sup>477</sup>

Por lo tanto, la respuesta de los principales interlocutores institucionales de la sociedad británica —entre ellos el Estado, los partidos políticos y el movimiento obrero organizado— ante la migración de personas negras y asiáticas en esta época fue, en general, funesta. En conjunto, se adoptaron prácticas racistas y discriminatorias contra estos migrantes aduciendo que no eran blancos y, en consecuencia, no eran británicos. Desde luego, la racialización del nacionalismo británico no era una novedad, como se ha demostrado en capítulos anteriores, pero lo que diferencia a esta primera época de la posguerra por encima de todo fue la intensidad con la que el Estado, los empresarios y los trabajadores compartieron la creencia común en un nacionalismo británico sustentada en la lealtad compartida al hecho de ser blancos. Los racismos coloniales determinados por el color de la piel estaban siendo sustituidos por un racismo indígena, en el que

las ideas más rudimentarias, históricamente específicas, de inferioridad y falta de civilización [se] sustituían por sentimientos de diferencia cultural, de «condición de británico», del «hecho de ser blanco». [...] La supremacía colonial y cultural blanca estaba siendo amenazada «en las calles» del Reino Unido tanto como en las antiguas colonias. Como reacción, se definía a la persona negra como «extranjera», una amenaza para «lo británico», una persona que no tenía derecho a estar aquí.<sup>478</sup>

### **El CPGB y la vía británica al socialismo**

¿Siguió el CPGB —que había sido el adversario más constante del racismo y del imperialismo en el Reino Unido en los años veinte y treinta—<sup>479</sup> manteniendo ese rol durante la guerra y en los primeros años de la posguerra? Sin duda, el partido había crecido mucho tras los sucesos de Cable Street, y volvió a crecer de forma más significativa a partir de 1942,<sup>480</sup> cuando

---

477 Miles y Phizacklea 1977: 3.

478 Joshi y Carter 1984: 66.

479 Véase Callaghan 1995.

480 Thorpe 2000.

muchas personas en Occidente consideraron que una alianza con la URSS constituiría el baluarte más importante contra las invasiones, cada vez más amenazantes, de los nacionalsocialistas de Hitler en Europa y más allá de sus límites. Gracias a esa interpretación de la II Guerra Mundial como un conflicto «antifascista», el número de afiliados del CPGB se incrementó hasta los 45 435 en 1945.<sup>481</sup> Hay que reseñar que, además de su sólida presencia en la esfera industrial, también adquirió un modesto perfil a nivel nacional: Willie Gallacher y Phil Piratin — este último se había significado como uno de los líderes de los sucesos de Cable Street, lo que reforzaba el carácter antifascista del CPGB— consiguieron un escaño en el Parlamento en las elecciones generales de 1945.

Al mismo tiempo, el empeño del CPGB en situar su proyecto socialista en el terreno de la nación le generaba dificultades cuando tenía que cuestionar realmente el racismo contra los trabajadores asiáticos y negros. La perspectiva del Frente Popular que inspiraba esta estrategia de nacionalismo socialista se promovió a mediados de los años treinta y se consolidó aún más cuando la Unión Soviética se sumó a la guerra en 1941 en el bando de los aliados. Una actividad típica derivada de esta perspectiva era la participación del CPGB en comités anglosoviéticos. Una pareja comunista reflejó con aprobación cómo se encontraban

dirigiéndose a públicos muy nutridos e influyentes para hablar de los logros de la Unión Soviética. El ilustre alcalde preside el evento, los líderes de la sociedad local están en el estrado, donde sobre el espléndido piano, que se usa para acompañar a *Dios salve al Rey* y a la *Internacional*, se han colocado, de manera profética, la bandera del Reino Unido y la bandera roja, alegremente entrelazadas.<sup>482</sup>

Este tipo de actividades hizo que muchos miembros del CPGB albergaran la esperanza de que la búsqueda del socialismo pudiera encajarse en el Estado nación británico ya existente. Estas tendencias se consolidaron aún más en la posguerra, cuando el CPGB proclamó abiertamente su capacidad de «gestionar» el Estado británico con más eficiencia y efectividad que los diri-

---

481 Fishman 1995: 116.

482 Branson 1997: 5.

gentes políticos que lo dirigían entonces. El Partido reconoció formalmente la naturaleza de los cambios estratégicos que se estaban produciendo en su manifiesto de 1951, *The British Road to Socialism*:

El Partido Comunista declara que los líderes de los partidos Tory, Liberal y Laborista, así como sus portavoces en la prensa y en la BBC, están traicionando los intereses del Reino Unido en favor del imperialismo del dólar. Hacemos un llamamiento a la unidad de todos los verdaderos patriotas para defender los intereses nacionales del Reino Unido y su independencia.<sup>483</sup>

Después, en el manifiesto se tranquilizaba a quienes aún dudaban de la lealtad del CPGB al Estado británico confirmando su rechazo del modelo bolchevique de poder soviético y se situaba la lucha del CPGB por el socialismo en un nuevo marco, identificándola como el capítulo más reciente de la larga lucha de los pueblos británicos por la democracia iniciada durante la Guerra Civil Inglesa:

Los enemigos del comunismo acusan al Partido Comunista de intentar introducir el poder soviético en el Reino Unido y abolir el Parlamento. Es una distorsión calumniosa de nuestras políticas. [...] Los comunistas británicos declaramos que el pueblo del Reino Unido puede transformar la democracia capitalista en una auténtica democracia del pueblo.<sup>484</sup>

El objetivo del CPGB era convertir el Parlamento, producto de la lucha histórica del Reino Unido a favor de la democracia, en un instrumento democrático de la voluntad de la gran mayoría de su pueblo. Sin embargo, el peligro de vincular su proyecto socialista al nacionalismo británico radicaba en que, en la imaginación popular, ese nacionalismo había sufrido un intenso proceso de racialización desde mediados de la época victoriana. Además, la creciente adhesión del CPGB a esta perspectiva coincidió con el momento en el que muchos trabajadores británicos blancos estaban excluyendo a trabajadores negros y asiáticos de áreas de empleo clave aduciendo que eran «extranjeros», no blancos, y que, por lo tanto, no se los podía considerar británicos. Como consecuencia de ello, cuando llegó el momento

---

483 *The British Road to Socialism* 1951: 10.

484 Citado en Branson 1997: 236.

de cuestionar ese racismo, el CPGB se encontró en un aprieto que él mismo había creado al situar su proyecto socialista en el mismo territorio ideológico de la nación y del «pueblo británico» que las personas racistas.<sup>485</sup> Cuestionar los supuestos inherentes al racismo contra los trabajadores negros y asiáticos habría implicado poner al descubierto su relación con el nacionalismo británico, cosa que a su vez habría debilitado la lógica de la perspectiva del propio CPGB sobre la consecución del socialismo en el Reino Unido.

Sin poder recurrir al repertorio de educación política y acción colectiva conformado por el lenguaje del internacionalismo proletario por miedo a que entrase en conflicto con su compromiso con una ideología más «respetable» que permitiera fraguar «alianzas democráticas amplias», el CPGB se encontró con su incapacidad para contrarrestar de forma efectiva el racismo en alza de segmentos de la clase obrera blanca al que tenían que hacer frente los trabajadores negros y asiáticos. Además, su interpretación básica de este racismo como una forma de prejuicio de base histórica con orígenes en la opresión colonial y en el imperialismo ignoraba las condiciones para que se siguiera reproduciendo en el Reino Unido. Del mismo modo, «servía para intensificar la ‘condición de extranjeros’ de los trabajadores inmigrantes»<sup>486</sup> y para confirmar, a ojos de muchas personas, que de verdad no les correspondía un lugar en el Reino Unido. Al vincular la eliminación del racismo a un «programa de libertad colonial a largo plazo»,<sup>487</sup> lo único que podía ofrecer el CPGB entre tanto eran tópicos morales, fundamentando su objeción al racismo y a los «vetos de color» en argumentos abstractos sobre la unidad intrínseca de la raza humana.

Sin embargo, muchos trabajadores negros y asiáticos, así como los procedentes de las colonias, siguieron afiliándose al CPGB durante los años cincuenta, atraídos por su continua oposición al imperialismo occidental en África, Asia y Latinoamérica y para buscar un refugio frente a la hostilidad racista con la que se encontraban en los demás estamentos de la sociedad británi-

---

485 Véase también Callaghan 2003.

486 Smith 2008: 457–458.

487 Smith 2008: 458)

ca.<sup>488</sup> Y algunos activistas pertenecientes a minorías en el seno del CPGB, como Ranji Chandisingh y Claudia Jones, tomaron la iniciativa para llamar la atención sobre la difícil situación que vivían las minorías racializadas en el Reino Unido. Jones fue determinante, junto con otros integrantes de la Asociación de Estudiantes y Trabajadores Antillanos, para que se fundase el *West Indian Gazette* (WIG) en 1958,<sup>489</sup> e hizo campaña sin descanso a favor de la igualdad en educación, empleo y vivienda durante los años cincuenta y a principios de los sesenta.<sup>490</sup> Otros grupos minoritarios también se vieron atraídos a la órbita del CPGB por su estructura cada vez más federalista, en la que destacaban las divisiones con organización autónoma de Chipre y la India.<sup>491</sup>

Sin embargo, al margen de las importantes contribuciones de personas pertenecientes a minorías, como Jones, en el CPGB y de cierto trabajo educativo emprendido para resaltar los efectos debilitantes del racismo en la solidaridad de la clase obrera,<sup>492</sup> no hay apenas indicios de que el CPGB coordinase ninguna campaña estable contra el racismo. En vista de ello, muchos activistas como Trevor Carter y Frank Bailey acabaron siguiendo a George Padmore y abandonaron el CPGB; Bailey proclamó, con actitud desafiante, que «[ningún sector del] movimiento obrero británico, ni de la derecha ni de la izquierda, había hecho nunca nada por el movimiento de liberación colonial».<sup>493</sup>

Otro factor que sin duda explica la inactividad del CPGB frente al racismo, sobre todo en el entorno laboral, era que, pese a su sólida presencia en industrias clave como la ingeniería, la explotación de las minas de carbón y los astilleros,<sup>494</sup> su influencia no llegaba a los centros de trabajo en los que se encontraban los trabajadores negros y asiáticos. En su favor, en las pocas plantas que eran «un bastión de la organización en la industria del Partido Comunista», como la fábrica de componentes aeronáuticos de Swift Scale en el norte de Londres, se eligió como enlaces sin-

---

488 Adi 1998.

489 Sherwood 1999: 126.

490 Sherwood 1999: 89–124; Morgan et al. 2007: 202–204.

491 Morgan et al. 2007: 202–204.

492 Véase Pinder 1961.

493 Citado en Morgan et al. 2007: 203.

494 Véase Fishman 1995.

dicales a trabajadores negros sin que haya datos de oposición racista.<sup>495</sup>

En términos generales, no obstante, todos estos acontecimientos hicieron que los trabajadores negros y asiáticos que llegaron al Reino Unido en los años cuarenta y cincuenta se encontrasen con que «no existía un marco ideológico y político progresista, antirracista, que permitiera a la clase obrera ‘dar sentido’ a la presencia de personas negras en el Reino Unido».<sup>496</sup>

### **La descolonización, la «caza» de negros y el racismo de Estado**

A medida que se intensificaron los conflictos por la autodeterminación nacional en el Imperio británico durante los años cincuenta, se echó más leña al fuego de la creciente reacción racista en el propio Reino Unido. Los conservadores, dirigidos primero por Churchill y luego por Eden, habían llegado al poder sin querer renunciar a las colonias británicas, porque las consideraban cruciales para mantener la posición dominante del Reino Unido en el orden mundial posbélico. Al mismo tiempo, las limitaciones del alcance del Imperio británico en declive quedaron estrepitosamente expuestas por su aparente incapacidad de reprimir los movimientos a favor de la independencia nacional en Kenia y la Federación Malaya, entre otros lugares. El momento más bajo para los partidarios del Imperio llegó en 1956, cuando el nacionalista radical egipcio Gamal Abdel Nasser nacionalizó de forma unilateral el canal de Suez. Habiendo perdido ya la India, el canal se consideraba crucial para mantener la posición preponderante del Reino Unido en Oriente Medio y en Asia. Cuando Reino Unido, junto con Francia, actuó en connivencia con Israel para orquestar un ataque a Egipto y recuperar el canal, el Gobierno estadounidense se negó a apoyar la invasión. La intervención de la ONU y la presión de EE. UU. forzaron la humillante retirada de las fuerzas británicas y aceleraron la dimisión de Eden en 1957. Este episodio tuvo un efecto devastador en la confianza nacional británica y seguramente fue la señal simbólica que

---

495 Watson 1996: 155.

496 Joshi y Carter 1984: 55.

marcó el principio del fin del Imperio británico; mucha gente lo denomina el «Waterloo británico».<sup>497</sup>

En el propio Reino Unido, la reacción a ese sobreesfuerzo imperial añadió más ingredientes al cóctel ya tóxico de sentimientos racistas y discriminación contra los migrantes negros y asiáticos. Incapaces de impedir la pérdida del Imperio a manos de las «hordas oscuras» de África y Asia, estos «leales al Imperio» se dedicaron a proyectar su racismo en las personas migrantes no blancas que ya se encontraban en suelo británico y que, en la práctica, se convirtieron en una especie de vicarios receptores de la ira y la violencia que se quería infligir a sus supuestos hermanos de las colonias. De acuerdo con la lógica racista de este sector de la población, esa mano de obra migrante se convirtió en el recordatorio indeseado del Imperio perdido, en representantes de los pueblos de fuera que no querían tener nada que ver con el Imperio británico. Y, en la cabeza de los leales al Imperio, esto hacía emerger una pregunta: «¿qué están haciendo aquí, en el Reino Unido?» El Reino Unido de finales de los años cincuenta estaba siendo testigo de la «reposición en escena del encuentro colonial», pero esta vez en casa y con los migrantes de piel negra y oscura residentes en el Reino Unido en el punto de mira de una oleada de reacciones racistas sin precedentes.<sup>498</sup> Los requisitos funcionales y políticos del racismo estaban cambiando: ya no se pretendía lograr y legitimar la discriminación de personas negras y asiáticas, sino conseguir que las expulsaran.

Durante el verano de 1958 se produjeron disturbios racistas en Nottingham (al este de las Midlands) y en Notting Hill (en la parte oeste de Londres). Durante varias noches consecutivas, miles de personas blancas salieron a las calles de St. Anns, en Nottingham, buscando personas negras para atacarlas. En Notting Hill, multitudes de jóvenes blancos de clase obrera salieron a «cazar» negros armados con barras de hierro, cuchillos de carnicero y cinturones de cuero lastrados, al grito de «mantengamos Reino Unido blanco». Atacaron casas de personas antillanas, entrando por la fuerza y agrediendo a cualquier persona negra que encontrasen. La primera noche de violencia racista acabó con

---

497 Brown 1998: 343.

498 Schwarz 1996.

cinco hombres negros inconscientes, tirados en la acera. Agentes de policía que fueron testigos presenciales de estos delitos contaban que habían visto turbas de «300 o 400 personas blancas» en Bramley Road gritando «¡Nos vamos a cargar a todos esos cabrones negros! ¿Por qué no los mandáis a su casa?». Otro narraba que se habían dirigido a él diciéndole «métete en tus asuntos, madero. Mantente al margen. Vamos a resolver esto de los negros a nuestra manera. Nos los vamos a cargar».<sup>499</sup> Schwarz esboza cómo

de entre las ruinas de los imperios coloniales de todo el mundo emergió, entre la propia población blanca, una conciencia recargada, intensificada, de la propia identidad, de su presencia existencial como personas blancas. En la misma época de la descolonización y los derechos civiles, en medio de toda la retórica de familias de naciones, colaboración e igualdad ante la ley, el hombre blanco volvía a darse a luz a sí mismo una vez más.<sup>500</sup>

Esa «identidad blanca» no era un término inocuo, autodescriptivo; se trataba de una idea que se había acuñado fundamentalmente por contraposición a los avances políticos que estaban obligando a la clase dirigente a dar pasos hacia la renuncia a su Imperio, y que más tarde reconocería formalmente Macmillan en su discurso de 1960 en Sudáfrica sobre «vientos de cambio».<sup>501</sup> El objetivo de esa conciencia racista era garantizar el futuro del Reino Unido como nación, solo para personas blancas. Por eso, esta creciente oleada de reacciones racistas tenía que ver fundamentalmente con «cómo repercutió el fin del Imperio en la vida inglesa».<sup>502</sup>

Las consecuencias de esta movilización decisiva en torno a una identidad blanca acabaron resultando catastróficas para las minorías racializadas, porque marcaron el renacimiento del fascismo interno. En los sucesos racistas de Notting Hill y de otros lugares habían jugado un papel fundamental los fascistas del Movimiento de la Unión y de la Liga de Defensa Blanca, que gracias a su participación en estos disturbios habían comenzado

---

499 Citado en Alan Travis, *The Guardian*, 24 de agosto de 2002 [última visita: 9 de mayo de 2009]; véase también Schwarz 1996.

500 Schwarz 1996: 65.

501 Schwarz 1996; Brown 1998.

502 Schwarz 1996: 65.



a captar a un público de clase obrera, escaso pero ruidoso, atraído por su ideología supremacista blanca. También adquirió cada vez más presencia la Liga de los Leales al Imperio, una organización fundada por A. K. Chesterton en 1954 e integrada por «militares retirados, administradores de las antiguas colonias, católicos anticomunistas y antisemitas, sectores conservadores distanciados de sus líderes oficiales y señoras de clase media-alta muy activas».<sup>503</sup> Además, algunos parlamentarios de derechas vociferantes, que mantenían sólidos vínculos con el orden colonial racista, formaron el Club de los Lunes en respuesta al discurso de Macmillan sobre los «vientos de cambio».<sup>504</sup>

En la década posterior a la migración masiva desde el Caribe y el subcontinente indio, y sin que hubiera ni rastro de oposición organizada a un racismo orquestado como descrito, el equilibrio de las fuerzas políticas se inclinó con contundencia. Se produjo un distanciamiento de los elementos de la clase capitalista británica cuyas industrias habían vuelto a la vida competitiva gracias al uso de mano de obra migrante barata y explotada, y también de los sectores de la élite política que no querían ofender a los países recién independizados de la nueva Commonwealth. Ese distanciamiento se tradujo a su vez en una aproximación a los elementos que favorecerían una regulación y un control mayores de la migración no blanca al Reino Unido. Los conservadores, dirigidos por Macmillan, reaccionaron presentando la Ley de inmigración de la Commonwealth en 1962, aduciendo que era necesario poner freno a la inmigración negra porque el país receptor tenía una capacidad limitada para asimilar «inmigrantes de color».<sup>505</sup> Aunque desmintieron que la ley propuesta fuera racista, William Deedes, ministro sin cartera en ese momento, admitió muchos años después que el auténtico objetivo del proyecto de ley había sido

restringir la entrada de inmigrantes de color. No queríamos decirlo abiertamente. Así que las restricciones se aplicaron a ciudadanos de color y blancos de todos los países de la Commonwealth, aunque todo el mundo

---

503 Thurlow citado en Hillman 2001: 9.

504 Schwarz 1996: 72–73.

505 Solomos 2003: 57–58.

admitía que la inmigración de Canadá, Australia y Nueva Zelanda no era un problema.<sup>506</sup>

El Partido Laborista se opuso a la nueva ley mientras estuvo en la oposición, argumentando que perjudicaría a la relación comercial privilegiada del Reino Unido con la Commonwealth y a su posición de *primus inter pares* en ese marco.<sup>507</sup> Una representante de esa oposición fue Barbara Castle, que adujo con vehemencia:

no me importa si mi oposición a este proyecto Ley de inmigración de la Commonwealth me hace perder el escaño, porque de lo que estoy segura es de que hará que el país pierda la Commonwealth.<sup>508</sup>

Sin embargo, cuando llegó el momento de disputarse las elecciones generales de 1964, el Partido Laborista se movió con rapidez para asegurar a la opinión pública su intención de mantener la Ley de inmigración de 1962. Aunque el compromiso del bipartidismo con los controles de inmigración racistas se confirmó, cuando el Partido Laborista por fin volvió al poder en octubre de 1964, decidió cumplir la promesa recogida en su manifiesto electoral *The New Britain* (1964) de «legislar frente a la discriminación racial y a la instigación de esa discriminación en lugares públicos» aprobando la primera Ley de relaciones raciales en 1965. Parlamentarios de izquierdas como Fenner Brockway influyeron en el Gobierno laborista para que introdujera esta Ley,<sup>509</sup> al igual que lo hizo la campaña de boicot dirigida por el Consejo de Desarrollo Antillano en 1963 contra la Bristol Omnibus Company cuando esta empresa se negó a emplear personal negro o asiático en sus autobuses.<sup>510</sup>

Es posible que el factor más determinante en la decisión del Gobierno laborista fuera la necesidad de proteger los intereses nacionales del Reino Unido en el extranjero y, en particular, su productiva relación comercial con los países de la Commonwealth. La consecuencia práctica de la Ley fue la ilegalización de la discriminación en lugares públicos como hoteles

---

506 Citado en Solomos 2003: 56.

507 Solomos 2003: 54.

508 Citada en Foot 1965a: 11.

509 Véase Sooben 1990.

510 Dresser 1986.

y restaurantes; también se crearon la Junta de Relaciones Raciales y el Comité Nacional de Inmigración de la Commonwealth (NCCI). Este enfoque dual de apoyo a los controles de inmigración racistas, por un lado, y compromiso con la igualdad racial para las personas negras y asiáticas que ya residían legalmente en el Reino Unido, por el otro, lo resumió hábilmente Roy Hattersley (antiguo ministro del Interior) en esta sucinta declaración: «la integración sin control es imposible, pero el control sin integración es indefendible».<sup>511</sup>

Para el ala derecha del Partido Conservador y para un gran porcentaje de su base de activistas y votantes, incluso una concesión relativamente menor al fomento de la igualdad racial como la Ley de relaciones raciales de 1965 era intolerable. Desde su punto de vista, entre la elección del Gobierno de Attlee en 1945 y el Gobierno de Wilson en octubre de 1964, Reino Unido había perdido su Imperio: la cantidad de personas bajo el dominio británico fuera del Reino Unido había caído de 700 millones a 5 millones (de las cuales 3 millones se encontraban solo en Hong Kong<sup>512</sup>). A ojos de la derecha política —incluido el contingente de la extrema derecha, pequeño pero en alza—, ya se les había obligado a ceder el Imperio que había contribuido a mantener la posición del Reino Unido como potencia hegemónica del sistema-mundo moderno; ahora consideraban que se les estaba pidiendo que aceptasen que los migrantes de las colonias de Asia y del Caribe tuvieran su mismo estatus en el Reino Unido, tanto en las leyes como en la práctica; a efectos prácticos, esto suponía que se reconociese a esos migrantes como ciudadanos británicos de piel negra y de piel oscura. Estos sectores influyentes de las élites de la sociedad consideraban que ese escenario era inaceptable y siguieron cuestionando la legitimidad de los grupos de migrantes negros y asiáticos que habían llegado Reino Unido y se habían establecido allí legalmente entre 1948 y 1962. En su opinión y en la de gran parte de la opinión pública británica, para ser británico había que ser blanco; al fin y al cabo, esa idea había sido la piedra angular del nacionalismo británico en la época del imperialismo. Por lo tanto, durante los años del Gobierno de

---

511 Citado en Solomos 1993: 84.

512 Brown 1998: 330.

Wilson, el debate político nacional siguió refractándose a través del prisma del racismo.

Los primeros signos de la solidez del apoyo a la derecha política en la cuestión del racismo aparecieron en las elecciones generales de 1964, en las que John Bean, candidato del Partido Nacional Británico, de extrema derecha, logró el 9,1% de los votos en Southall (una zona con mucha población india sij), lo que constituyó el porcentaje de voto más elevado de un partido minoritario tras la guerra. En la campaña de las mismas elecciones generales, en Smethwick, una pequeña ciudad industrial de cerca de Birmingham, el candidato del Partido Conservador, Peter Griffiths, había apoyado públicamente uno de los eslóganes racistas que circulaban por la ciudad en aquel entonces: «*If you want a nigger neighbour, vote Labour*» [«Si quieres un vecino negro, vota a los laboristas»].<sup>513</sup> Y el racismo le funcionó, porque consiguió arrebatar su escaño al laborista que lo ocupaba, Patrick Gordon-Walker.

En estas circunstancias cada vez más adversas, el NCCI y la Junta de Relaciones Raciales que se acababan de crear encargaron un estudio al instituto de investigación liberal Planificación Económica y Política (PEP) —Precursor del Instituto de Estudios de Políticas (PSI)— para delimitar el alcance y la naturaleza de la discriminación racista en el Reino Unido.<sup>514</sup> Fue uno de los primeros estudios de este tipo que se hicieron en Europa, en el que Daniel averiguó que, si bien la población de un millón de migrantes caribeños, indios y pakistaníes procedía de diversas clases sociales en sus países de origen, habían sufrido un intenso proceso de proletarización al llegar al Reino Unido. El 71% de los trabajadores agrícolas y campesinos se habían transformado en clase obrera de la industria manufacturera. Si bien era difícil inferir que este estrato de la población migrante hubiera descendido en la escala social, resultaba más sencillo sacar esa conclusión en el caso de las personas que habían ejercido trabajos administrativos o de oficina antes de emigrar; el 72% de las personas de este último grupo se habían visto obligadas a trabajar en la industria manufacturera.<sup>515</sup> La demostración de

---

513 Citado en Solomos y Back 1995: 54.

514 Daniel 1968.

515 Daniel 1968: 60.

este proceso de proletarización sin diferenciaciones de los trabajadores migrantes, independientemente de sus distintas clases de origen, se consolidó aún más con el hallazgo de que:

La mitad de las personas que antes tenían puestos de oficina, administrativos o especializados trabajan ahora como obreros manuales sin ninguna cualificación, sobre todo como peones o limpiadores en fábricas. El 90% de esas personas desempeñan un trabajo manual de uno u otro tipo. Solo el 7% siguen teniendo empleos administrativos o de oficina del tipo que sea, y no se puede asegurar que tengan un nivel equivalente al de su empleo anterior o correspondiente a su cualificación y a sus capacidades.<sup>516</sup>

Daniel procedió a determinar las causas de esa proletarización haciendo un estudio con empresarios y personal de diversas agencias de empleo. Concluyó que «un porcentaje muy relevante de personas de color aseguran haber sufrido discriminación; [...] sus reivindicaciones están muy justificadas y [...] son las personas con más capacidad [es decir, los trabajadores de empleos no físicos] quienes sufren más discriminación».<sup>517</sup> Con este estudio pionero se demostró de forma concluyente que en el Reino Unido de los años sesenta la discriminación racista existía «tanto en términos cuantitativos como de relevancia»,<sup>518</sup> y que se aplicaba un veto de color no oficial que, aunque «encubierto y de apariencia más inofensiva que el que [imperaba] en otras sociedades con estatus legales diferentes para personas con distinto color de piel, [...] [surtía] efecto, no obstante, y quizás por ello [resultaba] aún más preocupante».<sup>519</sup>

En definitiva, la consecuencia de casi dos décadas de comportamientos discriminatorios racistas continuados era que los trabajadores migrantes negros y asiáticos y sus descendientes, británicos de nacimiento, habían terminado ocupando una posición distintiva en las relaciones de clase: eran la fracción racializada de la clase obrera.<sup>520</sup> En el Reino Unido de finales de los sesenta, había dos clases obreras, una blanca y otra negra, que se habían constituido política e históricamente contraponiéndose la una a la otra.

---

516 Daniel 1968: 61.

517 Daniel 1968: 82.

518 Daniel 1968: 209.

519 Daniel 1968: 217.

520 Phizacklea y Miles 1980; Miles 1982.

Ante estos datos tan rotundos sobre la profundidad y el alcance de la discriminación racista en el Reino Unido, el Gobierno laborista tuvo que admitir que las atribuciones de la Junta de Relaciones Raciales eran demasiado limitadas y admitió la aprobación de una Ley de relaciones raciales más exhaustiva, que ilegalizaba negar la vivienda, el empleo o los servicios públicos a las personas por su origen «racial». Con la Ley también se ampliaron las competencias de la Junta de Relaciones Raciales para ocuparse de las quejas de discriminación y se creó un nuevo organismo, la Comisión de Relaciones Comunitarias, para fomentar la «armonía en las relaciones comunitarias».

La derecha política reaccionó con indignación a estas propuestas e hizo una campaña estridente en su contra. Cuando estalló el caso de los asiáticos kenianos a finales de 1967, percibieron una oportunidad política. Los planes de Kenyatta para africanizar la sociedad keniana habían supuesto que 200 000 asiáticos kenianos —trabajadores a los que se había llevado al país para que ayudasen a construir la línea ferroviaria de Mombasa al interior— perdieran el derecho al voto. Durante finales de 1967 y principios de 1968, la derecha hizo campaña en contra de la posibilidad de que se permitiese a esos 200 000 asiáticos entrar en el Reino Unido. El Partido Laborista, que ya había aceptado los principios filosóficos básicos en los que se apoyaban los controles de inmigración racistas al negarse a revocar la Ley de inmigración de la Commonwealth de 1962, carecía de argumentos morales ni teóricos para resistirse a estas demandas y acabó cediendo. En tres meses, James Callaghan, el entonces ministro del Interior, presentó legislación de urgencia para poner fin a la libertad de entrada de asiáticos —pero no de colonos blancos— procedentes del este de África. *The Times* llamó a esta legislación «veto de color» y la calificó como «seguramente la medida más bochornosa que se haya invitado a apoyar a los miembros del Partido Laborista a instancias del jefe de su grupo parlamentario».<sup>521</sup>

Sin embargo, para muchas personas de la población en general —el ala derecha del Partido Conservador y también quienes se situaban aún más a su derecha—, esas concesiones nunca iban a ser suficientes. De hecho, aspiraban ni más ni menos que a

---

521 Citado en Solomos 2003: 60.

recrear un Reino Unido completamente blanco. En esta coyuntura de alto voltaje político, caracterizada por la supuesta amenaza de la continua inmigración «no blanca» y por los intentos de fomentar la igualdad racial en nombre de los ciudadanos negros y de piel oscura que ya residían en el Reino Unido, Enoch Powell —que, como ministro de Sanidad tory en los años cincuenta había recibido calurosamente en el Reino Unido al personal de enfermería caribeño y a los médicos indios—<sup>522</sup> decidió pronunciar un discurso incendiario que no solo tendría eco en la política británica durante la década posterior, sino que también marcó el fin efectivo de la era del bipartidismo construido en torno al régimen del bienestar.

### **Enoch Powell, las huelgas racistas y la inacción socialista**

El sábado 20 de abril de 1968, Enoch Powell, parlamentario por la circunscripción del sudeste de Wolverhampton y portavoz de la oposición en materia de defensa bajo la dirección de Heath, líder de la oposición, pronunció un discurso ante un público de 85 miembros del Partido Conservador en una sala de reuniones del segundo piso del hotel Midland en Birmingham. Comenzó narrando una conversación que había tenido con un varón de mediana edad de su circunscripción, que le había dicho que no descansaría hasta que viese a sus tres hijos viviendo fuera, porque le daba miedo que «en este país, en 15 o 20 años el hombre negro llevará la voz cantante por encima del hombre blanco».<sup>523</sup> Aprovechando esta anécdota emotiva para destacar los peligros de la migración de personas no blancas al Reino Unido, aseguó: «sencillamente no tengo derecho a encogerme de hombros y pensar en otra cosa» cuando en algunas zonas «ya se está produciendo una transformación total sin parangón en 1000 años de historia de Inglaterra».<sup>524</sup>

Como nación, debemos de estar locos, literalmente locos, para permitir la entrada anual de unas 50 000 personas dependientes que, en su mayoría, constituyen el material del futuro crecimiento de la población de

---

522 Kyriakides y Virdee 2003.

523 Citado en Heffer 1998: 451.

524 Citado en Heffer 1998: 451.

ascendencia inmigrante. Es como ver a una nación ocupándose afanosamente de apilar su propia pira funeraria.<sup>525</sup>

Según Powell, esta migración, junto con los intentos recientes del Gobierno laborista de poner freno al racismo mediante la introducción de legislación contra la discriminación, estaba reconociendo formalmente, *de facto*, la existencia de ciudadanos británicos de piel negra y de piel oscura, o lo que él prefería denominar «población de ascendencia inmigrante», y reconocía también su derecho a esperar la igualdad de trato conforme a la legislación británica. Para Powell, antiguo archiimperialista, esto supondría en la práctica que se disolviese la asociación, de casi un siglo de antigüedad, entre la condición de británico y el hecho de ser blanco que tan satisfactoria había resultado para cimentar la unidad de las distintas clases sociales en favor de las ambiciones imperialistas del Estado en el exterior y del mantenimiento de la hegemonía en el interior.

Así pues, justo en el momento en el que la ideología del nacionalismo racializador estaba perdiendo algo de su fuerza entre elementos clave de la clase política, sobre todo en el Partido Laborista y entre los *tories* que abogaban por el conservadurismo basado en la idea de una sola nación unida, Powell y lo que acabaría conociéndose como la nueva derecha<sup>526</sup> trataron de resucitar ese nacionalismo movilizándolo estratégicamente a los segmentos de la población británica más entusiasmados con esa idea. Así, Powell argumentaba que las verdaderas víctimas no eran las personas negras y asiáticas, sino las blancas: «la discriminación y las privaciones, la sensación de alarma y de resentimiento, no se encuentran del lado de la población inmigrante, sino que recaen en las personas que reciben a esa población que ha llegado y sigue llegando». Declaró también que eran los blancos quienes se sentían como «extraños en su propio país [...]; sus mujeres no consiguen cama en los hospitales para dar a luz, no encuentran plaza para sus hijos en la escuela, sus casas y sus barrios han cambiado tanto que ya no los reconocen, sus planes y sus perspectivas de futuro quedan frustrados».<sup>527</sup>

---

525 Citado en Heffer 1998: 451.

526 Hall 1983.

527 Citado en Heffer 1998: 452.



La lógica en la que se apoyaba esta forma de racismo, sin embargo, ya no se había diseñado para unir a la nación con el objetivo de recuperar su Imperio perdido. Powell tenía la suficiente astucia política para darse cuenta de que el Imperio se había perdido para siempre. La intención de esta nueva forma de racismo era eliminar todo recuerdo del Imperio del relato nacional británico, redefinir «la identidad nacional [británica] en términos adecuados a los tiempos y, sobre todo, adecuados al final del Imperio».<sup>528</sup> Era la única forma de que el Reino Unido saliese del estupor en el que había caído como consecuencia de los vientos de cambio que había desencadenado la descolonización. Por eso Powell centró su cólera racista en las comunidades asentadas de migrantes del sur de Asia y del Caribe y en sus descendientes, británicos de nacimiento. Ellos —tanto en su mente como en la de su público— eran la encarnación viviente del Imperio que se había perdido, el doloroso recordatorio diario de su derrota en la escena mundial. El renacimiento de Inglaterra se supeditó a su expulsión o más bien a lo que Powell denominó su «reemigración» a los países de origen de sus antepasados. Powell ofrecía una reconcepción muy potente de la nación inglesa tras el Imperio, recordando a su público que era una nación solo para blancos. En ese momento histórico, el racismo seguro de sí mismo, tónica en el punto álgido del Imperio, se transformó en un racismo defensivo, un racismo de los vencidos que ya no querían dominar; lo que querían era expulsar físicamente a los parias racializados del espacio común que ocupaban para así borrarlos a ellos y al Imperio de su memoria colectiva.

Esta nueva forma de racismo era un racismo poscolonial, evocado por antiguos archiimperialistas que, furiosos por la pérdida del Imperio, decidieron centrar sus energías en salvar a la nación tal y como la imaginaban. En opinión de Powell, existía

una diferencia profunda, providencial, entre nuestro Imperio y los demás: que la condición de nación de la patria permaneció inalterada durante todo el Imperio, casi sin ser consciente de la extraña estructura fantástica que se había construido en torno a ella. [...] Inglaterra no sufrió ningún cambio orgánico como dueña y señora del Imperio mundial. La continuidad de su existencia se mantuvo ininterrumpida. [...] Así pues,

---

528 Nairn 1970: 5.

nuestra generación es como la que vuelve a casa después de vagar por tierras lejanas durante años. Descubrimos afinidades con generaciones anteriores de ingleses para los que este es el único país que consideran propio. [...] Nos encontramos, una vez más, muy cercanos a los ingleses antiguos. [...] Nos contemplan desde sus imágenes en latón y piedra, desde su contorno y su efigie, y les miramos a los ojos como si pudiéramos encontrar respuesta en su inescrutable silencio.<sup>529</sup>

Era una reconcepción muy potente de la nación que pretendía resucitar lo que antes había sido un consenso incuestionable en torno a la relación entre la pertenencia a la nación británica y la piel blanca y frente a los asentamientos de personas no blancas en esa época. Se había perdido el Imperio, pero aún conservaban su nación. Además, esta idea de nación sentaba las bases de un racismo estrecho de miras y defensivo, que no nacía de la confianza ni de la sensación de seguridad, sino de la ansiedad y del repliegue político. No es ninguna coincidencia que Powell decidiera pronunciar este discurso solo 16 días después del asesinato del líder estadounidense de los derechos civiles Martin Luther King y en medio del ambiente de malestar y disturbios que se desencadenó en la mayoría de las ciudades estadounidenses. En el discurso subyacía una advertencia a la clase política británica: si no actuaba y repatriaba a las personas no blancas, también tendría que hacer frente al peligro a largo plazo que implicaban disturbios urbanos como los vistos en EE. UU., sobre todo a manos de las personas a las que se definía como ingleses negros y de piel oscura.<sup>530</sup> Citando al romano Virgilio, advirtió: «cuando miro hacia delante, me lleno de aprensión. Como al antiguo poeta romano, me parece ver ‘el río Tíber rebosante de sangre’».<sup>531</sup>

Las reacciones a este discurso fueron inmediatas. Powell recibió la censura de la mayoría de la clase política, también de gran parte de los dirigentes de su propio partido. Cuatro de sus colegas en el gabinete de portavoces de la oposición, McLeod, Boyle, Hogg y Carr, amenazaron con dimitir a menos que echaran a Powell. Edward Leadbitter, parlamentario laborista, informó de que iba a remitir el discurso a la Fiscalía General. Jeremy Thorpe,

---

529 Citado en Nairn 1970: 5.

530 Solomos 2003: 61.

531 Citado en Heffer 1998: 454.

líder del Partido Liberal, dijo que había indicios razonables para acusar a Powell de incitación, mientras que la baronesa Gaitskell tachó el discurso de «cobarde». El líder de la oposición, Edward Heath, echó a Powell al día siguiente, declarando que el discurso era incendiario y que podía perjudicar a las relaciones raciales». <sup>532</sup> Por otro lado, «el discurso de Powell tuvo un respaldo generalizado en la clase obrera»:

Hubo bastantes manifestaciones y huelgas en distintas partes de Inglaterra, sobre todo en la zona en la que vivía Powell, en la parte oeste de las Midlands. Las primeras huelgas registradas —el lunes 22 de abril— las emprendieron 50 obreros de la construcción de una empresa de Wolverhampton que estaban trabajando en la central eléctrica de Rugeley y 50 trabajadores de la fábrica de MetroCammell en Birmingham. Durante los cuatro días siguientes, hubo unas 20 huelgas en las que participaron alrededor de 10–12 000 trabajadores; en las más nutridas [...] hubo trabajadores de Motor Panels en Coventry, de la fábrica de neumáticos Dunlop cerca de Gateshead, y del mercado de carne Smithfield de Londres. También hubo varios lugares de trabajo en los que los obreros, enlaces sindicales incluidos, hicieron circular peticiones de apoyo al derecho a la libertad de expresión de Powell y a su oposición a más inmigración. <sup>533</sup>

El punto álgido de las huelgas racistas llegó entre el 23 y el 26 de abril de 1968, cuando los estibadores de Londres se declararon en huelga para apoyar a Powell. El martes 23 de abril de 1968, tres días después del discurso de Powell, 1000 estibadores del muelle West India Dock de Poplar fueron a la huelga para protestar por la destitución de Powell. Algunos organizaron una marcha del East End a Westminster, llevando pancartas en las que podía leerse «Don't knock Enoch» [«No lo paguéis con Enoch»] y «Back Britain, not Black Britain» [«Que nos devuelvan el Reino Unido, no un Reino Unido negro»]. <sup>534</sup> Al día siguiente, 600 estibadores de St. Katherine's Docks, en Wapping, se sumaron al apoyo a Powell y cerca de allí, en Deptford, dos muelles dejaron de operar por una huelga en la que participaron 150 hombres. El jueves 25 de abril, 500 hombres no se presentaron al trabajo en los muelles de las orillas de los Upper y Lower Pools en Southwark y Bermondsey, y el viernes 26 de abril unos 4400 hombres dejaron de

---

532 Citado en Heffer 1998: 461.

533 Lindop 2001: 82.

534 Heffer 1998: 462.

ir a trabajar en los sectores más importantes, los Grupos Reales de Muelles, en Newham.<sup>535</sup> Se afirma que Harry Pearman, líder de la huelga en los Muelles Reales, declaró que:

Quería un veto total a la inmigración, porque ahí ya había inmigrantes de sobra. [...] Dijo que todo el peso de la llegada de personas de color recaía en las zonas portuarias. «En los puertos siempre lo tenemos peor. Tienes todos los colores que se le hayan podido ocurrir a Dios. Tenemos más chinos que Mao y ya nos estamos poniendo negros».<sup>536</sup>

En total, Lindop calcula que «más o menos un tercio de los trabajadores registrados —entre 6000 y 7000 hombres— participaron en la semana de huelgas».<sup>537</sup> Y, además de las huelgas de los estibadores, 600 mozos del mercado de carne de Smithfield fueron a la huelga y marcharon hasta Westminster para entregarle a Powell una petición de 92 páginas en la que respaldaban su postura. Según una encuesta Gallup realizada a finales de abril de 1968, el 74% de la población estaba de acuerdo con el discurso de Powell, y solo el 15% en desacuerdo.<sup>538</sup> Con Powell, «los ingleses habían comenzado a volver a conocerse a sí mismos. El nacionalismo inglés había renacido, adquiriendo la forma obscena del racismo».<sup>539</sup>

No cabe duda de que Powell había calculado con acierto que evocar una concepción racializadora del nacionalismo inglés construida alrededor de la identidad blanca calaría hondo en amplios sectores de la clase obrera. Sin embargo, donde fallaron sus cálculos fue en el razonamiento de que las movilizaciones racistas de los trabajadores blancos como consecuencia de esa idea obligarían a la clase política a colocar la repatriación de los ciudadanos británicos de piel negra y de piel oscura en la agenda política más inmediata. Aunque gobiernos tanto laboristas como conservadores habían introducido de buen grado controles de inmigración racistas para aplacar los miedos de la población general por el aumento del número de personas de minorías racializadas, sus respectivos dirigentes habían acepta-

---

535 Lindop 2001: 82.

536 Citado en Lindop 2001: 84.

537 Lindop 2001: 82.

538 Heffer 1998: 467.

539 Nairn 1970: 13.

do tácitamente, aunque a regañadientes, que uno de los legados del Imperio sería la creación de una población de ciudadanos británicos negros y de piel oscura. Se consideraba que era el coste de oportunidad de mantener el liderazgo de la Commonwealth, que era un importante bloque comercial y también una institución a través de la que proteger y mantener los intereses del Reino Unido en el extranjero. El intento premeditado de Powell de jugar la carta del racismo no había tenido el efecto deseado en los dirigentes políticos.

En lugar de ello, la beneficiaria directa del discurso de Powell fue la extrema derecha, que comenzó a llegar a un público que iba más allá de los reaccionarios y los partidarios del Imperio descontentos. El principal organizador de la huelga de los estibadores fue Harry Pearman. Pearman había encabezado una delegación que se reunió con Powell en la Cámara de los Comunes, tras lo cual se recogieron sus declaraciones:

Acabo de reunirme con Enoch Powell y ha hecho que me sienta orgulloso de ser inglés. Me ha dicho que si esta cuestión se enterraba bajo la alfombra, levantaría la alfombra y volvería a hacer lo mismo. Representamos al hombre trabajador. No somos racistas.<sup>540</sup>

De acuerdo con los informes secretos del servicio de inteligencia del MI5 para Harold Wilson, Pearman también formaba parte del grupo de presión de derechas Moral Rearmament [Rearme Moral].<sup>541</sup> Pat Duhig, otro de los líderes de las huelgas de estibadores, resultó ser miembro del Movimiento de la Unión —el partido que había sucedido a la Unión Británica de Fascistas de antes de la guerra—, igual que Dennis Harmston, que encabezó las huelgas de los mozos del mercado de carne en 1968 y 1972.<sup>542</sup>

Además, el discurso de Powell sirvió para legitimar al National Front (NF) [Frente Nacional], un partido político de unos 2500 miembros<sup>543</sup> que se había fundado el año anterior mediante la fusión de una colección de grupos políticos pequeños pero cada vez más activos, como la Liga de los Leales al Imperio de A. K. Chesterton, el Partido Nacional Británico de John Bean y

---

540 Roth 1970: 361.

541 Véase, por ejemplo, *The Guardian*, 1 de enero de 1999.

542 Hillman 2001: 9–10.

543 Walker 1977.

una facción de la Sociedad de la Preservación Racial, dirigida por Robin Beauclair.<sup>544</sup> Su programa de oposición a todo tipo de migración de las personas no blancas y de repatriación de las comunidades de migrantes ya establecidas y de sus descendientes, británicos de nacimiento, a los países de origen de sus antepasados se correspondía a la perfección con las líneas del discurso de Powell en Birmingham. De hecho, confirió a estos antiguos imperialistas conservadores indignados por la pérdida del Imperio una nueva legitimidad a ojos de algunas personas de ciertos sectores de la derecha política, que consideraban que esos antiguos imperialistas representaban mejor la opinión de las bases conservadoras que los *tories* que abogaban por una sola nación unida, que habían expulsado a Powell y se encontraban en ese momento bajo la dirección de Heath.

Así, para finales de los años sesenta, inmersos en el fin del *boom* económico posbélico, la hegemonía construida sobre el compromiso bipartidista con el régimen del bienestar se estaba desintegrando. El *powellismo* era una manifestación temprana y relevante de un fenómeno más amplio al que luego se denominaría la nueva derecha, que pretendía gestionar la crisis que estaba llegando al capitalismo británico manipulando el nacionalismo racializador para volver a cohesionar al pueblo en torno a un nuevo consenso y mantener así su dominio de clase. Aunque la carrera política de Powell iba a fracasar, el nacionalismo racializador que legitimó en su discurso se volvió, durante las dos décadas siguientes, un elemento esencial de la estrategia de la nueva derecha para fabricar una nueva hegemonía cuando el régimen del bienestar pasó a mejor vida.<sup>545</sup> Jugaron un papel fundamental las numerosas redes sociales que se solapaban, como el Club de los Lunes, y que actuaron como avanzadilla para la transmisión recíproca de ideas y de personas (en ocasiones, fascistas) entre distintos componentes de la nueva derecha *tory*, que acabaron materializándose en la conquista del liderazgo del partido *tory* por parte de Margaret Thatcher.

En el seno del movimiento obrero no existió una oposición organizada a las huelgas racistas desencadenadas en apoyo de

---

544 Walker 1977; Taylor 1982.

545 Solomos *et al.* 1982; Gilroy 1987.

Powell, más allá de algunas «declaraciones públicas tardías en las que se sacaba a la luz la trayectoria antisindical de Powell».<sup>546</sup> En cuanto al CPGB, si bien se oponía formalmente al racismo a nivel nacional, había perdido, como ya hemos visto, el compromiso que mantenía antes con el lenguaje del internacionalismo y la solidaridad de clase como consecuencia de su estalinización. Los miembros del partido centrados en la teoría del racismo, como Kay Beauchamp y Joan Bellamy, ofrecían explicaciones del racismo economicistas y rudimentarias<sup>547</sup> que lo reducían a una conspiración capitalista diseñada para «obtener beneficios para unos pocos jefes, accionistas y banqueros a partir del trabajo de todo el mundo» y lo yuxtaponían a las «tradiciones de tolerancia» de la clase obrera británica.<sup>548</sup> En otro documento, Beauchamp afirmaba que «la raíz y el fruto del racismo es el beneficio. Por eso, el racismo nunca se erradicará bajo el capitalismo».<sup>549</sup> Con pocos recursos intelectuales para comprender y criticar la base material del racismo de la clase obrera más allá de reducirlo a una conspiración de la clase dirigente, y constreñido por su compromiso de construir alianzas populares más amplias con los laboristas y los líderes sindicales, el CPGB se vio obligado a recurrir a llamamientos morales abstractos a la unidad de la raza humana para contrarrestar las expresiones, mucho más concretas y materiales, del racismo de la clase obrera.

Como no podía ser de otra manera, esos llamamientos cayeron en saco roto. Hubo estibadores comunistas, como Jack Dash y Michael Fenn que, la mañana posterior a la huelga, repartieron panfletos en los West India Docks en los que «se atacaba a quienes habían marchado con un lenguaje violento», pero, en general, «la mayoría de los militantes, también los miembros del Partido Comunista, se limitaron a seguir el camino más fácil [...] y no alzaron la voz».<sup>550</sup> Hay un episodio concreto en el que se condensó la degeneración ideológica y política del CPGB en relación con el racismo; tuvo lugar en los Muelles Reales la mañana de la huelga del 26 de abril, cuando, tratando de disuadir a los

---

546 Lindop 2001: 90.

547 Ben-Tovim 1978: 203.

548 Véase, por ejemplo, Bellamy 1968: 3, 8.

549 Beauchamp, sin fecha: 13.

550 Lindop 2001: 91.

trabajadores de que marchasen en apoyo de Powell, un miembro del CPGB que formaba parte del comité de enlace invitó a un cura católico y a un pastor protestante a una concentración a la entrada de los muelles. «La ironía de que un comunista apelase a la Iglesia católica en busca de ayuda no pasó desapercibida para muchos estibadores».<sup>551</sup>

El socialista libertario David Widgery retrató la sensación de escepticismo e impotencia que se apoderó de los socialistas antirracistas en esa época:

Nos quedamos completamente petrificados [...]. De repente nos dimos cuenta de la poca influencia que tenía la izquierda en realidad, de cómo las raíces de organizaciones políticas como el Partido Comunista habían estado pudriéndose bajo tierra. Qué patéticas eran todas las luchas entre distintos grupos. Qué urgentes se habían vuelto las cosas [...]. Tengo la impresión de que me pasé los días siguientes repartiendo panfletos sin parar y nunca olvidaré las caras de los carteros pakistaníes cuando leían los panfletos y se daban cuenta de que no eran fascistas. Porque esos días después de lo de Powell, estaban muertos de miedo. Y yo también.<sup>552</sup>

La observación de Widgery<sup>553</sup> de que el CPGB (y el Partido Laborista) no había «ofrecido alternativas socialistas reales al capitalismo ni para combatir el recrudecimiento racista» resumaba clarividencia; en el CPGB en concreto, había muchos militantes de clase obrera cuya respuesta al racismo fue «demasiado escasa y [llegó] demasiado tarde». El propio Widgery era miembro de los International Socialists (IS) [Socialistas Internacionales], organización en la que había unos cuantos intelectuales<sup>554</sup> que se opusieron al racismo recurriendo al lenguaje de la clase, la solidaridad y el internacionalismo socialista que en otro momento se había asociado al CPGB. Además, Terry Barrett —el único miembro de los IS que trabajaba en los muelles en el este de Londres cuando Powell pronunció su discurso— hizo unos panfletos para tratar de cuestionar el racismo de sus colegas y recordó los insistentes llamamientos de Powell para que se hicieran despidos masivos en los muelles. Pero sirvió de poco; la historia nos muestra que ese mensaje no tuvo eco, en gran medida porque la

---

551 Lindop 2001: 92.

552 Widgery 1976: 407.

553 Widgery 1976: 411.

554 P. ej., Harris 1968; Foot 1965a, 1965b, 1969; Widgery 1976.



izquierda británica había subestimado enormemente la intensidad del apego que sectores importantes de la clase obrera sentían en ese momento por el nacionalismo británico racializador.

### **Resistencia negra**

Tras el discurso de Powell y las movilizaciones de los trabajadores blancos para apoyarlo, las comunidades negras y asiáticas reaccionaron fundando la Alianza del Pueblo Negro (BPA). Dirigida por Jagmohan Joshi —que también encabezaba la Asociación de Trabajadores Indios (IWA-GB) en el oeste de las Midlands—,<sup>555</sup> era un «frente militante a favor de la conciencia negra y contra el racismo»,<sup>556</sup> y movilizó a los trabajadores negros y asiáticos contra esa reciente escalada del sentimiento racista. La BPA fue el emblema de una tendencia creciente en el seno de las comunidades minoritarias de organización antirracista, independientes de las estructuras oficiales del movimiento obrero británico. Frustradas desde hacía tiempo por la indiferencia de ese movimiento ante el racismo, las comunidades negras y asiáticas hallaron cada vez con más frecuencia inspiración política y conceptual en las luchas colectivas de la descolonización que se estaban librando en Asia, África y el Caribe.

También tuvo mucho peso la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos y sus aliados en EE. UU., la potencia hegemónica del sistema-mundo. A finales de 1964 y principios de 1965 respectivamente, los líderes de las dos alas del movimiento estadounidense por los derechos civiles, Martin Luther King y Malcolm X, visitaron el Reino Unido. King hizo una parada en Londres de camino a Estocolmo, donde iba a recibir el Premio Nobel de la Paz. Inspirados por su visita, grupos de migrantes que representaban a las comunidades caribeña, pakistaní e india se juntaron con personas blancas antirracistas para crear la Campaña contra la Discriminación Racial (CARD) en enero de 1965 y hacer campaña para conseguir una legislación que se enfrentara al racismo y a la discriminación.

Malcolm X visitó Reino Unido a finales de 1964 y de nuevo en febrero de 1965, pocos días antes de que lo asesinasen

---

555 Josephides 1990: 119.

556 Sivanandan 1982: 25.

en Harlem, Nueva York. En unas importantes conferencias que ofreció en la Oxford Union y en la LSE [Language School of Economics] esbozó su visión internacionalista de la lucha global de los pueblos subalternos, del «explotado contra el explotador»: «el corazón del hombre negro del continente africano late hoy al mismo ritmo que el corazón del hombre negro de América del Norte, América Central, América del Sur y el Caribe». <sup>557</sup> Hay que destacar que también visito Smethwick, la pequeña ciudad cercana a Birmingham que había sido testigo de una feroz campaña racista menos de un año antes, donde animó a la población negra y asiática a organizarse de forma autónoma para combatir ese racismo. Poco después se creó la Racial Action Adjustment Society (RAAS) [Sociedad por el Cambio Acción Racial]: «hombres negros, uníos [...] lo único que tenemos que perder son nuestros miedos». <sup>558</sup>

En mayo de 1965, cuando la plantilla mayoritariamente asiática y caribeña del Red Scar Mill de Courtauld en Preston, Lancashire —una gran fábrica de rayón en la que se producían textiles industriales—, se declaró en huelga contra la imposición de un aumento del trabajo del 50% con una subida de salario del 3%, fueron miembros de la RAAS quienes ayudaron a sostener la huelga. Los dirigentes del TGWU, sin embargo, no apoyaron la acción colectiva y se negaron a oficializarla, y actuaron activamente en connivencia con la dirección de la fábrica para derrotar a los huelguistas. El vicepresidente de la organización de enlaces sindicales de toda la fábrica recurrió a imaginiería racista, declarando que la naturaleza del conflicto era «tribal», y otro enlace aseguró que «varios exaltados» estaban creando problemas por sus propios intereses egoístas. <sup>559</sup> A pesar de esta falta de solidaridad de parte del movimiento sindical oficial, los trabajadores negros mantuvieron su huelga durante tres semanas, gracias en gran parte a los esfuerzos de los miembros de la RAAS y a socialistas a título individual como Raymond Challinor. <sup>560</sup> El conflicto marcó una importante «evolución en la unidad orgánica de los

---

557 Baldwin y Al-Hadid 2002: 348.

558 Citado en Sivanandan 1982: 16.

559 Foot 1965b: 6.

560 Foot 1965b.

‘esclavos’ (afro)asiáticos, ‘culis’ y (afro)caribeños», y huelguistas asiáticos como Abdulla Patel se unieron después a la RAAS.<sup>561</sup>

En 1967 se convocó otra huelga, esta vez de trabajadores indios, que volvió a llamar la atención sobre la preponderancia generalizada del racismo y la indiferencia de los sindicatos al respecto. La dirección de la fundición de Coneygre, en el oeste de las Midlands, precipitó la huelga utilizando procedimientos de despido racistas. En lugar de aplicar el principio sindical generalmente aceptado según el cual «el último en llegar es el primero en salir», se identificó a 21 indios (y a ningún trabajador blanco) para su despido. El sindicato de los trabajadores indios, el TGWU, se negó a oficializar la huelga, mientras que los trabajadores blancos estaban organizados en otro sindicato —el Sindicato Asociado de Trabajadores de la Fundición (AUFW)— y el dirigente de su división local les animó activamente a cruzar el piquete de los trabajadores indios. Esta vez fue la Asociación de Trabajadores Indios (IWA) la que ayudó a mantener a los huelguistas hasta que la dirección de la fábrica se vio obligada a readmitir a los 21 trabajadores indios a los que había despedido.<sup>562</sup>

En 1968, y para cuando se formó la BPA, estaba cada vez más claro que los activistas negros y asiáticos se habían apropiado de la identidad de negros que les habían atribuido y que antes se había usado para menospreciar a la población de ascendencia africana, y además habían infundido a esa identidad un nuevo significado ideológico a partir del cual se formaban poderosas «comunidades de resistencia».<sup>563</sup> La Asociación Universal de Personas de Color (UCPA) y el Partido para la Unidad y la Libertad del Pueblo Negro (BUFP)<sup>564</sup> consolidaron aún más esta unidad entre caribeños y asiáticos —o este proyecto de formación racial antirracista—,<sup>565</sup> y la Organización de Mujeres de Ascendencia Asiática y Africana (OWAAD) hizo posible que las mujeres de estas comunidades desarrollasen una estrategia socialista-feminista que cuestionase el sexismo, además del racismo.<sup>566</sup> Esa solidaridad negra también se reflejó en la infinidad de periódicos

---

561 Sivanandan 1982: 16.

562 Wrench 1987: 166; Duffield 1988: 86–89.

563 Sivanandan 1990.

564 Sivanandan 1982: 63.

565 Omi y Winant 1994.

566 Parmar 1990; Shukra 1996: 28–29.

cos y publicaciones locales y nacionales que nacieron en este periodo, como *Race Today*. La intensa actividad de esta época la resumió con gran precisión Shukra:

La persona dedicada al activismo radical «negro» solía hacer campaña sin remuneración, actuaba de forma intensiva con un pequeño grupo de personas de ideas afines, iba de reunión en reunión, repartía panfletos, hablaba en concentraciones, llevaba pancartas y organizaba manifestaciones para convencer a las personas a las que se denominaba «antillanas», «indias» y «pakistaníes» de que sus experiencias de ser tratados como inferiores por empresarios, escuelas, autoridades locales, funcionarios del Gobierno, políticos y policía eran inaceptables. Otro factor esencial era que los activistas también defendían que esa situación podía cambiar gracias a la actividad política militante, fundamentalmente contra los empresarios y contra el Estado; [...] los activistas negros usaron el término «negro» para construir un movimiento que movilizase y cohesionase a comunidades independientes de resistencia al racismo.<sup>567</sup>

Hay que destacar que la firme insistencia en la organización autónoma de esa comunidad negra nunca implicó ningún tipo de separación permanente de los trabajadores blancos. Avtar Jouhl, Secretario General de la Asociación de Trabajadores Indios (GB) en la zona oeste de las Midlands, dejó claro que:

Consideramos que en la lucha se desarrollará la unidad. Esto no niega en ningún sentido la necesidad de que los trabajadores negros tengan sus propias asambleas en todas las fábricas y todos los lugares de trabajo. Pero no abogamos por sindicatos separados para las personas negras; eso sería seguirle el juego al capitalismo en la división de la clase obrera.<sup>568</sup>

Para finales de los años sesenta, en el Reino Unido había dos comunidades profundamente estratificadas por el racismo: una negra y otra blanca, constituidas histórica, política y económicamente contraponiéndose la una a la otra como consecuencia de dos décadas de acontecimientos desde que el *Empire Windrush* atracase en Tilbury. En el seno de la comunidad blanca, imperaba la opinión prácticamente unánime de que era necesario limitar el número de migrantes negros y asiáticos que llegaban al Reino Unido. Al mismo tiempo, existía una discrepancia importante

---

567 Shukra 1996: 30-31.

568 Citado en Josephides 1990: 119.

dentro de la élite política con respecto a cómo tratar a las minorías racializadas ya presentes en el Reino Unido. Por un lado, algunos integrantes del Partido Laborista respaldaron los tímidos intentos de «integrar» a la población de ascendencia asiática y africana nacida en el Reino Unido. Por otro lado, cuando se intentaron aplicar estas medidas se produjo otra reacción racista en la derecha política, que exigió la expulsión de todas las minorías racializadas, independientemente de si habían nacido en el Reino Unido o no. El auge de Powell, las huelgas racistas en su apoyo y la lucha heroica pero solitaria de los trabajadores negros y asiáticos para combatir la creciente oleada racista que amenazaba con arrasarlos eran señales de que

El *establishment* político había comenzado a perder el dominio que antes tenía de la nación y de las masas. Por así decirlo, ese dominio había comenzado a perder contacto con las realidades sociales sobre las que, tradicionalmente, había ejercido un control conservador omnímodo.<sup>569</sup>

Ahora que el consenso bipartidista que se había mantenido firme desde la Batalla de Inglaterra se adentraba en una época de crisis profunda, ¿qué depararían los años setenta?

---

569 Nairn 1970: 24.



# 7

## SOCIALISTAS, ANTIRRACISMO Y BIFURCACIÓN DE LA CLASE OBRERA

*Una izquierda de Europa occidental que no intente comprender y abordar el racismo de frente es suicida. Es preferible perder el apoyo de los socialistas proletarios que simpatizan con las explicaciones racistas [...] que la ambigüedad interminable, la negación y las concesiones inútiles en este tema.*

Widgery, *Beating Time*, p. 112.

*En cada ciudad, en cada fábrica, en cada escuela, en cada barrio... Hay que reaccionar ante los nazis en cualquier lugar donde intenten organizarse.*

Comunicado de prensa de la ANL, noviembre de 1977.

### Introducción

Si 1968 fue el momento de más resentimiento de clase hacia las minorías racializadas en el Reino Unido, una coyuntura histórica en la que las cuestiones de clase comenzaron a refractarse a través del prisma de la raza, el periodo entre 1976 y 1979 representa un intervalo en el que la acción colectiva contra el racismo y la explotación de clase se entrelazaron parcialmente en el Reino Unido. ¿Cómo se produjo ese cambio de rumbo tan drástico? Voy a empezar centrándome en los factores económicos, políticos e ideológicos que socavaron la hegemonía posbélica construida en torno al régimen del bienestar y a dos principios paralelos: la ciudadanía activa y el pleno empleo. Cuando el Estado y los empresarios trataron de hacer que la clase obrera pagara la crisis de rentabilidad del capitalismo británico de finales de los años sesenta, elementos clave de la clase obrera recurrieron cada vez con más frecuencia a la acción colectiva y pudieron verse algunos de los conflictos de clase más relevantes que habían

tenido lugar en el Reino Unido desde los años veinte. De este proceso de lucha sindical y política surgió un concepto más amplio de conciencia de clase que no encajaba fácilmente con las nociones existentes de interés nacional común. De forma significativa, esa acción colectiva llevó a los activistas socialistas a puestos de autoridad en el movimiento sindical, sobre todo a los alineados con el ala izquierda del Partido Laborista, con el CPGB y con los Socialistas Internacionales.

Estos activistas socialistas llevaron a cabo una labor de mediación importante para que los conflictos de clase contra la explotación volviesen a alinearse políticamente con los conflictos contra la explotación envueltos de racismo que estaba librando la población negra y asiática. Poniendo el foco en acontecimientos y episodios decisivos —como el desarrollo de un punto de vista antirracista en el seno del movimiento sindical, la creación de Rock Against Racism (RAR), la extensión de la solidaridad a las mujeres trabajadoras asiáticas en la huelga de Grunwick entre 1976 y 1978, y la aparición de la Liga Antinazi (ANL)—, se demostrará que, a finales de los años setenta, la clase obrera se bifurcó con respecto al racismo. Para generar esta bifurcación fueron esenciales los socialistas «blancos» que redescubrieron sus propias historias de opresión racial en el transcurso de los sucesos de los años setenta. Las personas de ascendencia católica irlandesa y judía actuaron como puentes que ayudaron a inculcar y transmitir ideas y acciones antirracistas al movimiento sindical y a la clase obrera en general, ideas que hasta entonces se habían limitado estrictamente a las comunidades negras y asiáticas que se enfrentaban al racismo y al fascismo. El movimiento social antirracista y antifascista que se desarrolló en el Reino Unido como consecuencia de todo ello alcanzó una dimensión sin precedentes y que sigue sin haberse dado en ningún otro lugar de la Europa continental a día de hoy.

### **Conflicto de clases, activismo socialista y antirracismo**

Al principio parecía que los años setenta iban a seguir el mismo camino que la década anterior; el Gobierno conservador, recién elegido, introdujo otra Ley de inmigración en 1971, esgrimiendo que acabaría, de una vez por todas, con los «miedos legítimos» de «nuestro pueblo», asegurándoles que la



«inmigración a gran escala no» volvería a producirse.<sup>570</sup> La Ley era aún más restrictiva que las aprobadas en los años sesenta y, en la práctica, quitó a los migrantes negros y asiáticos de la Commonwealth el derecho a establecerse en el Reino Unido, declarando que todos los «extranjeros» y ciudadanos de la Commonwealth que no fueran de la patria necesitarían autorización para entrar en el Reino Unido. Ese racismo de Estado se topó con el firme cuestionamiento de la comunidad negra; «organizaciones indias, pakistaníes y antillanas de todo Reino Unido organizaron marchas por Londres. [...] Participaron una docena de organizaciones, como el Consejo Supremo de los Sijs, la Asociación de Trabajadores Indios y la Conferencia Permanente Antillana».<sup>571</sup> Sin embargo, igual que en los años cincuenta y sesenta, la postura de los representantes oficiales del movimiento obrero organizado, el TUC, se caracterizó por su mansedumbre: «en lo relativo a la institucionalización del racismo por parte del Estado, el TUC no tenía nada que decir».<sup>572</sup>

Si uno de los indicadores de la desintegración del régimen del bienestar era el cada vez más virulento racismo de Estado y de clase obrera, otro fue el distanciamiento creciente entre trabajadores organizados, por un lado, y empresarios y Estado, por el otro. Esta brecha había aparecido por primera vez a finales de los años sesenta, cuando el Estado y los empresarios señalaron a la actividad sindical informal como la principal causa de la baja productividad de la industria británica,<sup>573</sup> y sobre todo la capacidad, cada vez mayor, de los enlaces sindicales de llevar a cabo negociaciones de manera informal en cada fábrica. Según el Gobierno laborista de la época, esta práctica fomentaba los disturbios, y en particular las huelgas salvajes, con las que el Gobierno pretendía acabar. En consecuencia, «comenzó a identificarse al enlace sindical con el símbolo de la irresponsabilidad sindical y los conflictos laborales empezaron a considerarse el principal problema que subyacía al bajo rendimiento productivo y a los problemas económicos del Reino Unido».<sup>574</sup> Aunque

---

570 Miles y Phizacklea 1984: 80.

571 Renton 2006: 15.

572 Miles y Phizacklea 1984: 75.

573 McIlroy 1995.

574 Eldridge *et al.* 1991: 25.

la Comisión Real de Sindicatos —el Informe Donovan (1968)— determinó que el problema no eran los enlaces sindicales, sino la mala gestión, el Gobierno laborista siguió buscando una solución legal al «problema» de las huelgas salvajes. Al año siguiente publicó un libro blanco llamado *In Place of Strife* en el que se resumían sus propuestas para poner freno a esta actividad.

Aunque el proyecto de Ley laborista fue derrotado por la presión que el movimiento sindical ejerció sobre el Gobierno,<sup>575</sup> el Gobierno conservador que inició su andadura en 1970 estaba resuelto a triunfar allí donde los laboristas habían fracasado, y enseguida introdujo un proyecto de Ley de relaciones en la industria en el que se proponía sustituir el sistema liberal colectivista de relaciones laborales por un marco jurídico integral destinado a restringir los conflictos.<sup>576</sup> Las intervenciones del Estado, cada vez más habituales, en las relaciones entre empresarios y trabajadores, provocaron una reconfiguración drástica de los conflictos de clase. Los trabajadores se dieron cuenta de que sus condiciones de vida ya no podían mantenerse únicamente aplicando la libre negociación colectiva y las prácticas excluyentes, y recurrieron cada vez con más frecuencia a las huelgas, lo que condujo a algunas de las confrontaciones de clase de mayor envergadura en casi 50 años.<sup>577</sup> El número de días de trabajo perdidos por huelgas creció desde una media de menos de 4 millones de días al año durante los años cincuenta y sesenta hasta los 24 millones de días solo en 1972.<sup>578</sup> Un porcentaje considerable de estas huelgas fueron cualitativamente diferentes a las de los años cincuenta y sesenta, porque «una gran variedad de trabajadores tradicionalmente moderados y pacíficos, entre ellos muchas mujeres, se embarcaron en huelgas, en muchos casos por primera vez en su vida».<sup>579</sup> Estos intentos de poner fin a las huelgas no oficiales también fueron testigos del retorno de la huelga política por primera vez desde los años veinte.<sup>580</sup> Como consecuencia de una serie de paros de un día contra el proyecto de Ley de relaciones en la industria de 1971, el TUC dio instruc-

---

575 Moran 1980; McIlroy 1995.

576 Moran 1980; Sheldrake 1991.

577 Grint 1991.

578 Grint 1991: 172, tabla 7; véase también Sheldrake 1991: 74.

579 Kelly 1988: 107.

580 Grint 1991.

ciones a sus miembros para que se negasen a registrarse como sindicatos cuando el proyecto se convirtiera en ley. Esta acción colectiva se vio reforzada por las más de 500 ocupaciones y sentadas que se llevaron a cabo en esta época.<sup>581</sup>

No hubo una relación estricta, inmediata, entre este repunte en los conflictos de clase y la formación de una conciencia antirracista en la clase obrera. Ya hemos visto que, en esos primeros años de intensificación del conflicto de clases entre 1968 y 1972, la clase obrera blanca organizada y sus instituciones permanecieron resueltamente indiferentes a las batallas de los trabajadores negros contra las prácticas discriminatorias en el Reino Unido, como se evidenció en el hecho de que no plantaran cara al racismo cotidiano, al racismo de Estado, al powellismo ni a las huelgas racistas de los estibadores y de los mozos de Smithfield, derivadas de este último movimiento. La mayoría de quienes participaron en esta primera fase de los conflictos de clase contra la explotación, raras veces consideraban que sus campañas tuviesen algo que ver con las luchas que mantenían los trabajadores negros contra la explotación, presentada en forma de opresión.

Sin embargo, desde principios de los años setenta sí que apareció una corriente antirracista en la clase obrera y, para ello, resultaron esenciales muchos activistas y enlaces sindicales socialistas que fueron elegidos para ocupar puestos de influencia en todos los niveles del movimiento sindical a medida que el conflicto de clases se intensificó. En el transcurso de las encarnizadas luchas libradas entre 1968 y 1972, la idea de que empresarios y trabajadores compartían algún tipo de interés nacional común perdió fuerza en la mente de muchos trabajadores, que vieron cómo esos mismos empresarios los obligaban a pagar la crisis del capitalismo británico. A medida que la antigua hegemonía se desintegraba, por primera vez desde los años veinte, muchos trabajadores se vieron cada vez más atraídos hacia la izquierda socialista y su defensa por principios de la acción colectiva para combatir esos ataques a sus condiciones de vida. Estos activistas no querían frenar la acción colectiva de los trabajadores, sino potenciarla, y trataban de encontrar formas de

---

581 Kelly 1988: 108–109; McIlroy 1995: 239.

seguir fortaleciéndola. Las huelgas y otras acciones colectivas aumentaron de forma exponencial durante 1972,<sup>582</sup> lo que indicaba, por encima de todo, que los trabajadores miraban cada vez con más frecuencia más allá de las tácticas convencionales utilizadas para defender las condiciones de la clase obrera logradas durante el punto álgido del capitalismo del bienestar.

La creciente sincronía del marco ideológico entre las bases obreras y los activistas socialistas, en una coyuntura de exaltación de la conciencia de clase, contribuyó a iniciar un proceso de transformación de los liderazgos del movimiento sindical a todos los niveles. Algunos líderes tradicionales de sindicatos nacionales se vieron obligados a adoptar una perspectiva de clase más combativa, mientras que otros que se negaron a adaptarse a estos cambios en las relaciones de fuerzas fueron arrastrados por la vorágine y reemplazados por líderes del ala izquierda. En esta época hubo importantes giros a la izquierda en la dirección de varios sindicatos destacados, como el Sindicato Unido del Sector de la Ingeniería (AEU), el Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte (TGWU) y el Sindicato de Trabajadores Generales, Municipales y de Caldereros (GMB).<sup>583</sup> A nivel de distrito, regional y de enlaces sindicales, esta tendencia generalizada hizo que llegaran a puestos de influencia diversos activistas socialistas, como algunos miembros del ala izquierda del Partido Laborista, militantes del CPGB y, en menor medida, representantes de una forma poco ortodoxa de trotskismo, los Socialistas Internacionales (IS). Para mediados de los años setenta, se calculaba que el 10% de todos los dirigentes sindicales eran comunistas.<sup>584</sup> Esta oleada de conflictos en la industria detuvo el largo declive en el número de afiliados del CPGB<sup>585</sup> y en varios partidos trotskistas la afiliación creció de forma considerable,<sup>586</sup> sobre todo en los Socialistas Internacionales (IS), cuya afiliación subió de unos 1000 miembros en sus 47 delegaciones a alrededor de 3500 miembros con cierta implantación en la clase obrera organizada.<sup>587</sup>

---

582 Darlington 1994.

583 Kelly 1988: 109.

584 Verberckmoes 1996: 227; véase también Kelly 1988.

585 Smith 2008.

586 McIlroy 1995: 104.

587 Birchall 1981.

En plena curva ascendente de las protestas de clase, una nueva generación de activistas socialistas, de la nueva izquierda, y a veces marxistas, que llevaban al menos una década gestándose en la matriz de la sociedad británica, se encontraron en puestos de autoridad desde los que podían configurar e influir en la dirección de la política de la clase obrera organizada, no solo en los lugares de trabajo, sino en otros ámbitos. Cabe destacar que algunos de esos activistas socialistas que adquirieron relevancia a principios de los años setenta eran más conscientes de los peligros del racismo que minaba la solidaridad en la clase obrera, y estaban más dispuestos a cuestionar ese racismo que los socialistas de anteriores oleadas de insurgencia de la clase obrera en la historia del Reino Unido.

Esto se debía a que esta nueva izquierda (la generación del 68) —formada fundamentalmente por la izquierda socialista del Partido Laborista, los IS y quienes luego se convertirían en el ala eurocomunista del CPGB— se había configurado en una coyuntura marcada por un conjunto de relaciones de fuerzas completamente diferente: un mundo de retirada del Imperio y descolonización en el que las luchas de liberación nacional libradas por los pueblos de piel negra y oscura estaban cuestionando el dominio de los blancos sobre el mundo no blanco, y ponían en duda las potentes ideologías que habían sostenido ese dominio, como el racismo. Al mismo tiempo, el pueblo afroamericano estaba combatiendo la supremacía blanca en el corazón de la potencia hegemónica global, cosa que, combinada con figuras icónicas de la época, como Muhammad Ali, Angela Davis y Malcolm X, y acompañada por la banda sonora de la Motown y la Stax, había despertado la indignación justificada de gran parte del mundo. Y, tal vez, el factor más importante de todos fueran las luchas internas contra el racismo de la clase obrera y de la élite que los trabajadores asiáticos y caribeños llevaban librando sin ninguna muestra de solidaridad del movimiento obrero organizado ni de sus instituciones desde mediados de los años sesenta.

La oposición moral al racismo, que crecía desde principios de los años setenta, combinada con la interpretación práctica de que la clase obrera no podía permitirse este tipo de divisiones racistas en un contexto de ataques de empresarios y Estado, em-

pujó a los activistas socialistas a difundir ideas antirracistas en el movimiento obrero organizado. Se incrementó la cantidad de mociones presentadas en conferencias sindicales, tanto regionales como nacionales, instando al movimiento obrero a tomar medidas para combatir el racismo.<sup>588</sup> Y en la conferencia anual del TUC de 1973, los socialistas consiguieron impulsar una moción en la que se pedía al próximo gobierno laborista que revocase la Ley de inmigración racista de 1971, revirtiendo así la decisión adoptada en la conferencia anual del TUC de 1971.<sup>589</sup> Por fin se hicieron notorios los primeros indicios, tímidos, de que la presión socialista empezaba a desplazar la corriente dominante del movimiento obrero organizado desde una posición de indiferencia, o centrada en culpar a los migrantes y a sus descendientes nacidos en el Reino Unido de los problemas a los que se enfrentaban, hacia otra postura que reconocía el azote del racismo y la necesidad de combatirlo, tanto en el conjunto de la sociedad como en sus propias filas.

Al mismo tiempo, el país se estaba polarizando con gran rapidez. La intersección creciente de las contradicciones sobre Irlanda del Norte, la resistencia negra y un proletariado con cada vez más conciencia de clase, por un lado, y el auge del Frente Nacional, por el otro, desencadenaron una respuesta contundente por parte del Estado. Se instigó un cambio decisivo en la dirección estratégica, hacia una «sociedad de ley y orden», mediante la creación y amplificación de pánicos morales y de los demonios populares que los acompañaban.<sup>590</sup> En este ambiente de tensión social y crisis acusadas en el Reino Unido de los años setenta, las dos preocupaciones asociadas a la presencia de personas negras en el Reino Unido reaparecían una y otra vez: la inmigración sin control y los problemas que conllevaba.<sup>591</sup> Con este telón de fondo, el Frente Nacional vio cómo su porcentaje de voto se elevaba de apenas 12 000 votos en las elecciones generales de 1970 a 77 000 votos en las generales de febrero de 1974, y luego casi volvieron a duplicarse y llegaron a los 114 000

---

588 Virdee 2000.

589 Miles y Phizacklea 1984: 103.

590 Hall *et al.* 1978.

591 Hall *et al.* 1978: 299.

votos en las elecciones de octubre de 1974.<sup>592</sup> Cabe destacar que, como demostraron los acontecimientos en la fábrica de Imperial Typewriters en Leicester en 1974 y en algún otro lugar, el Frente Nacional recababa ahora cada vez más apoyos en los sectores menos organizados de la clase obrera blanca dedicada a trabajos manuales y que vivía en zonas de asentamientos residenciales con diversidad étnica.

Para los activistas socialistas, no había vuelta atrás: había que plantar cara a ese racismo o la clase obrera saldría derrotada. Desde su punto de vista, el auge del Frente Nacional no había hecho más que confirmar lo que habían tenido que aprender por las malas tras una década de luchas independientes de los trabajadores negros, sumadas al horror de que grupos de trabajadores supuestamente militantes, como los estibadores, organizaran marchas en apoyo de Powell: que el racismo dificultaba el proceso de formación de la clase obrera que tan fundamental era para defender los intereses colectivos ante la intervención, cada vez mayor, del Estado y de los empresarios. Para principios de los años setenta, quienes compartían opiniones socialistas se habían visto obligados a reconocer, una y otra vez, que habían subestimado de manera clara el arraigo del sentimiento racista en la clase obrera británica, y que había que tomar medidas para combatirlo.<sup>593</sup> En un panfleto publicado por las bases de los estibadores del TGWU, y con el respaldo formal de un prólogo de Jack Jones, el líder del TGWU, se declaraba que

la cruda realidad es que el racismo divide a la clase obrera hasta un punto perjudicial. Los activistas sindicales tenemos la responsabilidad urgente de buscar soluciones que nos unan como clase y aborden de frente ese racismo tan arraigado en gran parte de nuestra sociedad.<sup>594</sup>

La presión colectiva puesta en marcha por activistas socialistas, sobre todo del Partido Laborista, del CPGB, de los IS y de otras formaciones socialistas más pequeñas, llevó al TUC a introducir medidas con el objetivo de hacer frente al racismo en

---

592 Taylor 1979: 134.

593 Véase CPGB, sin fecha; Foot, sin fecha; International Socialists 1974; Nicholson 1974; CPGB 1975.

594 Nicholson 1974: 7.

los sindicatos y en otros ámbitos.<sup>595</sup> En la conferencia anual del TUC de 1974, el Consejo General anunció que había presentado pruebas orales y un memorándum al Comité Especial de Relaciones Raciales e Inmigración en el que admitía, por primera vez en su historia, que los trabajadores negros eran objeto de racismo y de prácticas discriminatorias. Además, en esas pruebas también se declaraba que «los sindicatos deben oponerse activamente al racismo en sus propias filas», así como a la extrema derecha organizada.<sup>596</sup> En la conferencia anual del TUC de 1975, los delegados de varios sindicatos afiliados pronunciaron discursos en los que denunciaban el racismo y las actividades del Frente Nacional, e instaban a los sindicalistas a prevenir a sus miembros de los peligros que entrañaba el racismo para la solidaridad de clase. Los comités y los consejos sindicales locales también se mostraron cada vez más preocupados por el racismo y empezaron a buscar formas de plantarle cara. Justo después de la conferencia anual del TUC de 1975, el Consejo General creó una nueva subcomisión, el Comité de Igualdad de Derechos, cuya principal responsabilidad era desarrollar políticas que fomentasen la igualdad de oportunidades. El mismo año, el Consejo General del TUC también creó un Comité Consultivo de Relaciones Raciales para que trabajase junto al Comité de Igualdad de Derechos en cuestiones relacionadas con las «relaciones raciales».<sup>597</sup> Y en julio de 1976, el Consejo General hizo público un comunicado de prensa en el que instaba al movimiento sindical a hacer frente a la discriminación racial de forma activa:

Hay mucho por hacer para eliminar la discriminación y las desventajas a las que se enfrentan las minorías étnicas y el Consejo General; por su parte, recomienda a los sindicatos afiliados que tomen las medidas necesarias para fortalecer la organización entre trabajadores negros e inmigrantes y fomentar la unidad de todos los trabajadores.<sup>598</sup>

En este contexto, marcado por el notorio cambio de posición de los dirigentes del movimiento obrero organizado, el Gobierno laborista también decidió cumplir la promesa de

---

595 Miles y Phizacklea 1978.

596 Miles y Phizacklea 1978: 199.

597 Miles y Phizacklea 1978: 198.

598 Miles y Phizacklea 1978: 199.



afrontar el racismo que había hecho en su manifiesto electoral introduciendo varios elementos legislativos importantes para poner freno a la discriminación, entre los que destaca sobre todo la Ley de relaciones raciales de 1976.<sup>599</sup> La Ley de relaciones raciales no solo ilegalizaba los actos de discriminación directa, sino también los de discriminación indirecta que implicasen un trato que formalmente podría describirse como igual para los distintos grupos «raciales», pero que en la práctica resultaba discriminatorio para un grupo «racial» en particular.<sup>600</sup> A pesar de los problemas que generó su implantación efectiva,<sup>601</sup> esta ley sigue a día de hoy dando testimonio de los notables cambios que produjeron, en la política institucional formal de la sociedad británica, las fuerzas combinadas de la organización autónoma de la población negra y del activismo socialista en el movimiento obrero organizado.

### **Rock Against Racism (RAR)**

1976 marcó un antes y un después en cuanto al contenido y la forma de la política racista y antirracista en el Reino Unido. Cuando Enoch Powell pronunció un discurso en abril de ese año advirtiendo de que el Reino Unido seguía «siendo erosionado y vaciado desde dentro» por «elementos divisorios extranjeros» [*alien wedges*], el gran beneficiado volvió a ser el Frente Nacional. En las elecciones de distrito de 1976 que tuvieron lugar justo después, 80 candidatos del Frente Nacional obtuvieron más del 10% de los votos.<sup>602</sup> Solo en Leicester consiguieron 44 000 votos, y en las elecciones municipales del condado de Londres en 1977 el partido logró 119 000 votos, llegando a los casi 250 000 votos en todo el país.<sup>603</sup> Cada vez más preocupados por la incesante inmigración «no blanca» y sin mucha confianza en la capacidad del Partido Conservador para detenerla ni para evitar la deriva continua hacia la izquierda que estaba teniendo lugar con el Gobierno laborista, cada vez más trabajadores *tories* cambiaron su filiación política y acudieron al Frente Nacional. Aunque su nú-

---

599 Marsh 1992.

600 Home Office 1977: 4–5.

601 Véase McCrudden *et al.* 1991.

602 Messina 1989: 114.

603 Renton 2005: 1.

mero de afiliados había alcanzado su máxima cota en 1973 con entre 14 000 y 20 000 miembros tras la expulsión de los asiáticos de Uganda, consiguió otros 5000 miembros después de que el Gobierno laborista decidiese admitir a la población asiática de Malawi en 1976.<sup>604</sup>

Impulsados por el éxito electoral y por su capacidad para atraer a cada vez más obreros blancos jóvenes no organizados dedicados al trabajo manual,<sup>605</sup> el repertorio político del Frente Nacional se diversificó durante los años centrales de la década de los setenta, de manera que pasó a englobar no solo contiendas electorales, sino también intentos de marcar y reclamar territorio que consideraban que se había cedido a minorías racializadas, recurriendo para ello a grafitis estratégicamente situados, a la violencia arbitraria y, cada vez con más frecuencia, a organizar marchas en zonas con diversidad étnica. Este tipo de acciones las impulsaba el componente nacionalsocialista del Frente Nacional, que a mediados de los años setenta estaba en alza en la dirección del partido. Inspirándose en los nacionalsocialistas alemanes, creían, según Gerry Gable —veterano activista antifascista y cofundador de Searchlight—, «en la máxima del Dr. Goebbels: quien controle la calle logrará la victoria final».<sup>606</sup> Su objetivo estaba claro, como en la Alemania de Weimar en los años 20: intimidar a las comunidades minoritarias y a sus apoyos antirracistas en la izquierda socialista.

El verano de 1976, unos pocos meses después de los últimos éxitos electorales del Frente y en plena disputa por la cuestión de la población asiática de Malawi, Dinesh Choudhri, de 19 años, y Riphil Alhadidi, de 22, fueron apuñalados y asesinados por jóvenes blancos cuando ambos estudiantes se dirigían a un restaurante chino en South Woodford, Essex. En julio de 1976, Gurdip Singh Chaggar, de 18 años, también fue apuñalado y asesinado por un grupo de jóvenes blancos delante de un cine en Southall, suceso que supuestamente llevó a John Kingsley Read, líder de una pequeña organización de extrema derecha llamada Partido Nacional, a decir «uno menos; queda un millón». Y en septiembre de 1976, una mujer de 60 años, Mohan Dev Gautam,

---

604 Messina 1989: 112.

605 Taylor 1979.

606 Citado en Renton 2005: 21.

fue asesinada cuando una banda racista la sacó de su casa en Leamington Spa y le prendió fuego.<sup>607</sup>

Ningún sector de la vida social ni cultural británica parecía inmune a esta curva ascendente de odio racista. Iconos culturales destacados, como David Bowie, dieron claras muestras de inclinación por el nazismo en la época.<sup>608</sup> Entonces, en un concierto celebrado en Birmingham en agosto de 1976 —solo un mes después del asesinato de Gurdip Singh Chaggar— Eric Clapton, famoso músico de blues, rock y jazz, tuvo un explosivo arrebato, muy borracho, en el que declaró su apoyo a Powell y animó al público a «mantener el Reino Unido blanco».<sup>609</sup>

Esa muestra de racismo no quedó sin respuesta. En septiembre de 1976, el fotógrafo Red Saunders y el diseñador Roger Huddle, junto con otras cuatro personas, publicaron una carta para mostrar su indignación en semanarios musicales muy importantes, como *Sounds*, *NME* y *Melody Maker*, en la que declaraban:

Quando leímos que Eric Clapton había pedido apoyo para Enoch Powell en su concierto de Birmingham estuvimos a punto de vomitar. Venga, Eric... Te has pasado de vueltas con esa mierda del *Daily Express* y ya sabes que no te sienta bien. Admítelo. La mitad de tu música es música negra. Eres el mayor colonizador de la música rock. [...] Queremos organizar un movimiento de base contra el veneno racista en la música [...]. P. D.: ¿Quién disparó al *sheriff*, Eric? ¡Tú no, desde luego!<sup>610</sup>

600 personas escribieron para mostrar su apoyo y nació un movimiento social llamado Rock Against Racism [Rock contra el Racismo; RAR].<sup>611</sup> Red Saunders lo describía a mediados de los años setenta como

una emergencia. Estaban atacando y asesinando a personas. [...] Éramos fans de la música intentando que los chavales corrientes a los que les gustaba la música negra tuvieran voz. De ahí salió una campaña juvenil que no tenía que ver con la política aburrida y desfasada, sino que canalizó la energía de nuevos sonidos, como el punk y el reggae.<sup>612</sup>

---

607 Sivanandan 1982.

608 Buckley 2005: 250–255.

609 Denselow 1989: 138–139; véase también «Blood and Glory», de Ed Vulliamy en *The Observer*, 4 de marzo de 2007.

610 Citado en Widgerly 1986: 40.

611 Renton 2006: 34.

612 Citado en Sawyer 2007.

La intención era cambiar los valores políticos de la juventud británica, usar la música como medio para transmitir un mensaje antirracista a un público joven que no se sumaría a la acción antirracista escuchando discursos socialistas. Los objetivos de RAR cristalizaron en el primer número de su fanzine, *Temporary Hoarding*, en el que se afirmaba:

Queremos música rebelde, música de la calle. Música que acabe con el miedo que se tienen unas personas a otras. Música de crisis. Música de ahora. Música que sepa quién es el verdadero enemigo. Rock contra el Racismo (RAR). Ama la música, odia el racismo.<sup>613</sup>

A los tres meses de su formación, su objetivo se materializó en el primer evento de RAR, celebrado en el Royal College of Art el 10 de diciembre de 1976 con Carol Grimes como cabeza de cartel.<sup>614</sup> Enseguida le siguieron otros eventos musicales en los que participaron Aswad, Steel Pulse y Matumbi. RAR creció de forma espectacular y en tres años pasó rápidamente «de una carta en la prensa musical a una organización nacional con capacidad para organizar grandes festivales al aire libre».<sup>615</sup>

Paul Gilroy, en una de las pocas interpretaciones académicas de la trayectoria de RAR, relaciona su éxito con el simultáneo «crecimiento del punk». El hecho de que se tomasen temas y puntos de vista claves del reggae permitió a los músicos punk proporcionar un lenguaje de oposición a través del cual RAR podía expresar una política auténticamente populista:

La aterradora idea de «Babylon System» permitió que expresiones aparentemente dispares y contradictorias de la crisis nacional se considerasen un todo complejo, interrelacionado, una estructura coherente de la cual el racismo era una característica esencial, lo que ejemplificaba y simbolizaba el carácter inaceptable de todo el edificio capitalista autoritario.<sup>616</sup>

En 1976, ya eran evidentes las primeras grietas en el racismo omniabarcante al que las minorías racializadas llevaban enfrentándose desde los años cincuenta. Los dirigentes nacionales del movimiento sindical, guiados por la presión socialista de

---

613 Renton 2005: 33.

614 Widgery 1986: 56.

615 Widgery 1989: 119–120.

616 Gilroy 1987: 159.

sus bases, se habían comprometido formalmente a tomar medidas para cuestionar el racismo y el fascismo, y RAR supuso la aparición de las primeras señales de que algunos segmentos de la juventud blanca también estaban abiertos a ese mensaje. Este proceso era una muestra, ante todo, de que una parte, pequeña pero en alza, de la comunidad blanca acababa de descubrir la seguridad y el deseo de unirse a las personas de las comunidades minoritarias que cuestionaban activamente el racismo.

### **La huelga de Grunwick**

En agosto de 1976 —unas semanas antes de que naciese RAR— unas cuantas mujeres, la mayoría asiáticas, con Jayaben Desai a la cabeza, se habían declarado en huelga en respuesta a la «gestión arbitraria y opresiva en un centro de revelado fotográfico» del norte de Londres.<sup>617</sup> Grunwick, que tenía unos 440 empleados, la mayoría mujeres de origen indio, era conocida por las duras condiciones en las que se pretendía que trabajase su mano de obra. Esto se debía, en parte, a la actividad comercial de Grunwick, que «consistía en procesar las fotos de los clientes a coste bajo y con plazos de entrega cortos». Sin embargo, en lugar de invertir en automatizar las distintas partes del proceso de producción, la empresa optó por maximizar la productividad «amenazando de continuo a las trabajadoras con despedirlas si no respondían a los intentos de aumentar la producción».<sup>618</sup> Se establecieron sin previo aviso las horas extra obligatorias y el acoso racista era muy habitual. Además, la dirección solía tratar a sus empleadas de forma degradante cuando intentaban conseguir autorización para ir a clínicas prenatales e incluso existían restricciones sobre cuándo podían ir al baño. Esta intolerable intensificación del trabajo la supervisaba un director llamado Malcolm Auden desde una oficina con paredes de cristal desde la que podía vigilar a la plantilla de mujeres asiáticas. La presión era tan insoportable que durante las seis semanas previas a la huelga habían abandonado sus puestos de trabajo 27 de las 102 empleadas del departamento de pedidos por correo.<sup>619</sup>

---

617 Pearson *et al.* 2010: 409.

618 Pearson *et al.* 2010: 414.

619 Pearson *et al.* 2010: 415.

El conflicto propiamente dicho se desencadenó cuando Jayaben Desai y su hijo Sunil se negaron a hacer horas extra y abandonaron su puesto, junto con Devshi Bhudia, Chandrakant Patel, Bharet Patel y Suresh Ruparelia. Desai luego lo recordaba así:

«no lo pensé. Simplemente me marche con mi dignidad intacta. No quería trabajar en un sitio así. [...] Así que me fui por dignidad y porque tenía confianza en mí misma».<sup>620</sup>

Poco después, 137 mujeres, la mayoría asiáticas, siguieron el ejemplo de Desai, abandonaron sus puestos de trabajo y se sumaron al piquete iniciado por ella. Se había declarado la huelga. Las huelguistas decidieron crear un sindicato y, tras recibir asesoramiento del Consejo Gremial de Brent y de Tom Durkin en particular, se unieron a la Asociación de Personal Profesional, Ejecutivo e Informático (APEX). En cuanto se afiliaron, APEX oficializó la huelga y ofreció el subsidio de huelga a las implicadas en el conflicto. La dirección de Grunwick, encabezada por el copropietario George Ward, reaccionó despidiendo a todas las huelguistas. Pero ellas se negaron a ceder y declararon ante el empresario, con actitud desafiante, que «si te niegas a hablar con nosotras, cortaremos todos los grifos, uno por uno, hasta que no te quede otro remedio que hacerlo».<sup>621</sup> Para ello, necesitaban el apoyo de otros grupos de trabajadores y, esta vez, «el apoyo a la huelga desde sectores del movimiento obrero británico fue rápido y generalizado».<sup>622</sup>

En la conferencia anual del TUC de 1976, Roy Grantham, Secretario General de la APEX, instó a los sindicalistas a brindar su apoyo a las huelguistas. Sacó de forma explícita el tema del racismo, aduciendo que era un componente central en la explotación que sufrían las trabajadoras del sur de Asia. Tom Jackson, del Sindicato de Trabajadores del Servicio Postal (UPW), prometió su apoyo y se comprometió a interrumpir la entrega del correo dirigido a Grunwick o enviado desde allí, lo que en la práctica impedía el funcionamiento de la empresa. Se estableció un flujo de acción solidaria tanto desde los líderes de sindicatos naciona-

---

620 Citada en Pearson et al. 2010: 418.

621 Phizacklea y Miles 1978: 270.

622 Ramdin 1987: 289.

les como por parte de trabajadores de base. Llegaron donaciones de trabajadores locales de «Mulliner Park Ward, la Delegación de Personal de Rolls Royce, Express Dairies, Associated Automation (GEC), el TGWU y la oficina local de Cricklewood del UPW». <sup>623</sup> El 1 de noviembre de 1976, los trabajadores del servicio postal que pertenecían al UPW dejaron de repartir el correo de Grunwick. A pesar de esas muestras de solidaridad, la negativa de la dirección de la empresa a ceder ante las demandas de las huelguistas, sumada a la gestión demasiado burocrática del conflicto por parte de la APEX, obligaron al comité de huelga local a convocar un piquete masivo en la empresa durante una semana en junio de 1977.

Diez meses después del comienzo del conflicto, se inició un piquete masivo de entre 1000 y 2000 personas en la semana del 13 de junio de 1977. Para finales de la semana ya contaba con 3000 integrantes, incluidos los mineros de los yacimientos de carbón de Gales del Sur y de Yorkshire, estos últimos encabezados por Arthur Scargill. <sup>624</sup> El 23 de junio, dos autobuses llenos de mineros de Barnsley pasaron toda la noche en ruta para unirse al piquete, como también hicieron los mineros escoceses dirigidos por Mick McGahey. Estas acciones de solidaridad, combinadas con la plantilla del servicio de correos, que seguía sin entregar el correo de Grunwick, y con los conductores contratados del TGWU, que se negaron a llevar a la policía a las instalaciones de la empresa, pusieron de manifiesto la importancia de este conflicto para el movimiento obrero. <sup>625</sup> El piquete más multitudinario tuvo lugar el 11 de julio de 1977, cuando unas 18 000 personas — entre ellas trabajadores, feministas y antirracistas— se unieron a Desai y al resto de huelguistas en una muestra de solidaridad sin precedentes. <sup>626</sup> Llama particularmente la atención la solidaridad de los estibadores de Londres que, en 1968, habían organizado una marcha al Parlamento para mostrar su apoyo al discurso racista de Enoch Powell sobre los «ríos de sangre» al grito de «*Back Britain, not Black Britain*» [«Que nos devuelvan el Reino Unido, no al Reino Unido negro»] y pidiendo que se pusiera fin a la inmigra-

---

623 Ramdin 1987: 292.

624 Rogaly 1977: 178.

625 Rogaly 1977: 173; R. Ramdin, *The Making of the Black Working Class in Britain*, op. cit.

626 Rogaly 1977: 182.

ción negra. Ahora en Grunwick, menos de una década después, en pleno auge de la radicalización sindical y política, algunos de esos mismos estibadores portaban la pancarta de los Representantes Sindicales de los Muelles Reales a la cabeza de un piquete masivo para apoyar a la plantilla de Grunwick, en su mayoría asiática.<sup>627</sup>

En noviembre de 1977 el piquete masivo continuaba; participaron en él 8000 personas. Se produjeron enfrentamientos multitudinarios con la policía, que se saldaron con 243 participantes del piquete heridos y con 113 arrestos. Pero a partir de entonces el apoyo al conflicto empezó a decaer. Los problemas relacionados con el papel contradictorio del TUC como intermediario responsable de arbitrar y gestionar la relación entre el capital y los trabajadores estaban cada vez más presentes.<sup>628</sup> El TUC, presionado por el Gobierno laborista para que aplicase el contrato social y gestionase las relaciones laborales en la industria de forma más efectiva, insistió en que el control del conflicto debía ponerse en manos de la ejecutiva de la APEX. Además, la dirección de la oficina de correos despidió a los trabajadores que habían boicoteado a Grunwick. En noviembre de 1977, haciendo un último esfuerzo, algunas de las huelguistas de Grunwick iniciaron una huelga de hambre frente a la oficina central del TUC para reclamar un apoyo más efectivo. Desai señaló, con gran agudeza, que «el apoyo del TUC es como tener miel en el hombro: puedes verla, puedes olerla, pero no llegas a probarla».<sup>629</sup> La reacción de la APEX fue suspender a quienes se habían declarado en huelga de hambre y quitarles el subsidio de huelga. Sin capacidad para que se materializasen cambios, la huelga terminó abandonándose después de 670 días, el 14 de julio de 1978, sin que se hubieran satisfecho ninguna de las demandas de las huelguistas.

Pese a la decepción de la derrota, el conflicto de Grunwick ayudó a evidenciar cómo, en menos de una década, la conciencia política de partes de la clase obrera organizada había sufrido una transformación orgánica radical. Grupos clave de trabajadores habían pasado de estar sujetos a un concepto limitado sobre la

---

627 Virdee 2000.

628 Anderson 1977; Kelly 1988.

629 Citada en Pearson *et al.* 2010: 409.



idea de clase que encajaba muy bien en las nociones dominantes de raza y nación a un lenguaje de clase más inclusivo que ahora también podía incluir a las personas trabajadoras que pertenecían a minorías racializadas. Los activistas socialistas fueron esenciales para facilitar esta transformación política. Estaba formándose una clase obrera asiática, negra y blanca; el proceso era irregular y contradictorio, pero desde luego estaba presente en la crisis orgánica del capitalismo británico de los años setenta.

**«We are black, we are white, together we are dynamite»:<sup>630</sup>  
la Liga Antinazi**

Mientras *So you win again* de Hot Chocolate y *I feel love* de Donna Summer encabezaban las listas de éxitos del pop del Reino Unido durante varias semanas seguidas en julio de 1977, el epicentro de la actividad antirracista se desplazó a Lewisham, en el sudeste de Londres, una zona con mucha población caribeña. Acababan de arrestar a 21 jóvenes negros acusados de conspiración para robar carteras. Sin embargo, había sospechas sobre la validez de los cargos y se creía que los sospechosos habían sido tratados sin ningún miramiento durante su arresto, y además se reveló que algunos policías locales se habían referido a la operación policial como «Operación PNH» —acrónimo de *Police Nigger Hunt* [caza policial de negros]—;<sup>631</sup> todo ello condujo a las familias de los acusados a orquestar una campaña de defensa.

Con la tensión ya muy elevada, el Frente Nacional anunció su intención de marchar por Lewisham para llamar la atención sobre su supuesto «problema de atracos». Sin embargo, en verano de 1977 ya habían surgido muchísimas organizaciones antirracistas a escala local y nacional, además de formaciones políticas negras y asiáticas consolidadas, y muchas de ellas declararon que se opondrían al Frente Nacional con una contramanifestación. Una de estas organizaciones era la Campaña del Conjunto de Lewisham contra el Racismo y el Fascismo (ALCARAF), presidida por Mike Power, miembro del CPGB. La ALCARAF era uno de

---

630 «Somos negros, somos blancos, juntos somos dinamita»; verso con el que termina la canción *White Youth*, del grupo punk Crisis, que actuó en uno de los festivales organizados por la ANL. El verso se convirtió en uno de los eslóganes del movimiento antirracista británico [N. de la T.].

631 Renton 2006: 53–54.

los muchos comités antirracistas locales que se crearon en Londres tras los enfrentamientos con el Frente Nacional en Wood Green en abril de 1977. La mayoría estaban afiliados al Comité Coordinador Antirracista y Antifascista del Conjunto de Londres (ARAFCC). El ARAFCC y sus afiliados locales eran básicamente grupos de base amplia que aglutinaban a cualquiera —desde liberales hasta miembros del CPGB— que quisiera unirse a la oposición colectiva contra el racismo y el fascismo.

Durante los días previos a la marcha propuesta para el 13 de agosto de 1977, hubo división de opiniones entre la ALCARAF y otros interlocutores, como los Socialistas Internacionales (SI) —que acababan de rebautizarse como el Partido Socialista de los Trabajadores (SWP)—, con respecto a qué táctica adoptar para plantar cara al Frente Nacional. En concreto, el comité de la ALCARAF deseaba demostrar públicamente su oposición al Frente Nacional, pero evitando la confrontación con sus adversarios, mientras que el SWP quería evitar la marcha del Frente Nacional. Algunos integrantes del ARAFCC, como su afiliado feminista Mujeres contra el Racismo y el Fascismo (WARF), decidieron participar en las dos manifestaciones.<sup>632</sup>

La mañana del 13 de agosto de 1977, la marcha de la ALCARAF, encabezada por dignatarios locales, transcurrió sin incidentes. Pero por la tarde, cuando 800 miembros del Frente Nacional se reunieron para marchar por New Cross Road se encontraron frente a frente con 5000 oponentes entre los que se encontraban miembros de la comunidad local, activistas feministas, sindicalistas e integrantes del SWP y de otras formaciones socialistas. La policía no podía abrir hueco y a los miembros de la marcha del Frente Nacional (NF) les cayó encima «una lluvia de botellas, ladrillos, bloques de madera, latas de cerveza, adosquines rotos y bombas de humo» mientras les «arrebataban y quemaban» las pancartas.<sup>633</sup> A pesar de que un tercio de la policía londinense estaba de servicio ese día y de que se usaron por primera vez escudos antidisturbios en territorio británico no colonial,<sup>634</sup> no consiguieron hacer posible la marcha del Frente Nacional por Lewisham.

---

632 Bourne 2007.

633 Widgery 1986: 48.

634 Renton 2006: 67.

Aunque quienes se oponían al NF procedían de contextos políticos diversos, fue el SWP la formación que tomó la iniciativa y creó una organización nacional que atrajo a esa creciente cantidad de activistas socialistas del Partido Laborista, a sindicalistas y también a jóvenes asiáticos, negros y blancos no afiliados que querían plantar cara al racismo y al fascismo. En noviembre de 1977 se creó la Liga Antinazi (ANL). La diversidad de fuerzas sociales que representaba la ANL se reflejaba en su estructura organizativa. Los tres cargos ejecutivos los ocupaban Peter Hain (responsable de prensa), un destacado opositor del *apartheid* y del racismo; Ernie Roberts (tesorero), parlamentario del ala izquierda del Partido Laborista y subsecretario general del Sindicato Unido de Trabajadores del Sector de la Ingeniería, y Paul Holborow (organizador), miembro del SWP. En la Comisión Directiva también estaban otros cuatro parlamentarios laboristas (Martin Flannery, Dennis Skinner, Audrey Wise y Neil Kinnock); Simon Hebditch, antiguo miembro de Young Liberal, la asociación de las juventudes liberales; Maurice Ludmer, de la organización antifascista Searchlight; Miriam Karlin, actriz de ascendencia judía británica, y, por último, dos miembros del SWP: Nigel Harris y Jerry Fitzpatrick. Además, la Liga recibió el respaldo de otros 40 parlamentarios laboristas, como Tony Benn y Gwyneth Dunwoody, y también de Arthur Scargill (del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Minería) y de Tariq Ali (del Grupo Marxista Internacional). Esta coalición antifascista, dirigida en su inmensa mayoría por socialistas, se complementaba con diversos mecenas: figuras célebres que prestaban su apoyo a la política antifascista de la ANL. Algunos de los personajes más destacados fueron los entrenadores de fútbol Terry Venables y Brian Clough, los escritores Arnold Wesker y Keith Waterhouse y los actores Julie Christie y Warren Mitchell (famoso este último por interpretar al personaje racista de Alf Garnett en la comedia televisiva *Till Death Us Do Part*).<sup>635</sup>

La ANL se fundó oficialmente en la Cámara de los Comunes y en su primer comunicado de prensa se afirmaba:

Por primera vez desde Mosley en los años treinta se plantea la inquietante posibilidad de que un partido nazi consiga apoyos relevantes en el Reino Unido. [...] Los líderes, la filosofía y los orígenes del Frente

---

635 Renton 2006.

Nacional y de organizaciones similares provienen directamente de los nazis alemanes. [...] No deben quedarse sin oposición. Hay que concienciar a los votantes normales y corrientes de la amenaza que supone el Frente Nacional.<sup>636</sup>

Enseguida se forjó una gran red de miembros que ayudaban a organizar actividades con el fin de exponer al Frente Nacional como racistas fascistas, asociando su política con la de los nacionalsocialistas de la Alemania nazi y señalando las consecuencias de permanecer indiferentes ante ellos: el genocidio de las supuestas «razas inferiores» y la destrucción del movimiento obrero organizado. Además, se cuestionaron activamente los argumentos racistas relacionados con la criminalidad, el desempleo y la repatriación de las personas negras en diversas publicaciones en formato efímero.

La ANL también trató de contraponer su propia visión embrionaria de una sociedad alternativa basada en el amor en lugar de en el odio y en la solidaridad multiétnica en vez de en la división racial. Donde mejor se reflejó esta idea fue en los festivales multitudinarios que organizó junto a RAR en 1978 y 1979. El primero, celebrado en Victoria Park el 30 de abril de 1978, congregó a personas de toda la nación; de hecho, llegaron más de 40 autobuses de Glasgow, un tren entero de Manchester, y otros 15 autobuses desde Sheffield.<sup>637</sup> La marcha hasta el lugar donde se celebraba el festival en Victoria Park, en el este de Londres, la encabezaban dos figuras gigantes de Martin Webster y Adolf Hitler en papel maché, elaboradas por Peter Fluck y Roger Law, los creadores de *Spitting Image*. En el propio festival, artistas como The Clash, X-Ray Spex, Tom Robinson y Steel Pulse tocaron para más de 80 000 personas. Peter Hain, Vishnu Sharma —de la Asociación de Trabajadores Indios (IWA)— Miriam Karlin y Ray Buckton pronunciaron discursos contra el racismo y el fascismo. Raphael Samuel —un miembro esencial del grupo de historiadores del CPGB— describió la marcha hasta el festival como «una de las manifestaciones más de clase obrera en las que he participado y una de las pocas en mi vida adulta que ha modificado de forma apreciable el ambiente de la opinión pública».<sup>638</sup> Al evento del

---

636 Citado en Renton 2006: 81.

637 Widgery 1986: 84.

638 Renton 2006: 121.

Victoria Park le siguieron otros festivales en Manchester, Cardiff, Edimburgo, Harwich y Southampton, que terminaron con un segundo festival en Londres, en Brockwell Park, el 24 de septiembre de 1978. Allí, más de 100 000 personas vieron tocar a Sham 69, Crisis, Inganda, RAS y The Ruts, entre otros.<sup>639</sup>

Estos eventos multitudinarios congregaron a miles de personas dispares en la celebración abierta de un Reino Unido multiétnico, lo que les dio más confianza para plantar cara al racismo del que eran testigos en su vida cotidiana. Se crearon un montón de grupos locales siguiendo la estela de la ANL, como Estudiantes contra los Nazis, Profesores contra los Nazis, Escolares contra los Nazis, Patinadores contra los Nazis, Aficionados al Fútbol contra los Nazis, etc., todos ellos con el objetivo de rechazar las ideas racistas y fascistas en sus correspondientes ámbitos. Los sindicalistas, radicalizados por los conflictos de clase de principios de los años setenta y seducidos por las ideas antirracistas de los activistas socialistas, también participaron en los eventos de la ANL. En febrero de 1979, 200 personas asistieron a una conferencia de Mineros contra los Nazis celebrada en Barnsley. Los ponentes fueron Arthur Scargill, el presentador de televisión Jonathan Dimbleby, Paul Holborow y Alex Biswas. El comité de enlaces sindicales del puerto de Londres se afilió a la ANL, lo que fue todo un hito, dado que se habían declarado en huelga para apoyar a Powell en 1968.

Los ataques racistas no se detuvieron de repente cuando apareció la ANL. Altab Ali, operario bangladesí de una fábrica textil en Wapping, fue asesinado a los pocos días del primer festival de la ANL en Victoria Park. Y hubo más víctimas. Por ello, junto a los festivales y a otros eventos de ese tipo se organizaron marchas y manifestaciones contra el NF. Entre noviembre de 1977 y abril de 1979, el NF y la ANL, así como las comunidades negras y asiáticas, se vieron envueltos en una lucha continua en la que cada bando adaptaba su repertorio de acciones para burlar, sortear y ajustarse a las actividades del otro. En una de esas manifestaciones organizadas en Southall, en el oeste de Londres, el 23 de abril de 1979, en plena batalla entre la policía y miembros de la ANL, la IWA, la Unión de los Pueblos y el Movimiento Juve-

---

639 Renton 2006: 132.

nil de Southall, murió Blair Peach, maestro de escuela de nueva Zelanda y activista de la ANL. Peach había acudido para demostrar su oposición al NF y a sus intentos de organizar marchas a modo de provocación por zonas con un porcentaje considerable de población india sij. Es posible que la creciente asociación del NF con el desorden social fuese lo que truncó sus esperanzas de éxito electoral.<sup>640</sup> Un mes después de los acontecimientos de Southall, y aunque se presentaba a más de 300 escaños, el NF solo consiguió salvar unos pocos de los depósitos que se pagan para poder presentarse como candidatos en las elecciones generales de mayo de 1979, porque el porcentaje de votos que recibió a nivel nacional se redujo al 1,3%.

### **Una valoración de la Liga Antinazi**

¿Contribuyó la ANL al declive del Frente Nacional? Esta pregunta no tiene una respuesta sencilla. La sustitución en 1975 de Edward Heath —el archienemigo de la derecha racista en el partido tory— por Margaret Thatcher —una de las principales representantes de la nueva derecha— constituyó un cambio importante en la política de los conservadores (también en su postura respecto a la raza) que pasó bastante desapercibido en ese momento. En enero de 1978, Thatcher había declarado en Granada TV:

Creo que a la gente de verdad le da mucho miedo que este país pueda inundarse de personas con una cultura diferente y, bueno, ya se sabe, el carácter británico ha hecho tanto por la democracia y por la ley, ha hecho tanto en todo el mundo, que si existe cualquier tipo de miedo a que pueda producirse esa inundación, la gente va a adoptar una actitud muy hostil hacia quienes vengan.<sup>641</sup>

Esta declaración fue un mensaje entre líneas para invitar a los *tories* decepcionados que se habían unido al Frente Nacional indignados porque Heath había censurado a Powell a que volvieran a casa, a su partido natural, porque todos esos asuntos ya se habían puesto en orden.

Aunque sin duda esa cuestión fue el principal «factor de atracción» para conseguir que los conservadores decepcionados

---

640 Messina 1989.

641 Widgery 1986: 14.

volvieron al redil, las actividades de la ANL fueron el «factor de repulsión» por el que muchos de los conservadores nostálgicos del Imperio —que en ese momento simpatizaban con el Frente Nacional— se dieron cuenta de que los asuntos que les preocupaban se tratarían mejor en el partido de Margaret Thatcher. En 1982, cuando Peter Hain presentó una demanda por difamación contra Martin Webster —uno de los líderes del Frente Nacional—, recordó que Webster había declarado que

[...] antes de 1977, el NF era imparable y que él mismo estaba en camino de convertirse en primer ministro. Pero de repente la Liga Antinazi estaba por todas partes y los noquéó sin contemplaciones. Está claro que todavía escuece. Afirmó que la mera presencia de la ANL había hecho imposible que los miembros del NF estuvieran en las calles, había hecho añicos su afiliación y reducido su porcentaje de voto.<sup>642</sup>

Fue precisamente esta capacidad de la ANL de dar forma, y después movilizar, a una comunidad de personas antirracistas, sobre todo antirracistas «blancas» comprometidas, lo que debilitó al Frente Nacional y obligó a muchas personas de las clases medias racistas y a *tories* de clase obrera más respetuosos a volver al Partido Conservador. Además, es muy poco probable que una comunidad como esa, formada fundamentalmente por personas antirracistas de clase obrera, hubiera surgido a mediados de los años setenta de no haber sido por la radicalización política que tuvo lugar en importantes sectores de la clase obrera (también entre la juventud obrera). Para que esa revuelta coincidiese en parte con la lucha contra el racismo fueron esenciales las fuerzas mediadoras de la izquierda socialista.

Curiosamente, la valoración académica de mayor autoridad sobre la ANL —el primer y único movimiento social antifascista masivo del Reino Unido—, realizada por Paul Gilroy (1987), es muy crítica con la ANL. A diferencia de su interpretación favorable de RAR, Gilroy critica dos cuestiones a la ANL. En primer lugar, sostiene que su creación redujo una lucha emergente contra el racismo y el capitalismo para que se quedase solamente en plantar cara al fascismo. Es decir, que, a diferencia de RAR, que manejaba un concepto amplio de racismo que vinculaba «la actividad neofascista de forma directa con las acciones

---

642 Hain citado en Widgerly 1986: 111.

de organismos estatales, sobre todo de los juzgados, la policía y las autoridades de inmigración»,<sup>643</sup> el objetivo de la ANL era:

[...] imponer la eliminación del nazismo como prioridad en la conciencia política diversa y compleja que había conseguido cristalizar RAR. [...] La definición acotada del problema de la «raza» como producto del fascismo [...] impuso a este movimiento una vida más corta y unos objetivos más limitados. Se estaban redefiniendo las metas del antirracismo. Se estaba renunciando a la búsqueda de la «igualdad de derechos y justicia» inspirada en el movimiento rastafari [...] en favor del objetivo menos ambicioso de aislar y eliminar a los partidos fascistas en las urnas.<sup>644</sup>

Uno de los problemas clave del razonamiento de Gilroy, no obstante, es la forma abrupta en la que yuxtapone RAR a la ANL, cosa que transmite a los lectores la impresión de que, en cierta manera, la ANL sustituyó o integró a RAR en su estilo más limitado de acción política. Pero las dos organizaciones fueron muy complementarias a lo largo de su existencia, que en su mayoría coincidió en el tiempo. RAR se creó en septiembre de 1976 —15 meses antes que la ANL—, pero no organizó su primer evento musical hasta diciembre de 1976 y el primer número de su revista, *Temporary Hoarding*, se publicó en mayo de 1977, es decir, apenas seis meses antes de que se formase la ANL.<sup>645</sup> La existencia de RAR no solo coincidió durante la mayor parte del tiempo con la de la ANL, sino que además su ritmo de actividad se incrementó de forma notoria después de que se crease la ANL, cuando su mensaje antirracista y anticapitalista más transversal llegó a un público más numeroso gracias al crecimiento exponencial de eventos musicales que se produjo desde principios de 1978. RAR nunca se limitó a ser la «sección de entretenimiento de la ANL».<sup>646</sup> Sus fundadores originales buscaban precisamente esa complementariedad cuando abogaron por un «movimiento de base contra el veneno racista en la música rock» y por que «las personas blancas y negras se unan y luchen siguiendo las líneas básicas de la clase».<sup>647</sup>

---

643 Gilroy 1987: 157.

644 Gilroy 1987: 172.

645 Widgery 1986; Renton 2006.

646 Widgery 1986.

647 Goodyer 2009.



De manera similar, Gilroy caricaturiza a la ANL afirmando que funcionaba dentro de una especie de caja herméticamente cerrada que evitaba que las ideas sobre el racismo y el capitalismo se «filtrasen» en su trabajo. RAR y la ANL no solo compartían una parte considerable de su personal,<sup>648</sup> sino que Gilroy ignora hasta qué punto la propia ANL era una coalición amplia, fundamentalmente socialista, de personas y grupos antirracistas y antifascistas. Había integrantes, como el SWP y el IMG, que eran internacionalistas socialistas, y otros, del CPGB y del Partido Laborista, que eran principalmente nacionalistas socialistas. Además de agruparse para combatir al NF, también entraron en un saludable debate sobre el fascismo y su relación con el racismo y el capitalismo. Una señal de este análisis más amplio fue el debate y la posterior adopción de una política de oposición a todos los controles de inmigración en la primera conferencia nacional de la ANL celebrada en 1978. Además, el SWP —el principal partido político que impulsó la creación de la ANL— publicaba con regularidad material sobre el racismo de Estado y fabricaba pancartas para las manifestaciones en las que se declaraba de forma explícita «Parad a los nazis. No a los controles de inmigración», dejando claro a todos los asistentes los vínculos entre el racismo de Estado y el fascismo.<sup>649</sup> Quienes participaban en actividades relacionadas con la ANL también mantenían su labor de concienciación antirracista a través de sus sindicatos particulares, en sus comunidades y en sus propias formaciones políticas. Es curioso, por ejemplo, que Gilroy no tenga nada que decir sobre el antirracismo emergente en el movimiento sindical ni sobre el conflicto de Grunwick en particular. La imagen monocromática de la ANL que ofrece Gilroy no se parece demasiado al movimiento social complejo y fluido de diversas corrientes políticas que la Liga era en realidad. Y en esas circunstancias, ningún sello hermético entre el antifascismo y la conciencia antirracista más generalizada podía mantenerse durante mucho tiempo.

La segunda crítica que Gilroy dirige a la ANL es que viraron del antirracismo al antifascismo evocando una forma de nacionalismo y patriotismo británicos:

---

648 Véase Goodyer 2009.

649 Davidson 2006.

La idea de que los nazis británicos no eran más que patriotas de pa-cotilla que manchaban la bandera británica por el mero hecho de usarla era un elemento central en los folletos de la ANL. Este falso patriotismo se exponía y se contrastaba con el espíritu nacionalista genuino que se había creado en el mejor momento del Reino Unido: la guerra «antifascista» de 1939–45.<sup>650</sup>

Según Gilroy, este viraje de dirección política se debió al deseo de los dirigentes de la ANL de hacer un «llamamiento concertado a los votantes de más edad, e implicaba la apelación directa a sus recuerdos del antifascismo de los años treinta y cuarenta».<sup>651</sup> Además, sostiene que, si bien el hecho de resaltar

...el carácter nazi de la política neofascista y racista dejando fuera cualquier otra consideración [...] podría haber conducido a la derrota electoral del NF, del Movimiento Británico y de sus aliados, [...] esto se consiguió, irónicamente, reavivando los elementos del nacionalismo y la xenofobia que había visto Britania en los momentos más oscuros de la II Guerra Mundial.<sup>652</sup>

De nuevo, resulta difícil sostener esas afirmaciones, sobre todo teniendo en cuenta la publicación de Renton<sup>653</sup> sobre la historia de la ANL. Su análisis de la ANL, de extensión similar a un libro, tiene la virtud de recurrir a una exhaustiva investigación del material de campaña original que hay en los archivos, como periódicos, boletines informativos, fanzines y otros materiales efímeros, y se combina todo ese material con más de 80 entrevistas a activistas destacados. Lo que queda claro en la versión de Renton es que el objetivo de las imágenes de la guerra, de los campos de concentración y de miembros del Frente Nacional vestidos con el uniforme nazi era llamar la atención del público sobre los peligros de que el fascismo llegara al poder estatal. Se pretendía elaborar una asociación, tanto visual como por escrito, que identificase a los integrantes del NF como los exponentes modernos del racismo nazi. Como explica Roger Huddle, miembro fundador de RAR y uno de los principales activistas de la ANL:

El argumento no tenía que ver con la guerra; tenía que ver con la naturaleza del fascismo. Teníamos que mostrar que el NF era sinónimo de

---

650 Gilroy 1987: 171.

651 Gilroy 1987: 173.

652 Gilroy 1987: 174–175.

653 Renton, 2006.

los campos, de la esvástica, de los campos de exterminio para la población judía y gitana.<sup>654</sup>

Tras un estudio exhaustivo del material de archivo, Renton concluye que

ese lenguaje prácticamente no aparece en ninguna de las publicaciones de la ANL. Las referencias en el material de la Liga a los héroes de la II Guerra Mundial, las descripciones positivas de «Britania»... Simplemente no existen, [...] estos antifascistas nunca defendieron que la mejor alternativa al Frente Nacional fuese volver al espíritu del Reino Unido durante la guerra.<sup>655</sup>

La insistencia de Gilroy en interpretar las actividades de la ANL usando un concepto del racismo determinado por el color de la piel homogeneiza la experiencia «blanca» en el Reino Unido e invisibiliza las historias, muchas veces relacionadas, de opresión racista de grupos sociales percibidos como blancos. Aplicar una idea multimodal del racismo ayuda a poner al descubierto que muchas de esas personas activistas que lideraban la ANL o participaban en ella eran, ellas mismas, descendientes de minorías. Además de una serie de activistas caribeños e indios entre los que se encontraban figuras como Tony Bogues, Kim Gordon, Balwinder Rana, Avtar Jouhl y Vishnu Sharma, también participaban muchas personas de ascendencia católica irlandesa y judía. Algunos de esos activistas de origen judío con mucho peso en la ANL fueron Miriam Karlin, Maurice Ludmer, Steve Jefferys, Dave Landau, Neil Rogall, Sherrl Yanowitz, David Rosenberg, Tony Cliff, Chanie Rosenberg y John Rose. También fueron relevantes los activistas de ascendencia católica irlandesa, como Jerry Fitzpatrick, Mickey Fenn, Ted Parker, Eddie Prevost y Eamonn McCann.

En el Reino Unido de los años setenta, era el grupo de «personas blancas» menos proclive que se pudiera encontrar a evocar un concepto tradicional del nacionalismo británico para dar forma a un movimiento social antifascista. Al contrario; fueron decisivas en la formación de la ANL porque su preocupación por el racismo contra las personas asiáticas y negras había activado sus propias historias de opresión racista y religiosa.

---

654 Citado en Renton 2006: 126.

655 Renton 2006: 127.

Además, las personas de ascendencia judía y católica irlandesa seguían sufriendo cierto grado de racismo antisemita y antiirlandés en el Reino Unido de los años setenta. El Frente Nacional continuaba reproduciendo su racismo antisemita representando al «judío» como el «enemigo interior», como un virus que actuaba de mediador para atraer a cada vez más «extranjeros de color» a tierras británicas; a las personas de ascendencia católica irlandesa, por su parte, se les recordó su propia situación problemática en el Reino Unido cuando, en 1969, el RUC [el cuerpo policial de Irlanda del Norte] intervino en el Bogside de Belfast usando gas lacrimógeno contra los católicos que marchaban a favor de los derechos civiles.<sup>656</sup>

Los problemas en Irlanda del Norte contribuyeron a que se mantuviese un flujo constante de mujeres y hombres católicos irlandeses en el movimiento socialista durante toda la década de los setenta, no solo de la misma Irlanda del Norte, sino también del seno de la diáspora de católicos irlandeses, fundamentalmente de la clase obrera, afincados en tierras británicas. Ted Parker y Jerry Fitzpatrick, organizadores de la manifestación antifascista de Lewisham en agosto de 1977, eran de ascendencia católica irlandesa, y Fitzpatrick había participado como activista en la campaña Derry Libre. «Soy de origen irlandés. Estuve en Derry en 1969. Había visto la resistencia en el Bogside; eso fue un factor. Queríamos organizarnos de la misma manera».<sup>657</sup> Estos activistas utilizaron las redes étnicas de la diáspora irlandesa para ayudar a constituir las protestas contra el NF en Lewisham:

Muchas personas irlandesas nos proporcionaron apoyo y logística. [...] Había un centro irlandés al lado de nuestra sede. Podíamos ir allí, y también a los pubs y a los bailes irlandeses, a recaudar dinero, a hablar del NF como la encarnación más reciente del imperialismo británico y a solicitar apoyo.<sup>658</sup>

Esta movilización de la diáspora católica irlandesa se mantuvo cuando apareció la ANL. Mike Barton, un activista de la oficina de la ANL, recuerda la gran cantidad de personas ir-

---

656 Hall *et al.* 1978: 259.

657 Citado en Renton 2006: 51.

658 Citado en Renton 2006: 58.

landesas «que participaron en la Liga Antinazi, de segunda generación, cuyas familias habían sufrido discriminación en el pasado». Contó un incidente concreto en el que se vio envuelto Jimmy Fenn —boxeador de peso ligero—, al que los miembros del NF tacharon de «traidor a la raza» cuando asistió a una manifestación antifascista. Barton explica que Fenn respondió con una serie de gestos con los que daba a entender «¿Yo? ¿Traidor a la raza? No. Soy irlandés». <sup>659</sup> De forma más general, tal vez no fuese una coincidencia que los mayores contingentes que asistieron a los festivales de la ANL en Londres viniesen de Glasgow, Manchester y Liverpool, <sup>660</sup> tres de las principales zonas de residencia de católicos irlandeses y en las que el sectarismo y la discriminación seguían determinando sus oportunidades de empleo local. <sup>661</sup> Hay que destacar que esta solidaridad de los católicos irlandeses con la ANL en el Reino Unido tuvo sus muestras de reciprocidad en 1979 y 1980, cuando la ANL, con Fitzpatrick a la cabeza, organizó, con John Dennis y John Ellis, una gira de Rock Against Racism por Belfast y Derry para apoyar a los prisioneros del bloque H que se habían declarado en huelga de hambre para reivindicar el estatus de presos políticos. <sup>662</sup>

Es importante recordar, no obstante, que la población católica irlandesa del Reino Unido no era inmune a la política del Frente Nacional. Mickey Fenn, estibador y activista de la ANL, señaló que con frecuencia se vio obligado a plantar cara al racismo de cabezas rapadas católicos irlandeses:

[...] lo más inquietante de estos chavales, de estos cabezas rapadas que andan por Barking y Becontree y Dagenham Way, cuando hablas con ellos, es que la mitad tienen familias de Irlanda. Tienen ideas sobre lo que no va bien en el mundo, pero su única forma de explicarlo es la solución fácil: [...] los negros. Porque pueden verlos. <sup>663</sup>

Ignatiev, <sup>664</sup> Roediger <sup>665</sup> y otros autores también han demostrado de forma convincente que en EE. UU. los católicos

---

659 Citado en Renton 2006: 129.

660 Widgey 1986: 84.

661 Neal 1988; Devine 2000.

662 Renton 2006.

663 Widgey 1986: 14–16.

664 Ignatiev 1995.

665 Roediger 1991, 1994.

irlandeses abrazaron la identificación blanca como forma de acceder a las vías de ascenso de clase social. En el Reino Unido, sin embargo, su incorporación al nacionalismo británico racializador sustentado en el hecho compartido de tener la piel blanca siempre resultó más problemática debido a los constantes conflictos en Irlanda del Norte y a la larga historia de supeditación colonial. Solo el olvido colectivo de siglos de historia de opresión colonial a manos del Estado británico podría acercar a los católicos irlandeses a esa política.

El factor que sigue siendo decisivo para comprender la creación y el posterior éxito de la ANL es la contribución de un grupo multiétnico de activistas socialistas. Fue, como nos recuerda Walter Benjamin,<sup>666</sup> la resurrección de la «imagen de los antepasados esclavizados» la que instó a todas esas personas a actuar de forma colectiva y les llevó a fraguar uno de los movimientos sociales progresistas más influyentes de la historia británica.

---

666 Walter Benjamin 2006.

# 8

## ANTIRRACISMO MUNICIPAL Y ORGANIZACIÓN AUTÓNOMA NEGRA

*No hay alternativa.*

Margaret Thatcher, rueda de prensa para corresponsales americanos,  
Londres, 25 de junio de 1980.

*No hay nadie más adecuado para romper las cadenas que las personas que las soportan.*

Comité Nacional de Coordinación de Miembros Negros de la  
NALGO, Londres, sin fecha.

### **Introducción**

Echando la vista atrás a la década de los ochenta desde la posición privilegiada del presente, sería fácil caer en la tentación de representarla como una época de derrota continua de la clase obrera. En mayo de 1979, Margaret Thatcher llevó a los conservadores a la victoria, con la promesa de curar al «enfermo de Europa» derrotando el poder de la clase obrera organizada y dando rienda suelta al potencial del capitalismo de libre mercado. En 1987, Thatcher y los conservadores ya habían derrotado al Partido Laborista tres veces consecutivas, lo que confirmó para muchos —también para el propio Partido Laborista— que «realmente no hay alternativa». Era indudable que se habían reconfigurado las coordenadas del régimen político en el Reino Unido. El consenso bipartidista construido en torno al régimen del bienestar dejó paso a un compromiso con el individualismo y el libre mercado que anunciaba la era del neoliberalismo.

Sin embargo, simplificar la historia entraña diversos peligros. A veces se olvida la división que causó la figura de Margaret Thatcher en los años 80. Incluso en su victoria arrolladora en las

elecciones generales de 1983, consiguió poco más de dos quintas partes del voto. En concreto, ese relato de brocha gorda enmascara la dimensión de la oposición con la que se toparon los conservadores por parte de trabajadores, minorías racializadas y otros segmentos de la sociedad. Muchas personas ya conocerán los numerosos y consabidos conflictos de los trabajadores de la industria del automóvil, de los mineros y de los estibadores, así como las resonantes derrotas que acabaron sufriendo. No obstante, hubo otras formas de resistencia colectiva al huracán Thatcher, también contra el racismo y sobre todo en el sector público y en instituciones estatales a escala local, que fueron objeto de mucha menos atención y debate.

Este capítulo se centra en cuatro preguntas. Para empezar, ¿qué consecuencias económicas y políticas tuvo la victoria de los conservadores para los ciudadanos británicos negros y asiáticos? En segundo lugar, ¿qué estrategias políticas se utilizaron para plantar cara al racismo en una época de consolidación del neoliberalismo? Tercera y relacionada con la anterior, ¿en qué conjunto de fuerzas sociales se basó esa resistencia? Y, para acabar, ¿hasta qué punto estas fuerzas sociales antirracistas fueron capaces de lograr sus objetivos políticos de combatir el racismo y mejorar la suerte de las minorías racializadas en una coyuntura caracterizada por la derrota de la clase obrera?

En este capítulo se demuestra que a los trabajadores negros y asiáticos les afectó desproporcionadamente la reestructuración de la formación social británica. El aumento del desempleo y el creciente acoso por parte del Estado a los jóvenes negros contribuyó a los disturbios urbanos que se desencadenaron en el Reino Unido a principios de los años 80. Sin embargo, el reagrupamiento socialista en el Partido Laborista —sobre todo en el sudeste de Inglaterra—, seguido de la conquista del poder municipal de muchas autoridades locales, permitió al Partido Laborista introducir una serie de políticas que ayudaron a incrementar el número de personas de minorías que desempeñaban trabajos no manuales en puestos estatales a escala local. Este proceso se consolidó y posiblemente se aceleró con el establecimiento de la organización autónoma negra en la Asociación de Funcionarios de Gobiernos Locales y Nacionales (NALGO). Estos avances resultaron ser un catalizador que desencadenó ten-



dencias similares en gran parte del sector público en los años ochenta y que estableció el principio de la organización autónoma de la población negra en el movimiento sindical británico. A la larga, se consiguió una transformación sin precedentes en la posición económica y social de las minorías racializadas en la sociedad británica, lo que supuso la apertura de sectores clave de empleo de la clase obrera a los que antes no habían tenido acceso. Dadas las condiciones políticas adversas en las que se consiguió ese cambio social, resulta cuando menos notable que lo conseguido por el movimiento antirracista de los años setenta se consolidase en los 80.

### **La victoria de los conservadores, la desindustrialización y los disturbios urbanos**

La victoria de los conservadores en las elecciones generales de mayo de 1979 constituyó un punto de inflexión decisivo en la historia británica. Aunque lograron poco más de dos quintas partes del voto (el 43,9%), los conservadores interpretaron su victoria electoral como un mandato para rescatar el capitalismo británico e inmediatamente pusieron en marcha una serie de iniciativas políticas radicales que se nutrían ideológicamente de la perspectiva de la nueva derecha, que hoy se conoce como neoliberalismo.<sup>667</sup> Una de las medidas más destacadas fue poner freno al poder de los sindicatos, que, supuestamente, eran los principales causantes de la ineficacia de la economía británica.<sup>668</sup> Se destacaron sobre todo la protección del empleo y las prácticas restrictivas — nacidas del poder sindical— como fuerzas que distorsionaban el funcionamiento de la economía de mercado.<sup>669</sup>

Las propuestas incluidas en el Plan Ridley de 1977 pusieron al descubierto la intención de los conservadores de plantear una serie de confrontaciones preparadas, cuidadosamente orquestadas, que quebrarían el poder de sindicatos clave, empezando por industrias en las que se consideraba que los sindicatos eran débiles y dejando para el final a los grupos de trabajadores más potentes, como los mineros y los estibadores.<sup>670</sup> Durante los dos

---

667 Hall y Massey 2010.

668 Marsh 1992; Taylor 1994.

669 Dickens y Hall 1995.

670 Sked y Cook 1993.

primeros años posteriores a la aplicación del plan, los empresarios, ayudados por la administración conservadora, consiguieron derrotar a distintos sectores de la clase obrera en larguísimo y encarnizados conflictos, entre los que destacan sobre todo el de los trabajadores de la industria del acero y el de los empleados en las fábricas de automóviles de la zona oeste de las Midlands.

Para 1981 se estaba revelando un patrón característico que iba a definir cada vez más la naturaleza de las relaciones laborales en la industria durante la década de los 80: la indignación de los trabajadores de base con las nuevas prácticas de dirección empresarial provocaban estallidos de huelgas que no conseguían generar la solidaridad necesaria entre trabajadores de otras industrias; los líderes de un movimiento sindical vacilante estaban divididos entre quienes no tenían capacidad de plantar cara a los cambios en las relaciones de poder (caracterizados por un empresariado cada vez más agresivo y un Gobierno indiferente) y quienes se inclinaban por negociar y adaptarse a esas relaciones de fuerzas cambiantes.

Además de ese comportamiento intimidatorio frente a las huelgas, se produjeron «la eliminación sistemática de derechos laborales individuales y colectivos y la imposición de restricciones a diversas formas de actividad política sindicada», como la Ley de empleo de 1980, que ilegalizó los piquetes en cualquier sitio que no fuera el propio lugar de trabajo.<sup>671</sup> Asimismo, el rechazo de los conservadores a las políticas de subsidios y a la intervención del Gobierno en la economía, y el gran hincapié que se hizo en la necesidad de medidas monetaristas estrictas para controlar la tasa de inflación, se acompañaron de un importante programa de recortes en el gasto público y de privatización de los activos estatales.<sup>672</sup> Estas políticas fueron las que contribuyeron a la recesión de 1979–1981, cuando el desempleo se duplicó, pasando de 1,14 millones (el 4,7% del empleo civil) en junio de 1979 a 2,3 millones (9,4% de la fuerza de trabajo) en junio de 1981.<sup>673</sup> Los efectos negativos se sintieron especialmente en el empleo

---

671 Eldridge *et al.* 1991: 86.

672 Colling y Ferner 1995; Winchester y Bach 1995.

673 Kessler y Bayliss 1995: 42.

industrial, donde se perdió una cuarta parte del total de los empleos entre 1979 y 1983.<sup>674</sup>

Hay que destacar que los conservadores se sentían cómodos cuando emprendieron estas iniciativas, sabiendo que contaban con el consentimiento de un estrato de la clase obrera, un estrato atomizado, centrado en cuestiones individualistas y reacio a la ideología socialista. Se había conseguido movilizar a esa parte de la clase obrera en torno a una agenda «populista autoritaria»<sup>675</sup> cuyos elementos característicos destacaban la independencia por encima de la intervención gubernamental, el individualismo por encima del colectivismo y un nacionalismo racializador sustentado en la lealtad compartida a la homogeneidad cultural. Thatcher contraponía esta idea a lo inasimilable, al enemigo interior, compuesto por una mezcla de minorías racializadas, sindicatos, socialistas, feministas y otras personas que supuestamente «se desvían de las normas sociales».

El thatcherismo tuvo un impacto devastador en la psique colectiva de la clase obrera, también en la no tan insignificante minoría que había seguido oponiendo resistencia colectiva a esos cambios entre 1976 y 1979. Las derrotas sucesivas, unidas a un clima político y económico cada vez más adverso, habían minado la eficacia de la acción colectiva. A partir de entonces, los trabajadores confiaban menos en emprender acciones colectivas y, cuando lo hacían, era a regañadientes y con menos confianza que en cualquier otro momento anterior. La oleada de acción sindical en la industria en la que se había sumido el país desde finales de los años sesenta empezó a decrecer con lentitud, a medida que los empresarios, hábilmente respaldados por el Gobierno conservador, comenzaron a poner en práctica «un cambio decisivo en el equilibrio de fuerzas de clase como no se había visto otro igual desde la derrota de la huelga general de los años veinte».<sup>676</sup>

¿Qué repercusiones tuvo este proceso de reestructuración industrial que siguió a las reformas de Thatcher en las minorías racializadas de la clase obrera? Aunque los sociólogos suelen presentar la reestructuración industrial como un proceso deter-

---

674 Eldridge et al. 1991: 32.

675 Hall 1983.

676 Harman 1985: 73.

minado por la clase y sin implicaciones raciales,<sup>677</sup> en realidad se trató de una transformación profundamente atravesada por la raza. La sobrerrepresentación de minorías racializadas en el sector manufacturero de la industria británica en 1980 y 1981<sup>678</sup> era consecuencia del racismo y de la discriminación profundamente arraigados que marcaron el régimen del bienestar de la era posbélica, cuando no se había permitido a esas minorías acceder a empleos manuales cualificados ni a empleos no manuales. Por lo tanto, el racismo y la desventaja estaban grabados en la estructura de clases de la sociedad británica de la época, y es esa relación entre racismo y clase la que nos ayuda a comprender por qué la reestructuración del orden social británico afectó de forma desproporcionada a las minorías negras y asiáticas.<sup>679</sup> Además del impacto devastador de la pérdida de empleos en el sector industrial sobre las minorías en general, a los jóvenes negros, en particular, les costaba cada vez más encontrar trabajo en los demás sectores relacionados con la fabricación, como consecuencia de la aplicación generalizada de prácticas de discriminación racista.<sup>680</sup> Los consiguientes niveles de desempleo en alza entre jóvenes negros,<sup>681</sup> unidos al acoso sistemático que sufrían por parte de la policía, se combinaron para llegar a una especie de punto de inflexión.<sup>682</sup>

En abril de 1981, en Brixton, sur de Londres, estallaron los disturbios una semana después de que la policía local pusiera en marcha la operación Swamp 81, diseñada para combatir el supuesto aumento de atracos y delincuencia callejera: «durante una semana, 120 agentes de paisano recorrieron las calles con instrucciones específicas de detener e interrogar ‘con insistencia y precisión’ a cualquier persona de aspecto sospechoso».<sup>683</sup> La policía se había centrado de manera abrumadora en los jóvenes negros, que a su vez la acusaban de tratarlos «como basura».<sup>684</sup> Ese racismo de Estado fue un ingrediente crucial en el cóctel

---

677 Véase, por ejemplo, Eldridge *et al.* 1991.

678 Brown 1982.

679 Virdee 2006, 2010.

680 Wrench 1986.

681 Brown 1982.

682 Solomos 1988.

683 Race and Class 1981: 224.

684 Citado en Race and Class 1981: 225.

tóxico que el thatcherismo estaba creando en torno a su agenda populista autoritaria: un racismo en el que el hecho de ser negro y la condición de británico se reproducían como categorías mutuamente excluyentes.<sup>685</sup> Sin embargo, el racismo de Estado también sirvió para legitimar y envalentonar al Frente Nacional, como ponen de manifiesto los acontecimientos de Southall en julio de 1981, cuando varios autobuses llenos de cabezas rapadas se dieron cita en Hambrough Tavern para gritar insultos racistas y atacar a los residentes asiáticos. Como respuesta a esa provocación, cientos de jóvenes asiáticos se echaron a la calle y sitiaron el pub hasta que acabaron prendiéndole fuego con cócteles molotov.<sup>686</sup>

Mientras *Ghost Town*, de The Specials —que reflejaba con gran acierto el malestar sindical y social en el Reino Unido de Thatcher—, encabezaba las listas de éxitos de pop del Reino Unido, a los disturbios de Brixton y Southall pronto les siguieron otros en más de 30 ciudades a lo largo de julio de 1981, lo que indicaba que los sentimientos de indignación y pérdida de esperanza en el seno de las comunidades negra, asiática y blanca de la clase obrera, sobre las que se cernía la amenaza de su aniquilación a manos del huracán neoliberal de Thatcher, eran generalizados. En Toxteth (Liverpool), Moss Side (Manchester) y en muchas otras localidades, los jóvenes de clase obrera se echaron a la calle, negándose a aceptar el futuro distópico que les esperaba y resistiéndose colectivamente a los intentos de la policía de restablecer «la ley y el orden». Al final del verano de 1981, se había arrestado a más de 3000 personas.<sup>687</sup>

En el Informe Scarman<sup>688</sup> sobre los disturbios de Brixton se negaba con firmeza la existencia de racismo institucional en la sociedad británica en general y en el cuerpo de policía en particular. En lugar de hablar de racismo institucional, se recomendaban una serie de medidas de acción positiva para abordar el azote de lo que se denominaba «desventaja racial», término que reconcebía el «problema» como una cuestión de crear una clase media negra, dejando intactas al mismo tiempo las des-

---

685 Gilroy 1987.

686 Race and Class 1981: 225.

687 Citado en Race and Class 1981: 229.

688 Scarman 1981.

igualdades de la clase racializada a las que se enfrentaban las personas negras de clase obrera. Aparte de cierto apoyo con reservas a los datos del informe,<sup>689</sup> el Gobierno conservador se mantuvo firme en su rechazo a introducir incluso este tipo de reformas ligeramente paliativas. Esa aversión probablemente quedó reforzada porque gran parte de la prensa sensacionalista negó enérgicamente que los disturbios fueran consecuencia del racismo y la discriminación; en lugar de ello, trataron de criminalizar los acontecimientos afirmando que se debían a un punto crítico de delincuencia negra en la sociedad.<sup>690</sup> Desde la oposición, el Partido Laborista, aunque reconocía las raíces materiales de los disturbios, no ofreció gran cosa en forma de apoyo práctico a los participantes en los disturbios, más allá de insistir en su llamamiento para que se volviese a elegir a un gobierno laborista.<sup>691</sup>

Si se sacan conclusiones de los casos previos de derrotas a gran escala de la clase obrera —como el que se produjo tras el nuevo sindicalismo a mediados de la década de 1890—, cabría esperar que en el Reino Unido se hubiera consolidado el sentimiento racista, proveniente no solo del Estado y de los empresarios, sino también de partes de la clase obrera, ya que se estaba intentando volver a integrar a la población en torno a un interés nacional imaginado. Aunque es indudable que el racismo fue un elemento crucial en el proyecto político de Thatcher durante gran parte de los años ochenta, sobre todo en términos de actuaciones policiales y legislación sobre inmigración,<sup>692</sup> no se ha dedicado mucha atención al hecho de que partes relevantes de la clase obrera y la base activista del movimiento obrero organizado no se replegaron adoptando actitudes racistas. Es decir, parece que la participación en movimientos sociales como RAR y la ANL, así como las importantes transformaciones antirracistas en el seno del movimiento obrero, consolidaron una conciencia antirracista duradera en estratos significativos de la juventud blanca y de los trabajadores organizados. Además, esos logros antirracistas, sobre todo tras los disturbios urbanos de 1981, se extendieron a los años ochenta.

---

689 Véase Raison 1984: 244–257.

690 Solomos 1988.

691 Ball y Solomos 1990.

692 Gilroy 1987; Solomos 1988.

## **Reagrupamiento socialista en el Partido Laborista y antirracismo municipal**

De forma paradójica, mientras se producían esos disturbios urbanos y la clase obrera sufría esa serie de derrotas en el mundo industrial a principios de los ochenta, tuvo lugar un claro repunte en la suerte de la izquierda socialista dentro del Partido Laborista. Decepcionados por el Gobierno laborista dirigido por Callaghan, sobre todo por sus pretensiones de que la clase obrera pagara la crisis económica bajo los términos del Contrato Social, la filiación de muchos activistas del Partido se había redirigido hacia la izquierda socialista a mediados de los años setenta. La participación activa de estas personas en los multitudinarios movimientos sociales antirracistas y antifascistas de la época era indicativa de esta radicalización de la conciencia política. La victoria del Partido Conservador en las elecciones generales de mayo de 1979 reforzó aún más la postura de este grupo, porque, en su opinión, confirmaba que el Gobierno laborista había perdido porque no había aplicado las políticas socialistas incluidas en su manifiesto de octubre de 1974. A partir de mayo de 1979, la izquierda laborista centró sus energías en democratizar los estatutos del Partido Laborista; se creía que, si los dirigentes tenían que rendir cuentas ante los activistas de base, se garantizaría la aplicación de políticas socialistas, en especial de aquellas incluidas en el paquete de medidas denominado «estrategia alternativa». La izquierda socialista estaba integrada por corrientes diversas y a veces contradictorias, y albergaba a socialistas tan destacados en los «conflictos de clase» como Arthur Scargill, Dennis Skinner y Eric Heffer, así como a la formación de ideología trotskista Militant. Además, creció la influencia de la Nueva Izquierda [New Left] en el seno del Partido Laborista, sobre todo en la zona del Gran Londres, donde estuvo representada por figuras como Ken Livingstone, Linda Bellos y Ted Knight.

Los intentos de esta nueva corriente de romper con la preocupación tradicional del Partido Laborista por la clase y con su noción de que «la única forma de opresión es la económica» fueron determinantes para atraer a su órbita a muchos activistas de los nuevos movimientos sociales: activistas feministas, pacifistas y antirracistas. La figura totémica de Tony Benn —antiguo miembro del Gabinete del Gobierno laborista— actuó como eje

alrededor del cual se congregaron todas estas fuerzas socialistas en favor de las mejores soluciones políticas para defender las preocupaciones, diversas pero complementarias, de trabajadores, minorías racializadas, mujeres, homosexuales y pacifistas contra los estragos de la irrefrenable ofensiva capitalista y conservadora.

Se alcanzaron logros importantes; en 1980, en la conferencia del Partido Laborista se acordó respaldar las demandas de repetición obligatoria de los procesos de elección de parlamentarios una vez por legislatura y de un colegio electoral que incluyese a todos los sectores del Partido Laborista (también a los Partidos Laboristas de Circunscripción [CLP]) para elegir al líder del Partido. En el verano de 1981, en una conferencia extraordinaria del Partido Laborista, Tony Benn estuvo a punto de ser elegido como segunda figura del partido. Llama la atención que, en plena crisis generalizada de la izquierda por las grandes derrotas de la clase obrera organizada en el ámbito industrial, estos logros, si bien modestos, infundieron una sensación de esperanza en los activistas socialistas, que empezaron a concebir que el Partido Laborista tal vez todavía pudiera convertirse en un vehículo para la resistencia colectiva de la clase obrera y quizás incluso del socialismo. Esas esperanzas y aspiraciones enseguida se pusieron a prueba, primero en Londres y después en otros ámbitos de autoridad local, en muchas de las principales conurbaciones del Reino Unido.

Unas semanas antes de los disturbios de Brixton en abril de 1981, el Partido Laborista de Londres había publicado su manifiesto para las elecciones del Consejo del Gran Londres [entidad administrativa supramunicipal] que iban a celebrarse poco después; en ese manifiesto se declaraba su compromiso de convertir los servicios y los recursos en accesibles y relevantes para las necesidades de las minorías; de proporcionar un porcentaje igualitario y justo de empleos y oportunidades de formación; de crear una imagen pública que incluyese a todos los grupos de minorías racializadas de Londres, y de establecer nuevas iniciativas para combatir el racismo.<sup>693</sup> En mayo de 1981, el Partido Laborista de Londres ganó las elecciones del Consejo del Gran Londres (GLC)

---

693 Citado en Ouseley 1990: 139.



y al día siguiente Ken Livingstone cuestionó el liderazgo de Andrew McIntosh y le derrotó. Livingstone,<sup>694</sup> como gran parte del ala izquierda del Partido Laborista de Londres, era producto de las políticas de la nueva izquierda y era un antirracista comprometido que reconocía que el Partido Laborista debía «reflejar las necesidades de las minorías y de los desposeídos de una forma distinta a la que había caracterizado a los gobiernos laboristas y al Partido Laborista en el pasado [...], y convertirse realmente [el Partido Laborista] en representante de la clase obrera del interior de Londres». Además, estaba decidido a utilizar el GLC —una entidad local de gran envergadura y con un perfil público destacado y recursos materiales y poder considerables— para rectificar la falta de lucha del Partido Laborista contra el racismo a lo largo de la historia y las desigualdades que se habían producido en consecuencia: «no podemos subestimar el hecho de que el GLC es, más que ninguna otra institución con la que nunca se haya hecho la izquierda antes, un mecanismo de redistribución de la riqueza a gran escala».<sup>695</sup>

Como parte de su estrategia antirracista a escala municipal, el GLC, comandado por Livingstone, puso en marcha una serie de iniciativas haciendo uso de las plenas competencias que correspondían a las autoridades locales según el artículo 71 de la Ley de relaciones raciales de 1976 y otros elementos legislativos relacionados. Las más relevantes eran:

- a) Medidas de acción positiva diseñadas para suprimir barreras discriminatorias y conseguir la plena igualdad de oportunidades (p. ej., repensar los requisitos de las solicitudes de empleo o poner anuncios de empleo en la prensa minoritaria) y para fomentar la participación de los grupos minoritarios en la educación y en la fuerza de trabajo a través de formación y educación adicionales (en virtud del artículo 11 de la Ley de gobierno local de 1966, que permitía crear nuevos puestos);
- b) Programas de seguimiento contractual a las empresas que se presentaban a licitaciones para obtener contratos del GLC, de cara a que cumplieren una política de igualdad de oportunidades y aplicasen estrategias para implementarla;

---

694 Livingstone 1984: 17–18.

695 Livingstone 1984: 19.

c) Estrategias de formación diseñadas para concienciar sobre los procesos de discriminación y para fomentar la implantación de políticas de igualdad.<sup>696</sup>

Cabe destacar que esas medidas antidiscriminación se sustentaban en la defensa del principio de la organización autónoma de la población negra, según el cual se animaba a las minorías a reunirse «sin la influencia de personas blancas, analizar la discriminación que sentían, decidir cómo articular sus demandas y, entonces, presentárselas al movimiento con propuestas de cambio».<sup>697</sup> Este enfoque deliberadamente más inclusivo formaba parte de una estrategia más amplia adoptada por el Partido Laborista de Londres que pretendía empoderar a todos los grupos oprimidos, como las mujeres y las personas homosexuales, proporcionándoles un espacio político en el que enmarcar y articular sus preocupaciones de una forma que les resultase aceptable a las personas en cuestión. Además de crear una Unidad de Minorías Étnicas, el GLC también formó «redes de consulta con las comunidades negras de Londres», lo que les permitía hacer aportaciones directas al proceso de elaboración de políticas.<sup>698</sup>

Los cambios introducidos por la corriente dominante del Partido Laborista bajo la dirección de Livingstone fueron muy drásticos, sobre todo si se tiene en cuenta que «antes de 1981» el Partido «no había tenido ningún impacto positivo en las vidas de las personas negras» y más bien tenía fama de «dirigir a las familias negras hacia las soluciones de vivienda más deficientes y menos deseables» y de tener «a muy pocas personas negras en plantilla, la gran mayoría de las cuales ocupaban puestos bajos en el escalafón».<sup>699</sup> Herman Ouseley,<sup>700</sup> uno de los principales asesores del GLC en cuestión de relaciones raciales en esa época, recuerda que el County Hall [sede del GLC] de repente «bullía de efervescencia debido a su carácter acogedor recién descubierto y a su repentino atractivo para muchas personas de las

---

696 Solomos y Ball 1990: 211.

697 Livingstone 1984: 22.

698 Livingstone 1984: 22.

699 Ouseley 1990: 139.

700 Herman Ouseley 1990: 140.

comunidades locales. A un edificio que antes resultaba muy poco hospitalario empezó a llamársele ‘el palacio del pueblo’».

A medida que la izquierda socialista reforzaba su posición en el seno del Partido Laborista a principios de los años 1980, en muchos consejos municipales dirigidos por los laboristas, como Lambeth, Brent, Hackney o Haringey, así como en Bradford, Manchester, Birmingham y en la ILEA (Autoridad Educativa del Interior de Londres) se siguió la estela del GLC, y se implantaron iniciativas políticas importantes para combatir el racismo y la discriminación en los ámbitos de empleo, servicios sociales, educación, vivienda y vigilancia.<sup>701</sup> Estos cambios de las políticas y las prácticas no solo permitieron al Partido Laborista consolidar su base de apoyo en el seno de las comunidades negra y asiática durante principios de los años 80, sino que también atrajeron a gran parte de la base activista que se mantenía activa y permanecía fuera del Partido Laborista. Tariq Ali, del Grupo Marxista Internacional (IMG), justificó su cambio radical de opinión argumentando que, gracias a la influencia de Benn y de socialistas del ámbito municipal como Livingstone, «se podía ver a un nuevo Partido Socialista luchando por salir del cascarón del laborismo» y que existía la posibilidad genuina de «convertir a toda la organización en una palanca gigante que impulsase las movilizaciones políticas populares, defendiendo las causas de todos los sectores de las personas oprimidas y ofreciendo una perspectiva gubernamental de cambio real».<sup>702</sup>

Sin embargo, otras figuras, como Ambalavanar Sivanandan, marxista negro y director del Instituto de Relaciones Raciales (IRR), eran más escépticas. Escribió una crítica mordaz de la estrategia antirracista del socialismo municipal argumentando que, como «la izquierda blanca no tenía un marco de referencia socialista para luchar contra el racismo»,<sup>703</sup> tras las rebeliones urbanas habían recurrido a las recomendaciones liberales del Informe Scarman<sup>704</sup> para combatir la «desventaja racial» mediante el fomento de la igualdad de oportunidades y la distribución de financiación de las autoridades locales a partir de las

---

701 Véase Ball y Solomos 1990.

702 Ali citado en *Socialist Review* 1981.

703 Sivanandan 1990: 149.

704 Scarman 1981.

«necesidades étnicas». Esto último iba a resultar especialmente desastroso, según Sivanandan, porque

la lucha contra el racismo se convirtió en una lucha por la cultura, y la propia cultura se vació de su significado económico y político para hacer referencia a estilos de vida, lenguajes, costumbres y artificios. Y el negro pasó de ser un «color político» a desgranarse en sus elementos culturales de antillano, asiático, africano... Y estos elementos se redujeron a su vez a sus componentes étnicos; [...] de repente florecieron miles de grupos étnicos. Todo el mundo era de una etnia —irlandeses, italianos, rastafaris, sijs, chinos, judíos, bengalíes, gitanos— y todos competían entre sí para conseguir «regalos étnicos» y «cargos étnicos», y se ponían unos en contra de otros, haciendo politiquero para conseguir «poder étnico».<sup>705</sup>

En un discurso pronunciado ante la Unidad de Minorías Étnicas del GLC —el bastión del antirracismo municipal— en 1983, Sivanandan siguió afirmando que

vengo como hereje, como persona que no cree en la eficacia de las políticas y los programas étnicos para modificar ni un ápice el racismo monumental y endémico de esta sociedad. [...] Al contrario. Lo que ha conseguido la identidad étnica es enmascarar el problema del racismo y debilitar la lucha contra él.<sup>706</sup>

Además, argumentaba que, aunque la intención hubiera sido ayudar a las minorías a superar sus «desventajas específicas», en la práctica esas políticas eximían al «Estado y a sus instituciones de su racismo» y pasaban la carga de la «desventaja racial» a las propias minorías, «como si fueran ellas quienes carecen de algo».<sup>707</sup> Por lo tanto, Sivanandan mantenía que los únicos beneficiarios de los disturbios urbanos fueron los integrantes de la pequeña burguesía negra; en su opinión, esas personas consiguieron, en algunos espacios sociales (los medios de comunicación, la asesoría a la policía, el Partido Laborista, etc.), apropiarse de la ideología de ser una persona negra, crear estructuras con una organización autónoma para favorecer sus propios intereses, específicos de su clase, y, entre tanto, acabar con una concepción más política del hecho de ser negro basada en las conexiones vivas, orgánicas, que se habían fraguado

---

705 Sivanandan 1990: 147–148.

706 Sivanandan 1990: 63.

707 Sivanandan 1990: 148.

durante las luchas de los años sesenta y setenta, en las que participaron tanto ellos mismos como la «gente negra corriente»:

No vienen de las luchas de la gente negra corriente en las zonas marginales, no se relacionan con esas personas, sino que se han pegado como lapas a las luchas negras, más que dispuestos a conseguir un cargo [...]. Ya no existe un movimiento negro como tal. Hay negros de clase media luchando para hacerse con un sitio al sol de la clase media (blanca) y hay negros sin trabajo y de clase obrera que luchan para sobrevivir y para conseguir libertades básicas.<sup>708</sup>

El análisis de Sivanandan contiene muchos elementos valiosos, sobre todo su observación sobre la formación de una clase de profesionales negros que ocupaban una posición de clase contradictoria.<sup>709</sup> Sin embargo, hay pocos indicios de una evaluación sistemática de la efectividad relativa de las diversas políticas que introdujeron los consejos municipales para frenar la discriminación racista y la desigualdad a las que se enfrentaban las personas negras y asiáticas de clase obrera en ámbitos importantes de la vida social, como la vivienda, el empleo y los servicios sociales.

Uno de los ámbitos que mejor ilustra la dimensión de la transformación llevada a cabo por muchos consejos del ala radical laborista es el empleo. Antes de las rebeliones urbanas de principios de los años 80, en la mayoría de las instituciones de autoridades locales del Reino Unido, también en las dirigidas por los laboristas, el empleo en la administración estatal a nivel local no se había abierto casi nada a los trabajadores negros. En zonas con una concentración elevada de población de minorías, como el Gran Londres, los trabajadores negros y asiáticos seguían muy infrarrepresentados en este tipo de trabajo. En Lambeth, solo el 4% de la plantilla eran personas negras y asiáticas a finales de los años setenta, y en el GLC la tasa de empleados negros y asiáticos era mínima.<sup>710</sup> En Hackney, una zona tradicional de residencia de minorías, solo el 11% de la plantilla municipal era negra y asiática.<sup>711</sup> Sin embargo, entre 1981 y 1986, el GLC «aumentó a más del triple el número de empleados negros, muchos de los

---

708 Sivanandan 1990: 124–126.

709 Wright 1985, 1997.

710 Mayet 1986: 58; Ouseley 1990.

711 Ouseley 1990: 151, tabla 8.1.

cuales obtuvieron puestos de rango intermedio, y aumentó la concienciación sobre el racismo». <sup>712</sup> El GLC actuó como catalizador, animando a otras autoridades locales a poner en marcha iniciativas antirracistas parecidas que se materializaron en el aumento de la representación de personal negro en la administración estatal a nivel local. En Lambeth, el empleo de personas negras en este tipo de trabajo subió del 4% a finales de los años setenta a casi el 20% en 1986, <sup>713</sup> y en el nordeste de Londres, en Hackney, se elevó del 11% en 1981 al 27% en 1986, y de nuevo al 35% en 1988. <sup>714</sup> En Ealing, solo el 3% de la plantilla era de origen caribeño o sudasiático en 1986, mientras que en 1989 la cifra se había incrementado hasta el 20%. <sup>715</sup> Se produjeron cambios similares en otras instituciones dirigidas por la corriente radical de los laboristas, como Camden, donde a finales de los ochenta el 26% de su plantilla era negra y asiática. <sup>716</sup> La mayor parte de las autoridades locales del Gran Londres siguieron su ejemplo y durante la década de 1980 aumentó la cantidad de trabajadores negros y asiáticos en sus oficinas, y en algunas instituciones de las autoridades locales de otras zonas del Reino Unido, como Birmingham, Manchester y Bradford, los acontecimientos fueron similares. <sup>717</sup>

Como puede verse, la dimensión de la transformación en el empleo en el seno de las autoridades locales fue mucho más allá de la creación de una pequeña élite de «encargados de la raza» o de una clase negra pequeñoburguesa formada por profesionales de la raza que menciona Sivanandan. Solo es posible comprender toda la trascendencia de estos cambios sociales si se contraponen al telón de fondo de la reestructuración neoliberal del empleo industrial y al impacto negativo desproporcionado que ese proceso tuvo en las minorías racializadas. La apertura del empleo público a escala local en entidades locales dirigidas por el sector radical de los laboristas tras los disturbios urbanos ayudó a proteger a partes de la población de minorías frente a una catástrofe inminente. Este tipo de empleo les proporcionó

---

712 Ouseley 1990: 141.

713 Mayet 1986: 58.

714 Ouseley 1990: 151, tabla 8.1.

715 London Borough of Ealing 1990: 7–8.

716 London Borough of Camden 1996: 22.

717 Ball y Solomos 1990.

cierto grado de seguridad económica y psicológica que, de lo contrario, habría sido inconcebible en el Reino Unido de Thatcher. Además, los detractores radicales del antirracismo municipal pasaban por alto el papel de la organización autónoma de la población negra para que esa transformación se materializase. El hecho de que cada vez existiesen más oportunidades laborales de ese tipo no fue un regalo de las instituciones dirigidas por el ala radical laborista a las minorías; fue una cuestión en la que la primera cohorte de trabajadores negros y asiáticos que se incorporó al empleo público a escala local insistió de forma activa a través de la organización autónoma de la población negra en los sindicatos locales.<sup>718</sup> Fue una de las consecuencias no deliberadas de la estrategia antirracista del socialismo municipal, y su onda expansiva acabaría transformando amplios segmentos del movimiento sindical británico.

**«No habléis de nosotros, los negros, a nuestras espaldas»:  
los grupos de trabajadores negros, de la NALGO al TUC**

Esa cohorte de trabajadores negros y asiáticos que se incorporó al empleo pública en el ámbito local a principios de los años ochenta se unió a la Asociación de Funcionarios de Gobiernos Locales y Nacionales (NALGO). La NALGO tenía un historial aceptable en el combate del racismo; había aprobado su primera moción antirracista en su conferencia nacional de 1968.<sup>719</sup> También tuvo peso en el enfrentamiento con el Frente Nacional, sobre todo mediante su participación en las actividades de la Liga Antinazi.<sup>720</sup> Cabe destacar que, a diferencia de muchos de los sindicatos del ámbito del trabajo manual que estaban siendo derrotados en confrontaciones muy similares con los empresarios y el Estado y que, en consecuencia, estaban perdiendo un gran número de afiliados, la NALGO escapó a esa suerte y mantuvo una cantidad de afiliados considerable durante la década de los 80.

Muchos de los trabajadores negros y asiáticos que se habían unido a la NALGO a principios de los ochenta habían participado activamente en las campañas contra el racismo y el fascismo de

---

718 Véase Virdee y Grint 1994.

719 Comité Nacional de Coordinación de Miembros Negros [NBMCC], sin fecha: 6.

720 *Public Service* julio/agosto de 1978: 9.

los setenta, y estaban decididos a seguir con esa campaña en el gobierno local y en cualquier otro ámbito. La estrategia de organización que preferían era la organización autónoma negra, según la cual las personas que eran objeto de racismo debían llevar la voz cantante para determinar de qué forma podía plantarle cara el sindicato. O, como se recogía en un documento publicado por su organismo nacional, no hay «nadie más adecuado para romper las cadenas que las personas que las soportan».<sup>721</sup> En 1982, ya se habían «formado [grupos de trabajadores negros] en todo el Reino Unido a una velocidad vertiginosa».<sup>722</sup> De forma significativa, admitían que estaban en deuda política con quienes habían participado en los disturbios urbanos, por haberles abierto a personas como ellos la posibilidad del empleo en la administración estatal a nivel local, y reconocían también su responsabilidad de fomentar iniciativas antirracistas desde el seno de los gobiernos locales.<sup>723</sup> Se construyó conscientemente una conexión orgánica entre estas luchas antirracistas:

[...] era 1982. El verano anterior había sido el largo y tórrido verano de las revueltas. Nada volvería a ser lo mismo para la NALGO. [...] La acción negra había llegado.<sup>724</sup>

Estos trabajadores tenían la determinación de asegurar que, gracias a la organización autónoma, el sindicato tendría que moverse y utilizar sus recursos para combatir el racismo. Sin embargo, el primer paso para conseguirlo era lograr que se reconociese formalmente el principio de la organización autónoma negra dentro de la propia NALGO. Karen Chouhan —secretaria del Comité Nacional de Coordinación de Miembros Negros (NBMCC), creado en el seno de la NALGO en 1983— inauguró de forma simbólica esta campaña con una declaración contundente:

Como sindicalistas negros tenemos que obligar al sindicato a reconocer el papel esencial que debe desempeñar en la lucha contra la explotación y a favor de la igualdad de derechos. En los años 80, no obstante, se ha visto crecer la urgencia de consolidar la igualdad y actuar en ese sentido. La perspectiva negra es vital en el análisis, en las políticas y

---

721 NBMCC, sin fecha.

722 NBMCC sin fecha: 7.

723 NBMCC sin fecha: 7.

724 NBMCC sin fecha: 6.



en la acción de la NALGO, y es lo único que puede darnos la esperanza de modificar las estructuras y los servicios del sindicato para que las personas negras dejemos de ser una piedra en el zapato de otra persona y nos convirtamos en los cimientos mismos de la solidaridad, en el principio esencial del sindicalismo. [...] No hablamos de organización autónoma por el mero hecho de estar separados. Se trata de asegurar justamente lo contrario: que los sindicatos a los que pertenecemos aborden las cuestiones y los derechos de las personas negras de una forma que resulte aceptable para esas personas. Como sindicalistas negros, creemos en los principios de solidaridad y apoyo, pero nunca podrán materializarse si el sindicato funciona solo para algunas personas.<sup>725</sup>

Chouhan ayudó a dejar claro que la intención que motivaba las demandas de organización autónoma negra no era el deseo de separatismo, sino que se haría frente al racismo de forma más efectiva si los sindicalistas negros tenían la oportunidad de definir el problema primero, en sus propios términos. Sin embargo, esta reivindicación de organización autónoma se encontró casi de inmediato con la oposición de varios integrantes blancos de la NALGO, que la interpretaron como una forma de trato especial. Un miembro de la organización que escribió en el principal periódico del sindicato argumentó:

A mí me parece terrible que cualquier organización de personas tenga que tener una sección independiente exclusiva para las personas con un determinado color de piel. Sin duda, ya es hora de que reconozcamos que todas las personas tienen las mismas necesidades, y clasificarlas en distintas secciones en función del color de la piel no hace más que debilitar el poder de influencia en las decisiones nacionales.<sup>726</sup>

Los miembros de esa corriente defendían un enfoque «que no tuviese en cuenta el color de la piel» y tenían la firme opinión de que «hay que tratar igual a todo el mundo». No obstante, esa opinión dejaba muy poco espacio para reconocer la existencia del racismo y cómo ese racismo estructuraba de forma negativa las vidas de los trabajadores negros, y también hacía difícil que se admitiese la necesidad de que el sindicato le plantase cara. Al mismo tiempo, otro miembro de la organización se opuso a las

---

725 First Official National Black Members Conference 1986: 6.

726 *Public Service* junio de 1986: 6.

reivindicaciones de los activistas negros de tener una conferencia nacional de miembros negros aduciendo que

una conferencia restringida a miembros negros me suena al racismo y al *apartheid* más flagrantes. ¿Qué dirían los miembros negros del sindicato si nos empeñáramos en celebrar una conferencia restringida solo para blancos? Dijeran lo que dijeran, tendrían motivos de sobra para hacerlo. La mejor forma de combatir el racismo es tratar a todo el mundo igual y no hacer ninguna distinción según el color de la piel. Y eso tendrá que valernos a todos.<sup>727</sup>

Estas muestras de intransigencia de las bases de la organización contribuyeron a reforzar la postura de la dirección nacional de la NALGO, que en su mayoría se negaba a aprobar la organización autónoma negra como principio esencial que definiese la elaboración de una estrategia nacional contra el racismo. Un miembro destacado de la dirección de la NALGO argumentó:

Tengo mis reservas sobre la política de organización autónoma. El auge de la organización autónoma en realidad ha desviado energía hacia los márgenes. [...] Creo que el principio de la organización autónoma no es el camino. [...] Quiero un sindicato de base amplia. [...] No quiero una pequeña aportación homosexual, una pequeña aportación negra, una pequeña aportación de las personas con discapacidad, una pequeña aportación de las mujeres... Cuanto más separatismo, [...] cuanto más «no podéis venir a esta reunión porque sois blancos», más detestable me parece.<sup>728</sup>

Para contrarrestar esas demandas, se planteó la contrarrevindicación de que «como la unión hace la fuerza y la mayoría de los miembros de la NALGO son blancos, [...] cualquier organización y estructura concebida por el sindicato debería asegurarse de la implicación de todos los miembros, y de que los miembros blancos no ‘dejen de lado el problema’».<sup>729</sup> Además,

todas las razas deben participar en este tipo de trabajo. [...] Es importante que nos ganemos la confianza de los miembros de minorías étnicas, pero también que logremos el apoyo pleno de la mayoría blanca en las distintas divisiones.<sup>730</sup>

---

727 *Public Service* junio de 1986: 6.

728 Citado en Virdee y Grint 1994: 208–209.

729 NALGO 1984: 4.

730 NALGO 1984: 15.

Sin embargo, en un contexto político de derrota generalizada de la clase obrera y en el que la corriente de movilizaciones masivas contra el racismo se había desintegrado en gran medida, la defensa de un enfoque basado en la clase y que no tuviese en cuenta el color de la piel para combatir el racismo habría limitado, en la práctica, la dimensión de la acción antirracista que emprendió el sindicato. Hubo dos factores que hicieron que se saliera de ese *impasse*. En primer lugar, en los años centrales de la década de los ochenta se intensificó el ritmo con el que los trabajadores negros y asiáticos se incorporaron al empleo estatal a escala local y después se unieron a la NALGO.<sup>731</sup> A la ejecutiva nacional de la NALGO le resultó imposible evitar el auge, por todo el país, de una red de grupos informales de trabajadores negros. En segundo lugar, los activistas negros fraguaron una alianza con la izquierda socialista de la NALGO, en la que estaban sobre todo miembros del Partido Laborista, del SWP y de otras formaciones socialistas de menor envergadura. Estos activistas socialistas habían visto de primera mano que ese tipo de grupos no solo habían conseguido mantener la presión sobre los dirigentes sindicales para combatir el racismo, sino que habían ayudado a que creciese la participación de los trabajadores negros en el sindicato, volviéndolo más representativo: «hasta que se desarrolló la organización autónoma, [...] los trabajadores negros no participaban en ningún nivel sindical». Lo más destacable fue la importancia que entrañó el proceso de aprendizaje. Las ventajas de esos grupos con organización autónoma no eran obvias para los sindicatos, pero, en opinión de esos activistas, sus acciones habían demostrado su utilidad:

He visto a muchos activistas que estaban en los grupos negros de la NALGO y ahora participan en la corriente dominante del sindicato. Me parece muy importante. [...] Creo que debo apoyarlos en sus batallas.<sup>732</sup>

Esta coalición entre los grupos de trabajadores negros y la izquierda socialista fue la que garantizó que se ratificase el principio de organización autónoma negra en la conferencia anual de la NALGO de 1985. Se aprobaron dos mociones que obli-

---

731 Ball y Solomos 1990.

732 Virdee y Grint 1994: 217.

gaban al Consejo Ejecutivo Nacional de la NALGO a elaborar y fomentar un programa de acción positiva para los grupos de integrantes negros en todos los niveles del sindicato.<sup>733</sup> A esto le siguió otra confirmación de que el sindicato reconocía la organización autónoma negra cuando el Consejo Ejecutivo Nacional se comprometió a financiar la siguiente conferencia nacional de miembros negros y a que cada delegación de la NALGO pudiera enviar a la conferencia a seis delegados, la mitad de los cuales se esperaba que fueran mujeres.<sup>734</sup> Los integrantes negros de la organización esperaban que la aprobación de la conferencia les permitiese expresar sus reivindicaciones, «[...] a las que la NALGO tiene que acceder, si de verdad quiere unirse a nosotros en la lucha para acabar con el racismo a todos los niveles, tanto en sus propias estructuras como en el exterior. Estos cambios tenían que haberse producido hace tiempo».<sup>735</sup>

La primera Conferencia Nacional de Miembros Negros con autorización oficial se celebró en Leeds en mayo de 1986 y asistieron más de «400 delegados y observadores de todo el país, que representaban a todos los servicios de la NALGO».<sup>736</sup> Así pues, a mediados de los años ochenta, uno de los mayores sindicatos del Reino Unido había mostrado oficialmente su compromiso con el principio de la organización autónoma negra, lo que permitía a los trabajadores negros y asiáticos determinar y formular de forma colectiva la estrategia más adecuada para combatir el racismo. Fue un logro histórico que iba a repercutir en todo el sector público y en el movimiento sindical británico durante la década de los ochenta.

Ante la presión de las transformaciones que se estaban llevando a cabo en las administraciones gubernamentales a escala local, otros grandes empleadores del sector público, como la administración pública, el Servicio Nacional de Salud (NHS) y otras entidades gubernamentales semiautónomas se vieron obligadas a seguir esa estela. Así, introdujeron numerosas medidas en el ámbito de la igualdad de oportunidades con el objetivo de lograr una mayor igualdad de condiciones en lo relativo a contra-

---

733 NALGO 1986: 43.

734 Véase NALGO 1986: 77-78; *Public Service* May 1986: 9.

735 Citado en *Public Service* May 1986: 9.

736 NALGO 1987: 79.

tación y selección de personal. Desde luego, en empresas como el NHS hacía mucho tiempo que se empleaba a personal médico y de enfermería de ascendencia caribeña y asiática, pero en su mayoría quedaban restringidos a las partes menos deseables de sus profesiones; ahora se pretendía poner en cuestión las representaciones y los procedimientos que sostenían esas desigualdades racializadas estructurales.<sup>737</sup>

Los mecanismos del proceso de nombramientos en la administración pública, el NHS y en otros organismos no estaban tan politizados como en los gobiernos locales, ámbito en el que se había elegido a administraciones laboristas radicales por su firme compromiso de transformar la situación laboral de las minorías tras los disturbios urbanos. Por lo tanto, seguía existiendo el riesgo de que esos compromisos de modificar las prácticas de contratación y empleo fueran, en gran medida, de naturaleza simbólica. Sin embargo, muchos integrantes de minorías racializadas que ya eran empleados en esos lugares de trabajo se habían radicalizado a causa de los disturbios urbanos y, después, debido a la evolución de los gobiernos locales. Como consecuencia de ello, comenzaron también a organizarse de forma autónoma dentro de sus sindicatos, entre los que destacan, por ejemplo, el Sindicato Nacional de Funcionarios Públicos (NUCPS), la Asociación de Servicios Públicos (CPSA), el Sindicato Nacional de Empleados Públicos (NUPE) y la Confederación de Empleados de Servicios de Salud (COHSE).

Durante los años centrales de la década de los ochenta, se logró, a menudo con la oposición de los dirigentes sindicales, la reivindicación de organización autónoma negra, o alguna variante de la misma, en la mayoría de los grandes sindicatos del sector público. Esto permitió que los miembros negros y asiáticos hiciesen aportaciones y determinasen de forma colectiva las respuestas oficiales de los sindicatos para combatir el racismo en el lugar de trabajo y en otros ámbitos. Y, gracias a estas estructuras con organización autónoma, las minorías racializadas se convirtieron en una especie de agente catalizador que hizo valer de forma colectiva su peso en sus sindicatos y, a través de ellos, obligó a los empresarios a seguir democratizando el pro-

---

737 Beishon *et al.* 1995; Kyriakides y Virdee 2003.

ceso de contratación y selección. De esta manera, los niveles de empleo de personas negras y asiáticas en estos sectores acabaron aumentando de forma significativa durante los años ochenta y noventa.<sup>738</sup>

La onda expansiva de los disturbios urbanos, el antirracismo municipal y la organización autónoma negra acabaron llegando hasta el propio Congreso de Sindicatos (TUC). Antes hemos visto que, ante la presión de los activistas socialistas y una serie de huelgas contra el racismo de trabajadores negros, el TUC por fin se había comprometido a plantar cara al racismo y el fascismo en la clase obrera y en otros ámbitos. Esa evolución se había mantenido durante los años 80, aunque tal vez a un nivel más simbólico e ideológico. Se habían presentado varios documentos normativos para minar el racismo entre sus propias filas,<sup>739</sup> y en la conferencia anual de 1989 se aprobó una norma que permitía expulsar a los miembros del sindicato si cometían «actos deliberados de discriminación ilícita». Además, el TUC había tratado de crear un estrato formado por enlaces sindicales sin dedicación profesional al sindicato y por dirigentes sindicales a tiempo completo integrado por personas blancas y negras que tuviera más capacidad para hacer frente al racismo en el lugar de trabajo. Se impartieron con regularidad cursos de formación para enlaces y dirigentes sindicales en el Centro Nacional de Formación del TUC del norte de Londres y se produjo diverso material para esos cursos.<sup>740</sup> Al final, en 1990, en vista de que se habían creado estructuras con organización autónoma negra en la mayoría de los sindicatos del sector público, el TUC respaldó la creación de estructuras con organización autónoma para facilitar la participación y la representación de los miembros negros. El año siguiente se celebró la primera conferencia anual de trabajadores negros del TUC, a la que los sindicatos afiliados enviaron delegados proporcionales a su cantidad de afiliados.<sup>741</sup>

El viraje del TUC hacia una postura antirracista y de respaldo a la organización autónoma negra no quedó sin respuesta por parte de los elementos conservadores que quedaban en el

---

738 Virdee 2006, 2010.

739 P. ej., TUC 1981, 1983, 1987, 1989.

740 TUC 1990a, 1990b.

741 Virdee 2000: 221–222.

seno de la dirección del movimiento sindical. El ala derecha trató activamente de dividir a la clase obrera con la cuestión racial. Cuando Bill Morris, sindicalista de origen caribeño, se presentó al cargo de secretario general del Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte (TGWU) en abril de 1992, tuvo que hacer frente a considerables muestras de racismo dentro de su propio sindicato y a una evidente falta de entusiasmo por parte de algunos líderes sindicales, como Eric Hammond (el entonces líder del Sindicato de Trabajadores de los Sectores Eléctrico, Electrónico y de Fontanería), que declaró que «no es lo mejor ni para el país ni para el TGWU».<sup>742</sup> Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría los años sesenta y setenta, los dirigentes del TGWU, entre ellos el predecesor de Morris, Ron Todd, cuestionaron activamente esas expresiones de racismo y la gran mayoría de los afiliados del TGWU las rechazaron y eligieron a Bill Morris como secretario general. Además, aunque la corriente de oposición a gran escala de los blancos al racismo que había florecido brevemente a finales de los setenta era mucho menos visible en los 80, todavía quedaban algunos de sus ecos en la solidaridad de clase obrera con los trabajadores negros y asiáticos en huelga, sobre todo en los casos de los trabajadores de Burnsall en el oeste de las Midlands,<sup>743</sup> de los trabajadores del hospital de Hillingdon en el oeste de Londres<sup>744</sup> y de la huelga local contra el racismo de los trabajadores de la NALGO en el municipio de Islington en 1985.<sup>745</sup>

A finales de los años 80, se apreciaba claramente una importante transformación en la situación laboral de los trabajadores negros y asiáticos en la sociedad británica. Desencadenado por los disturbios urbanos, el experimento del antirracismo municipal en las entidades locales dirigidas por laboristas radicales había supuesto la apertura rotunda de ámbitos de empleo estatal no manual a escala local. Además, estos cambios se habían consolidado en el sector público gracias a la organización autónoma de las personas negras y a la alianza con la izquierda socialista en los sindicatos. No obstante, en contra de la interpretación de las explicaciones liberales, según las cuales ese aumento de la re-

---

742 *The Observer*, 9 de junio de 1991 citado en Virdee y Grint 1994: 206.

743 Véanse Buyum 1993; Wrench y Virdee 1996.

744 Lalkar 1998.

745 Véase Miller 1996.

presentación era una muestra de movilidad social ascendente,<sup>746</sup> yo mantengo que este proceso marcó la representación en auge de las minorías en la nueva clase obrera del sector público.<sup>747</sup> En la década de los ochenta, este tipo de empleo era de naturaleza cada vez más proletaria y se caracterizaba por ser cada vez más rutinario y requerir menos cualificación.<sup>748</sup> Sin embargo, los trabajadores negros y asiáticos ya no se encontraban, en su inmensa mayoría, limitados al empleo manual mayoritariamente sin cualificación o con poca cualificación—independientemente de la cualificación que ellos tuvieran—, como sí ocurría en los años sesenta y setenta.<sup>749</sup>

Lo que hace reseñables estos avances, tal y como lo atestiguan las acciones emprendidas por los trabajadores negros y asiáticos y sus aliados socialistas, es que este cambio social se produjo en una época de consolidación del neoliberalismo. El racismo no desapareció a finales de los ochenta, ni en el movimiento sindical ni en la sociedad en general. Como ya hemos visto, el nacionalismo racializador fue un elemento esencial de la agenda populista autoritaria con la que los conservadores lograron el apoyo a sus políticas.<sup>750</sup> Sin embargo, a finales de la década de los ochenta también estaba muy claro que existía una corriente antirracista duradera en la sociedad británica, una corriente que había emergido en el transcurso de las luchas de la población negra contra el racismo en la década de los sesenta, del crecimiento de los movimientos sociales antirracista y antifascista de los setenta y que, para finales de los ochenta, se había institucionalizado en sectores clave del movimiento obrero organizado y en el sector público.

---

746 P. ej., Iganski y Payne 1996.

747 Fairbrother 1989: 188.

748 Hyman y Price 1983; Crompton y Jones 1984.

749 Virdee 2006, 2010.

750 Hall 1983.



# 9

## CONCLUSIONES

### **La persistente importancia del racismo**

Hace tiempo que sabemos que el Estado británico se situó estratégicamente a sí mismo en el epicentro de una gran variedad de redes sociales, políticas y económicas que le permitían trasladar productos y personas a través de continentes y océanos, cosa que a la larga facilitó su auge como la potencia hegemónica incontestable del sistema-mundo moderno hasta que fue desbancado, a su vez, por EE. UU. Sin embargo, de alguna forma ha perdurado la impresión de que ese cambio social global a gran escala casi no había afectado al propio Reino Unido hasta que el Empire Windrush atracó en Tilbury en 1948. En este estudio se demuestra que, junto a la importación masiva al Reino Unido de productos como té, café y azúcar, de sus territorios coloniales también vinieron los asentamientos de migrantes: católicos irlandeses, esclavos libertos africanos y afroamericanos y trabajadores indios, árabes y africanos. La clase obrera inglesa, en concreto, fue un organismo heterogéneo y multiétnico desde el mismo momento en que nació. Sacando a la luz esta parte oculta de la historia, tenemos más capacidad para demostrar el papel decisivo que esas personas migrantes desempeñaron como sujetos de la historia y también como objetos de antipatía en el seno de la sociedad inglesa.

Desde el momento en el que las élites inglesas aprendieron a gobernar de forma más consensuada a mediados de la época victoriana hasta la consolidación bipartidista del régimen del bienestar en la década de 1940, se produjeron una serie de reformas sociales y políticas decisivas, acompañadas de pe-

riodos prolongados de seguridad económica, que facilitaron la incorporación de cada vez más componentes de la clase obrera a la nación imaginada como miembros activos de un Estado imperial. Hay que destacar que este proceso de integración fue acompañado por el racismo en todas sus múltiples formas. Ya en las décadas de 1850 y 1860, la inclusión en el concepto de nación de los trabajadores de los gremios y de otros miembros de la clase obrera respetable trajo consigo la consolidación del racismo contra los católicos irlandeses. La vinculación, anterior incluso, del concepto de ciudadano inglés con el protestantismo estaba muy condicionada por la concepción, cada vez con más peso, de sí mismos como miembros de la raza anglosajona. Los católicos irlandeses, que llevaban mucho tiempo excluidos de la nación debido a su fe católica, ahora se encontraban con una doble desventaja como consecuencia de su supuesta pertenencia a la raza celta. De igual forma, en las décadas de 1950 y 1960, en plena consolidación del régimen del bienestar, los ciudadanos ingleses volvieron a imaginarse a sí mismos, esta vez como miembros de la raza blanca en contraposición a las personas migrantes del Caribe y del subcontinente indio. Los elementos que determinaban la raza cambiaron en el transcurso de este siglo de integración de la clase obrera, pero la propia idea de raza se mantuvo constante.

Es importante destacar que amplios sectores de la clase obrera y muchas de sus instituciones participaron de forma activa en la producción de esa diferencia racializada. Desde finales del siglo XIX, tuvieron lugar varias oleadas consecutivas, dirigidas por los socialistas, de actividad sindical y política en favor de justicia económica y social para los elementos obreros que habían quedado excluidos en las reformas anteriores, y esas reivindicaciones se justificaron haciendo referencia a un nacionalismo racializador. Aunque su concepto de pertenencia nacional era sin duda más amplio que el que defendían las élites de la época y su intención era democratizar la sociedad inglesa, lo hicieron basándose en que la noción de pertenencia nacional que tenían las élites era injusta porque excluía a personas, como los propios miembros de esa clase obrera, que también eran británicas y de la misma raza y, por lo tanto, merecían un trato igual y justo. Por lo tanto, a medida que los límites de la nación se expandían para incluir a cada vez más personas de la clase obrera, también se

racializaban, de manera que el último grupo migrante en llegar se convertía en el trasfondo excluido con el que se comparaba quien gozaba de mayor inclusión de la misma clase.

La identificación de este proceso tan contradictorio recuerda a la observación de Nairn de que el nacionalismo es «como Jano, el antiguo dios romano que coronaba las puertas con una cara mirando hacia delante y otra mirando hacia atrás».<sup>751</sup> La gran sensibilidad y la agudeza respecto al racismo y al nacionalismo y su encaje en la ideología de la clase obrera ha permitido a este estudio resaltar esa doble cara de este tipo de política, y en particular el gran peso que tuvo el nacionalismo —el nacionalismo racializador— en la configuración del movimiento socialista en el siglo XIX y posteriormente.

Ese racismo y ese nacionalismo dejaron cicatrices muy profundas en la sociedad inglesa y en su clase obrera. Es posible rastrear sus efectos en las esferas política y cultural, y también en la económica. El racismo lo impregnaba todo, desde la creación y la consolidación de una división estratificada de la fuerza de trabajo en los lugares de trabajo hasta la regulación informal de las relaciones sociales íntimas en la comunidad. Y con el paso del tiempo, ese racismo se institucionalizó y dejó de ser necesario ejercerlo siempre de forma activa, porque las estructuras y las instituciones de la sociedad ya reflejaban esa idea distorsionada del mundo. Se volvió, en términos de Bourdieu, un elemento integral del *habitus* inglés, el conjunto de disposiciones resilientes e inconscientes que adquieren los grupos sociales con el paso del tiempo. Además, la clase obrera se reimaginó como una clase racializada, de manera que esa raza se convirtió en «la modalidad a través de la que se vivía la clase, el medio través del cual se experimentaban las relaciones de clase, la forma apropiada a través de la que ‘se luchaba’».<sup>752</sup>

La perdurabilidad de ese racismo en todas las esferas de la vida social tiene implicaciones importantes para cualquier proyecto político que identifique a la clase obrera como el principal agente de transformación social progresista. Ha llevado a algunas personas a la conclusión de que «el proletariado del pa-

---

751 Nairn 1975: 18.

752 Hall 1980: 341.

sado, sea entendido de forma clásica o no, ahora tiene mucho más que perder aparte de sus cadenas»,<sup>753</sup> mientras que otras personas han identificado a las minorías racializadas como la fuerza más importante en cualquier intento de plantar cara al racismo.<sup>754</sup> Si bien la relevancia de la capacidad de actuación autónoma de las minorías racializadas para combatir el racismo es incuestionable, como también se ha demostrado en este estudio, quiero dirigir la atención a otro interlocutor social: las minorías racializadas en el seno de movimientos socialistas, que fueron decisivas a la hora de tratar de hacer coincidir la lucha contra el racismo con la lucha contra la explotación de clase.

### **De la formación de la raza a la formación de la clase obrera: el paria racializado como eje vertebrador**

Durante el periodo que se analiza en este libro, hubo momentos en los que la clase obrera reprimió de forma colectiva las expresiones de racismo y, en alguna ocasión, las rechazó activamente. Para que se formase esa solidaridad de clase multiétnica fueron fundamentales los hombres y mujeres socialistas a los que he descrito como parias racializados. Dado que pertenecían a grupos minoritarios en el Reino Unido —personas católicas irlandesas, judías, indias, caribeñas y africanas— frente a los que se había construido la idea preponderante de nacionalismo británico en distintos momentos de su historia, su apego a la nación británica solía ser menos sólido, y su implicación en otros conflictos les brindaba una capacidad singular para ver a través de la neblina de sangre, tierra y pertenencia, y universalizar las luchas militantes, aunque a menudo particularistas, de la clase obrera. En este sentido, actuaban como fermentadores, alimentando las luchas de todo el mundo gracias a su perspectiva singular de la sociedad.

Como hemos visto, se han identificado numerosos casos prácticos o estampas de solidaridad inglesa, irlandesa y africana durante *la edad heroica del proletariado* en los que dichas minorías fueron decisivas para que brotase esa solidaridad. No obstante, esa solidaridad entre la clase obrera multiétnica fue menos ha-

---

753 Gilroy 1987: 246.

754 Sivanandan 1982, 1990.

bitual tras la derrota catastrófica del cartismo y la consolidación de ideas racistas, nacionalistas e imperialistas en el seno de la clase obrera. Entre 1848 y 1973, la corriente del internacionalismo proletario se volvió en gran medida terreno exclusivo de los socialistas pertenecientes a minorías racializadas. Quitando algunas notables excepciones, como William Morris, Belfort Bax, Sylvia Pankhurst y John Maclean, fueron hombres y mujeres como Eleanor Marx, James Connolly, Zelda Kahan, Theodore Rothstein, Shapurji Saklatvala y Arthur MacManus quienes trataron contra viento y marea de cuestionar las divisiones racistas dentro de la clase obrera. Cabe destacar que, durante el desarrollo del nuevo sindicalismo en las décadas de 1880 y 1890, tuvieron la capacidad, aunque brevemente, de profundizar en la incipiente solidaridad de clase entre la clase obrera inglesa y la irlandesa, de forma que también incluyese a los migrantes judíos recién llegados. De igual manera, en las décadas de 1920 y 1930, las minorías racializadas en el seno del CPGB intentaron cuestionar el arraigo de las ideas racistas, antisemitas e imperialistas dentro de la clase obrera, lo que culminó en las acciones solidarias para apoyar a los marineros árabes en el nordeste de Inglaterra y también en la defensa de la comunidad judía en el East End de Londres.

Sin embargo, fue tras la revolución global de 1968 cuando la clase obrera por fin comenzó a bifurcarse en torno a la cuestión del racismo en un mundo determinado, por una parte, por la descolonización en Asia, África y el Caribe, por la lucha política a favor de los derechos civiles en EE. UU. y por la resistencia negra en el Reino Unido y, por otra parte, por la crisis orgánica del capitalismo británico, el desmoronamiento del régimen del bienestar y la intensificación de los conflictos de clase. En los años setenta, el movimiento obrero organizado abandonó su postura tradicional de indiferencia respecto al racismo para cuestionarlo de forma activa, cambio de actitud en el que destaca sobre todo el apoyo a las trabajadoras asiáticas en huelga en Grunwick. Junto a esta acción antirracista en el lugar de trabajo, parte de los trabajadores y de los jóvenes organizados ayudaron a crear movimientos sociales antirracistas y antifascistas a una escala sin precedentes hasta el momento en el Reino Unido.

El papel de los internacionalistas socialistas, sobre todo de quienes descendían de minorías racializadas, fue decisivo. Demostraron ser el conducto a través del cual las ideas, la conciencia y la práctica política antirracistas —confinadas hasta entonces a las comunidades minoritarias— llegaron al ala izquierda del movimiento obrero organizado y desde ahí a otros ámbitos. En ese momento en el que se consiguió que los conflictos de clase se aunasen con las luchas contra el racismo, se produjo una fusión orgánica de fuerzas sociales en la que, parafraseando a Sivanandan, los trabajadores de minorías racializadas, «al ser conscientes de su color de piel, [...] adquirieron conciencia de clase» y las personas blancas de clase obrera, «al recuperar su instinto de clase, [...] adquirieron conciencia de la opresión racial».<sup>755</sup>

El experimento del antirracismo municipal en las entidades locales dirigidas por laboristas radicales había extendido aún más el sentimiento antirracista en la sociedad, de manera que se abrieron a las minorías racializadas ámbitos de empleo estatal no manual a escala local. Y estos cambios se habían afianzado en el sector público gracias a la organización autónoma de las personas negras y a la alianza con la izquierda socialista en los sindicatos. Aunque el racismo siguió siendo una potente fuerza estructural durante los años 80, como consecuencia de esa acción colectiva se consolidó una corriente antirracista más duradera en la sociedad británica, una corriente que se había hecho posible en el transcurso de las luchas de la población negra contra el racismo en la década de los sesenta, del crecimiento de los movimientos sociales antirracista y antifascista de los setenta y que, para finales de los 80, se había institucionalizado en sectores clave del movimiento obrero organizado y en el sector público. Ese movimiento antirracista fue el legado de los parias racializados de origen católico irlandés, judío, africano y asiático a la sociedad inglesa. En la época de la supremacía imperial y el racismo científico, esta corriente, junto al internacionalismo socialista, estaba prácticamente extinguida. Sin ella, la sociedad inglesa se habría compuesto de dos comunidades estratificadas por el racismo.

---

755 Sivanandan 1982: 17.

El fundamento filosófico de este estudio es la idea de que la renovación intelectual está estrechamente ligada al proceso de renovación política. Figuras intelectuales destacadas como Immanuel Wallerstein<sup>756</sup> han advertido de la crisis inminente, definitiva, de la economía-mundo capitalista, llegando incluso a predecir que pasará a mejor vida en algún momento de mediados del siglo XXI. Sin embargo, la creación y el respaldo de proyectos de emancipación que pretendan transformar nuestras relaciones sociales y liberarnos de la explotación y la opresión siguen siendo marginales, sobre todo en Occidente. No cabe duda de que la observación de Gramsci conserva su vigencia: mientras «lo viejo está muriendo, [...] lo nuevo no puede nacer; en este interregno aparecen una gran variedad de síntomas mórbidos»,<sup>757</sup> como las manifestaciones de absolutismo racista, podríamos añadir. Espero que este libro, en el que se vuelve a examinar nuestro pasado y se recuerdan a muchas personas sus propias historias de «antepasados esclavizados»,<sup>758</sup> suponga una pequeña contribución que les anime a dar un paso adelante y a plantar cara de forma colectiva a las manifestaciones actuales de opresión racista y a los cimientos estructurales sobre los que se asientan.

---

756 Immanuel Wallerstein 2004: 77.

757 Gramsci 1971: 276.

758 Benjamin 2006.





## BIBLIOGRAFÍA

### A

- Adi, H. 1998, *West Africans in Britain: 1900–1960*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Allen, T.W. 1994, *The Invention of the White Race*, Vol. 2., Londres, Verso.
- Anderson, P. 1964, «Origins of the Present Crisis», en *New Left Review* 1: 23: 26–53.
- 1977, «The Limits and Possibilities of Trade Union Action» en T. Clarke y T. Clements (eds.), *Trade Unions Under Capitalism*, Londres, Fontana.
- Aptheker, H. 1943, *American Negro Slave Revolts*, Nueva York, Columbia University Press.
- Armitage, D. 2007, *The Declaration of Independence: a global history*, Cambridge, MA, Harvard University Press [ed. en cast.: *Las declaraciones de independencia*, Madrid, Marcial Pons, 2012].
- Armstrong, A. 2013, *The Ghost of James Connolly*, Edimburgo, Introfobel Publications.
- Attridge, S. 2003, *Nationalism, Imperialism and Identity in Late Victorian Culture*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

### B

- Baldwin, L.V.; Al-Hadid, A.Y. 2002, *Between Cross and Crescent*, Gainesville, University of Florida Press.
- Ball, W.; Solomos, J. 1990, «Racial Equality and Local Politics», en W. Ball y J. Solomos (eds.), *Race and Local Politics*, Basingstoke, Macmillan Education.
- Banton, M. 1987, *Racial Theories*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Barkan, E. 1993, *The Retreat of Scientific Racism*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Beauchamp, K. (sin fecha), *Black Citizens*, CPGB, Londres.
- Beaver, P. 1985, *The Match Makers*, Londres, Henry Melland Limited.
- Beishon, S., Virdee, S.; Hagell, A. 1995, *Nursing in a Multi-Ethnic NHS*, Londres, Policy Studies Institute.
- Belchem, J. 1985, «English Working-Class Radicalism and the Irish, 1815–50», en R. Swift y S. Gilley (eds.), *The Irish in the Victorian City*, Londres, Croom Helm.
- Bellamy, J. 1968, *Homes, Jobs, Immigration – the facts*, Londres, CPGB.
- Ben-Tovim, G. 1978, «The Struggle Against Racism: theoretical and strategic perspectives», en *Marxism Today*, julio de 1978, pp. 203–213.
- Benjamin, W. 2006 [1940], «On the Concept of History», en H. Eiland y M.W. Jennings (eds.), *Selected Writings of Walter Benjamin*, Vol. 4, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- Benn, T. 1982, *Parliament, People and Power*, Londres, Verso.
- Bevir, M. 2000, «Republicanism, Socialism, and Democracy in Britain: the origins of the radical left», en *Journal of Social History* 34: 2: 351–368.
- Bhambra, G. 2011, «Historical Sociology, Modernity and Postcolonial Critique», en *American Historical Review* 116: 3: 653–662.
- Billig, M. 1995, *Banal Nationalism*, Londres, Sage [ed. en cast.: *Nacionalismo banal*, Madrid, Capitán Swing, 2014].
- Birchall, I. 1981, *The Smallest Mass Party in the World*, Londres, SWP.
- Blackburn, R. 1988, *The Overthrow of Colonial Slavery*, Londres, Verso.
- Bourke, J. 1994, *Working Class Cultures in Britain, 1890–1960*, Londres, Routledge.
- Bourne, J., «Lewisham '77: success or failure?», 2007, disponible online en <http://www.irr.org.uk/news/lewisham-77-success-or-failure/> [última visita: 15 enero 2021].
- Branson, N. 1997, *History of the CPGB, 1941–1951*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Brockway, F. 1942, *Inside the Left*, Londres, Allen Unwin.
- Brown, C. 1982, *Black and White Britain: the third PSI survey*, Londres, Heinemann Educational Books.

- Brown, J. 1998, *The Oxford History of the British Empire, the Twentieth Century*, Vol. IV, Oxford, Oxford University Press.
- Buckley, D. 2005, *Strange Fascination – David Bowie: the definitive story*, Londres, Virgin.
- Buckman, J. 1980, «Alien Working-Class Response: the Leeds Jewish tailors, 1880–1914», en K. Lunn (ed.), *Hosts, Immigrants and Minorities: historical responses to newcomers in British society, 1870–1914*, Folkestone, Dawson.
- Buyum, M. 1993, *The Burnsall Strike: account of a struggle*, Unpublished M.A. thesis, University of Warwick.
- Byrne, D. 1977, «The 1930 ‘Arab Riot’ in South Shields: a race riot that never was», en *Race and Class* 18: 3: 261–277.

## C

- Calhoun, C. 1982, *The Question of Class Struggle*, Oxford, Blackwell.
- Callaghan, J. 1995, «The Communists and the Colonies: anti-imperialism between the wars», en G. Andrews, N. Fishman y K. Morgan (eds.), *Opening the Books: essays on the social and cultural history of the British Communist Party*, Londres, Pluto Press.
- 2003, *Cold War, Crisis and Conflict: the CPGB 1951–1968*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Callinicos, A. 1993, *Race and Class*, Londres, Bookmarks.
- Cannadine, D. 2002, *Ornamentalism: how the British saw their empire*, Oxford, Oxford University Press.
- Carretta, V. 2005, *Equiano, the African*, Londres, Penguin.
- Carter, R., Joshi, S. y Harris, C. 1987, «The 1951–55 Conservative Government and the Racialisation of Black Immigration», *Policy Papers in Ethnic Relations* n° 11, Coventry, CRER, University of Warwick.
- Centre for Contemporary Cultural Studies (CCCS) 1982, *The Empire Strikes Back*, Londres, Hutchinson.
- Cesarani, D. 1994, «The Study of Anti-Semitism in Britain: trends and perspectives», en M. Brown (ed.), *Approaches to Antisemitism*, Nueva York, International Centre for the University Teaching of Jewish Civilization.
- Challinor, R. 1977, *The Origins of British Bolshevism*, Londres, Croom Helm.
- Coats, A.V. 2011, «Spithead Mutiny: introduction», en A.V. Coats

- y P. MacDougall (eds.), *The Naval Mutinies of 1797*, Woodbridge, The Boydell Press.
- Cohen, S. 1984, *That's Funny You Don't Look Anti-Semitic: an anti-racist analysis of left anti-semitism*, Londres, Beyond the Pale Collective.
- Colley, L. 1986, «Whose Nation? class and national consciousness in Britain 1750–1830», *Past and Present* 113: 1: 97–117.
- 1996, *Britons*, Londres, Vintage.
- Colling, T.; Ferner, A. 1995, «Privatization and Marketization», en P. Edwards (ed.), *Industrial Relations: Theory and Practice in Britain*, Oxford, Blackwell.
- Communist Party of Great Britain (CPGB) 1951, *The British Road to Socialism*, Londres.
- 1975, *The Fight against Racism in Britain*, Londres, CP Education Department.
- sin fecha, *Racism Action Guide: how to combat it*, Londres, CP National Race Relations Committee.
- Connolly, J. 1975 [1903], *The Socialist Labour Party of America and the London SDF*. Disponible online en <http://www.marxists.org/archive/connolly/1903/06/slpsdf.htm> [última visita: 15 de enero de 2021].
- Cowden, M. 1963, «Early Marxist Views on British Labor, 1837–1937», *Western Political Quarterly* 16: 1: 34–52.
- Crick, M. 1994, *The History of the Social Democratic Federation*, Bodmin, Ryburn Publishing.
- Crompton, R.; Devine, F.; Savage, M.; Scott, J. 2000, *Renewing Class Analysis*, Oxford, Blackwell.
- Crompton, R.; Jones, G. 1984, *White-Collar Proletariat: deskilling and gender in the clerical labour process*, Basingstoke, Macmillan Press.
- Curtis, L. 1968, *Anglo-Saxons and Celts: a study of anti-Irish prejudice in Victorian England*, Nueva York, New York University Press.
- 1971, *Apes and Angels: The Irishman in Victorian caricature*, Washington, DC, Smithsonian Institution Press.

## D

- Daniel, W.W. 1968, *Racial Discrimination in England*, Londres, Penguin Books.
- Darlington, R. 1994, *The Dynamics of Workplace Unionism*, Londres, Mansell.

- Davidson, N. 2006, «Carnival, March, Riot», *International Socialism* 112: 209–215.
- De Beauvoir, S. 1976 [1948], *The Ethics of Ambiguity*, Nueva York, Citadel Press.
- Denselow, R. 1989, *When the Music Stopped: the story of political pop*, Londres, Faber and Faber.
- Deutscher, I. 1968, *The Non-Jewish Jew and Other Essays*, Londres, Oxford University Press.
- Devine, F.; Savage, M.; Crompton, R.; Scott, J. (eds.) 2005, *Re-Thinking Class*, Londres, Palgrave Macmillan.
- Devine, T. 2000, *Scotland's Shame: bigotry and sectarianism in modern Scotland*, Edimburgo, Mainstream Publishing.
- Dickens, L.; Hall, M. 1995, «The State: labour law and industrial relations», en P. Edwards (ed.), *Industrial Relations: theory and practice in Britain*, Oxford, Blackwell.
- Draper, H. 1978, *Karl Marx's Theory of Revolution: the politics of social classes*, vol. 2, Nueva York, Monthly Review Press.
- Dresser, M. 1986, *Black and White on the Buses: the 1963 colour bar dispute in Bristol*, Bristol, Bristol Broadside.
- Driver, F.; Gilbert, D. (eds.) 2003, *Imperial Cities*, Manchester, Manchester University Press.
- Du Bois, W.E.B. 1994 [1903], *The Souls of Black Folk*, Nueva York, Dover Publications.
- Duffield, M. 1988, *Black Radicalism and the Politics of De-Industrialisation: the hidden history of Indian foundry workers*, Aldershot, Avebury.
- Duffy, A.E.P. 1961, «New Unionism in Britain, 1889–90: a reappraisal», *The Economic History Review* 14: 2: 306–319.

## E

- Edwards, P.; Dabydeen, D. 1991, *Black Writers in Britain, 1760–1890*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
- Eldridge, J.; Cressey, P.; MacInnes, J. 1991, *Industrial Sociology and Economic Crisis*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf.
- Eley, G. 2002, *Forging Democracy*, Oxford, Oxford University Press.
- Ellis, P.B. 1997, *Selected Writings of James Connolly*, Londres, Pluto Press.
- Engels, F. 1987 [1845], *The Conditions of the Working Class in England*, Londres, Penguin Books [ed. en cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Akal, 2020].

## F

- Fairbrother, P. 1989, «State Workers: class position and collective action», en G. Duncan (ed.), *Democracy and the Capitalist State*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Fanon, F. 2001 [1961], *The Wretched of the Earth*, Londres, Penguin Books [ed. en cast.: *Los condenados de la tierra*, Madrid, FCE, 2018].
- Ferro, M. 1973, *The Great War, 1914–1918*, Londres, Routledge and Kegan Paul [ed. en cast.: *La gran guerra 1914-1918*, Madrid, Alianza, 2014].
- Fishman, N. 1995, «No Home but the Trade Union Movement: communist activists and 'reformist' leaders: 1925–1956», en G. Andrews, N. Fishman y K. Morgan (eds.), *Opening the Books: essays on the social and cultural history of the British Communist Party*, Londres, Pluto Press.
- Foot, P. 1965, «Immigration and the British Labour Movement», en *International Socialism* 1: 22: 8–13.
- 1965, «The Strike at Courtaulds, Preston: 24 May to 12 June 1965», *IRR Newsletter Supplement*.
- 1969, *The Rise of Enoch Powell*, Londres, Penguin.
- sin fecha, *Workers Against Racism*, Londres, International Socialists.
- Foster, J. 1977, *Class Struggle and the Industrial Revolution*, Londres, Routledge.
- 1990, «Strike Action and Working Class Politics on Clydeside, 1914–1919», *International Review of Social History* 35: 1: 33–70.
- Fryer, P. 1984, *Staying Power: the history of black people in Britain*, Londres, Pluto Press.

## G

- Gallacher, W. 1936, *Revolt on the Clyde*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Giddens, A. 1987, *A Contemporary Critique of Historical Materialism: the nation-state and violence*, Berkeley, University of California Press.
- Gidley, B. 2003, *Citizenship and Belonging: East London Jewish radicals, 1903–1918*, Unpublished Ph.D. dissertation, Londres, Goldsmiths College, University of London.

- Gilmour, I. 1977, *Inside Right*, Londres, Hutchinson.
- Gilroy, P. 1987, *There Ain't No Black in the Union Jack*, Londres, Hutchinson.
- 2000, *Between Camps*, Londres, Allen Lane.
- Glasgow Labour History Workshop (GLHW) 1970, *Glasgow 1919: the story of the 40 hours strike*, Glasgow, Molendinar Press.
- 1989, *The Singer Strike Clydebank, 1911*, Clydebank, Clydebank District Library.
- Goodhart, D. 2013, *The British Dream*, Londres, Atlantic Books.
- Goodyer, I. 2009, *Crisis Music: the cultural politics of Rock Against Racism*. Manchester, Manchester University Press.
- Gordon, P. 1990, «A Dirty War: the new right and local authority anti-racism», en W. Ball y J. Solomos (eds.), *Race and Local Politics*, Basingstoke, Macmillan.
- Gordon, P.; Reilly, D. 1986, «Guestworkers of the Sea: racism in British shipping», *Race and Class* 28: 2: 73–82.
- Gramsci, A. 1971, *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Gray, B. 1979, «Ben Tillet and the Rise of the Labour Movement in Britain», *History Review*, septiembre 1979.
- Green, J. 1990, «Some Findings on Britain's Black Working Class, 1900–1914», *Immigrants and Minorities* 19: 2: 168–177.
- Gregg, R. 1998, «Class, Culture and Empire», *Journal of Historical Sociology* 11: 4: 419–460.
- Gregory, A. 2007, *The Last Great War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Grint, K. 1991, *The Sociology of Work*, Londres, Polity Press.
- Gupta, P. S. 1975, *Imperialism and the British Labour Movement, 1914–1964*, Nueva York, Holmes and Meier Publishers.

## H

- Hall, C. 1992, *White, Male and Middle Class*, Oxford, Polity Press.
- 2002, *Civilising Subjects*, Oxford, Polity Press.
- 2000, McClelland, K.; Rendell, J., *Defining the Victorian Nation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hall, C.; Rose, S. (eds.) 2006, *At Home with the Empire*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hall, S. 1980, «Race, Articulation and Societies Structured in Dominance», en UNESCO (ed.), *Sociological Theories: race and colonialism*, París, UNESCO.

- 1983, «The Great Moving Right Show», en S. Hall y M. Jacques (eds.), *The Politics of Thatcherism*, Londres, Lawrence and Wishart.
- ; Critcher, C.; Jefferson, T.; Clarke, J.; Roberts, B. 1978, *Policing the Crisis*, Basingstoke, Macmillan Press.
- Hall, S.; Massey, D. 2010, «Interpreting the Crisis», *Soundings* 44: 57–71.
- Hargreaves, J. 1993, «The Comintern and Anti-Colonialism: new research opportunities», *African Affairs* 92: 367: 255–261.
- Harman, C. 1985, «1984 and the Shape of Things to Come», *International Socialism* 2: 29: 62–127.
- Harris, N. 1968, «Race and Nation», *International Socialism* 1: 34: 22–27.
- Hatton, T.; Boyer, G.; Bailey, R. 1994, «The Union Wage Effect in Late Nineteenth Century Britain», *Economica* 61: 435–456.
- Hay, J. R. 1983, *The Origins of the Liberal Welfare Reforms, 1906–14*, Basingstoke, Macmillan.
- Heathorn, S. 2000, *For Home, Country and Race: constructing gender, class and Englishness in the elementary school, 1880–1914*, Toronto, University of Toronto Press.
- Heffer, S. 1998, *Like the Roman: the life of Enoch Powell*, Londres, Weidenfeld and Nicolson.
- Hennessy, P. 2001, *Prime Minister: the office and its holders since 1945*, Londres, Penguin.
- Hickman, M. 1995, *Religion, Class and Identity*, Aldershot, Avebury.
- 1998, «Reconstructing Deconstructing ‘Race’: British political discourses about the Irish in Britain», *Ethnic and Racial Studies* 21: 2: 288–307.
- Hier, S. 2001, «The Forgotten Architect: Cox, Wallerstein and world-system theory», *Race and Class* 42: 3: 69–86.
- Hill, C. 1968, *Puritanism and Revolution*, Manchester, Panther Books.
- Hillman, N. 2001, «‘Tell Me Chum, In Case I Got It Wrong. What Was It We Were Fighting During the War?’ the re-emergence of British Fascism, 1945–58», *Contemporary British History* 15: 4: 1–34.
- Hinton, J. 1973, *The First Shop Stewards’ Movement*, Londres, Allen Unwin.
- ; Hyman, R. 1975, *Trade Unions and Revolution: the industrial poli-*



- tics of the early British Communist Party, Londres, Pluto Press.
- Hobsbawm, E. 1949, «General Labour Unions in Britain, 1889–1914», *Economic History Review* 1: 2/3: 123–142.
- 1964, *Labouring Men*, Londres, Weidenfeld and Nicholson.
- 1967, «Trade Union History», *Economic History Review* 20: 2: 358–364.
- 1990 [1968], *Industry and Empire*, Londres, Penguin Books [ed. en cast.: *Industria e imperio*, Barcelona, Crítica, 2016].
- 1978, «The Forward March of Labour Halted?», *Marxism Today*, sept. 1978, pp. 279–286.
- 1983, «Mass Producing Traditions: Europe, 1870–1914», en E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- 1984a, *Worlds of Labour*, Londres, Weidenfeld and Nicholson.
- 1984b, «Artisan or Labour Aristocrat?», *Economic History Review* 37: 3: 355–372.
- , 1997 *The Age of Capital, 1848–1875*, Londres, Abacus [ed. en cast.: *La Era de la Revolución 1789–1848, La Era del Capital 1848–1875, La Era del Imperio 1875–1914*, Barcelona, Crítica, 2014].
- Hofstadter, R. 1967, *Social Darwinism in American Thought*, Boston, Beacon Press.
- Holmes, C. 1988, *John Bull's Island*, Basingstoke, Macmillan.
- Home Office 1977, *A Guide to the Race Relations Act 1976*, Londres, Home Office.
- Hyman, R. 1972, *Marxism and the Sociology of Trade Unionism*, Londres, Pluto Press.
- ; Price, R. 1983, *The New Working Class?*, Basingstoke, Macmillan Press.
- Hyndman, H. 1973 [1881], *England for All*, Brighton, Harvester Press.

## I

- Iganski, P.; Payne, G. 1996, «Declining Racial Disadvantage in the British Labour Market», *Ethnic and Racial Studies* 19: 1: 113–133.
- Ignatiev, N. 1995, *How the Irish Became White*, Nueva York, Routledge.
- International Socialists 1974, *The Black Worker in Britain*, Londres, International Socialists.

## J

- James, C.L.R. 1991 [1938], *The Black Jacobins*, Londres, Allison and Busby [ed. en cast.: *Los jacobinos negros*, Madrid, Turner, 2014].
- Jenkinson, J. 1996, «The 1919 Riots», en P. Panikos (ed.), *Racial Violence in Britain in the 19th and 20th Centuries*, Leicester, Leicester University Press.
- Jenkinson, J. 2008, «Black Sailors on Red Clydeside: rioting, reactionary trade unionism and conflicting notions of Britishness following the First World War», *Twentieth Century British History* 19: 1: 29–60.
- 2009, *Black 1919: riots, racism and resistance in Imperial Britain*, Liverpool, Liverpool University Press.
- Josephides, S. 1990, «Principles, Strategies and Anti-racist Campaigns: the case of the Indian Worker's Association», en H. Goulbourne (ed.), *Black Politics in Britain*, Aldershot, Avebury.
- Joshi, S.; Carter, R. 1984, «The Role of Labour in the Creation of a Racist Britain», *Race and Class* 25: 3: 53–71.
- Joyce, P. 1991, *Visions of the People*, Cambridge, Cambridge University Press.

## K

- Kapp, Y. 1976, *Eleanor Marx: the crowded years, 1884–1898*, vol. 2, Londres, Lawrence and Wishart.
- Kay, D.; Miles, R. 1992, *Refugees or Migrant Workers? European volunteer workers, 1946–51*, Londres, Routledge.
- Kaye, H.J.; McClelland, K. 1990, *EP Thompson: critical debates*, Londres, Polity.
- Kelly, J. 1988, *Trade Unions and Socialist Politics*, Londres, Verso.
- Kendall, W. 1969, *The Revolutionary Movement in Britain, 1900–1921*, Londres, Weidenfeld and Nicholson.
- Kessler, S.; Bayliss, F. 1995, *Contemporary British Industrial Relations*, Basingstoke, Macmillan Press.
- Kirk, N. 1985, *The Growth of Working Class Reformism in Mid-Victorian England*, Londres, Croom Helm.
- Klugman, J. 1960, «The Foundation of the Communist Party of Great Britain», *Marxism Today* 4: 1: 1–11.
- Knowles, C. 2003, *Race and Social Analysis*, Londres, Sage.

- Knox, W. W. 1988, «Religion and the Scottish Labour Movement, c.1900–1939», *Journal of Contemporary History* 23: 4: 609–630.
- Kyriakides, C.; Virdee, S. 2003, «Migrant Labour, Racism and the British National Health Service», *Ethnicity and Health* 8: 4: 283–305.

## L

- Lalkar 1998, «Hillingdon Hospital Strikers: their fight is our fight», *Lalkar*, marzo 1998.
- Laybourn, K. 1994, «The Failure of Socialist Unity in Britain c.1893–1914», *Transactions of the Royal Historical Society* 4: 153–175.
- Leed, E.J. 1981, *No Man's Land: combat and identity in World War One*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lees, L.H. 1979, *Exiles of Erin*, Manchester, Manchester University Press.
- Lenin, V. 1983 [1914], *The Right of Nations to Self-Determination*, Moscú, Progress Publishers [ed. en cast.: *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, Tafalla, Txalaparta, 2020].
- Lindop, F. 2001, «Racism and the Working Class: strikes in support of Enoch Powell in 1968», *Labour History Review* 66: 1: 79–100.
- Linebaugh, P.; Rediker, M. 2001, *The Many-Headed Hydra*, Boston, Beacon Press.
- Livingstone, K. 1984, «Renaissance Labour Style», *Marxism Today*, diciembre 1984, pp. 19–22.
- Lunn, K. 1985, «Race Relations or Industrial Relations? race and labour in Britain, 1880–1950», *Immigrants and Minorities* 4: 2: 1–29.

## M

- Mac an Ghail, M. 2000, «The Irish in Britain: the invisibility of ethnicity and anti-Irish racism», *Journal of Ethnic and Migration Studies* 26: 1: 137–147.
- MacCarthy, F. 2010, *William Morris*, Londres, Faber and Faber.
- MacDonald, R. 1994, *The Language of Empire*, Manchester, Manchester University Press.
- Mackenzie, J. (ed.) 1986, *Imperialism and Popular Culture*, Manchester, Manchester University Press.

- 1999, «Empire and Metropolitan Cultures», en A. Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire, The Nineteenth Century*, Oxford, Oxford University Press.
- MacRaid, D. 1999, *Irish Migrants in Modern Britain*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- McBriar, A.M. 1963, *Fabian Socialism and English Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- McCalman, I. (ed.) 1991, *The Horrors of Slavery and Other Writings by Robert Wedderburn*, Princeton, Markus Weiner Publishers.
- McClintock, A. 1995, *Imperial Leather*, Londres, Routledge.
- McCrudden, C.; Smith: D. J. y Brown, C. 1991, *Racial Justice at Work*, Londres, Policy Studies Institute.
- McDermott, M. 1979, *Irish Catholics and the British Labour Movement: a study with particular reference to London, 1918–1970*, Unpublished M.A. thesis, University of Kent.
- McIlroy, J. 1979, *Trade Unions in Britain Today*, Manchester, Manchester University Press.
- Manwaring, G.; Dobree, B. 1935, *The Floating Republic: an account of the mutinies at Spithead and the Nore in 1797*, Londres, Penguin.
- Marsh, D. 1992, *The New Politics of British Trade Unionism*, Basingstoke, Macmillan Press.
- May, R.; Cohen, R. 1974, «The Interaction Between Race and Colonialism: a case study of the Liverpool race riots of 1919», *Race and Class* 16: 111–126.
- Mayet, G. 1986, *Race and Trade Unions*, Unpublished document.
- Messina, A. M. 1989, *Race and Party Competition in Britain*, Oxford, Clarendon Press.
- Meth, M. 1972, *Brothers to All Men?*, Londres, Runnymede Trust.
- Miles, R. 1982, *Racism and Migrant Labour*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- 1984, «Marxism Versus the Sociology of Race Relations», *Ethnic and Racial Studies* 7: 2: 217–237.
- 1993, *Racism after 'Race Relations'*, Londres, Routledge.
- ; Kay, D. 1990, «The TUC, Foreign Labour and the Labour Government: 1945–51», *Immigrants and Minorities* 9: 1: 85–108.
- ; Phizacklea, A. 1977, «The TUC, Black Workers and New Commonwealth Immigration, 1954–1973», *Working Paper* n° 6, Birmingham, University of Aston.

- ; Phizacklea, A. 1978, «The TUC and Black Workers, 1974–1976», *British Journal of Industrial Relations* 16: 2: 195–207.
- ; Phizacklea, A. 1984, *White Man's Country: racism and British politics*, Londres, Pluto Press.
- Miliband, R. 1987, *Parliamentary Socialism*, Londres, Merlin Press.
- Miller, C. 1996, *Public Sector Trade Unionism and Radical Politics*, Aldershot, Dartmouth Publishing Company.
- Millward, P. 1985, «The Stockport Riots of 1852», en R. Swift y S. Gilley (eds.), *The Irish in the Victorian City*, Londres, Croom Helm.
- Moran. M. 1980, *The Politics of Industrial Relations*, Londres, Macmillan Press.
- Morgan, K.; Cohen, G.; Flinn, A. 2007, *Communists and British Society, 1920–1991*, Londres, Rivers Oram Press.
- Morton, A. L. 1994, *A People's History of England*, Londres, Lawrence and Wishart.

## N

- Nairn, T. 1964, «The English Working Class», *New Left Review* 1: 24: 43–57.
- Nairn, T. 1970, «Enoch Powell: the new right», *New Left Review* 1: 61: 3–27.
- Nairn, T. 1975, «The Modern Janus», *New Left Review* 94: 3–29.
- Nairn, T. 1982, *The Break-up of Britain*, Londres, Verso.
- Neal, F. 1988, *Sectarian Violence: the Liverpool Experience, 1819–1914*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Newman, G. 1996, «Nationalism Revisited», *Journal of British Studies* 35: 1: 118–127.
- Nicholson, B. 1974, *Racialism, Fascism and the Trade Unions*, Londres, TGWU Region n° 1.

## O

- O'Higgins, R. 1961, «The Irish Influence in the Chartist Movement», *Past and Present* 20: 83–96.
- Omi, M.; Winant, H. 1994, *Racial Formation in the United States*, Londres, Routledge.
- O'Murchadha, C. 2011, *The Great Famine*, Londres, Continuum.
- O'Riordan, M. 1988, «Connolly, Socialism and the Jewish Worker», *Saothar: Journal of the Irish Labour History Society* 13: 120–130.

- Ouseley, H. 1990, «Resisting Institutional Change», en W. Ball y J. Solomos (eds.), *Race and Local Politics*, Basingstoke, Macmillan Press.
- Owen, N. 1999, «Critics of Empire in Britain», en J.M. Brown y L. Roger (eds.), *The Oxford History of the British Empire: the twentieth century*, vol. 4, Oxford, Oxford University Press.

## P

- Panayi, P. 1993, *Racial Violence in Britain, 1840–1950*, Leicester, Leicester University Press.
- 1994, *Immigration, Ethnicity and Racism in Britain: 1815–1945*, Manchester, Manchester University Press.
- Park, R. 1950, *Race and Culture*, ed. por C. Everett Hughes, Nueva York, Free Press.
- Parmar, P. 1990, «Black Feminism: the politics of articulation», en J. Rutherford (ed.), *Identity: Community, Culture, Difference*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Pearson, R.; Anitha, S.; McDowell, L. 2010, «Striking Issues: from labour process to industrial dispute at Grunwick and Gate Gourmet», *Industrial Relations Journal* 41: 5: 408–428.
- Pelling, H. 1958, «The Early History of the Communist Party of Great Britain, 1920–29», *Transactions of the Royal Historical Society* 5: 8: 41–57.
- 1987, *A History of British Trade Unionism*, Londres, Penguin.
- Phizacklea, A.; Miles, R. 1978, «The Strike at Grunwick», *New Community* 6: 3: 268–278.
- ; Miles, R. 1980, *Labour and Racism*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Pinder, B. 1961, «Trade Unions and Coloured Workers», *Marxism Today*, septiembre 1961, pp. 282–286.
- Piratin, P. 1978, *Our Flag Stays Red*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Porter, A. 1999, «Introduction: Britain and the empire in the nineteenth century», en A. Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, Oxford, Oxford University Press.

## Q

- Quail, J. 1978, *The Slow Burning Fuse: the lost history of the British anarchists*, Londres, Paladin.

## R

- Race and Class 1981, «The Riots», *Race and Class* 23: 2–3: 223–232.
- Raison, T. 1984, «The View from the Government», en J. Benyon (ed.), *Scarman and After*, Oxford, Pergamon Press.
- Ramdin, R. 1987, *The Making of the Black Working Class in Britain*, Londres, Gower Publishing Company.
- Raw, L. 2009, *Striking a Light*, Londres, Continuum.
- Renton, D. 2005, «Guarding the Barricades», en N. Copsey y D. Renton (eds.), *British Fascism, the Labour Movement and the State*, Basingstoke, Macmillan.
- 2006, *When We Touched The Sky: the Anti-Nazi League, 1977–1981*, Londres, New Clarion Press.
- Rex, J.; Tomlinson, S. 1979, *Colonial Immigrants in a British City*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Riga, L. 2008, «The Ethnic Roots of Class Universalism: rethinking the ‘Russian’ revolutionary élite», *American Journal of Sociology* 114: 3: 649–705.
- Robinson, C. 1983, *Black Marxism: the making of the black radical tradition*, Londres, Zed Books.
- Rodney, W. 1981, *A History of the Guyanese People*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Roediger, D. 1991, *The Wages of Whiteness*, Londres, Verso.
- 1994, *Towards the Abolition of Whiteness*, Londres, Verso.
- Rogaly, J. 1977, *Grunwick*, Londres, Penguin.
- Rose, J. 2002, *The Intellectual Life of the British Working Classes*, New Haven, Yale University Press.
- Rosenberg, C. 1987, *Britain on the Brink of Revolution*, Londres, Bookmarks.
- Roth, A. 1970, *Enoch Powell: Tory tribune*, Londres, Macdonald and Co.
- Rudé, G. 1956, «The Gordon Riots», *Transactions of the Royal Historical Society* 6: 93–114.

## S

- Said, E. 1978, *Orientalism*, Londres, Vintage [ed. en cast.: *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo, 2018].
- Savage, M.; Miles, A. 1994, *The Re-Making of the British Working Class, 1840–1940*, Londres, Routledge.
- Saville, J. 1987, *1848: the British State and the Chartist movement*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Scarman, Lord 1981, *The Brixton Disorders 10–12 April 1981: report of an Inquiry by the Rt Hon. the Lord Scarman OBE*, Londres, HMSO.
- Schwarz, B. 1996, «‘The Only White Man In There’: the re-racialization of England, 1956–1968», *Race and Class* 38: 1: 65–78.
- Scott, J. 1986, «Gender: a useful category of historical analysis», *American Historical Review* 91: 5: 1053–1075.
- 1988, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press.
- Serge, V. 1982 [1939], *Midnight in the Century*, Londres, Writers and Readers [ed. en cast.: *Medianoche en el siglo*, Madrid, Alianza, 2016].
- Sheldrake, J. 1991, *Industrial Relations and Politics in Britain: 1880–1989*, Londres, Pinter Publishers.
- Sherwood, M. 1999, *Claudia Jones: a life in exile*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Shukra, K. 1996, «A Scramble for the British Pie», *Patterns of Prejudice* 30: 1: 28–35.
- Sivanandan, A. 1977, «The Liberation of the Black Intellectual», *Race and Class* 18: 4: 329–344.
- 1982, *A Different Hunger*, Londres, Pluto Press.
- 1990, *Communities of Resistance*, Londres, Verso.
- Sked, A.; Cook, C. 1993, *A Post-War Britain: a political history, 1945–1992*, Londres, Penguin.
- Skidelsky, R. 1975, *Oswald Mosley*, Basingstoke, MacMillan.
- Smith, E. 2008, «‘Class Before Race’: British communism and the place of empire in postwar race relations», *Science and Society* 72: 4: 455–481.
- Solomos, J. 1988, *Black Youth, Racism and the State*, Cambridge, Cambridge University Press.
- 1993, *Race and Racism in Britain*, Basingstoke, Macmillan.
- 2003, *Race and Racism in Contemporary Britain*, 3<sup>o</sup> ed., Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- ; Back, L. 1995, *Race, Politics and Social Change*, Londres, Routledge.
- ; Ball, W. 1990, «New Initiatives and the Possibilities of Reform», en W. Ball y J. Solomos (eds.), *Race and Local Politics*, Basingstoke, Macmillan Education.
- ; Findlay, B.; Jones, S.; Gilroy, P. 1982, «The Organic Crisis of British Capitalism and Race», en CCCS (ed.), *The Empire Strikes Back*, Londres, Hutchinson.



- Sooben, P. 1990, «The Origins of the Race Relations Act», *Research Papers in Ethnic Relations* nº 12. Warwick, Warwick University.
- Squires, M. 1990, *Saklatvala: a political biography*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Stedman Jones 1983, G., *Languages of Class*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. en cast.: *Lenguajes de clase*, Madrid, Siglo XXI, 2016].
- Stephens, L. 1956, *Employment of Coloured Workers in the Birmingham Area*, Londres, Institute of Personnel Management.
- Street, J. 1986, *Rebel Rock*, 1º ed., Oxford, Blackwell.
- Swift, R. 2002, *Irish Migrants in Britain, 1815–1914*, Cork, Cork University Press.

## T

- Tabili, L. 1994, *We Ask for British Justice: workers and racial difference in late imperial Britain*, Ithaca, Cornell University Press.
- Tarback, K. 1991, «Obituary of Tamara Deutscher», *Revolutionary History* 3: 3: 43.
- Tarrow, S. 1998, *Power in Movement*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. en cast.: *El poder en movimiento*, Madrid, Alianza, 2012].
- Taylor, B. 1991, *Eve and the New Jerusalem*, Londres, Virago.
- Taylor, R. 1994, *The Future of the Trade Unions*, Londres, Andre Deutsch.
- Taylor, S. 1979, «The National Front», en R. Miles y A. Phizacklea (eds.), *Racism and Political Action in Britain*, Londres, Routledge Kegan Paul.
- Taylor, S. 1982, *The National Front in English Politics*, Basingstoke, Macmillan.
- Thale, M. (ed.) 1983, *Selections from the Papers of the London Corresponding Society, 1792–1799*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Thompson, D. 1982, «Ireland and the Irish in English Radicalism Before 1850», en J. Epstein y D. Thompson (eds.), *The Charist Experience*, Londres, Macmillan.
- Thompson, E.P. 1991 [1963], *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin [ed. en cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012].

- 1965, «The Peculiarities of the English», *Socialist Register* 2: 311–362 [ed. en cast.: *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, Valencia, Centro Tomás y Valiente UNED Alzira-Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2002].
- 2009, *Customs in Common*, Londres, Merlin Press [ed. en cast.: *Costumbres en común*, Madrid, Capitán Swing, 2019].
- Thorpe, A. 2000, «The Membership of the Communist Party of Great Britain, 1920–1945», *Historical Journal* 43: 3: 777–800.
- Thurlow, R. 1987, «Jew Wise: dimensions of British political anti-semitism, 1918–1939», *Immigrants and Minorities* 6: 1: 44–65.
- Thurlow, R. 1998, *Fascism in Britain*, Londres, IB Tauris.
- Tilly, C. 2005, *Popular Contention in Great Britain, 1758–1834*, Nueva York, Paradigm Publishers.
- Tinker, H. 1974, *A New System of Slavery*, Oxford, Oxford University Press.
- Torr, D. (ed.) 1942, *Karl Marx and Frederick Engels: correspondence, 1846–1895*, Nueva York, International Publishers.
- Trades Union Congress 1981, *Black Workers: a TUC charter for equality of opportunity*, Londres, TUC.
- 1983, *TUC Workbook on Racism*, Londres, TUC.
- 1987, *Black and Ethnic Minority Women in Employment and Trades Unions*, Londres, TUC.
- 1988, *Meeting the Challenge: first report of the special review body*, Londres, TUC.
- 1989, *Tackling Racism: a TUC workbook*, Londres, TUC.
- 1990a, *Racial Harassment at Work*, Londres, TUC.
- 1990b, *Race Discrimination at Work*, Londres, TUC.
- 1991, *Involvement of Black Workers in Trade Unions*, Londres, TUC.
- Travis, A 2002, «After 44 Years Secret Papers Reveal Truth about Five Nights of Violence in Notting Hill», *The Guardian*, 24 de agosto de 2002, disponible online en <http://www.guardian.co.uk/uk/2002/aug/24/artsandhumanities.nottinghillcarnival2002> [última visita: 19 de enero de 2021].
- Tuathaigh, M.A.G.O 1981, «The Irish in Nineteenth-Century Britain: problems of integration», *Transactions of the Royal Historical Society* 5: 31: 149–173.

## V

- Van der Linden, M. 2003, *Transnational Labour History*, Aldershot, Avebury.

- Verberckmoes, J. 1996, «The United Kingdom: between policy and party», en P. Pasture, J. Verberckmoes y H. De Witte (eds.), *The Lost Perspective? Trade unions between ideology and social action in the new Europe*, vol. 1, Aldershot, Avebury.
- Virdee, S. 2000, «A Marxist Critique of Black Radical Theories of Trade-union Racism», *Sociology* 34: 3: 545–565.
- 2006, «‘Race’, Employment and Social Change: a critique of current theoretical orthodoxies», *Ethnic and Racial Studies* 29: 4: 605–628.
- 2010, «Racism, Class and the Dialectics of Social Transformation», en P. Hill-Collins y J. Solomos (eds.), *Handbook of Race and Ethnic Studies*, Londres y Nueva York, Sage, pp. 135–165.
- 1994; Grint, K., «Black Self-Organisation in Trade Unions», *Sociological Review* 42: 2: 202–226.
- Visram, R. 2002, *Asians in Britain*, Londres, Pluto Press.

## W

- Walker, M. 1977, *The National Front*, Londres, Harper Collins.
- Wallerstein, I. 2004, *World-Systems Analysis*, Durham, Duke University Press [ed. en cast.: *Análisis del sistema-mundo*, Madrid, Siglo XXI, 2005].
- Watson, D. 1996, «Black Workers in London in the 1940s», *Historical Studies in Industrial Relations* 1: 1: 149–158.
- Webb, S.; Webb, B. 1919, *The History of Trade Unionism, 1666–1920*, Londres, Webb and Webb.
- White, S. 1974, «Soviets in Britain», *International Review of Social History* 19: 2: 165–193.
- Widgery, D. 1976, *The Left in Britain, 1956–1968*, Londres, Penguin.
- 1986, *Beating Time*, Londres, Chatto and Windus.
- 1989, *Preserving Disorder*, Londres, Pluto Press.
- Wilkinson, G.T. 1972, *An Authentic History of the Cato Street Conspiracy 1820*, Nueva York, Arno Press.
- Williams, B. 1980, «The Beginnings of Jewish Trade Unionism in Manchester, 1889–1891», en K. Lunn (ed.), *Hosts, Immigrants and Minorities: historical responses to newcomers in British society, 1870–1914*, Folkestone, Dawson.
- Wilson, A. 1978, *Finding a Voice*, Londres, Virago.
- Wilson, T. 2010, *The Myriad Faces of War*, Londres, Faber and Faber.
- Winchester, D.; Bach, S. 1995, «The State: the public sector», en

- P. Edwards (ed.), *Industrial Relations: theory and practice in Britain*, Oxford, Blackwell.
- Wrench, J. 1986, YTS , *Racial Equality and the Trade Unions*, Coventry, CRER, University of Warwick.
- 1987, «Unequal Comrades: trade unions, equal opportunity and racism», en R. Jenkins y J. Solomos (eds.), *Racism and Equal Opportunity Policies in the 1980s*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Wrench, J.; Virdee, S. 1996, «Organising the Unorganised: ‘race’, poor work and trade unions», en P. Ackers, C. Smith y P. Smith (eds.), *The New Workplace and Trade Unionism*, Londres, Routledge.
- Wright, E. O. 1985, *Classes*, Londres, Verso [ed. en cast.: *Clases*, Madrid, Siglo XXI, 2015].
- 1997, *Class Counts*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Wright, P. 1968, *The Coloured Worker in British Industry*, Londres, Oxford University Press.

## Y

- Young, R. 2001, *Postcolonialism*, Oxford, Blackwell Publishing.

## **PUBLICACIONES PERIÓDICAS**

- Black Action 1989a, *Issue 2*, Londres, NALGO Black Action.
- Black Action 1989b, *Annual Conference Pack 1989*, Londres, NALGO Black Action, p. 14.
- Camden Black Workers Group 1984, «Lucille Guichard – 15 Years», *Black Eye*, mayo, pp. 5–6.
- Camden Black Workers Group (sin fecha), *Camden Black Workers Group: 1982–1986*, Londres, Camden Black Workers Group.
- CPSA 1980, *National Annual Report 1979*, Londres, CPSA.
- CPSA 1981, *National Annual Report 1980*, Londres, CPSA.
- First Official National Black Members Conference 1986, *Transcript of Proceedings*, Leeds, 31 de mayo de 1986.
- Lambeth NALGO 1981, *Race and Racism*, Londres, Lambeth NALGO.
- London Borough of Camden 1996, *Annual Report*, Londres, Camden Council.
- London Borough of Ealing 1990, *Annual Report*, Londres, Ealing Council.
- Metropolitan District Council and Tower Hamlets Branch of NALGO 1984, *Motion on Self-organisation*, Londres, Metropolitan District Council and Tower Hamlets Branch of NALGO.
- NALGO 1975, *NALGO Annual Report 1974*, Londres, NALGO.
- 1977, *NALGO Annual Report 1976*, Londres, NALGO.
- 1979, *NALGO Annual Report 1978*, Londres, NALGO.
- 1980, *NALGO Annual Report 1979*, Londres, NALGO.
- 1981, *NALGO Annual Report 1980*, Londres, NALGO.
- 1982, *NALGO Annual Report 1981*, Londres, NALGO.
- 1983, *NALGO Annual Report 1982*, Londres, NALGO.
- 1984, *Race Equality*, Londres, NALGO.
- 1986, *NALGO Annual Report 1985*, Londres, NALGO.
- 1987, *NALGO Annual Report 1986*, Londres, NALGO.
- National Black Members Conference 1986, *Transcript of Proceedings of the First Official National Black Members Conference*, Londres, NBMCC.
- National Black Members Co-ordinating Committee (NBMCC) (sin fecha), *None So Fit to Break Their Chains as Those That Bear Them*, Londres, NBMCC.
- National Executive Council NALGO 1988, *The National Executive Council's Report on Positive Action*, Londres, NALGO.

Positive Action Working Party 1987, *Positive Action in NALGO*, Londres, NALGO.

Sawyer, P. 2007, «Redemption Songs», *New Statesman*, 23 de abril de 2007.

SCPS 1983, *SCPS Annual Report 1982*, Londres, SCPS.

— 1984, *SCPS Annual Report 1983*, Londres, SCPS.

The Marxist 1996, «Saklatvala and the Fight against Racism and Imperialism 1921–28», *The Marxist* 13: 1.

### **NALGO Newspaper**

*Public Service*, Julio/Agosto 1978.

*Public Service*, Noviembre 1982, p. 16.

*Public Service*, Marzo 1983, p. 13.

*Public Service*, Julio/Agosto 1983, p. 5.

*Public Service*, Junio 1984.

*Public Service*, Mayo 1986, p. 9.

*Public Service*, Junio 1986, p. 6.

*Public Service*, Julio 1987, p. 8.

*Public Service*, Julio 1988, p. 3.

*Public Service*, Noviembre 1988, p. 2.

*Public Service*, Julio 1989, p. 5.

*Public Service*, Julio 1990, p. 6.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

### A

- Adi, H., 166, 181  
Al-Hadid, A. Y., 202  
Alianza del Pueblo Negro (BPA), 203  
Allen, T. W., 21,53,55  
Anderson, P., 16, 56, 69,70, 75,76,103, 224  
Aptheker, H., 45  
Armitage, D., 44  
Armstrong, A., 121  
Asociación de Funcionarios de Gobiernos Locales y Nacionales (NALGO), 239, 240, 255-263  
Asociación de Trabajadores Indios (IWA), 201, 203, 228, 229  
Asociación Internacional de Trabajadores (IWMA), 74, 80  
Asociación Nacional para la Protección del Trabajo (NAPL), 42  
Attridge, S., 109, 111

### B

- Bach, S., 242  
Back, L., 188  
Baldwin, L. V., 202  
Ball, W., 246, 250, 251, 254, 259  
Banton, M., 106  
Barkan, E., 70  
Bayliss, F., 242  
Beauchamp, K., 199  
Beaver, P., 81  
Beishon, S., 261  
Belchem, J., 43, 64, 65  
Bellamy, J., 199  
Ben-Tovim, G., 199  
Benjamin, W., 26, 238, 271  
Benn, T., 101,159, 227, 247, 248, 251  
Bevir, M., 80, 89

Bhambra, G., 19  
Billig, M., 145  
Birchall, I., 212  
Blackburn, R., 45-46  
Bourke, J., 91, 138, 159, 162, 164  
Bourne, J., 226  
Branson, N., 166, 178, 179  
Brockway, F., 156, 164, 186  
Brown, C., 244  
Brown, J., 183, 184, 187  
Buckley, D., 219  
Buckman, J., 91, 93, 94  
Buyum, M., 263  
Byrne, D., 139, 140, 159, 160, 161

## C

Callaghan, J., 156, 157, 161, 177, 180, 190, 247  
Campaña del Conjunto de Lewisham contra el Racismo y el Fascismo (ALCARAF), 225-226  
Cannadine, D., 108  
Carlyle, Thomas, 71  
Carretta, V., 45  
Carter, R., 174, 175, 177, 182  
cartismo, 19, 25, 27, 57, 60-65  
Castle, Barbara, 186  
Cesarani, D., 21  
Challinor, R., 120, 127, 202  
Chouhan, Karen, 256, 257  
Clapton, Eric, 219  
Clydeside, 22, 124, 132, 134-136, 142-143, 145-148  
Coats, A. V., 38  
Cohen, R., 16, 131, 139, 140  
Cohen, S., 93, 96, 97, 100  
Colley, L., 16, 31, 32-34, 36, 37, 43, 44, 49, 50, 51, 53, 57, 59  
Colling, T., 242  
Comité Coordinador Antirracista y Antifascista del Conjunto de Londres (ARAFCC), 226  
Comité de Representación Laborista (LRC), 113  
Comité de Trabajadores de Clyde (CWC), 134, 136  
Comité Nacional de Coordinación de Miembros Negros de la NALGO (NBMCC), 255-256  
Congreso de Sindicatos (TUC), 97, 156, 176, 209, 210, 214, 215, 216, 222, 224, 255, 262  
Connolly, J., 27, 105, 119, 120-125, 132, 146, 154, 269  
Consejo del Gran Londres (GLC), 248-254  
Cook, C., 241  
Cowden, M., 67  
Crick, M., 92, 126, 128, 129  
Crompton, R., 18, 264  
Cuffay, William, 63, 64  
Curtis, L., 70-71



## D

Dabydeen, D., 49  
Daniel, W. W., 188, 189  
Darlington, R., 212  
Davidson, N., 15, 233  
Davidson, William, 49, 54, 55  
Day, Thomas, 44  
De Beauvoir, S., 16, 17  
Deedes, William, 185  
Denselow, R., 219  
Desai, Jayaben, 223, 224  
Deutscher, I., 153  
Devine, F., 18  
Devine, T., 237  
Dickens, L., 241  
Dobree, B., 39  
Doherty, John, 41, 42, 43, 77  
Draper, H., 70, 73  
Dresser, M., 186  
Driver, F., 109  
Du Bois, W. E. B., 55, 152  
Duffield, M., 175, 203  
Duffy, A. E. P., 79, 84

## E

Edwards, P., 49  
Eldridge, J., 209, 242–244  
Eley, G., 28  
Ellis, P. B., 122, 123, 237  
Engels, F., 58, 60, 67, 74, 80, 81, 87, 97  
Equiano, Olaudah, 45, 46, 47, 49, 54, 55

## F

Fairbrother, P., 15, 264,  
Fanon, F., 107  
Federación Socialdemócrata (SDF) 80, 88, 89, 90, 92, 93, 100, 119, 120, 123, 124, 126, 129, 154  
Ferner, A., 242  
Ferro, M., 135  
Fishman, N., 178, 181  
Foot, P., 186, 200, 202  
Foster, J., 18, 40, 136  
Frente Nacional (NF) 214, 215, 217, 218, 225–231, 234–237  
Fryer, P., 18, 20, 35, 45, 46, 47, 49, 64, 173, 175

## G

Gallacher, W., 134, 136, 144, 165, 178  
Giddens, A., 56  
Gidley, B., 15, 91

Gilbert, D., 109  
Gilmour, I., 175  
Gilroy, P., 34, 153, 198, 220, 231–235, 245, 246, 268,  
Goodhart, D., 28  
Goodyer, I., 232, 233  
Gordon, P., 139, 159, 160, 235  
Gramsci, A., 26, 271  
Gran Sindicato Nacional Consolidado (GNCTU), 57  
Gray, B., 87  
Green, J., 138  
Gregg, R., 36  
Gregory, A., 133  
Grint, K., 15, 159, 210, 255, 258, 259, 263  
Grunwick, huelga de, 221–224  
Gupta, P. S., 114–115

## H

Hain, Peter, 227, 228, 231  
Hall, C., 17, 18, 22, 28, 34  
Hall, M., 214  
Hall, S., 17, 79, 106, 109, 192, 236, 241, 243, 264, 267  
Hardie, Keir, 80, 87, 89, 100, 113, 115, 129  
Hargreaves, J., 156, 157  
Harman, C., 243  
Harris, N., 200, 227  
Hattersley, Roy, 187  
Hatton, T., 96  
Hay, J. R., 116, 117  
Heathorn, S., 110  
Heffer, S., 191, 192, 194, 195, 196, 171  
Hennessy, P., 174  
Hickman, M., 21, 35  
Hill, C., 52, 165  
Hillman, N., 185, 197  
Hinton, J., 128, 134–137  
Hobsbawm, E., 18, 36, 41, 51, 52, 58, 59, 69, 70, 75, 76, 77, 79, 80, 83, 84, 87, 115, 137, 158  
Hofstadter, R., 107  
Holmes, C., 21, 91, 92, 99, 100, 101, 137, 138  
Huddle, Roger, 219, 234  
Hyman, R., 76, 128, 134, 137, 264  
Hyndman, H., 80, 88, 92, 100, 120, 126, 127, 128

## I

Iganski, P., 264  
Ignatiev, N., 21, 237  
India, 50, 106, 111, 155, 157  
Instituto de Relaciones Raciales (IRR), 251

## J

James, C. L. R., 45  
Jefferson, T., 44  
Jenkinson, J., 136, 139, 141–144, 146, 147  
Jones, Claudia, 181  
Jones, G., 264  
Josephides, S., 201, 204  
Joshi, S., 177, 182, 201  
Jouhl, Avtar, 204, 235  
Joyce, P., 18  
Junta de Relaciones Raciales, 187, 188, 190

## K

Kahan, Zelda, 27, 105, 126, 127, 128, 152, 153, 269  
Kapp, Y., 97  
Kay, D., 172  
Kelly, J., 76, 148, 149, 210, 211, 212, 224  
Kendall, W., 127  
Kenia, 182  
Kessler, S., 242  
King, Martin Luther, 194, 201  
Kirk, N., 61, 70, 73, 74  
Klugman, J., 151  
Knowles, C., 17  
Knox, W. W., 89, 100  
Kyriakides, C., 191, 261

## L

Laybourn, K., 113  
Leed, E. J., 139  
Lees, L. H., 85  
Lenin, V., 123, 150, 151, 154  
Ley de extranjería de 1905, 101  
Ley de extranjería de 1919, 138  
Ley de inmigración de 1971, 208, 214  
Ley de inmigración de la Commonwealth (1962), 186, 190  
Ley de relaciones raciales, 186, 187, 190, 217, 249  
Liga Antinazi (ANL), 207, 208, 227–238  
Liga contra el Imperialismo (LAI), 157  
Liga de los Hermanos Británicos (BBL), 99  
Liga Socialista (SL), 92–95, 97, 98, 119, 120, 126  
Lindop, F., 196, 199, 200  
Linebaugh, P., 35, 47, 56  
Livingstone, K., 247, 249, 250, 251  
London Working Men's Association, 60  
Ludismo, luditas, 41  
Lunn, K., 97, 139, 140, 159, 161

## M

Mac an Ghaill, M., 21, 35  
MacCarthy, F., 81  
MacDonald, R., 109, 113, 129  
Macintyre, Stuart, 152  
Mackenzie, J., 107, 109, 111, 112  
MacManus, Arthur, 27, 125, 134, 145, 146, 148, 152, 154, 156, 269  
MacRaid, D., 36  
Malcolm X, 201  
Manwaring, G., 39  
Marsh, D., 217, 241  
Marx, Eleanor, 87, 92, 97, 98, 119  
Marx, Karl, 70, 73, 80, 89, 95  
Massey, D., 241  
May, R., 131, 139, 140  
Mayet, G., 253, 254  
McBriar, A. M., 114  
McCalman, I., 31, 35, 47, 48, 49  
McClintock, A., 18, 109  
McCrudden, C., 217  
McDermott, M., 36, 37, 58, 63, 74, 85, 86, 87  
McIlroy, J., 209, 210, 211, 212  
Messina, A. M., 217, 218, 230  
Meth, M., 95  
Miles, A., 18  
Miles, R., 21, 35, 36, 43, 58, 70, 96, 101, 121, 122, 125, 172, 177, 189, 209, 214, 216, 222  
Miliband, R., 113, 117, 148, 150  
Miller, C., 263  
Millward, P., 70  
Moran, M., 210  
Morgan, K., 152, 154, 157, 163, 165, 166, 181  
Morris, Bill, 263  
Morris, William, 25, 27, 67, 69, 81, 88, 92, 93, 95, 97, 98, 119, 269  
Morton, A. L., 40, 41, 42, 43, 60, 61, 75, 82, 83, 128, 165  
Mosley, Oswald, 162, 164  
Movimiento de las Minorías, 160, 161

## N

Nairn, T., 169, 170, 193, 194, 196, 205, 267  
Neal, F., 237  
Nicholson, B., 215  
nueva derecha, 230, 241

## O

O'Brien, Bronterre, 61, 62, 88  
O'Higgins, R., 41  
O'Murchadha, C., 36  
O'Riordan, M., 120, 124

Omi, M., 93, 203  
Ouseley, H., 248, 250, 253, 254  
Owen, N., 69, 80, 88, 157–159

## P

Padmore, George, 166, 181  
Panayi, P., 70, 91, 138  
Pankhurst, Sylvia, 150, 151, 269  
Parmar, P., 203  
Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB), 19, 105, 125, 132, 133, 149, 151–158, 160, 161, 163–166  
Partido Conservador, 149, 187, 188, 190, 191, 217, 231, 247  
Partido Laborista, 19, 24, 25, 90, 104, 105, 113, 114, 116, 117, 119, 129, 132, 147, 149, 150, 151, 157–159, 161, 164, 165, 173, 186, 190, 192, 200, 205, 208, 212, 213, 215, 227, 233, 239, 240, 246–252, 259  
Partido Laborista Independiente (ILP), 22, 89, 90, 98, 100, 104, 113, 114, 131, 132, 134, 143, 144, 145, 147, 149, 155, 157, 163  
Partido Laborista Socialista (SLP), 105, 124, 125, 126, 131, 132, 134, 145, 146, 148, 150, 151  
Partido Socialista Británico (BSP), 128, 129, 131, 132, 134, 144, 145, 148, 150, 151, 153  
Partido Socialista de los Trabajadores (SWP), 226, 227, 233, 259  
Payne, G., 264  
Pearman, Harry, 196, 197  
Pearson, R., 221, 222, 224  
Pelling, H., 40–43, 57, 76, 79, 82, 83, 85–87, 96, 129, 134, 148, 151, 152, 158  
Phizacklea, A., 177, 189, 209, 214, 216, 222  
Pinder, B., 175, 181  
Piratin, P., 159, 161–164, 178  
Planificación Económica y Política (PEP), 188  
Porter, A., 106  
Powell, Enoch, 169, 171, 191–201, 205, 215, 217, 219, 223, 229, 230  
Price, R., 264  
Pugh, Arthur, 155

## Q

Quail, J., 80  
Quelch, Harry, 92, 120, 126

## R

Raison, T., 246  
Ramdin, R., 18, 19, 173, 176, 222, 223  
Raw, L., 81, 82, 85  
Rediker, M., 35, 47, 56  
Reilly, D., 139, 159, 160  
Renton, D., 15, 173, 209, 217–220, 225–229, 232, 234–237  
Revolución rusa, 132, 135, 150, 153–155, 167  
Rex, J., 174  
Riga, L., 15, 154  
Robinson, C., 34, 137  
Rock Against Racism (RAR), 208, 217, 219, 220, 232–234, 237, 246

Rodney, W., 50  
Roediger, D., 237  
Rogaly, J., 223  
Rose, J., 114, 144  
Rose, S., 18  
Rosenberg, C., 137, 235  
Roth, A., 197  
Rothstein, Theodore, 27, 127, 153  
Rudé, G., 37, 38

## **S**

Said, E., 107, 109  
Saklatvala, Shapurji, 27, 155, 166, 269  
Saunders, Red, 219  
Savage, M., 18  
Saville, J., 61, 65, 72  
Schwarz, B., 183–185  
Scott, J., 17  
Serge, V., 167  
Servicio Nacional de Salud (NHS), 169, 172–174, 260, 261  
Shaw, George Bernard, 114  
Sheldrake, J., 210  
Sherwood, M., 181  
Shinwell, Manny, 134, 136, 143–145, 147  
Shukra, K., 203, 204  
Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte (TGWU), 176, 202, 203, 212, 215, 223, 263  
Sindicato Nacional de Marineros (NUS), 139, 140, 159–161  
Sivanandan, A., 169, 201–203, 219, 251–254, 268, 270  
Sked, A., 241  
Skidelsky, R., 162  
Smith, E., 15, 180, 212  
Socialistas Internacionales (IS), 200, 208, 212, 226  
Sociedad Fabiana, 113  
Sociedad por el cambio Acción Racial (RAAS), 202, 203  
Society of Spencean Philanthropists, 48, 49  
Solomos, J., 172, 174, 185–188, 190, 194, 198, 244, 246, 250, 251, 254, 259  
Sooben, P., 180  
Spence, Thomas, 47, 48  
Squires, M., 155, 157  
Stedman Jones, G., 78, 111  
Stephens, L., 175, 176  
Swift, R., 70

## **T**

Tabili, L., 18, 19  
Tarbuck, K., 17  
Tarrow, S., 96

Taylor, B., 17, 56  
Taylor, R., 198  
Taylor, S., 215, 218, 241  
Thale, M., 39  
Thatcher, Margaret, 198, 230, 231, 239, 240, 243, 245, 246  
Thompson, D., 43, 61, 62, 63, 65  
Thompson, E. P., 18, 23, 31, 32, 34, 36–41 44, 49, 57, 58, 69, 71, 75, 103, 131,  
Thorne, Will, 82, 85, 87, 98  
Thorpe, A., 151, 152, 165, 177  
Thurlow, R., 162, 185  
Tillett, Ben, 82, 83, 85, 87, 95  
Tilly, C., 32, 41, 42  
Tinker, H., 50  
Tomlinson, S., 174  
Torr, D., 87  
Travis, A., 184  
Tuathaigh, M. A. G. O., 36

## U

Unión Británica de Fascistas (BUF), 161–164

## V

Van der Linden, M., 19  
Verberckmoes, J., 212  
Virdee, S., 191, 214, 224, 244, 255, 258, 259, 261–264  
Visram, R., 20, 173

## W

Walker, M., 197  
Wallerstein, I., 271  
Watson, D., 161, 175, 182  
Webb, B., 60, 114  
Webb, S., 60, 114, 158  
Wedderburn, Robert, 31, 47–49, 54, 55  
White, S., 135  
Widgery, D., 16, 200, 207, 219, 220, 226, 228, 230–232, 237  
Wilkinson, G. T., 49  
Williams, B., 91, 93, 94  
Wilson, T., 134, 187, 188  
Winant, H., 93, 203  
Winchester, D., 342  
Wrench, J., 15, 176, 203, 244, 263  
Wright, E. O., 253  
Wright, P., 175

## Y

Young, R., 106, 109

